OBRAS
DE
ISMAEL QUILES S. J.

(14)

ESCRITOS ESPIRITUALES

- MI IDEAL DE SANTIDAD
- MARIETTA... FLOR DE SANTIDAD
- ESPERO EN DIOS

144
QUI
V.14
1978-1995



EDICIONES *Depalma* BUENOS AIRES

ESCRITOS ESPIRITUALES

OBRAS DE

ISMAEL QUILES, S. J.

Vol. 1. — ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA IN-SISTENCIAL (1978).
1. Más allá del existencialismo (Filosofía in-sistencial).
2. Tres lecciones de metafísica in-sistencial.
3. La esencia del hombre.

Vol. 2. — LA PERSONA HUMANA (1980).

Vol. 3. — INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA (1983).

Vol. 4. — FILOSOFÍA Y RELIGIÓN (1985).
1. Filosofía de la religión.
2. Filosofía del cristianismo.

Vol. 5. — FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN PERSONALISTA (1981).

Vol. 6. — FILOSOFÍA Y VIDA (1983).
1. Filosofar y vivir (Esencia de la filosofía).
2. ¿Qué es la filosofía?
3. Ciencia, filosofía y religión.
4. Clasificación y coordinación de las ciencias.

Vol. 7. — PERSONA, LIBERTAD Y CULTURA (1984).
I. Libertad y cultura.
II. Persona y sociedad, hoy.
III. Libertad de enseñanza y enseñanza religiosa.
IV. La libertad intelectual del filósofo católico.
V. Los católicos y la Unesco.
VI. Universidad y cultura en Latinoamérica.
VII. Autocrítica de la educación norteamericana.

Vol. 8. — QUÉ ES EL CATOLICISMO (1985).

Vol. 9. — ARISTÓTELES (1986).
Vida, escritos y doctrina.

Vol. 10. — PLOTINO (1987).
El alma, la belleza y la contemplación.

Vol. 11. — QUÉ ES EL YOGA (1987).

Vol. 12. — EL ALMA DE COREA (1987).

Vol. 13. — FILOSOFÍA DE LA PERSONA SEGÚN KAROL WOJTYLA (1987).

Vol. 14. — ESCRITOS ESPIRITUALES (1987).
Mi ideal de santidad.
Marietta... flor de santidad.
Espero en Dios.

14
Qui
1978-19

OBRAS DE

ISMAEL QUILES, S. J.

14

ESCRITOS ESPIRITUALES

- MI IDEAL DE SANTIDAD
- MARIETTA... FLOR DE SANTIDAD
- ESPERO EN DIOS



EDICIONES Depalma BUENOS AIRES
1987

ISBN 950-14-0009-3 (ob. compl.)
ISBN 950-14-0431-5 (vol. 14)



EDICIONES Depalma BUENOS AIRES

Talcahuano 494

Hecho el depósito que establece la ley 11.723. Derechos reservados.
Impreso en la Argentina. Printed in Argentina.

PRESENTACIÓN

Bajo el rubro Escritos espirituales *incluímos aquí tres obras, dedicadas a interpretar y analizar el itinerario del alma hacia la santidad. La meta del alma es alcanzar su perfección, su salvación, su paz.*

En el fondo, la santidad no es otra cosa que ese estado de plenitud de nuestro ser, perfección, felicidad, liberación, paz, que todos buscamos, acumulando ansiosamente más y más experiencias, pero que tan sólo alcanzamos de veras por medio de cierta "disciplina" o "camino", ciertas "técnicas" o "ejercicios". Éstos tienen el objetivo común —a pesar de las diferentes religiones y escuelas— de facilitar al hombre una comprensión de la verdadera realidad de sí mismo, del autocontrol para actuar según lo que ésta exige, en la cual se incluye una relación viva, generosa y animosa hacia Dios. La santidad y lo santo siempre se refieren a Dios. Para el hombre, se trata, en grado limitado, de una participación de la Infinita Perfección o Santidad de Dios. Cristo nos ha revelado el misterio escondido en Dios, el llamado a participarlo como hijos de Dios y se nos ha presentado como el modelo para nuestra aspiración a la santidad. "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

El camino aquí recorrido es el espiritual, pero que compromete al hombre íntegro, su cuerpo y su espíritu.

Va desde la mortificación hasta el amor, desde la ascética a la mística, desde la actitud purificativa (abstención, autocontrol, penitencia) hasta la mística (unión, plenitud, goce). Todas estas técnicas son clásicas en la tradición cristiana, en la cual siempre han florecido santos insignes.

Se debe tener muy en cuenta que el primer libro, Mi ideal de santidad, *está escrito entre 1938 y 1940, y el tercero,* Espero en Dios, *entre 1945 y 1947. Corresponden, pues, a la visión de la ascética y mística prevaleciente en aquella época. Estamos en un ambiente de la Iglesia anterior al Concilio Vaticano II.*

Alguno podría decir que ha cambiado la concepción ascética de la Iglesia. De una atmósfera en que se acentuaba la conciencia de pecado, la mortificación, el autocontrol, el temor, el rigor, se ha pasado a otra más "humana", más comprensiva de la naturaleza, más apoyada en Dios como Padre, y, por tanto, de más confianza y acercamiento entre el hombre y Dios.

Es cierto que el Concilio Vaticano, auscultando las aspiraciones actuales de la humanidad, ha adaptado en muchos aspectos la actitud de la Iglesia al mundo de hoy. Pero se engañaría quien viera un cambio, en lo sustancial, *del concepto de la vida, la ascética, y la mística cristiana. En esto no se puede hablar de preconciliar y postconciliar. Los cambios de adaptación más "visibles" se han realizado en la liturgia y en la pastoral, por las constituciones respectivas* Sacrosanctum Concilium *y* Gaudium et Spes. *Pero tanto las constituciones dogmáticas, como los decretos y declaraciones han expresado, en lenguaje más comprensible para el hombre moderno, el mismo mensaje del Evangelio y la tradición de la Iglesia.*

En cuanto al carácter más carismático, por el cual la primacía de la santidad se acentúa en el amor y entrega espiritual con preferencia al ritualismo o a la minuciosidad de preceptos y normas, será bueno recordar que la primacía del amor y la santa libertad de los hijos de Dios, ha sido siempre el sello de la santidad cristiana. Precisamente las dos obras doctrinales que ahora reproducimos culminan en el amor y la esperanza.

La santidad auténtica, en todas sus etapas, y en su preocupación delicada por evitar los más pequeños defectos, ha de ser animada por el amor y la esperanza, la caridad y la libertad, el amor a Dios y el amor al prójimo, la salvación de sí mismo y la de todos los hombres. El ensayo biográfico Marietta, flor de santidad, *es una muestra de esfuerzo para la propia santidad para mejor dedicarse al bien de los demás.*

El contenido sustancial de estas Obras espirituales *lo asumimos como un mensaje para volver siempre de nuevo a nuestras raíces cristianas. Las escribimos precisamente porque nuestra filosofía nos las exigía. El fin de la especulación es la santidad. De lo contrario seremos como campanas que suenan en el vacío. La experiencia de estos decenios dedicados al estudio y meditación de la filosofía, nos ha persuadido más de la insuperable unidad de ésta con la vida, con la religión y en una palabra con la santidad para sí y para todo prójimo.*

Buenos Aires, abril de 1987.

MI IDEAL DE SANTIDAD

Cuarta edición

ÍNDICE

PRÓLOGO

Estas páginas van dirigidas a todas las almas que aspiran a una vida de perfección.

Pero, principalmente, a las almas que viven intranquilas y angustiadas.

Intranquilas porque no adelantan en el camino de la santidad.

Angustiadas porque no son santas.

¡La angustia de la santidad!

¡A cuántas almas las ha hecho santas!

Pero... ¡a cuántas las ha apartado definitivamente del camino de la santidad!

¿Por qué?

Porque aspiraban equivocadamente a una santidad que no era la suya.

A una santidad imposible.

Y claro, nunca llegaron... se cansaron...

Lo dejaron al fin todo...

En cambio, si hubieran conocido cuál era su ideal de santidad;

si hubieran, por lo menos, vislumbrado que se iban acercando a él;

hubieran corrido con un impulso siempre creciente,
con el aliento,
con la paz,
con la alegría
de los hijos de Dios.

Para orientar en lo posible a estas almas hemos descrito las etapas del ideal de santidad, y apuntado los medios de verificar, en cuanto es posible en esta vida, el ideal de santidad de cada alma.

Hemos insistido en ciertos aspectos de la santidad, sobre los cuales no siempre se tienen ideas claras.

Procuramos afrontar en lo posible directamente *los problemas, las dudas, para darles una solución lo más sincera y verdadera.*

"Et veritas liberabit vos".

Cuanto a las fuentes, hemos procurado inspirarnos en la doctrina tradicional y segura de la teología ascética y mística.

La naturaleza del trabajo, dedicado a todos los lectores, no permitió una discusión teórica de ciertos puntos, ni dar a conocer los últimos fundamentos teológicos de las afirmaciones.

Pero hemos tenido a la vista continuamente la Teología Dogmática, fundamento de la Ascética y Mística. Sobre todo hemos consultado a los grandes teólogos escolásticos, especialmente a Sto. Tomás de Aquino.

Los tratados de Ascética y Mística más modernos que hemos manejado con mayor frecuencia, son: Tanquerey, *Compendio de Teología Ascética y Mística, París, 1930;* De Guibert, *Theologia Spiritualis, Ascetica et Mystica, Romae, 1932.*

Todo el contenido de este libro, excepto el Apéndice: Ascética y Mística, *fue escribiéndose poco a poco, y publicándose en pequeñas dosis en el "Mensajero del Corazón de Jesús" (Buenos Aires), desde agosto de 1938.*

Quiera Dios que, por haber tratado sobre la santidad, algo de santidad se nos haya quedado en el alma.

Ese era precisamente uno de los fines del libro.

Pero sobre todo deseamos que cada uno de nuestros lectores pueda decir, como lo han dicho varios lectores del "Mensajero", que solicitaron la publicación de la obra: "Me ha ayudado a conocer y a acercarme con más alegría a MI IDEAL DE SANTIDAD*".*

A mayor gloria de Dios.

San Miguel (Rep. Argentina).
Fiesta de Ntra. Sra. de los Milagros,
Colegio Máximo de San José.
9 de mayo de 1942.

DEL PRÓLOGO
PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

El deseo que expresábamos en las palabras finales del *Prólogo* de la primera edición quedó satisfecho mucho más cumplidamente de lo que esperábamos.

Han sido tantos los lectores a quienes las ideas sencillas de "MI IDEAL DE SANTIDAD" han ayudado a conocer y acercarse con más alegría hacia el ideal de santidad a que Dios los llamaba, que para nosotros mismos ha resultado ello una sorpresa.

En esta segunda edición no hemos introducido ninguna variante de importancia, fuera de la *Oración de la Santidad* que hemos agregado al final de la obra.

15 de setiembre de 1945.

PRIMERA PARTE

EL IDEAL DE LA SANTIDAD

PERSPECTIVAS GENERALES

1. El ideal de la santidad

Cuántas veces he dicho: *¡quiero ser santo!*

El ideal de la santidad ha brillado en la altura.

¡Me llamaba, me atraía, me fascinaba!

Era un momento de Tabor; un momento de iluminación espiritual.

Unos ejercicios, en que la meditación silenciosa nos ha permitido escuchar la voz apremiante de Dios y de nuestra conciencia.

Una enfermedad, que nos da la experiencia anticipada de los grandes engaños ocultos tras los cortinajes de la felicidad mundana.

La lectura de la vida de un santo, que ha realizado un hermoso ideal de santidad: ¡juventud, heroísmo, sublimidad!

Una desgracia que siega todas las esperanzas de nuestra vida humana...

En tanta diversidad de ocasiones, con una independencia que le es característica —*Spiritus ubi vult spirat*—, siempre es la misma inspiración divina la que obra sobre nuestra alma.

Es súbita unas veces, como el rayo que cegó los ojos e iluminó el alma de Pablo.

Es también mansa y suave, como la palabra insinuante del amigo, que llega hasta el fondo del alma.

Es dominadora, insistente, subyugante, como la inquietud que se adueñó del corazón de Agustín.

¿Quién no ha tenido en su vida, uno de esos momentos dulcísimos —*brevis hora*— de iluminación espiritual?

¿Quién no ha sentido entonces el estremecimiento profundo de todo su ser? Todas las fibras de nuestra alma, y a veces también de nuestro cuerpo, han vibrado en un poderoso acorde, que era una sublime aspiración hacia nuestro Dios.

Y repetimos y sentimos hondamente: *¡Quiero ser santo! — ¡Nunc coepi* — Comienzo ahora. ¡Oh, Santidad! ¡oh, ideal fascinador! Corro esta vez hacia ti, voy a aprisionarte seguramente entre mis brazos.

¿Qué importan los sacrificios, la muerte? Paso por todo. ¡Te contemplo ya tan de cerca!

Esta vez sí, ¡Dios mío!, allá voy. No vuelvo atrás. ¡Recibidme!

2. La repulsión de la santidad

Pero... cuando más cerca estaba de ella, la santidad, el ideal que con tal imperio me llamaba, huye otra vez de mí; vase alejando, y se pierde, al fin, de mi vista, allá... más lejos que nunca...

Y quedo yo de nuevo en mi vida real; en esta dura y cruel realidad del mundo de mis pasiones, de mis defectos, de mis debilidades, de mi ignorancia...

Y me pregunto, extrañado: *¿Así soy yo todavía?*

¿Dónde están mis aspiraciones tan vehementes, mis esfuerzos, mis propósitos... mis plegarias?

¿Acaso puedo yo mismo dudar de mi sinceridad?

Y me acuerdo una vez más del que fue arrebatado al tercer cielo, y todavía exclamaba:

No hago lo bueno que quiero, sino lo malo que no quiero...

Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y me tiene cautivo bajo la ley del pecado... ¡Infeliz de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? (*Rom.*, VII, 19, 20, 23 y 24).

¿Qué mayor tortura puede imaginarse? Sentir, o más bien padecer siempre esa inquietud innata que me empuja inexorablemente hacia una vida sublime de perfección, de santidad, hacia el ideal de una unión perfecta de mi inteligencia, de mi voluntad y de mi corazón con Dios...; ¡y que esa inquietud, la más profunda, la más natural y... la más legítima, parezca que nunca ha de llegar a saciarse!

¿Por qué, Dios mío, me habéis creado para Vos, y vivo inquieto el corazón mientras no descanso en Vos, y me parece que nunca llego a descansar definitivamente en Vos?

¡Qué penosas son estas atracciones y repulsiones de la santidad!

3. La angustia de la santidad

Ante esa inquietud insaciada de un ideal de santidad tantas veces perseguido y otras tantas huído, ¿qué hacer?

Dos caminos.

El *abandono* o la *angustia de la santidad.*

¿Abandonarme cobardemente, perezosamente, en los brazos muelles del desaliento; cerrar los ojos al ideal; dejarme guiar ciegamente de mis bajos instintos; dejarme arrastrar pasivamente corriente abajo por mis pasiones, me lleven a donde me lleven?

¡No, eso no puede ser! ¿Quién sabe hasta dónde me llevarían?...

Además, siento que todavía amo; amo todavía a ese Dios, que parece me huye y se esconde. El ideal oculto me atrae también.

¿Entonces habré de *resignarme a una lucha penosa* para conquistar un ideal que tantas veces me ha parecido quimérico; a sufrir toda la vida esa inquietud sin verla saciada, esa perpetua *angustia de santidad?* ¿Habré de estar sufriendo un tormento parecido al del condenado de la fábula, muerto de sed y con el agua casi al borde de sus labios? ¿Creyendo siempre que voy a llegar a la meta, y siempre cayendo en nuevas decepciones?

Ésa es la angustia de la santidad: *¡quiero ser santo... pero me encuentro tan lejos de serlo...!*

¡Quiero ser santo! ¡Cuántas veces me ha parecido que ya lo era...! Pero la inexorable realidad me atormenta. ¿Quién me librará de esta mortal realidad?

4. El heroísmo de la santidad

La lucha por la santidad, sin el consuelo de haberla ya conquistado; la constancia en un esfuerzo que aparentemente resulta ineficaz, no cabe duda que suponen ya cierto heroísmo, al que debe corresponder su corona.

Sí, paréceme que es heroico no dejar caer rendidos por el cansancio los brazos, cuando se prolonga la pelea, y más todavía cuando el triunfo parece cada vez más lejano.

Así nos pasa con nuestro ideal de santidad: aspiramos a él, nos aferramos a él, pero cada vez nos parece que lo vemos menos asequible.

Parece que Dios juega con nosotros.

Nos muestra el ideal; nos hace concebir los grandes deseos, formular irrevocables propósitos, iniciar la marcha; pero llegado el momento decisivo, nuevamente caemos, y nos hallamos como al principio en el camino de nuestra perfección. *¡Hay que comenzar a subir de nuevo!*

Si en medio de estas decepciones permanecemos constantes en nuestro propósito; si en medio del abandono no perdemos la confianza en el Dios que parece nos dejara librados a nuestras fuerzas débiles; si somos constantes en pedir aunque no recibamos, en buscar aunque no hallemos, en llamar aunque no se nos abra, podemos estar seguros de que nuestra angustia por la santidad no es una angustia estéril.

La constancia en la angustia de la santidad es sin duda admirable a los ojos de Dios.

Por eso *—aeternum gloriae pondus—* un peso eterno de gloria será para nosotros su premio: felicitémonos y no nos maravillemos de esta nuestra ingénita angustia de santidad...

¿Quién no la ha sentido?

Los mayores santos han padecido ese tormento. Han pasado las oscuridades penosas de los largos eclipses de su ideal.

Pero... han permanecido constantes, heroicos, en la angustia de la santidad.

5. LA PAZ DE LA SANTIDAD

Sin embargo, aunque sea tan admirable la angustia de la santidad, oigo que Jesucristo nos saluda diciendo: *Pax vobis!* ¿Paz? Sí.

Entre el abandono de la santidad y la angustia de la santidad, ¿no habrá un tercer camino: *la paz de la santidad*? ¿Y no podrá ser éste el verdadero?

¿Querrá tal vez Dios —nuestro Padre— que sus hijos le sirvamos siempre con esa angustia, tanto más dolorosa cuanto parece más legítima?

Es lo cierto que Jesucristo, el que nos revela los secretos del Padre, repite incansablemente a los suyos: *Pax vobis!*

Nosotros, pues, debemos unir *paz y santidad*; la paz en la santidad, la paz de la santidad.

Pero si está tan lejos de mí el ideal de la santidad, ¿cómo puedo tener paz?

Para contestar a esta pregunta debemos contemplar antes de cerca, serenamente, nuestro ideal: *¿qué es la santidad?*, *¿qué es la perfección cristiana?*

Pronto, Dios mediante, reflexionaremos sobre nuestro ideal, sobre la verdadera noción de nuestro ideal: la santidad, la perfección cristiana.

Tal vez entonces oiremos ya, y comprenderemos definitivamente, en el interior de nuestra alma inquieta, el saludo amigable de Jesucristo: *Pax vobis!* ¡Paz!

6. La angustia ficticia

¿Qué es ese ideal de santidad con que tantas veces he soñado, y el que veo con tanta tristeza que siempre huye de mí?

¿Por qué, a pesar de mis deseos y propósitos sinceros de ser santo, debo siempre experimentar la angustia de la santidad, y nunca llego a saciarla?...

Creo que la angustia de la santidad es frecuentemente una angustia ficticia: *que no tiene razón de ser.*

Creo que muchas veces nace en nosotros la angustia de la santidad, porque aspiramos a un falso ideal de santidad.

Nuestros esfuerzos caen entonces en el vacío.

Cuando nos parecía que nos abrazábamos con nuestro ideal, resultó ser él una sombra de santidad, una nueva decepción; inútil empeño abrazar una sombra: quedamos como antes.

Me interesa, por lo tanto, conocer cuál es el verdadero ideal de santidad: es necesario que precisemos nuestras ideas, que fijemos bien la meta hacia donde corremos, para no correr en vano.

Y tanto más, cuanto que puedo muy bien decir que *la única preocupación de mi vida,* a la que se subordinan todas las demás, es la de realizar mi ideal de santidad.

7. ¿Qué es la santidad?

¿Qué es la santidad?

¿Qué es la perfección cristiana?

En materia tan importante no me conviene guiarme por la autoridad propia. Oigamos a los doctores y teólogos de la Iglesia, y por todos ellos, al Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino. Él es quien va a darnos, en sus magníficas lecciones sobre la santidad, las ideas principales.

La *perfección de la vida cristiana,* podemos decir que significa la posesión de todas las virtudes cristianas en *grado perfecto.*

La *santidad* significa dedicación a Dios, unión con Dios.

"Se llaman cosas santas los objetos como el templo y los vasos sagrados", porque se los ha unido a Dios, se los ha separado de los usos profanos y *"aplicado al servicio de Dios"* (*Summa Theol.*, 2ª, 2ae., q. 81, a. 8).

Pero las criaturas racionales no se unen a Dios con sólo esta dedicación externa consagratoria, sino que precisan la consagración interior, la unión interior a Dios por la rectitud de su vida y limpieza de toda mancha interior de pecado.

El alma racional, conformándose con la rectitud de la voluntad divina, *se une a Dios*, es amiga de Dios, es agradable a Dios, *es santa.*

"Así que santidad dícese aquello por lo que el alma se aplica (se une) *ella misma y sus actos a Dios"* (*Summa Theol.*, 2ª, 2ae., q. 81, a. 8).

Cuando hablamos de perfección miramos hacia nosotros, para ver si poseemos las virtudes cristianas.

Cuando hablamos de santidad miramos hacia Dios para ver si estamos unidos a Él, como debe estarlo una criatura racional.

Pero como precisamente el ejercicio de las virtudes cristianas es lo que nos une a Dios, resulta que no hay en realidad diferencia entre la santidad y la perfección.

El que posee las virtudes en grado perfecto es perfecto: el que es perfecto es santo.

Nuestro ideal, por lo tanto, podemos expresarlo igualmente por un ideal de perfección y por un ideal de santidad.

La dificultad surge ahora: ¡es tan difícil poseer todas las virtudes con perfección! Y ¿cómo voy a saber si he llegado a la perfección en alguna virtud y mucho menos en todas? ¡Son tantas!...

Fe, esperanza, caridad, justicia, fortaleza, piedad, paciencia, templanza... ¿Quién puede con tantas virtudes a la vez? ¿No será un imposible para nuestra pobre naturaleza humana la perfección de tantas virtudes juntas?

¡Oh!, no; oigamos cómo nos responde Santo Tomás.

Jesucristo nos manda que seamos perfectos y *"la ley divina no manda cosas imposibles"* (*Summa Theol.*, 2ª, 2ae., q. 184, a. 2).

9. La reina de las virtudes

Debemos dirigir nuestra mirada hacia la esencia misma de nuestro ideal de santidad.

Es la luz que ilumina el castillo.

Es la vida que lo anima.

Es la fuerza que lo sostiene.

Es la reina que lo habita.

Encaminemos, pues, hacia ella todos nuestros esfuerzos, porque si conseguimos que se instale en nuestra alma nos habremos abrazado con nuestro ideal de santidad.

¿Cuál es la esencia de la perfección cristiana?

Santo Tomás nos lo repite insistentemente, y con él todos los teólogos, ascetas y místicos de la Santa Iglesia.

La esencia de la santidad y de la perfección cristiana es *la caridad.*

Escuchemos al Doctor Angélico:

"*Cada cosa se dice perfecta en cuanto alcanza su propio fin, que es la última perfección. Ahora bien*, la caridad *es la que nos une con Dios, que es nuestro último fin; porque, como dice San Juan, el que permanece en la caridad está unido a Dios, está en Dios, y Dios en él*; por lo tanto, la perfección de la vida cristiana consiste especialmente (esencialmente) en la caridad" (*Summa Theol.*, 2ª, 2ae., q. 184, a. 1).

10. ¿Y LAS OTRAS VIRTUDES?

La perfección y la santidad comprenden no solamente la caridad, sino también las otras virtudes. Pero porque *todas las virtudes se dirigen como a su fin a la caridad* (*Summa Theol.*, ibídem) es ésta, es el amor de Dios, en definitiva, el que determina el grado de perfección o de santidad en un alma.

Forman todas las virtudes el castillo esbelto de la santidad.

Pero ¿qué es él cuando le falta la luz que lo ilumina y la reina que lo habita?

No es ya un palacio, sino un sepulcro.

He aquí lo que sería un alma adornada de todas las virtudes, si le faltara la caridad.

Otra comparación:

El cuerpo humano consta de diversos miembros, de diversos sentidos y potencias, pero todo en él está ordenado a la vida, y sin la vida el cuerpo mismo se deshace.

Cuando oigo decir que la caridad es la vida del alma, debo comprender la supremacía de la caridad sobre las otras virtudes y el significado de la frase *la caridad es la reina de todas ellas.*

A la caridad siempre acompaña la gracia santificante, si ya no es la gracia misma, y la gracia es la vida sobrenatural del alma.

Todas las demás potencias y virtudes y actos del alma sirven a la caridad, y sin la caridad, ellas no tienen ningún mérito ni confieren la santidad.

¿Qué valen unos ojos hermosos en un cuerpo muerto?

11. UNA SOLA COSA ES NECESARIA

La santidad, mi ideal, se reduce a una sola cosa: el amor.

Yo pensaba que era esencial para la santidad, para llegar a mi ideal de perfección cristiana gozar de un grado extraordinario de oración, como Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz.

O poseer el celo abrasador que me impulsara a realizar las empresas apostólicas de un San Pablo o un San Francisco Javier.

O adquirir un dominio de mi carácter que igualara la mansedumbre de un San Francisco de Sales.

O vivir en la continua mortificación de mi naturaleza soberbia, hasta ser humilde y pobre como el pobre de Asís.

Santo Tomás me dice: *¡la perfección de la vida cristiana consiste esencialmente en la caridad!* Y lo había aprendido de la Iglesia, a quien enseñó San Pablo que aunque tenga la fe que traslada las montañas, y otras altísimas virtudes, si no tengo caridad, nada soy ante Dios; no soy santo.

Esto simplifica la visión de mi ideal.

Fatiga a nuestra naturaleza extender su vigilancia a mil defectos que corregir y a mil virtudes que necesitamos para adquirir la perfección.

Pues bien; atendamos a una sola cosa: miremos a lo esencial; pongamos a Dios en el centro de nuestro corazón y todos los ídolos irán cayendo uno a uno.

Esto simbolizaba en los santos aquella fusión de corazones, en que Jesucristo ya cambiaba su Corazón por el de sus santos, ya tomaba los corazones de sus escogidos y los metía dentro del propio.

Ellos no pensaban desde ese momento, sino que en todo amaban a su Dios.

Sabían descubrir en cada una de sus obras la señal del amor que más o menos perfectamente, más o menos expresamente llevan todas las obras que conducen al cristiano hacia la santidad.

Y éste era el secreto del ímpetu con que, ayudados de la gracia, corrían hacia su ideal.

Todas sus fuerzas tendían a un solo objetivo; no había distracciones inútiles de nuestras ya limitadas energías humanas, que retardaran su paso.

¿Por qué no ha de ser éste también nuestro secreto?

12. EL HIMNO DEL AMOR

No pensemos más, en adelante, que nuestro ideal de santidad consiste precisamente en el penoso trabajo de extirpar de raíz esa serie de defectos que hallamos en nosotros, en ejercitar esas virtudes o en seguir esa vida de abnegación que tanto nos cuesta.

Miremos al fin único adonde tiende todo el trabajo ascético de la vida cristiana. Pensemos que en todos nuestros esfuerzos por adquirir la perfección está envuelta ya la realización del ideal de la santidad cristiana, la unión con Dios por el amor.

Sí, entonces nuestra vida toda se nos presenta como un himno de amor a Dios, que brota continuamente de cada una de nuestras acciones.

Todas nuestras buenas obras son una expresión, una realización de nuestro amor hacia Dios. Y amor del más fino, porque como nos dice Jesucristo:

El que me ama, guardará mi palabra (*Ioan.*, c. XIV, v. 23), *cumplirá mi voluntad.*

¿Qué importa que no experimentemos el efecto sensible del amor?

El que cumple mis mandamientos, ése es el que me ama (*Ioan.*, c. XIV, v. 21).

Nuestro cumplimiento de la voluntad de Dios, es amor de Dios.

La resignación en el sufrimiento, es amor de Dios.

El trabajo por perfeccionar mi carácter, es amor de Dios.

Sufrir con paciencia a los demás, es amor de Dios.

Desear la salvación de las almas, es amor de Dios.

Realizar grandes empresas apostólicas, es amor de Dios.

Dejar caer una palabrita cariñosa sobre el dolor ajeno, es amor de Dios.

Las penitencias y ayunos espantosos de los grandes monjes del desierto, son amor de Dios.

La insignificante mortificación que impongo a mis ojos de no mirar una cosa que me atrae, es amor de Dios.

Meditar y orar, es amor de Dios.

La contemplación extática de Santa Teresa, es amor de Dios.

Las sencillas avemarías que reza el niño antes de acostarse, junto a su cama, son amor de Dios.

Rendir a Dios el culto y adoración debidos, es amor.

Y si el Apóstol San Pablo nos dice que en todo cuanto hagamos, aun en las acciones más ordinarias de nuestra vida, como el comer y beber, glorifiquemos a Dios, podemos muy bien afirmar que:

Toda nuestra vida, aun nuestras más pequeñas e indiferentes ocupaciones tomadas con intención de cumplir la voluntad de Dios, es la realización de nuestro ideal de santidad, es amor de Dios.

Todo en la vida del cristiano es amor.

Por eso exclama S. Ignacio de Loyola, resumiendo todas las aspiraciones de la santidad cristiana: *Dadme vuestro amor y gracia; que esto me basta.*

13. ¡VUESTRO AMOR Y GRACIA ME BASTAN!

He aquí nuestro verdadero ideal.

Porro unum est necessarium. Una sola cosa es necesaria.

¡Y ella sola me basta!

¡Oh, Señor, en medio de todas las oscuridades y de todas las angustias de esta vida, me sostiene y me consuela el pensamiento de que hay en mí una centellita de vuestro amor!

Dice muy bien el Kempis (lib. III, c. 5), que *sine dolore non vivitur in amore*: sin dolor no se puede vivir en el amor; pero también es muy cierto que, inversamente, *sin amor no se puede vivir en el dolor.*

¿Quién podría sostenernos día tras día en el esfuerzo continuado hacia nuestro ideal, sino el amor?

Cuando amamos a una persona, ¿no se nos hacen suaves los sacrificios que por ella realizamos?

¿Quién sostiene a la madre día y noche sin fatiga junto al lecho del hijo o de la hija enferma, sino el amor?

Es que no miramos el sacrificio, sino el amor.

Podríamos aquí repetir los himnos incomparables entonados en los sagrados libros al amor, que *es fuerte como la muerte.*

La supremacía de la caridad ha sido cantada en frases henchidas de suavidad por el Apóstol y Evangelista del amor, en su Evangelio y en sus cartas.

Al fogoso y enérgico San Pablo no se le ocultó que es la caridad lo más precioso de la vida cristiana.

En algunos fragmentos de sus cartas falta sólo la forma métrica para que los podamos llamar ardientes estrofas de un himno a la caridad.

Os muestro un camino más sublime.

Si no tengo caridad, aunque tenga el don de lenguas de los hombres y de los ángeles, soy como la campana que resuena...

Y aunque tenga el don de profecía, y conozca todos los misterios y posea la ciencia toda; y aunque tenga toda la fe necesaria para trasladar los montes, si no tengo caridad, nada soy.

Y aunque distribuya en limosna todas mis riquezas, y aunque llegue a entregar mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, de nada me sirve (*I ad Cor.*, c. XII, v. 31; c. XIII, v. 1-3).

La caridad abroga todas las virtudes.

La caridad nos acompañará eternamente, porque reinará más que nunca en el cielo, donde en cambio no existirán la fe y la esperanza, porque ya veremos a Dios y lo poseeremos seguramente.

Pero ahora, en este mundo, están juntas la fe, la esperanza y la caridad; de estas tres virtudes es la mayor la caridad (ibídem, v. 13).

14. El amor y el ascetismo cristiano

Finalmente, para que comprendamos una vez más cómo el amor es el principio vital último y el más fecundo de nuestra vida cristiana; cómo él hace posibles y suaves nuestros grandes sacrificios con que tendemos hacia Dios y realizamos nuestro ideal de santidad; cómo él es ese foco de luz y de alegría, que brillando sobre el castillo ideal de nuestra santidad ilumina sus oscuridades y sus asperezas, entonemos también nosotros el cántico del amor con que Tomás de Kempis inunda de luz y suavidad celestial las austeras páginas de la *Imitación de Cristo y desprecio del mundo* (libro III, cap. V):

Gran cosa es el amor; él es nuestro mayor bien, porque él solo hace suave todo lo pesado, y sobrelleva con ecuanimidad las cosas más diversas.

Porque lleva el peso como si no pesara, y vuelve dulce y sabroso todo lo amargo.

El amor noble de Jesús nos impele a obrar grandes cosas y desear siempre mayor perfección.

El amor quiere estar siempre en lo alto, y no ser detenido por las cosas bajas de este mundo.

El amor quiere ser libre y alejado de todo afecto del mundo ...

Nada más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más sublime, nada más amplio, nada más agradable, nada que más llene, nada mejor en el cielo y en la tierra: porque el amor ha nacido de Dios y no puede descansar más que en Dios, sobre todas las cosas creadas.

El que ama vuela, corre y se alegra, es libre y nada le detiene ...

No mira a los dones, sino que se vuelve siempre hacia el donante, sobre todos los bienes.

El amor no conoce límites, porque es ardiente sobre todo límite.

El amor no siente el peso, no tiene en cuenta los trabajos; quiere más de lo que puede; no se detiene ante lo imposible, porque juzga que todo le es posible y que todo le está bien.

El amor está siempre en vela, y aun cuando duerme no pierde el cuidado.

Fatigado, no se cansa; angustiado, no se aflige; aterrado, no se conturba, sino que como llama viva y fuego ardiente salta hacia arriba, y pasa seguro por todo.

Éste es el himno del amor, cantado por el asceta más universal del cristianismo.

No se puede decir más de la excelencia, y de la dulzura y de la fuerza arrolladora del amor que arrebata el alma hacia Dios, con una suavidad insensible, a través de las mayores dificultades.

15. Lo inefable del amor

No parece que se pueda decir más.

Y, sin embargo, falta decir lo principal.

Lo principal es ese profundo sentimiento que experimenta en su interior el que ama, y que se apodera despóticamente de todo su ser.

Es él la causa de los maravillosos efectos cantados por el autor de la *Imitación de Cristo.*

Pero a ese profundo sentimiento es imposible describirlo.

El que no lo ha experimentado, nunca lo entenderá.

Como el ciego de nacimiento nunca imagina los colores de la flor que nunca vio.

Por eso Kempis renuncia a describir lo principal del amor, y apela a nuestra experiencia, cerrando su himno con esa frase de impotencia y de silencio sublime:

El que ama sabe lo que esta palabra está clamando.

¿Has amado alguna vez?

Pues ya sabes lo que es ese clamor del alma que con un ardiente y silencioso afecto dice a su Dios:

Dios mío, amor mío, Tú todo mío y yo todo tuyo.

* * *

¿No se nos haría más fácil nuestro ideal de santidad si comprendiéramos que en todas nuestras acciones podemos vivir y realizar este sublime ideal del amor a Dios?

16. Nueva angustia de santidad

Reanudemos ahora nuestras primeras reflexiones sobre las causas de nuestra angustia de la santidad.

Simplificando cada vez más nuestro ideal de santidad y de perfección cristiana, hemos visto que se reduce a una sola aspiración:

La unión con Dios, nuestro último fin.

Es el abrazo del alma con su Dios.

Esa unión con Dios la realizamos por el amor.

Y ese amor de Dios puede y debe iluminar, en una u otra forma, todas las acciones de nuestra vida.

¡Qué consuelo pensar que en todos los momentos de nuestra vida podemos realizar nuestro anhelado ideal: *amar a Dios*!

Pero al concretar así nuestro ideal se reaviva más que nunca nuestra angustia de santidad.

Ahora con toda su fuerza.

Porque vemos claramente el fin adonde debemos llegar.

Pero también sentimos todo el peso de la pena de vernos tan lejos de él.

Si el ideal de la santidad es el amor perfecto de Dios, encuentro esa perfección infinitamente alejada de mí.

Si miro a Dios, ¿cuándo llegaré a amarle como Él se merece?

Si miro a mi corazón, lo veo tan apegado a sí mismo y a todo lo que no es de Dios, lo hallo tan inconstante y tan débil, que me pregunto si llegaré algún día a realizar el ideal que vislumbro de entregarlo completamente a Dios.

¿Cuándo llegaré a ese estado, en que parece vivían los santos?

¿Cuándo lograré que éste mi corazón de carne ame a Dios con todas sus energías y hacia Él se dirija en cada momento?

¿Cuándo?... ¡Nunca!

¿Nunca? Sí, nunca.

Porque el ideal de santidad a que parece aspirar esa angustia es:

Una perfección de la vida cristiana imposible.

Un amor de Dios imposible.

Una santidad imposible.

17. La santidad imposible

Es el mismo Doctor Angélico quien nos da esa respuesta que parece desalentadora a primera vista.

Oigámosle hablar en la *Summa Theologica* acerca de esa *santidad imposible* (2ª, 2ae., q. 184, a. 2).

Tratando de la perfección de la vida cristiana, que según se ha dicho consiste en la caridad o amor de Dios, podemos considerar tres clases de perfección:

1ª) *Una perfección absoluta que se mide no sólo de parte del que ama, sino de parte del objeto amado, en cuanto que se ama a Dios todo cuanto es digno de ser amado: y esta perfección* no es posible a ninguna creatura, *sino sólo a Dios.*

Esto es fácil de comprender.

Querer amar a Dios, Ser infinitamente amable, como Él se merece, sería para la creatura más difícil que poner toda el agua del océano en un pequeño hoyo de arena.

Amar a Dios, como Él se merece, es una santidad propia del mismo Dios, e imposible para la creatura.

Ni los mayores santos, ni la misma Reina de los Ángeles y de los Santos y Madre del mismo Dios, pudieron aspirar a esa santidad.

Pero ¿no podré amar a Dios con todas las energías de mi corazón, con todo lo que mi ser permite?

Responde nuevamente el Santo Doctor:

2ª) *Otra clase de perfección en el amor se mide por la capacidad absoluta del que ama: en cuanto el afecto según toda su capacidad se dirige siempre y actualmente a Dios.*

¿No es verdad que ésta es la santidad a que aspiramos?

¿Amar a Dios con toda nuestra capacidad y siempre?

¡Pues también esa santidad es *imposible*!

De ella dice Santo Tomás: ...*y esta perfección* no es posible *en esta vida... El estado de la vida presente no permite* —non

patitur— *que el hombre siempre y actualmente dirija su amor hacia Dios* —semper actu feratur in Deum—.

Descubro en estas palabras de un Doctor de la Iglesia y de un Santo, uno de los fundamentos erróneos de mi angustia por la santidad.

¿Cómo se ha de calmar nuestra sed atormentadora de santidad, si aspiramos a un ideal de santidad imposible?

Y aspirar a un ideal de santidad imposible no sirve sino para atormentarnos y para apartarnos desalentados tal vez del verdadero ideal, de nuestro ideal de santidad.

¡Cuántas veces ha sido ésta la causa de nuestros mayores desengaños!

18. LOS DESENGAÑOS DE LA SANTIDAD IMPOSIBLE

La historia de las almas que aspiran a una *santidad imposible* es siempre la misma.

Historia de desengaños de la vida espiritual.

Historia de fracasos y de retrocesos.

Historia de esfuerzos inútiles.

Y, lo que es peor, historia, a veces, de apartamiento de Dios.

Vamos a describirla.

Estoy haciendo los Santos Ejercicios. Desfilan ante mis ojos, en pocos días, como en película de cine, las eternas verdades del amor y de las amenazas de Dios; mis grandes ingratitudes y mis grandes obligaciones; se desplegó ante mis ojos un inmenso horizonte de santidad.

Al contemplarlo, en esos momentos de iluminación espiritual, brota en mí un inmenso deseo y una firme resolución de llegar a ese estado ideal de santidad que vislumbro.

Hasta las pasiones, que más obstáculos me presentan, parecen ahora ponerse mansamente a mi servicio. Mi sensibilidad *se siente* fuertemente atraída por el ideal de ser santo, y le parece imposible volver a *sentir* lo contrario.

El alma y el cuerpo, el espíritu y la carne, la razón y la sensibilidad, ya se tienen por amigos perpetuos, cuyo único afán será vivir siempre y actualmente amando a Dios con toda la capacidad propia, sin buscarse a sí ni a las creaturas por sí mismas.

Luego estudio las dificultades que se me van a ofrecer.

Y con el espíritu de juventud y confianza propio de todos los momentos ardorosos, trazo mis planes, hago cálculos y propósitos, prevengo las ocasiones, determino hasta los últimos pormenores.

Se parece entonces mi alma a un general, que, antes de la batalla, va señalando las etapas de la lucha, los puntos débiles propios y del enemigo, los refuerzos necesarios, y, seguro de una gran superioridad, contempla ya en el mapa todo el alcance de su victoria.

Y ¿por qué no? Unos golpes bien dados a mi soberbia o pereza, unos propósitos inquebrantables, una vigilancia y represión policial de mis movimientos desordenados interiores y exteriores, un recurso continuo a la oración, y pronto llegaré al perfecto dominio de mí mismo, a obrar siempre y en todo con la mayor perfección, a que toda mi capacidad de amor se dirija siempre y en todo momento a Dios: *¡así* —pienso— *vivían los santos!*

Los desengaños de aspirar a tal santidad son muy dolorosos.

¿Quién no los ha experimentado en sus primeras tentativas, faltas de experiencia, hacia una vida santa?

Pasados unos meses, tal vez unos días, la realidad nos dice que habíamos construído en el aire.

En la primera ocasión que se nos ha presentado, nuestro carácter nos vuelve a hacer traición. Hemos vuelto a caer.

Propusimos ser un modelo de mansedumbre, y acabamos de perder la paciencia ante una broma sencilla o un descuido involuntario de otra persona.

Y lo que pasa con la paciencia, pasa con la vanidad y la soberbia y la sensualidad y la disipación...

¿Qué sucede?

19. UN EXAMEN DE CONCIENCIA

Algunas almas se cansan con esta primera experiencia y no se preocupan ya de hacer más propósitos que consideran ser perfectamente inútiles.

Han fracasado para siempre en el camino de la santidad.

Su historia ha terminado en los anales de los santos.

Otras almas, cuya historia seguimos, ante el primer fracaso de sus planes vuelven angustiadas al examen y al análisis y consultas sobre esta decepción en su ideal.

Veamos cuál es su examen de conciencia.

Es muy posible que se echen las culpas a quien no las tiene.

Prescindamos del caso en que se presentan excusas menos confesables, como sería la de echar las culpas al prójimo.

Pero con frecuencia se aducen con pena estos motivos:

No recurrí debidamente a la oración.
Confié demasiado en mí mismo.
Fue presunción.
El propósito no fue bastante serio.
¿Qué decir de estas acusaciones?
Cuando se trata de un alma que busca sinceramente la santidad, no son éstas las verdaderas razones, a lo menos de ley ordinaria.
No existen tales faltas.
El propósito fue serio, como en el asunto más serio que puede llevarse entre manos.
No fue presunción, porque la conciencia me dice que una y otra vez reflexioné sobre mi impotencia y mi necesidad de la gracia de Dios.
Que pedí e insté en la oración para esto más que para otro asunto, es fácil comprobarlo.
Entonces... ¿echaré las culpas a Dios, porque me ha dado este carácter tan débil o porque no me ha ayudado más?
Nada de eso. Dios me ha dado una naturaleza con la que puedo ser santo, y Él siempre hace todo lo que debe.
Estemos tranquilos que por parte de Dios no quedará.
¿La conclusión?... Es clara: Yo he hecho todo lo que he podido: Dios ha hecho todo lo que debía; ¿y aun así, no he llegado al ideal de santidad con que soñaba? Es que era ese ideal *imposible*: aspiraba a un ideal de santidad imposible; a aquella santidad de la que dice Sto. Tomás:
La perfección de la caridad, si se la considera según la capacidad absoluta del que ama... no es posible en esta vida (2ª, 2ae., q. 184, a. 2).

20. La santidad humana

¿Quiere todo esto decir que debemos renunciar a llenar y calmar nuestros grandes deseos de santidad, y que deberemos contentarnos con una vida mediocre, dejándonos guiar por nuestra naturaleza enferma y mal inclinada?
¿Vamos a dejar caer los brazos, desalentados, porque es imposible llegar hasta nuestro ideal de santidad?
De ninguna manera.
Recordemos nuevamente que Jesucristo nos lo manda: *Sed perfectos*... Y Jesucristo no manda cosas imposibles.

Sólo que no debemos aspirar a una santidad imposible para nuestra naturaleza, sino a aquella santidad que es propia de nuestra naturaleza humana: a una *santidad humana.*

Porque es evidente que una es la santidad propia de Dios.

Y otra la santidad propia de los bienaventurados en el Cielo, que no pueden dejar de amar a Dios.

También es otra la propia de los seres puramente espirituales, como los ángeles.

Y otra, en fin, la santidad propia de los seres compuestos de cuerpo y alma, con todas las dificultades que la parte material crea a la parte espiritual, y con todas las dificultades de un período de prueba. Tal es la santidad humana.

¿Y cuáles son los caracteres de esta *santidad humana*?

21. Caracteres de la "santidad humana"

Oigamos nuevamente al Doctor Angélico.

Nos habla de la tercera clase de santidad: lo que aquí llamamos *santidad humana.*

Humana, porque es propia de nuestra naturaleza (siempre ayudada por la gracia) y del estado actual de prueba y debilidad en que se halla.

La tercera clase de perfección (santidad) no se mide ni por ser completa de parte del ser amado, ni de parte del que ama, cuanto a estar siempre y actualmente dirigido hacia Dios, sino cuanto a esto: que se excluya (de nuestra vida) todo aquello que se opone al amor de Dios (*Summa Th.*, 2ª, 2ae., q. 184, a. 2).

Pero si la santidad humana excluye *todo aquello que se opone al amor de Dios*, ¿no admitirá la más mínima falta? Y ¡yo cometo tantas!

No las excluye, nos dirá S. Tomás, porque dentro de la santidad y de la perfección hay grados.

Pero notemos muy bien que todos estos grados están *dentro* de la perfección.

En esta perfección se pueden considerar dos grados: uno *en que se excluye del afecto del hombre todo aquello que es contrario a la caridad, como es el pecado mortal; y sin esta perfección no puede existir la caridad, por lo cual es necesaria para la salvación; otro* grado *en que se excluye del afecto humano no sólo cuanto es contrario a la caridad, sino todo aquello que puede impedir que el*

afecto de la mente se dirija totalmente a Dios; y sin esta clase de perfección puede existir la caridad (gracia santificante, santidad).

Por otras afirmaciones de S. Tomás veremos hasta qué punto puede realizarse este segundo grado de perfección en esta vida.

Hemos querido traducir la enseñanza completa del Doctor Angélico, porque, como más adelante veremos, es de gran consuelo para las almas que sufren la angustia de la santidad.

Ahora sigamos viendo en particular los caracteres de la santidad humana.

22. De camino hacia lo infinito

He aquí la primera cualidad de la santidad humana: imposible para la creatura.

No tiene límite fijo.

El ideal es infinito: ¡Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto...!

En cada grado adelantado, descubrimos un nuevo horizonte.

Por eso la angustia de la santidad se daba, en cierto sentido (no separada de la paz), en los más grandes santos: en cada momento vislumbraban un ideal más allá, indefinidamente más allá de su realización actual.

Pero ese ideal de lo infinito, ya hemos visto que es imposible para la creatura.

El ideal de la creatura *está en tender hacia Dios*; y en *tender hacia Dios siempre más*; en estar orientada hacia esa dirección, en ese *hacia.*

En este mundo nunca podemos decir: *¡ya he llegado a la meta; ya puedo descansar! ¡Ya soy bastante santo!*

No, nuestro oficio esencial en este mundo, la razón fundamental de nuestro existir, es *avanzar* en esa orientación hacia Dios.

Si avanzamos en esa orientación hacia Dios, realizamos en cada momento nuestro hermoso ideal de santidad en este mundo.

Pero es ideal que hay que hacerlo *en cada momento.*

Con mucha precisión teológica se llama al estado del hombre en esta vida *status viae* (estado de camino) y a los hombres *viatores* (caminantes).

El ideal del caminante, mientras no ha llegado al fin, es *caminar.*

Su mayor felicidad en medio de los trabajos del camino (¡son tantos los de este camino del mundo!) es pensar que se va acercando, que avanza.

Porque avanzar ya es una esperanza, una posesión anticipada de la meta.

¿Por qué, pues, angustiarnos por no poseer en el momento presente lo que sólo más tarde podremos obtener?

23. ¿Impecabilidad?

Uno de los caracteres de la santidad humana en este mundo es el de no llegar nunca al fin. *Viatores*. Caminantes siempre.

Avanzar siempre más; ése es nuestro ideal.

Pero... si yo supiera que avanzo.

Si yo supiera que ese mi deseo de ser santo, de ser santa, lo voy realizando en cada momento...

Tantas faltas, tantas debilidades, tantos pecados...

¿Es esto avanzar?

¿Es esto realizar, vivir mi ideal?

¿Esta vida de pecado, es la santidad?

Tan angustiosas preguntas se fundan con frecuencia en una aspiración imposible para la santidad humana; es la aspiración de llegar a tan alto grado de perfección, cual pensamos que tenían los santos, en que ya nunca volvamos a caer en nuestros pecados y faltas.

Pero nos olvidamos de uno de los caracteres más inseparables de la santidad humana:

¿Cómo podría esta frágil naturaleza humana llegar a la *impecabilidad*?

La santidad humana nunca se ve libre de pecados y faltas: y mucho menos enteramente libre de volverlos a cometer.

Es un carácter inseparable de la naturaleza humana el de la fragilidad, el de estar siempre en *estado de peligro*, expuesta a perder en un momento cuanto había ganado con mucho trabajo.

Hubo en la Edad Media quienes levantaron la bandera de la impecabilidad humana en esta vida.

El hombre, decían, *en la vida presente puede subir a tan alto grado de perfección que llegue a ser del todo impecable, y no pueda ya crecer más en gracia.*

Y añadían que, llegado a ese estado, el santo ya no debía ni orar, ni ayunar, ni vencerse, ni siquiera preocuparse de guardar los mandamientos.

¿Para qué, si ya era perfecto e *impecable*?

La Iglesia condenó justamente esta doctrina perniciosa.

El carácter de inseguridad de nuestra santidad nos obliga a estar siempre alerta.

Nos hace depender en cada momento de la mano paternal de Dios. Sin su gracia, y gracia de una especial condición, ningún justo puede perseverar mucho tiempo sin caer en el pecado venial, y hasta mortal.

Pero lo que ahora más nos interesa es *el hecho.*

¿Cómo concede Dios esa gracia de preservar de pecado a las almas que ponen de su parte la correspondencia necesaria para perseverar en la gracia de Dios y crecer en perfección?

24. LOS DEFECTOS EN LA SANTIDAD

Respecto de los pecados mortales esa gracia está a disposición de todas las almas.

Todas pueden evitarlos, y, a Dios gracias, son muchas las almas que pasan largos años y toda la vida sin cometer un pecado mortal.

Es esto lo ordinario en las personas consagradas a Dios; pero también se vé en muchas personas piadosas seglares.

¿Y los pecados veniales? ¿Podremos llegar a vernos libres de ellos?

La santidad humana ayudada de una especial gracia de Dios, que no se niega a ninguna alma que trabaja por conseguirla, puede llegar a evitar todos los pecados veniales *deliberados.*

Deliberados significa algo así como con *premeditación,* o plenamente advertidos y con plena adhesión de la voluntad.

Pero hay una clase de pecados que de ningún santo sabemos que tuviera el privilegio de evitarlos. Son los pecados veniales semideliberados, cometidos más por fragilidad o falta de previsión que por malicia.

Sólo la Reina de los Ángeles y Santos gozó de ese privilegio especialísimo.

Nunca, pues, podremos nosotros vernos libres de tales pecados.

Aun llegados a un grado altísimo de santidad, nuestra santidad será *humana,* y tendrá por lo tanto ese sello

de avances y retrocesos,
de caídas y victorias,
de marchas en línea recta y de grandes y misteriosos rodeos.

25. LAS FALTAS DE LOS GRANDES SANTOS

Con frecuencia nos imaginamos a los grandes santos como personajes ideales:

Un San Pedro o un San Pablo, un San Francisco de Asís o un San Ignacio de Loyola, un San Luis Gonzaga o una Santa Teresa de Jesús...

¿Cómo podemos imaginar que ellos se dejaran llevar algunas veces de sus pasiones, aun en cosas pequeñas, y que detrás de su aureola de santidad apareciera también a veces la debilidad humana?

¿No es cierto que, instintivamente, por el elevado concepto que tenemos de la santidad, vemos en los santos, en los grandes santos, en los ya canonizados, por ejemplo, a personajes que no parecían de este mundo?

Quorum conversatio in caelis est... Parecían ciudadanos de los cielos.

Oración sin distracciones.

Unión perfectísima con la voluntad de Dios.

Caridad purísima.

Maravilloso dominio de sus acciones, etc.

Y sin embargo, es otra la realidad.

Los santos, aun los grandes santos, eran de carne y hueso como nosotros.

Tenían sus pasiones, sus defectos de carácter.

Sentían como nosotros, muchas veces, y toda su vida, repulsión por lo bueno y atracción por lo malo.

La lucha interior que se trababa en su corazón era tal vez tan violenta como en los demás mortales.

Es cierto que vencían siempre al pecado mortal.

Más aún, mantenían su corazón limpio de todo afecto habitual desordenado.

Era el fruto de la gracia y de su trabajo ascético constante, heroico.

Pero al mismo tiempo les era imposible sustraerse a ciertos pequeños defectos de carácter, ligeras debilidades humanas, pecados veniales, cometidos por flaqueza o imprevisión.

Tengo que decir que en esta vida aquellos que son perfectos dan a conocer en muchos casos las consecuencias de la fragilidad de esta vida presente, con sus pecados veniales... (*Summa Theol.*, 2ª, 2ae., q. 184, a. 2).

"Aun los mismos santos cometen algunas veces faltas por sorpresa, dejándose llevar momentáneamente, por irreflexión o flaqueza de voluntad, del descuido en los ejercicios de piedad, de juicios o palabras contrarios a la caridad, de mentiras leves para excusarse" (Tanquerey, *Compendio de Teología Ascética y Mística*, nº 724).

Sin embargo, estas faltas humanas de los santos no les impedían llegar a una gran perfección.

¿Por qué?

Con lo dicho en párrafos anteriores se puede adivinar la respuesta.

Pero consideremos una vez más

28. EL PROBLEMA DE LAS FALTAS

Es éste el mayor tormento, tal vez, de los que aspiran a la perfección, y en general de todo el que desea ser mejor de lo que es. Porque no hay cosa más desagradable y que más cueste entender que ésta:

Yo deseo sinceramente corregir mis defectos; lo propongo y me parece que trabajo para ello.

¿Por qué, pues, tengo que volver a encontrarme cada día con las mismas faltas?

Éste es el *problema de las faltas* que siempre nos resulta algo misterioso, incomprensible.

Y es que parece entrar en los misteriosos designios de la Providencia el permitir siempre algunas faltas que, sin impedirnos la conquista de la santidad, nos recuerden el estado de inseguridad y de lucha en que vivimos, nos mantengan en continua humildad y dependencia de Dios y sean un motivo más para acercarnos a Él.

Y podemos añadir más: que en definitiva son para nosotros nuestras faltas una fuente de gloria.

Una comparación familiar a la Sda. Escritura nos revela el sentido profundo, misterioso y glorioso de nuestras faltas.

Milita est vita hominis... Es una vida de soldado la del hombre en este mundo. Somos soldados, somos combatientes, somos luchadores.

Pues si los cristianos somos combatientes, ¿hay que extrañar que recibamos polvo y heridas?

El que logra dominar en definitiva al enemigo, ése es el vencedor.

¿Qué importa que haya recibido algunas leves heridas y que venga cubierto de polvo?

Más aún, las heridas son la señal más gloriosa cuando no han sido infligidas por cobardía o falta de valor, sino por la violencia del combate.

¡Y es a veces tan violento el combate del cristiano!

Heridas leves y polvo son nuestros pecados veniales, sobre todo los de fragilidad, y nuestros defectos.

Pero ¡cuán gloriosas son esas heridas!

¡Cuántos combates y cuán grandes victorias suponen!

27. ¿Avanzamos o retrocedemos?

Aunque las faltas encierran un misterio en el camino de la santidad, nos interesa saber, a lo menos de una manera general, el resultado de nuestros esfuerzos.

Y no dudo que si conseguimos saber esto, hallaremos la verdadera fuente de la paz en la santidad.

Porque nada puede traer tanto sosiego a nuestra alma como la conciencia de que vamos adelantando en la santidad.

De que nuestra vida al crecer en edad *—Jesús crecía en edad y en gracia—* crece también en santidad delante de Dios.

Ahora bien, en medio de tantas faltas, de tantos retrocesos y desvíos del camino recto, de tantas arremetidas y contramarchas, que son el sello de la santidad humana, *¿adelantamos o no adelantamos?*

¿Avanzamos o retrocedemos?

¿Nos acercamos a nuestro ideal de santidad o quedamos tan lejos como antes?

Reflexionemos para contestarnos sinceramente.

Como ya sabemos, la santidad consiste ante todo en la unión con Dios. A Dios nos unimos por el amor que vive habitualmente en nuestra alma por la gracia santificante.

Así que la pregunta ¿avanzamos o retrocedemos?, podemos cambiarla por esta otra: *¿crece o decrece en mi alma el amor de Dios?, ¿crece o decrece en mi alma la gracia santificante?*

Aunque nadie puede saber con certeza absoluta si está o no está en gracia de Dios, puede, sin embargo, tener certeza moral de ello suficiente para poder vivir tranquilo en lo que a este punto se refiere.

Si examinas tu conciencia y no ves en ella pecado mortal alguno, o porque no lo has cometido, o porque los que recuerdas ya los has confesado, puedes con tranquilidad pensar que estás en gracia de Dios.

Ahora puedo contestarte en seguida.

¿Estás en gracia de Dios?

Pues avanzas, avanzas y avanzas siempre.

¿Hace mucho tiempo que vives en gracia de Dios?

Pues has avanzado mucho.

¿Hace tal vez muchos años que vives en gracia de Dios?

Pues has avanzado mucho, muchísimo.

¿Cómo?

¿Y las faltas? Tantas faltas...

¿Y los pecados veniales? Tantos pecados veniales...

Te digo que ni las faltas, ni los pecados veniales, te han impedido avanzar mucho, muchísimo.

Claro está que hubieras avanzado mucho más sin las faltas y los pecados veniales; pero aun con ellos has adelantado mucho, muchísimo.

28. LO QUE DICEN LOS TEÓLOGOS

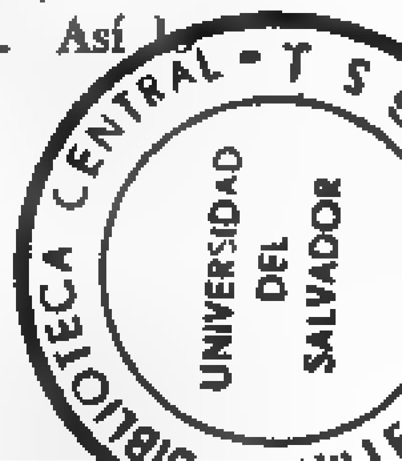
Los teólogos, recogiendo y explicando las divinas enseñanzas de la Iglesia, nos recuerdan tres verdades muy consoladoras.

1ª) Que el alma que está en gracia de Dios recibe un aumento de gracia y de santidad en todas las obras buenas o indiferentes que hace.

Así su gracia santificante, y con ella todos los hábitos de las virtudes infusas, aumenta no sólo cuando comulga, se confiesa, reza o hace alguna obra de caridad, sino también en todas las acciones ordinarias de su vida: pasear, comer, estudiar, conversar... Basta para ello, que tenga buena intención de agradar a Dios.

2ª) Que el alma que ha llegado a un grado de gracia nunca retrocede a un grado inferior; sino que, o la pierde toda por el pecado mortal, o la conserva y aumenta siempre.

3ª) Que el alma que ha perdido toda la gracia por el pecado mortal, si éste se perdona, vuelve a recobrar toda la gracia, o sea el mismo grado de gracia y de méritos que tenía antes. Así lo afirman comúnmente casi todos los teólogos.



29. HISTORIA DE TU SANTIDAD

Teniendo presentes estas verdades podemos reconstruír la *historia de tu santidad.*

Recibiste la gracia de Dios en el bautismo: el primer grado de tu santidad.

Esa gracia se aumentó nuevamente en la confirmación: fue un grado mayor de santidad.

Desde que tuviste uso de razón la gracia y la santidad fueron aumentando en tu alma.

Cada acción naturalmente buena, como procedía de un alma en gracia de Dios, merecía un nuevo aumento de santidad.

Y ¿cuántas acciones naturalmente buenas hacías cada día?

¿Cuántas cada año?

La gracia, la santidad de tu alma había aumentado mucho, muchísimo.

Cómo se complacía Dios contemplándola...

Pero entró acaso en ella un mal día el pecado mortal.

¡Qué lástima! Ese día la santidad desapareció por completo de tu alma.

Si poseías mil grados de santidad, te quedaste sin uno solo.

Mas luégo vino el dolor, el arrepentimiento... la confesión, y con ella el perdón de ese pecado...

Dios lo olvida para siempre. Y la gracia vuelve a tu alma.

¿Cuánta gracia vuelve?

¿Hay que comenzar otra vez desde el primer grado?

No. Los mil grados de santidad vuelven al alma como si nada hubiera pasado, y sigue de nuevo la santidad creciendo, avanzando, ascendiendo.

Porque la santidad es así.

Nunca retrocede. Nunca disminuye.

O se pierde toda por el pecado mortal, o va siempre en aumento.

El alma que llegó a cien grados nunca retrocederá a noventa y nueve: o los pierde *todos,* o los conserva *todos* para irlos aumentando continuamente.

Porque mientras está en gracia de Dios, cada acción que hace le trae un nuevo aumento.

30. ¿Y LOS PECADOS VENIALES?

Los pecados veniales no disminuyen el grado de gracia de un alma.

Un pecado venial no le quita al alma *ni un solo grado* de la gracia que ya tiene. Ni uno solo.

¿Qué hace, pues, el pecado venial?

Que el amor no sea tan fervoroso.

Que el progreso en las virtudes no sea tan rápido.

Y va preparando al alma para el pecado mortal, que le quitaría toda la santidad.

Si las obras son más imperfectas, llenas de defectos, y poco fervorosas, la santidad crece, crece siempre, pero crece muy despacio...

Si las obras son perfectas y hechas con un amor intenso hacia Dios, ¡oh! entonces la santidad no sólo crece siempre, sino que avanza con una rapidez maravillosa...

En nuestra vida ha de haber obras imperfectas y defectuosas, pero también hay con frecuencia acciones fervorosas, de gran sacrificio.

Por ellas se puede ir midiendo el aumento de santidad en los días, en los meses, en los años, en la vida, pasados en gracia de Dios.

¡Oh, qué desgracia!; qué vida inútil, días y meses y años vacíos e inútiles, los del alma que no está en gracia de Dios...

¡Oh, qué consuelo!; qué vida fecunda, días y meses y años llenos y fecundos, los del alma que está en gracia de Dios...

Siempre avanza, siempre avanza en el ideal de su vida: la santidad.

SEGUNDA PARTE

LOS GRADOS DEL IDEAL DE SANTIDAD

Ya hemos visto cómo podremos conocer si avanzamos o retrocedemos en el camino de nuestro ideal, la santidad.

Puede con ello calmarse en gran parte nuestra angustia de santidad.

¿Qué mayor consuelo? ¡Sabemos que nos vamos acercando a nuestro ideal!

Pero nos interesa saber algo más.

¿En qué grado de santidad estoy yo ahora?

¿He avanzado mucho o poco?

¿Estoy cerca o lejos de mi ideal?

Debemos conocer la verdad en este asunto, y para ello estudiarlo, y examinarnos con toda sinceridad.

Para ello vamos a ir describiendo.

Nos servirá a la vez de consuelo y estímulo.

1. Los grados de santidad

Son los diversos estadios del camino que debemos recorrer durante nuestro paso por el mundo, para llegar hasta nuestro ideal.

A medida que los vayamos describiendo, podremos ver exactamente cuál es el que corresponde al estado actual de nuestra alma.

En esta descripción nos van a ir guiando los maestros que por su ciencia o experiencia de las cosas divinas pueden conducirnos seguramente.

Comencemos por la descripción clásica de

2. Las tres vías

Suelen los santos y teólogos distinguir tres partes del camino de la santidad:

El principio, el medio y el fin.

En la primera parte del camino se hallan los que comienzan, y por eso se llaman *principiantes.*

Están más cerca del principio, del que se van apartando, como dice Santo Tomás (2ª, 2ae., q. 24, a. 9).

En la segunda parte del camino se hallan los que van ya más adelante en la santidad: son los *proficientes*, o que van aprovechando.

Por la tercera y última parte, la que está más cerca del fin, corren los más avanzados, a los que se suele llamar los *perfectos.*

El alma va pasando en cada uno de estos caminos por diversas trasformaciones, que han dado su nombre a cada uno de estos tres caminos o vías.

3. Vía purificativa

Los principiantes luchan ante todo por purificarse del pecado y evitarlo: están en el período *purificativo.*

El alma se purifica de los pecados pasados haciendo penitencias por sus culpas y desarraigando o mortificando los malos hábitos que los pecados dejaron en ella.

Es un período de expiación y de lucha.

El mundo y las malas inclinaciones actúan todavía sobre el pecador convertido, y le atraen con fuerza.

¡De qué duras pruebas nos habla San Agustín después de su conversión!

Para conservar la gracia debe el alma sostener fuertes combates que, aunque no produzcan heridas corporales, hacen pasar al alma angustias de muerte.

4. Vía iluminativa

Los que están en la segunda parte del camino trabajan por asemejarse más a Dios con la práctica de las virtudes: están en el período *iluminativo.*

No han de trabajar ya tanto para conservar la gracia, pues la poseen con más seguridad que los primeros.

Su principal intento es aumentarla.

El alma, que ha defendido su vida sobrenatural con las luchas y victorias del primer período, se hermosea e ilumina con las virtudes que va copiando de la vida de su Maestro, Jesucristo.

El fruto ordinario de la conservación habitual de la gracia, y de su aumento progresivo por el ejercicio de las virtudes, es el tercero y último período de la santidad.

5. Vía unitiva

Los perfectos tienden principalmente a la más íntima unión con Dios.

Unión que llega a veces en los grandes santos a ser más íntima que todas las uniones que podamos imaginar o pensar en la tierra.

Santa Teresa de Jesús había gozado de esta unión mística.

Pero ella no tiene palabras para describirla en sus últimas *Moradas*.

Santo Tomás dice que, llegados a este estado, claman como San Pablo, deseando *morir y estar con Cristo*.

Pero ya hemos dicho lo que es la santidad humana.

Tiene siempre sus avances y sus retrocesos.

Tiene su carácter de inestabilidad y de peligro continuo.

Por eso los tres períodos o vías no están del todo separados.

En algunos casos los principiantes participan del estado de los perfectos, y éstos de las faltas y luchas de los principiantes.

La división se ha hecho teniendo en cuenta lo que más predomina en cada período.

Sin embargo, aquí, respetando esa división general, vamos a trazar una descripción más minuciosa de los grados de la santidad.

Vamos a narrar más minuciosamente lo que llamamos la historia de la santidad en un alma.

Y para ajustarnos más a las muchas variedades de almas, describiremos mayor número de períodos o de grados.

6. El primer grado de la santidad

Tener el alma limpia de pecado mortal.

Vivir en gracia de Dios.

He aquí *el primer grado de la santidad.*

Veamos cómo nos lo declara Sto. Tomás de Aquino, en un pasaje que ya conocemos.

La perfección posible en esta vida tiene estos dos grados: primero excluír del afecto del hombre todo aquello que se opone a la caridad, como es el pecado mortal; sin esta perfección, *la caridad*

(la gracia de Dios) *no puede existir en el alma, y por ello es necesario este grado de perfección para salvarse* (*Summa Theol.*, 2ª, 2ae., q. 184, a. 2).

Ya podíamos adivinarlo.

Sabemos que la santidad, la perfección cristiana, consiste esencialmente en la gracia santificante, y se mide por su presencia, aumento y disminución.

Ahora bien, todos sabemos también, que el pecado mortal se opone a la gracia santificante como la muerte a la vida.

El pecado *mortal* destruye el principio *vital* sobrenatural del alma, la gracia.

Por lo tanto, el pecado mortal es lo más opuesto a la perfección cristiana, a la santidad, a nuestro ideal.

Imposible pensar en santidad donde habita el pecado mortal.

Imposible pensar en la vida donde reina la muerte.

Pero una vez ausente el pecado mortal, la gracia entra en el alma, y ésta tiene ya la *perfección* esencial del cristiano, es perfecta, santa.

7. ¿Perfecta? ¿Santa?

Más de uno dudará.

¿Cómo puede llamarse *perfecta, santa*, el alma que no hace más que evitar el pecado mortal?

¿No puede estar llena de imperfecciones, de pasiones todavía mal dominadas, de pecados veniales?...

No negamos que pueda tener muchas imperfecciones.

Pero, a pesar de ello, vamos a ver que es santa.

Si viéramos las almas como se ven con los ojos los cuerpos, bastaría esta sola vista para convencernos de que un alma en gracia de Dios es santa.

Notaríamos al instante tal diferencia entre un alma en pecado mortal y otra en gracia de Dios, que no dudaríamos en llamar santa a esta última.

Ciertamente. Hay tanta diferencia entre un alma en pecado mortal y otra en gracia de Dios, como la hay de lo negro a lo blanco, de la muerte a la vida, de la tierra al cielo, y más todavía, del infierno al cielo.

Si dijéramos a un ángel que dividiera en dos grupos las almas, de modo que en uno pusiera a las almas que verdaderamente participan de la santidad de Dios, y en otro a las que no son santas,

el ángel pondría del mismo lado, sin dudar un momento, a todas las almas que están en gracia de Dios.

Imposible clasificar en un mismo lado las almas que están en pecado y las que están en gracia.

En cambio, en el mismo lado en que están los grandes santos les corresponde su lugar a las almas en gracia.

Son santos pequeños, pero santos.

La razón es muy clara.

Comparemos tres almas: el alma menos mala de las que están en pecado mortal; el alma menos buena de las que viven en gracia de Dios; y el alma más santa que haya habido.

La diferencia entre la primera y la segunda es incomparablemente mayor que entre la segunda y la tercera.

Como es mayor la diferencia que hay entre el alma menos mala del infierno y la última de las almas del cielo, que la que hay entre ésta y el alma bienaventurada que goza de mayor felicidad.

Tanta es la diferencia entre el pecado y la gracia.

La diferencia que va de poder entrar al banquete del rey y gozar de su fiesta entre los santos, a quedarse afuera en las tinieblas y tristeza de la noche, noche eterna.

La diferencia de ser admitida el alma a las bodas o ser rechazada con un eterno: ¡no sé quién eres!

La diferencia que va de estar acomodado en la casa del Padre, a estar cuidando animales inmundos.

La diferencia que va de ser hijo querido de Dios, a ser su aborrecible enemigo.

La diferencia que va de ser alma santa, a ser alma pecadora.

Porque la que está en pecado mortal es pecadora.

Pero la que está en gracia de Dios es santa.

Ciertamente está sólo en el primer grado de la santidad.

Pero está dentro de la santidad.

Podría ser más santa, más perfecta.

Pero ya es santa y perfecta.

Todo esto parece decir mucho en favor del primer grado de la santidad.

Y, sin embargo, no lo hemos dicho todo.

Hay algo misteriosamente oculto en este grado de perfección.

8. Dos reparos

Cuanto llevamos dicho acerca del primer grado de santidad vale de cualquier alma que está en gracia de Dios.

Aunque unos minutos antes hubiera sido el alma más pecadora.

No importa.

Desde el primer momento en que la gracia entra en el alma, queda ésta convertida de demonio en ángel, de pecadora en justa y santa.

Ya lo hemos visto.

Son dos los reparos que se nos hacen.

1º) La perfección no admite defectos

Nos dicen:

Una cosa es *perfecta* (*perfecta* significa completa) cuando nada le falta.

Ahora bien, la santidad tiene dos elementos: uno que consiste en la ausencia de los defectos voluntarios, y otro que consiste en la presencia de la gracia, de la caridad.

La caridad puede ser mayor o menor, admite grados.

Pero la ausencia de los defectos no admite grados, debe ser total.

La santidad excluye aun el más mínimo defecto, pues éste destruiría la perfección, ya que lo que tiene algún defecto, por pequeño que sea, no *es perfecto*.

En el mismo momento en que se puede decir que hay en el alma una imperfección involuntaria, aun levísima, no se puede decir que haya ausencia total de defectos, y, por lo tanto, tampoco se puede decir que el alma sea *perfecta*.

Y se suele citar la poética comparación de San Juan de la Cruz (*Subida al Monte Carmelo*, L. 1º, c. 9).

No importa que la avecilla esté atada por un fuerte lazo o un tenue hilo, si le impide volar.

Así el alma. No importa que esté sujeta por faltas grandes o pequeñas, si le impiden volar hacia Dios.

Respondemos

Si tomáramos esas palabras al pie de la letra, deberíamos decir que fuera de aquellas dos o tres almas privilegiadísimas

(Cristo Ntro. Señor, la Sma. Virgen, y tal vez San José) ninguno de los Santos, canonizado o no canonizado, ha sido *perfecta*.

No creemos que su santidad fuera tan sobrehumana que estuvieran habitualmente despojados aun de la *más mínima imperfección voluntaria.*

A lo menos sería muy difícil probarlo.

Recordemos lo dicho anteriormente sobre *la santidad humana y las faltas de los santos.*

El testimonio de San Juan de la Cruz se refiere a los últimos grados de la santidad o perfección, y no a los primeros, ya que como dice Santo Tomás, el primer grado de la perfección cristiana sólo excluye lo opuesto a la gracia, que es el pecado mortal (2ª, 2ae, q. 184, a. 2, pasaje ya citado).

La perfección, como ya hemos dicho, requiere una ausencia absoluta del pecado mortal: en esto no puede haber grados.

2º) LOS VERDADEROS PERFECTOS

En segundo lugar se nos hace observar que los maestros de la vida espiritual y aun los teólogos parecen reservar el título de *perfectos* para los que han llegado a los últimos grados de la santidad.

Son aquellas almas que no sólo evitan los pecados mortales sino también los veniales deliberados y los defectos y debilidades tan propios de la naturaleza humana.

Suelen gozar de especial facilidad para la oración y unión con Dios, y a veces reciben de Él dones extraordinarios.

Tales son los santos que veneramos en los altares, y muchos otros que no conocemos pero que son muy conocidos y amados de Dios.

Para estas almas debe reservarse el título de *perfectas.*

De aquí la célebre división de la vida espiritual en los tres grados de *principiantes, adelantados* y *perfectos.*

RESPONDEMOS

No está mal llamar *perfectos* por excelencia a los más adelantados.

Respecto de ellos, los que comienzan son menos perfectos.

Pero al conceder especialmente el título de *perfectos, de santos,* a los que más sobresalen, no se debe olvidar la gran verdad teológica de que un alma en gracia de Dios tiene ya *lo esencial*

de la perfección cristiana, y que se puede llamar con toda exactitud *santa y perfecta*.

Así lo cumple Santo Tomás, quien nos habla de aquella *perfección* de la caridad, que es necesaria para salvarse (*lugar citado*), y al repetir que éste es el primer grado de la perfección cristiana, y que hay *una* perfección *que es común a todos los que tienen la caridad* (íd. y q. 24, a. 8).

Por lo tanto, podríamos muy bien interpretar la división de la vida espiritual así: 1er. grado: perfectos que comienzan; 2do. grado: perfectos que avanzan; 3er. grado: perfectos por excelencia, o perfectos perfectos.

En todos los grados hay sus deficiencias más o menos involuntarias, y muy pequeñas en el último.

Todos excluyen el pecado mortal.

Pero en la exclusión de los pecados veniales, deliberados o semideliberados, y de las demás faltas que no son incompatibles con la gracia, puede haber más o menos.

Sólo *en la patria*, en el cielo, estaremos a seguro de las más mínimas faltas.

Allí, los del primer grado de perfección serán tal vez estrellitas insignificantes.

Pero brillarán eternamente en el cielo de los santos.

9. Santidad heroica

Decíamos que en el primer grado de santidad —el alma en gracia de Dios— se encierra algo misterioso.

Porque este al parecer humilde grado de perfección exige a veces, si un alma está dispuesta a mantenerlo a toda costa y por toda la vida, una *santidad heroica*.

¿Por qué murieron los mártires?

El juez pregunta al cristiano:

—¿Estás dispuesto a sacrificar ante los dioses?

El cristiano responde:

—Jesucristo es el único Dios verdadero: ofrecer sacrificio a los dioses sería renegar de Cristo; renegar de Cristo es un pecado grave; no lo haré.

Éste es el raciocinio que casi todos los cristianos llevados al martirio se veían obligados a oponer a sus perseguidores.

El heroísmo de los mártires se fundó y se funda hoy también muchas veces en mantenerse en lo que es propio del primer grado de santidad: *evitar el pecado mortal.*

Lo comprenderemos más profundamente con un ejemplo vivo.

Abramos las actas de los mártires, y escojamos alguna.

Aquí está la figura ideal de una virgen mártir, que recordamos en el mes de noviembre.

Admiremos y aprendamos.

10. SANTA CECILIA

Es una virgen romana de noble familia.

Pero deseosa de mayor nobleza, consagró a Dios con voto su virginidad.

A Cecilia le gustaban las flores que nunca se marchitan. Y por eso escogió el amor de Aquel que nunca muere.

Sus padres, sin embargo, no tenían las miras tan altas.

Contra la voluntad de la joven entréganla en matrimonio a un noble y rico pagano.

Cecilia se halla entonces en la alternativa de ofender a Dios, siendo infiel a su voto, o provocar las iras del que se tenía por su esposo: no sería la primera vez que los paganos denunciaban ante los jueces a las jóvenes cristianas por no quererles dar su consentimiento para el matrimonio.

Pero Cecilia está preparada para esta prueba decisiva de su ideal de santidad.

La Iglesia nos recuerda que "Cecilia mortificaba con el cilicio los miembros de su cuerpo y rogaba a Dios con gemidos"; "pasaba dos y tres días ayunando y encomendando a Dios lo que tanto temía"; "y en medio de los cánticos profanos, Cecilia cantaba en su corazón *sólo* al Señor diciendo: Conserva, Señor, mi corazón y mi cuerpo inmaculado, para que no sea confundida". "Siempre llevaba el evangelio de Cristo en su pecho, no interrumpiendo ni de día ni de noche su trato con Dios".

La primera noche dice a su esposo:

—Valeriano, he de revelarte un secreto: yo estoy bajo la tutela de un ángel, que defiende cuidadosamente mi dignidad; por esto no hagas nada contra mí, para que no se descargue sobre ti la ira de Dios.

Cecilia tal vez dicta para sí con esas palabras la sentencia de muerte... pero obtiene su primera victoria ante Dios, que era su verdadero amor.

Mas... también triunfa de Valeriano. Éste, conmovido por la revelación de Cecilia, le dice:

—Si yo pudiera ver ese ángel que te cuida, también creería en Cristo.

—Imposible, si primero no te bautizas.

—Estoy dispuesto a todo con tal de ver tu ángel, Cecilia.

La virgen remite a Valeriano a las catacumbas, donde vive escondido el papa Urbano. Valeriano se instruye en la fe cristiana, es bautizado, y vuelve a casa ansiando contemplar al ángel de Cecilia.

El bautismo le ha abierto los ojos.

Porque al llegar a casa encuentra a Cecilia en oración, y junto a ella, con el interés de quien guarda un precioso y amado tesoro, un ángel resplandeciente, circundado de luz divina. Un ángel guarda a otro ángel.

También el hermano de Valeriano desea contemplar la purísima visión.

Cecilia lo instruye en la fe, el Papa lo bautiza y puede él admirar el celestial custodio de nuestra virgen.

—Ahora que estás bautizado, le dice ella, te reconozco por mi hermano: porque el amor de Dios te ha hecho despreciador de los ídolos.

Los dos convertidos por Cecilia son denunciados y apresados por el prefecto Almaquio. Tienen que elegir entre renegar de su fe o morir: entre el pecado mortal o el martirio. Y ambos abrazan valientemente el martirio.

"Oh, Jesús, dice la Iglesia en el oficio de santa Cecilia, oh, Jesús sembrador de castos propósitos: recibe el fruto de los que sembraste en el corazón de Cecilia: Cecilia tu sierva te ha servido como abeja laboriosa: porque le entregaste un esposo feroz como un león y te lo llevó a ti como un mansísimo cordero".

La joven Cecilia no puede esperar menos que sus dos hermanos en Cristo.

Es detenida por el mismo prefecto.

¿La ocasión? Las dos conversiones obtenidas por Cecilia y la codicia del prefecto:

—¿Dónde están las riquezas de Valeriano?

—Las he repartido a los pobres.

¿Su delito? Ser cristiana.

El furor de Almaquio sugiere una orden cruel y abominable.

Que la encierren en el aposento y la quemen viva.

Pero el ángel de Cecilia no permite que las llamas toquen aquel cuerpo virginal: un día y una noche pasa Cecilia entre las llamas, sin que le hagan el menor daño.

Entonces el cruel prefecto manda entrar al verdugo.

El hacha cae pesadamente sobre el cuello delicado de Cecilia: pero aquel cuerpo parece de bronce...

Tres veces intenta el verdugo acabar con la preciosa vida de Cecilia. Imposible. Tiene que desistir, aunque dejando a la joven virgen gravemente herida.

Es el Rey de Vírgenes y Mártires quien se ha reservado el momento de llamar a su fiel sierva y esposa.

Tres días después llama a las puertas de su alma:

"Ven, esposa de Cristo, y recibe la corona que el Señor te ha preparado para toda la eternidad".

¡Cuántas veces se han repetido estas escenas!

¡Cuántas veces en la vida del cristiano es preciso elegir entre el pecado mortal y un inmenso sacrificio de la fortuna, de la honra, del corazón!

¿Y no es ésta *santidad heroica*?

11. La santidad de la vida ordinaria

Pero no es necesario recurrir al ejemplo de los mártires para descubrir el secreto heroísmo que encierra el primer grado de santidad.

En la vida ordinaria del cristiano, en esa vida monótona de cada día, hallamos un heroísmo sólo comparable a veces con el martirio.

Examinemos la vida ordinaria de un cristiano que se propone vivir siempre en gracia de Dios.

Para conservarse en gracia ¡cuántos actos de virtud debe realizar!

La vida del cristianismo es *milicia*.

Y la milicia es un continuo vigilar y un continuo combatir.

Y eso es *lo ordinario* para el cristiano.

Combates ocultos, grandes, pequeños, pero continuos.

¡Cuántos actos de paciencia en las contradicciones!

¡Cuántos actos de castidad en las tentaciones!

¡Cuántos actos de justicia en las ocasiones de lucro injusto!

Veamos cada uno de los mandamientos de la ley de Dios y de la santa Iglesia.

Comparémoslos con las *dificultades* que presenta el estado actual de nuestra naturaleza.

Así podremos vislumbrar las luchas y las victorias de la vida diaria del cristiano y los tesoros de gracia que en muchas almas, que parecen vulgares, se hallan encerrados.

Sólo Dios los conoce.

12. Hacia los grados superiores

Pero todavía más. Este primer grado de santidad, cuando se prolonga por largo tiempo, por muchos años, por toda la vida, encierra ya en sí no poco de los grados superiores.

Si queremos conservarnos en gracia, en medio de tantas dificultades interiores y exteriores, debemos unirnos a Dios por medio de la oración; debemos evitar las ocasiones y peligros, aun los que no son inmediatos; debemos mortificar nuestro carácter en muchas cosas pequeñas, porque podrían llevarnos a grandes males, si no las atajamos al principio, etc., etc.

Consideremos un solo mandamiento; el séptimo: no ser injustos. ¿Podrá un comerciante conservarse honestamente justo si no procura habituarse a proceder siempre con justicia, aun en las cosas pequeñas?

¿Tendrá fuerzas para no cometer una injusticia grave quien está acostumbrado a no respetar sino lo prohibido bajo pena de pecado mortal, y cuya conciencia no le ha sido estorbo para contraer compromisos de poca monta al principio, luego de mayor importancia y pecaminosos al fin? (Tanquerey, *Comp. de Teol. Ascética y Mística*, p. 246).

Comoquiera, pues, que se considere la cuestión, cúmplese la ley moral de que para no caer en el pecado es necesario huír del peligro por medio de actos generosos, que no caen bajo precepto (ídem).

Y si examinamos la vida diaria de un cristiano que se conserva habitualmente en gracia de Dios veremos que es así.

Ora con frecuencia.

Ejercita muchos actos de paciencia, caridad, obediencia, etc.

Cumple con las obligaciones de su estado, aun en lo que no está obligado gravemente. Todos estos actos pequeños y ordinarios, que en la vida del que está en pecado mortal no tienen mérito para el cielo, constituyen en cambio un precioso tesoro para el alma que vive en el primer grado de la santidad.

Su vida la compara el P. Plus a la pequeña cinta de papel en que el telégrafo escribe sus puntos insignificantes.

¡Qué valor tiene, sin embargo, esa vida en la cual se van alineando tantos puntos pequeños!

Está muy por encima del pecado mortal.

Recojamos, para terminar, el testimonio de un eminente teólogo, que resume muy bien el pensamiento de los doctores y teólogos de la Iglesia en esta materia:

Apenas puede suceder que un hombre, aun un seglar, tenga el firme propósito de no pecar mortalmente, sin que al mismo tiempo haga algunas obras de supererogación, o tenga un propósito expreso o equivalente de hacerlas (Suárez, *De Religione*, t. VI, l. I, c. 4, n. 12).

13. EL SEGUNDO GRADO DE LA SANTIDAD

Cuanto acabamos de exponer sobre el primer grado de la santidad es sin duda muy consolador.

Y ¡ojalá que los cristianos adquiriésemos una conciencia más clara de lo que son nuestras almas cuando están iluminadas y vivificadas por la gracia!

Nos sentiríamos más unidos con Dios, más hijos de Dios.

Nuestra oración gozaría de mayor intimidad y confianza.

Nuestra solicitud por conservar y aumentar el precioso tesoro de la gracia sería más vigilante.

Repetimos estas ideas porque no querríamos que por cuanto vamos a decir del *segundo grado de santidad*, perdamos el concepto y aprecio que merece el primero.

Recordamos para ello que nunca va solo por mucho tiempo el primer grado, sino que *siempre* participa en mayor o menor escala de la santidad de los grados superiores.

Recordemos también el aprecio de los grandes santos hacia este primer grado de santidad.

Santa Teresa de Jesús, levantada hasta el último grado de la unión mística, todavía desde aquellas *séptimas y últimas Moradas* del castillo interior del alma, vuelve a contemplar las primeras Moradas, que responden a nuestro primer grado de santidad.

El alma de este primer grado no es una cosa arrinconada y limitada, sino un mundo interior adonde caben tantas y tan lindas moradas como habéis visto; y así es razón que sea, pues dentro de esta alma hay morada para Dios (Séptimas Moradas, c. I).

Pero en estas primeras moradas, *aunque son muy ricas y de gran precio,* todavía están las almas *embebidas en el mundo y engolfadas en sus contentos y desvanecidas en sus honras y pretensiones* (Sta. Teresa, Moradas, 1as., c. 2), aunque habitualmente en cosas que no llegan a pecado mortal.

Y es que en el primer grado de santidad no cae todavía el alma en la cuenta de la importancia que tiene en la vida espiritual la lucha contra esos pequeños defectos.

Dejándose llevar de ellos, comete con frecuencia pecados veniales de vanidad, de impaciencia, de pereza, de negligencia en las cosas espirituales, de soberbia, de murmuraciones...

Pues bien, el *segundo grado de santidad* consiste precisamente en purificar el alma de esos *pecados veniales.*

14. Pecados veniales

Con un sentido más fino de la vida espiritual, y con un anhelo de unirse más íntimamente a Dios, descubre el alma en sí misma ciertas imperfecciones, ciertas manchas, que antes no advertía porque solamente reparaba en los pecados mortales.

Pero libre de éstos, y ya en amistad con su Dios, al querer avanzar hacia una amistad más íntima, se halla impedida por los afectos desordenados que todavía le quedan.

Y es natural que con tales afectos no pueda avanzar más hacia la intimidad con Dios.

Nuestra marcha hacia la santidad, hacia la unión con Dios por el amor, supone siempre un apartar el corazón de todo aquello que no es de Dios.

El corazón, libre de pecado mortal, se apartó de cuanto podía impedirle el amor a Dios.

El corazón, libre de pecado mortal, ha evitado cuanto podía gravemente ofender al Amigo, al Padre, a Dios.

Pero el corazón, libre de pecado venial, va más lejos.

En este grado, el corazón no sólo se apartó de cuanto podía impedirle amar a Dios, sino de cuanto puede impedirle amar a Dios *con intimidad.*

El corazón, libre de pecado venial, no solamente ha evitado cuanto podía desagradar gravemente al Amigo, al Padre, a Dios, sino que ha evitado cuanto pudiera ser ocasión del menor disgusto. Ha atendido a esos pormenores, a esas pequeñeces tal vez, que podrían ocasionar ligeros roces entre el alma y Dios; pequeñeces de suma importancia porque son incompatibles con una amistad íntima, profunda, delicada.

Sin embargo, no todos los pecados veniales impiden igualmente la intimidad del alma con Dios.

Desde el pecado venial, que casi empuja el alma hacia el rompimiento completo del pecado mortal, hasta el que apenas significa el más leve y momentáneo enfriamiento en el amor de Dios, existen muchos grados.

Debemos, pues, considerar los principales.

15. Los pecados veniales deliberados

Podríamos señalar las siguientes etapas por los que el pecado venial puede irnos separando de Dios:

1ª) El pecado venial semideliberado o de sorpresa.

2ª) El pecado venial deliberado, pero poco frecuente.

3ª) El afecto habitual a algún pecado venial.

4ª) Generalización del afecto habitual al pecado venial, que denota la presencia de la *tibieza espiritual*.

No toca a este lugar tratar de la que hemos llamado primera etapa del pecado venial. Ya tratamos de los pecados veniales semideliberados como del lastre necesario de la *santidad humana*, del que no se libraron los grandes santos, excepto la Reina de los Santos.

La segunda etapa del pecado venial tiene más importantes consecuencias para la perfección cristiana: es el pecado venial deliberadamente cometido.

El pecado venial adquiere en esta etapa su perfecta malicia.

Significa una ofensa cometida a ciencia y conciencia contra Dios, el Padre, el Amigo, el Señor.

La ofensa no llega ciertamente a ser grave; no causa la muerte del alma; no la priva de la gracia santificante; no la aparta *totalmente* de Dios.

Pero, sin embargo, tiene el pecado venial todos los caracteres de una ofensa formal contra Dios.

Es la trasgresión de un precepto divino.

Es anteponer mi placer y mi satisfacción al mandato de Dios.
Es posponer a Dios por amor a la criatura.
Es un acto esencialmente desordenado, de rebeldía contra Dios.
Es un mal, sólo inferior al pecado mortal.

16. El juicio de los santos

No nos extrañemos de que sea el pecado venial tan duramente juzgado por los santos.

¡Qué frases tan duras!

¡Qué comparaciones tan tremendas!

¡Qué condenaciones tan atrevidas!

Los santos, alegres y simpáticos, llenos de afabilidad y mansedumbre, un Francisco de Sales, una Teresa de Jesús, ¡cómo empuñan el azote contra el pecado venial plenamente deliberado, para echarlo del templo de las almas y volver por la gloria y el honor de Dios!

Santa Teresa: *Pluguiese a su Majestad que temiésemos a quien debemos temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues ello es ansí* (Vida, c. 25).

Santo Tomás enseña que antes debemos permitir la muerte de otro o la propia que cometer un pecado venial, cual sería una mentira (*Cr.*, 2ª, 2ae., q. 90, a. 3, ad 4).

San Ignacio quiere que *por todo lo criado, ni porque la vida me quitasen, no sea en deliberar de hacer un pecado venial* (*Ejercicios*. De tres maneras de humildad).

Algunos teólogos insisten en que la malicia del pecado venial tiene algo de infinita (cfr. V. P. Nicolás Lancicio, *De fuga peccatorum venialium*, 1, 1, c. III).

17. El juicio de Dios

Pero si los santos juzgan con severidad al pecado venial, Dios lo juzga con más severidad todavía, porque lo juzga con más justicia.

El juicio de Dios podemos medirlo por el castigo que impone: el Purgatorio.

Pensemos que *la menor de las penas del Purgatorio excede a la pena mayor de esta vida* (Sto. Tomás, 4, d. 21, q. 1 art. 1, q. 3).

Pensemos que *todos los tormentos que han padecido los santos mártires, fueron como un ameno huerto de descanso, en compara-*

ción de las penas que se sufren en el Purgatorio (Santa Ma. Magdalena de Pazzis. Cita de Lancicio, o. c.).

Consideremos lo que es en realidad el pecado venial plenamente deliberado y no nos extrañaremos de cuanto acabamos de oír.

Porque no cabe duda de que es muy sensible para un amigo íntimo ver que se le niega a sabiendas y por puro egoísmo una satisfacción a la que tenía pleno y perfecto derecho, aunque sea cosa pequeña.

Si el amigo no es cualquiera sino Dios mismo, ¿qué proporciones serán las del pecado venial?

Es misterioso, dicen algunos autores, que Dios no niegue su amistad y su gracia por los pecados veniales deliberados; pues a veces, entre los hombres, se rompen grandes amistades por infidelidades pequeñas.

Pero ¿cuál es la influencia del pecado venial deliberado en la perfección cristiana?

18. INFLUENCIA DEL PECADO VENIAL EN LA PERFECCIÓN CRISTIANA

A propósito del pecado venial, nos ha dejado Sta. Teresa de Jesús una descripción insustituíble. Copiémosla:

Mas pecado muy de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre dél, que yo no sé cómo tenemos tanto atrevimiento, como es ir contra un tan gran Señor, aunque sea en poca cosa: cuando más que no hay poco, siendo contra una tan gran Majestad, y viendo que nos está mirando, que esto me parece a mí es pecado sobre pensado, y como quien dice: Señor, aunque os pese haré esto: ya veo que lo veis, y sé que no lo queréis y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo y apetito que no vuestra voluntad. *Y qué: ¿en cosa desta suerte hay poco? A mí no me parece leve la culpa, sino mucha y muy mucha* (*Camino de perfección*, c. 41).

Cuanto acabamos de decir se refiere sin duda a cualquier pecado venial deliberadamente cometido. Aunque sea un pecado aislado.

Sin embargo, cuando miramos en su conjunto la vida espiritual, pierden importancia los pecados veniales aislados acá y allá, poco frecuentes, sin conexión, sin unidad.

No porque cada uno deje de tener su malicia característica sino porque no tienen en la vida espiritual, ni en la perfección cristiana, una influencia tan decisiva que le cause retrasos notables.

Supongamos un alma deseosa de la perfección.

Un religioso, un seglar cristiano de vida fervorosa, o un distinguido miembro de la *Acción Católica.*

El pecado mortal está por completo ausente de su vida.

Se esfuerza por subir a una perfección cada vez mayor. Quiere poner orden en su alma, aun en las cosas pequeñas, y trabaja por evitar los pecados veniales: impaciencias, pequeñas murmuraciones, faltas de sujeción a sus superiores, manifestaciones de vanidad o soberbia...

Pero un compañero ha debido revelar a sus superiores una deficiencia suya en el desempeño del cargo que ocupa. Su honor se siente resentido, se entabla una pequeña lucha interior: ¿perdonar?... ¿llevarlo con paciencia?... o ¿vengarse?... Al fin el resentimiento triunfa y queda interiormente enojado con su compañero. Éste, en la primera ocasión, oirá algunas palabras molestas. La venganza está tomada.

He aquí un pecado venial deliberado, de impaciencia y venganza.

Luego viene el arrepentimiento, y el pedir humildemente perdón al compañero.

Pasan nuevamente los días con el mismo fervoroso cuidado y vigilancia de antes.

Sólo rara vez tiene que lamentar esa alma algunas caídas parecidas.

Hoy es una pequeña desobediencia; unos días después alguna murmuración, pasado un tiempo se deja llevar del genio, o de la pereza, o se pone en una ocasión imprudente de tentación.

Pero estas faltas aisladas, no podemos decir que impriman un sello especial, un carácter permanente en el alma.

Por eso decíamos antes que los pecados veniales aislados pierden importancia cuando se mira en conjunto la vida ascética de un alma.

19. El pecado venial y el segundo grado de santidad

Esa alma vive *habitualmente* libre del pecado venial deliberado.

Tiene sus pequeñas caídas, aun voluntarias, pero luego se levanta, se sacude el polvo, se limpia y... ¡adelante!

De ella podemos afirmar, por lo tanto, que está en el *segundo grado de la santidad.*

Porque ella vive de ordinario con cuidado de agradar a Dios y cumplir su voluntad aun en las cosas pequeñas.

Sus pequeños gustos o caprichos ceden ante el menor mandamiento de Dios.

Ella cuida así de conservar con su Dios esa amistad de pormenor y de intimidad, propia del segundo grado de la perfección cristiana.

Y Dios corresponderá con grandes gracias.

No será la menor si le concede vivir mucho tiempo y muchos años con ese cuidado habitual de ser fiel a Dios aun en las cosas pequeñas.

Entonces ¿cuál es el pecado venial que se opone al segundo grado de santidad?

¿Dónde están los peligros tan grandes que ven algunos santos en el pecado venial?

Sobre todo, ¿dónde está el peligro que consiste en disponer para el pecado mortal?

20. EL AFECTO HABITUAL A ALGÚN PECADO VENIAL DELIBERADO

Donde con toda su plenitud aparece la malicia y los peligros del pecado venial es en el afecto habitual al pecado venial deliberado, aunque sea de un solo género, v.gr.: de envidia.

Y creemos también que ese afecto habitual a alguno o algunos pecados veniales deliberados es lo que se opone al segundo grado de la santidad.

De manera que no podemos decir que esté en el segundo grado de santidad el alma que tiene afecto habitual al pecado venial.

Este afecto habitual lo colocamos en la tercera de las etapas del pecado venial, de que hablamos anteriormente.

Y ¿en qué consiste esta tercera etapa?

Pongamos

21. OTRO EJEMPLO

Una persona, bajo las inspiraciones de la gracia, se ha entregado a una intensa vida espiritual.

Hace largos años que vive en gracia de Dios.

Hace tiempo también que sus ojos han descubierto nuevos horizontes de santidad: evitar todo pecado venial deliberado. Lleva una vida de mortificación y de trabajos apostólicos. Ha conseguido cierta facilidad en la oración y unión con Dios.

Es claro que vive en el segundo grado de santidad.

Pero cierto día los éxitos de otra persona que ha logrado mayor prosperidad en su vida, aunque posee menos cualidades, han sembrado en su corazón la semilla de la envidia.

En vez de recibir de la mano de Dios esa pequeña humillación y levantarse más alto por medio de ella, piensa una y otra vez en lo que cree es indebida suerte ajena.

El descuido en cohibir los primeros movimientos de la envidia hace que ésta se arraigue.

No, no está bien que esa persona haya subido tanto. No lo merecía... Yo podía hacerlo mejor... ¡Qué lástima! Y ¡precisamente ella!

En adelante ya no puede pensar en tal persona sin una gran repugnancia; se alegra de lo que le sale mal; piensa mucho en sus defectos, le habla con sequedad; rehúye favorecerla; deja escapar aquí y allá alguna palabra ofensiva, alguna murmuración sobre su rival. No le desea ni le hace daño alguno grave; pero en cuantas pequeñas cosas puede, le mortifica.

El confesor le avisa, le descubre las faltas a que ese estado de ánimo la lleva.

Ella unas veces lo reconoce, otras lo disimula, y por fin se queda como antes.

Y sigue alimentando en su corazón el gusano de la envidia.

Y el gusano de la envidia sigue royendo su corazón.

He aquí un ejemplo típico del *afecto habitual al pecado venial deliberado.*

Es una disposición de ánimo que admite fácilmente el pecado venial.

Se da cuenta de ella pero la pasión domina sobre la gracia en este punto.

Y ya sin combatir se comete el pecado venial; se está bien y cómodamente en él, no se siente necesidad de librarse de una debilidad, según dicen, tan insignificante, sin importancia...

El ejemplo podríamos trasladarlo a la pereza, o abandono de los ejercicios de piedad; a la falta de obediencia; a las amistades peligrosas; a tantas otras infidelidades de algunas o muchas almas para con Dios.

Ciertamente, resulta muy cómodo para la naturaleza seguir el curso de una pasión.

Pero Dios pronto deja sentir sus efectos.

22. EFECTOS DEL PECADO VENIAL

El primer efecto es cierto alejamiento entre Dios y el alma.

Ésta siente a Dios cada vez más lejos, sobre todo y muy claramente por la falta de intimidad.

¿Cómo va a conservar Dios la intimidad con un alma que conscientemente se mantiene en una disposición de ánimo rebelde contra Dios?

Es que se trata de poca cosa, se dirá.

Por eso continúa lo esencial de la amistad, la gracia santificante.

Pero *la intimidad* de la amistad ya no existe.

Dios la retiró, por la infidelidad del alma.

Entre los efectos de esta pérdida de la intimidad hacemos notar dos, principalmente:

Se pierde la paz interior del alma.

Se pierde la facilidad en la oración.

23. SE PIERDE LA PAZ INTERIOR

Volvamos al ejemplo último, que es característico.

La persona que dejó entrar en su corazón la pequeña pasión de envidia, siente sus pensamientos y sus afectos invadidos frecuentemente por esa pasión.

En medio de las ocupaciones se renueva el recuerdo de *aquello*.

En medio de sus distracciones se hace presente el disgusto por *aquello*.

La espina clavada en el alma, ahí está siempre.

En los ratos perdidos se encuentra, sin darse cuenta, pensando en *aquello*.

Todas éstas son señales de que la pasioncita, en forma desordenada, ha invadido el corazón.

24. SE PIERDE LA FACILIDAD EN LA ORACIÓN

En segundo lugar se pierde la facilidad en la oración.

¿Cómo puede presentarse delante de Dios con aquella confianza e intimidad de antes?

Sabe el alma que está en estado de pequeña guerra contra Dios.

Yo te lo doy todo, le dice, *pero eso, eso... no*.

Imaginemos esa situación entre dos amigos, si uno le dice a otro: *Yo te lo doy todo, pero eso, eso... no,* cuando eso es algo a que el otro tiene derecho, y a que no puede renunciar.

Porque así es: Dios tiene derecho a exigir al alma que renuncie a sus faltas, y Dios no puede ceder en eso.

Por lo tanto, hasta que el alma no ceda ¿cómo estará en la oración, en la presencia de Dios?

Por supuesto que todo es con pérdida de la misma alma:

Pierde su paz espiritual.

Pierde su espíritu de oración.

Queda detenida en el camino de la perfección, porque pierde las gracias que Dios concede a sus íntimos para seguir adelante.

Pierde así cierta seguridad, porque...

Se acerca hacia el pecado mortal.

Y he aquí el gran peligro, que tanto espantaba, y con razón, a los santos:

El pecado venial es disposición para el pecado mortal.

Este dicho encierra una gran verdad. Pero a veces se hacen de él aplicaciones algo exageradas. Veamos una y otra cosa.

25. El gran peligro

Es cierto que el pecado venial dispone al alma para el pecado mortal, y que esta disposición es tanto mayor cuanto más fácilmente entra el pecado venial en un alma.

Oigamos, por los teólogos, a Santo Tomás: *El pecado venial puede disponer a lo que es de suyo pecado mortal, porque el que comete un pecado que de su género es venial, falta a un orden determinado, y al acostumbrarse a no sujetar su voluntad en las cosas menores al orden debido, se dispone a que también su voluntad no se sujete al orden del último fin* (de lo que lleva o aparta *por completo* del último fin, la posesión de Dios) *eligiendo lo que ya de suyo es pecado mortal* (1ª, 2ae., q. 88, a. 3, c.).

Viene a ser la máxima tan conocida: *El que desprecia las cosas pequeñas poco a poco caerá en las grandes.*

26. Una observación

Pero esto no quiere decir que el descuido en los pecados veniales llegue a ser ya un pecado mortal, por aquello de que ponerse en peligro inmediato de cometer un pecado ya es pecado mortal.

Y se añade que es *peligro inmediato*, porque si cometer un pecado venial es una disposición remota para el mortal, el cometer frecuentes pecados veniales, sobre todo con deliberación, será disposición o peligro próximo de caer mortalmente.

Responde muy bien un insigne teólogo: *Por esta causa rara vez, o nunca, se peca mortalmente por tal peligro... a no ser que por alguna razón especial o por la experiencia de otras caídas conste que... por el descuido de no evitar dichas culpas leves se llega a peligro inmediato de pecar mortalmente; de lo contrario* (dicha disposición) *no es ocasión próxima sino remota, la que no basta para pecar mortalmente por sola esa razón* (de descuidarse en los pecados veniales, aunque sea de propósito y de manera general) (Suárez, *De Virtute et Statu Religionis*, t. 4, 1. 1, c. 4, n. 18).

Y confirma esta opinión S. Alfonso Mª de Ligorio, aun en el caso de que tenga uno el propósito de cometer toda clase de pecados veniales (*Theol. Moralis*, 1. 4, n. 12).

Hemos hecho estas observaciones para evitar toda mala inteligencia.

27. Peligro real, aunque no próximo

Retengamos de todo ello que el afecto al pecado venial constituye una disposición, aunque remota, para el mortal.

Para quien desea tener la mayor seguridad de su salvación y de su adelantamiento en la perfección cristiana, basta una perspectiva, aunque lejana, del peligro de pecado mortal. Sobre todo, que ya conocemos lo que son el mundo, el demonio y la carne.

Son enemigos insaciables, incansables.

Si no queremos tener guerra con ellos por los pecados veniales, y les cedemos ese campo, luego trasladarán la guerra al campo de los pecados mortales.

Y en ese campo perder una batalla es ya morir para la gracia.

Recordemos la visión espantosa que tuvo Santa Teresa, y que ella misma nos cuenta (*Vida*, cap. 32).

Dios le mostró el lugar que los demonios le habían preparado en el infierno, adonde habría ido si no se hubiese guardado de algunos pecados veniales.

28. HABLA SAN FRANCISCO DE SALES

Recordemos una cita, aunque larga, de San Francisco de Sales. Ella nos muestra a la vez la importancia del afecto habitual al pecado venial, y confirma con la autoridad de un Santo y Doctor de la Iglesia cuanto hemos dicho sobre este punto:

No es mucho, Filotea, decir alguna mentira leve, faltar a la circunspección en palabras, en acciones, en miradas, en vestidos, en adornos, en juegos, en bailes, con tal que al instante que entran esas arañas en nuestra conciencia las rechacemos y ahuyentemos, como hacen las abejas con las arañas. Pero si las dejamos que se paren en nuestros corazones, y no sólo esto, sino que nos aficionamos a mantenerlas y multiplicarlas, bien pronto veremos echada a perder nuestra miel y apestada y deshecha la colmena de nuestra conciencia. Vuelvo a repetir que no cabe en la imaginación que un alma generosa se complazca en desagradar a su Dios, y se aficione a serle desagradable, y quiera querer lo que sabe que le disgusta (*Introducción a la vida devota*, I, p., c. 22).

En resumen: el gran impedimento en la vida espiritual para que ascendamos hasta el segundo grado de nuestro ideal, la santidad, es el *afecto habitual al pecado venial deliberado.*

29. BORDEANDO EL ABISMO

Pero debemos señalar todavía uno de los mayores peligros y más próximos del afecto a algún pecado venial.

Una vez instalado en el alma ese afecto (que suele ser el de la pasión dominante) se va perdiendo aquella repugnancia del alma fervorosa hacia el pecado venial.

Fácilmente se admiten otros pecados veniales.

El hábito de un pecado venial lleva a otro venial (Sto. Tomás, 1ª, 2ae., q. 88, a. 3, c.).

Y el afecto a un pecado venial se generaliza a cualquier clase de pecados veniales. Llegamos así a la cuarta etapa del pecado venial: *Generalización del afecto habitual al pecado venial deliberado.*

Los pecados veniales se cometen entonces frecuentemente y deliberadamente.

No se les opone ningún esfuerzo de consideración, ningún sacrificio de la propia comodidad o soberbia por evitarlos.

Cuando el alma ha llegado a este punto, el director espiritual puede diagnosticar la peor de las enfermedades de la vida espiritual: *la tibieza.*

Detrás de la tibieza queda solamente el pecado mortal, que no es enfermedad sino muerte.

Por eso vivir en tibieza es como vivir bordeando el abismo del pecado mortal.

30. LA TIBIEZA

Pensemos algo sobre la tibieza espiritual.

Es el tema importante para todos.

Para los que son tibios y no quieren creerlo.

Para los que se creen tibios y no lo son.

Para los que son conscientemente tibios.

Para los que son conscientemente fervorosos.

¿Qué es la tibieza?

El alma ante la perfección cristiana (o el amor de Dios) puede hallarse en tres estados: de fervor, de tibieza, de frialdad.

Si el calor es la gracia, el alma es fervorosa si siente vivamente los efectos de la gracia; es tibia si los siente débilmente; es fría si está sin la gracia.

La tibieza es, pues, un debilitamiento espiritual de la influencia de la gracia en el alma.

Consiste en una especie de debilitamiento espiritual, que disminuye las energías de la voluntad, inspira horror al esfuerzo y conduce así al agotamiento de la vida cristiana (Tanquerey, *Compendio de teología ascética y mística,* nº 1270).

La tibieza *no es*:

sentir repugnancia por la santidad,

sentir dificultad en el ejercicio de las virtudes,

sentir dificultad y sequedad y distracciones en los ejercicios de piedad,

carecer del fervor efervescente de algunos principiantes.

La tibieza *es*:

ser el *hombre sufrido y paciente mientras nada tiene que padecer y sufrir,*

manso y pacífico mientras nada se le opone,

humilde mientras nadie le toca el pelo de la ropa, y que de buena gana sería un santo si lo pudiera ser de balde;

que quisiera tener virtudes sin mortificación;

en resumen, que está pronto a todo menos a ganarse por sus puños el reino de los cielos (Faber, *Progreso del alma*, c. 25).

31. El consentimiento

Pero insistamos, para entendernos bien, en que todo esto debe ser no sólo *sentido*, sino *consentido*.

Más aún, no sólo *consentido* porque al presentarse la ocasión se ha caído en ella, sino porque después de la caída *no es ésta lamentada sinceramente y no se pone ningún esfuerzo por evitar nuevas caídas.*

Cuando ya se deja caer los brazos, y se renuncia a nuevos propósitos; cuando ya se deja el alma llevar corriente abajo, y no rema, ni dirige el timón, a no ser que la barquilla vaya a estrellarse contra alguna roca, ya no existen fuerzas para seguir hacia el ideal.

La santidad es algo que aparece demasiado lejos, demasiado arriba.

32. Ni pecador ni santo

Por una parte no quiere el tibio estar mal con Dios. Sobre todo, no quiere condenarse.

Pero por otra no quiere una santidad que le cueste, que vaya contra sus gustos y comodidades.

Ni pecador, ni santo.

No quiere ser pecador por miedo al infierno.

No quiere ser santo, porque le resulta muy pesado.

¡Pobre! Quiere contentar a dos señores tan opuestos.

¡Pobre! El tibio ha perdido aquella visión clara del ideal de la santidad, que sostiene en medio de los mayores combates.

Su situación de peligro es evidente.

Si el afecto a un solo pecado venial es cierta disposición, aunque remota, para el mortal, ¿qué será el afecto general al pecado venial?

Deja a las pasiones demasiado sueltas.

Abandona, por muy trabajosos, los ejercicios de piedad.

Pierde las gracias que conseguiría por el vencimiento propio.

Se debilita así cada vez más su voluntad.

Se ciega su conciencia para no ver su peligro.

Se expone a ocasiones imprudentes.

Y tal vez llega ya el momento en que duda si el pecado fue leve o grave.

Si ya no llegan las caídas abiertas...

33. El peso de la tibieza

Lo peor es la gran dificultad en reaccionar por el hábito de negligencia e inacción adquirido.

Llegan algunos autores ascéticos a decir que es peor el estado de tibieza que una caída grave.

De ésta el alma se levanta, reacciona avergonzada y vuelve a su fervor primitivo.

Del estado de tibieza el alma se levanta con gran dificultad y se expone a caer en estado de pecado.

La tibieza es como una enfermedad crónica, que va matando insensiblemente al alma.

Es un estado agradable a la naturaleza desordenada.

Como que en él se siguen los movimientos de la naturaleza contra los de la gracia, que tan vivamente describe la *Imitación de Cristo.*

Pero ese estado agradable pone al alma en peligro.

El alma tibia —dice el P. Fáber (*Progreso del alma*)— *es como un viajero que se duerme sobre la nieve; al pronto experimenta una sensación agradable, pero luego se entumece y muere de apoplejía.*

34. La tibieza en el camino de la santidad

Todo esto es la tibieza espiritual.

Hemos descrito su naturaleza, sus efectos, sus peligros.

La hemos tratado en este punto porque se presenta principalmente entre las almas que se hallan en el segundo grado de la santidad.

La tibieza supone que se ha llegado a cierto grado de santidad, de fervor y que luego se ha ido decayendo.

El que nunca ha pensado ni trabajado en el camino de la perfección, no suele llamarse tibio.

Este fenómeno del decaimiento desde la primitiva altura, o del entibiamiento del fervor anterior, puede también darse entre

los del primer grado de la santidad, y aun de los grados más levantados de la perfección cristiana.

Sin embargo, repetimos, es más propio del segundo grado de la santidad.

En él se lucha contra los pecados veniales, y ya hemos visto que la actitud del alma respecto de ellos decide muy principalmente sobre su caída en la tibieza.

35. El diagnóstico de la tibieza

Pero ¿cómo conocer si estoy o no en la tibieza?

Hay casos muy claros. Son los casos extremos.

El alma conoce inmediatamente que aborrece el pecado venial deliberado, que trabaja por evitarlo: no está en tibieza.

O bien la conciencia me acusa abiertamente de que no hago caso de pecados veniales, que estoy bien en ellos, que me dejo llevar sin lucha por los movimientos de la naturaleza caída: soy alma tibia.

A veces no hay en el alma suficiente claridad para conocer si ha caído o no en la tibieza; por ceguera espiritual, por carácter, y también, cosa muy frecuente, porque hay casos dudosos, en que es difícil decidir.

Porque la tibieza tiene muchos grados y muchas maneras de disimularse ante sí misma.

Por eso lo mejor es aconsejarse con un prudente confesor o director espiritual, y seguir su juicio.

En general, no hay mejor señal de que el alma no es tibia que tener miedo de serlo.

Y si la tibieza ha entrado en nuestra alma, ¿cómo librarnos de ella?

36. La curación de la tibieza

Los medios que suelen indicarse son tres:

1º) *Ponerse bajo la dirección de un guía espiritual.*

2º) *Oración y meditación.*

3º) *Mortificación, aun la mortificación corporal.*

Pero la dificultad está en emplear estos medios.

Porque emplearlos sinceramente, es salir de la tibieza.

De modo que el remedio de la tibieza sería *no ser tibio*. ¿No parece esto demasiado ingenuo?

Así lo reconocen los mismos autores, pero confiesan que no hay otros medios.

En realidad todo se reduce a eso, ya que la tibieza es una enfermedad de la voluntad, que, en su grado más característico y franco, consiste en decir: *No quiero sanarme. No quiero* ser santo mayormente.

Ahora bien, desde el momento en que se decidiera a poner en práctica los medios para sanarse, sería cambiar el *no quiero* por el *quiero*, lo que equivale a estar fuera de la tibieza.

Las consideraciones suelen mover poco al tibio, porque o no las admite o no las pesa; resbalan por su alma.

37. Me levantaré y volveré a mi padre

Esto no quiere decir que no debamos insistir en exponer con paciencia, bondad y constancia al tibio los peligros de la tibieza y aconsejarle que ponga en práctica, aunque sólo sea maquinalmente, los remedios indicados.

La acción externa puede ir modificando su actitud espiritual.

Y si ni esto puede hacer, tal vez al menos reconocer algunas veces en la presencia de Dios su debilidad y su falta de fuerza para levantarse hacia un alto ideal de santidad.

Este acto de humildad, aunque no incluye un propósito eficaz de salir de la tibieza, y por lo tanto no cambia la posición de la voluntad del tibio, puede ser el comienzo de alguna gracia de Dios, Padre bueno, siempre dispuesto a dar la mano a sus hijos enfermos y débiles.

Él nos concede siempre el fervor y generosidad de espíritu, opuestos a la tibieza.

La generosidad ha sido la fuerza ascensional que empujó a los santos hasta las más elevadas cumbres de la santidad.

38. Resumiendo

Hemos visto que en el acercamiento del alma hacia Dios, el *primer grado* consistía en conservar la vida sobrenatural de la gracia.

Para ello es necesario evitar el pecado mortal.

El pecado mortal se opone al primer grado de la santidad.

Y hemos visto luego, que para dar un paso más en el camino de nuestro ideal de santidad no sólo debíamos conservar la vida

sobrenatural de la gracia, sino tener cuidado habitual de evitar lo que pueda debilitarla.

En esto consiste el *segundo grado* de la santidad.

Ya sabemos que es un estado de ánimo más generoso y más delicado para con Dios, pues procura evitar aun las pequeñas ofensas, los pecados veniales.

La vida sobrenatural es más robusta.

La amistad del alma y de Dios es más íntima.

Estos grandes bienes destruyen el afecto al *pecado venial*.

Y ya sabemos que ese afecto no es otra cosa que *la tibieza*.

La tibieza es lo que se opone al segundo grado de la santidad.

39. NUEVAS ACLARACIONES

Pero (repitámoslo una vez más), no es un estado afectivo.

Ni siquiera es esa fragilidad con que algunas almas caen en pecados veniales.

Diremos más: ni siquiera se vive en ella cuando los pecados veniales son frecuentes, aunque esto ya induce a vehementes sospechas de tibieza.

No es, pues, tibieza el número de faltas, que puede variar sin que cambie la disposición interior.

San Pedro no era tibio, y a pesar de ello cayó; y no leve, sino gravemente; y no una vez, sino tres seguidas.

Pero no cayó por tibio, sino por imprudente.

Mientras el alma *se esfuerza* por evitar las caídas, mientras *le disgustan*, mientras *no las quiere*, no hay tibieza.

La tibieza consiste en decir conscientemente: *ya veo que suelo caer en tal o cual falta venial, pero por ahora no pienso, no quiero corregirme...*

Es una actitud de la voluntad.

Un estado de ánimo admitido a sabiendas.

Una decisión consciente.

Un rechazo deliberado de obedecer a pequeños preceptos de la voluntad de Dios.

Perdonarán los lectores que hayamos insistido sobre el tema de la tibieza.

Lo hemos hecho atendiendo al deseo de algunos que solicitaban nuevas aclaraciones.

Resumiendo cuanto hemos dicho sobre los dos primeros grados de la santidad, podemos formar el siguiente esquema:

Grado de la santidad	*Lo constituye*	*Se opone a él*
1er. grado.	El estado de gracia.	El pecado mortal.
2º grado.	Propósito de evitar pecado venial.	La tibieza.

Ya es hora de que hablemos del tercer grado de la santidad.
¿En qué consiste?
¿Qué es lo que se opone a él?
¿Cuál es su importancia?

40. El tercer grado de la santidad

En el primero y en el segundo grado de la santidad el alma no hace más que cumplir con su *obligación*:

Obligación grave (1er. grado de la santidad) de evitar el pecado mortal.

Obligación leve (2º grado de la santidad) de evitar el pecado venial habitual.

La santidad de que hemos hablado hasta ahora es, pues, una santidad *obligatoria.*

Obligatoria en el sentido más estricto para todo cristiano.

Porque no se puede renunciar a ella sin admitir una ofensa a Dios, un pecado grave o leve.

Hasta ahora, Dios nos ha ido manifestando su voluntad de una manera que no nos daba lugar a querer lo contrario sin ofenderle: con mandamientos, con preceptos expresos.

Debíamos, por tanto, hacer aquello que Dios Nuestro Señor nos mandaba.

Nuestro amor a Dios, nuestra unión con la voluntad divina, estaban resguardados por preceptos, y por el miedo al pecado mortal o venial en que caeríamos si nos apartáramos de la voluntad de Nuestro Señor.

No cabe duda de que ésta es gran caridad.

Incluye a veces el heroísmo, antes que ofender al Señor mortalmente.

Incluye siempre cierta delicadeza de amor para con el Señor manifestada en el deseo de no ofenderle ni venialmente.

Pero el amor puede ser más generoso para con Dios.

Y el amor nunca dice *basta*, cuando puede decir *más.*

Es mezquino el amor, aunque sea muy grande, cuando dice: *de aquí no quiero pasar.*

¿Hará o dirá eso nuestra alma?

Ha dado a Dios todo lo que *debía.*

Dios ya no le *manda más,* ya no la *obliga a más.*

Pero... ¿no hay muchas cosas que Dios las quiere, aunque no las mande?

¿No hay muchas cosas que a Dios le gustan, aunque no nos las exija?

Ahí están a nuestra mano; libradas a nuestra libertad.

Si no las hacemos, Dios no se ofenderá, porque no nos las exige.

Pero si las hacemos, *agradaremos más* a Dios.

No se trata de elegir entre lo malo y lo bueno.

Sino entre hacer algo bueno (pero a que no estamos obligados), o no hacerlo; hacer una cosa mejor que otra que también es buena y agradable a Dios.

En una palabra: después de vernos libres del pecado mortal y del pecado venial debemos trabajar por evitar también las *imperfecciones.*

Entonces entramos en el *tercer grado de la santidad.*

41. LAS IMPERFECCIONES

Pero ¿qué es una *imperfección*?

¿En qué se diferencia del pecado venial?

¿Desagradan a Dios las imperfecciones?

La respuesta a estas preguntas nos aclara la naturaleza del tercer grado de santidad, y su importancia.

Una imperfección, en el sentido en que la entendemos aquí, es:

Elegir una acción que en las actuales circunstancias, en que me encuentro, aparece como menos perfecta (menos apta para mi último fin), dejando de hacer otra acción que en las mismas circunstancias sería para mí más perfecta (cfr. De Guibert, S. I., *Teologia spiritualis ascetica et mystica,* p. 75).

Un ejemplo:

Han dicho de mí algo falso que me humilla y me pone en ridículo.

La humillación no me va a traer ningún daño, fuera de alguno que otro sonrojo inevitable.

Yo podría, por lo tanto, recibirla en silencio, y sería esto muy útil para mí, como ejercicio de la virtud de la humildad y de la paciencia que tanto me asemejarían a Cristo Nuestro Señor.

Pero también puedo con una pequeña aclaración librarme de la molestia que me causa.

Al fin elijo esto último: la aclaración es lícita; tengo perfecto derecho a hacerla: no cometo ni el más mínimo pecado venial; más aún, es una obra buena.

Pero he dejado de elegir otra obra mejor, más provechosa para mi alma: y ahí está *la imperfección*.

Las dos obras son buenas: pero yo elijo la que es más cómoda, más fácil, más agradable, aunque sea menos provechosa: y ahí está *la imperfección*.

Pero ¿es que tenemos que elegir siempre lo que es más perfecto para nosotros?

No tenemos obligación.

Ni siquiera bajo el más pequeño de los pecados veniales.

¿Cómo es posible?

42. LA IMPERFECCIÓN Y EL PECADO VENIAL

¿Acaso no tendremos *obligación* de evitar las imperfecciones, y, por lo tanto, de elegir en cada caso lo que es de mayor perfección?

Hemos respondido que *no tenemos tal obligación*.

Pero queremos explicar esta respuesta, porque así podremos comprender íntimamente la diferencia que existe entre el pecado venial y la imperfección.

En la filosofía y en la teología moral se demuestra que *la obligación* en el hombre proviene solamente de un *precepto*, explícito o implícito de Dios Nuestro Señor. Sin precepto divino no hay obligación humana.

Dios es nuestro Supremo Señor y Legislador, tanto en el orden natural, como en el orden sobrenatural.

Ahora bien, por ninguna parte aparece un *precepto divino*, de que hagamos en todo momento aquello que es de mayor perfección.

La exhortación a la máxima santidad: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre, que está en los cielos*, siempre ha sido entendida como *un consejo*, y no como *un precepto*.

Si tuviéramos *obligación verdadera*, aunque muy leve, de hacer en cada obra lo más perfecto, nuestra vida estaría llena de pecados veniales.

Aun en las obras más santas, hechas con recta intención y sin defecto de otra clase, cometeríamos el pecado venial de no hacerlas

mejor de lo que las hacemos, pues casi siempre, con un mayor esfuerzo, podríamos mejorar nuestras acciones.

Por ejemplo: esta mañana he celebrado la santa misa; he procurado hacerlo con devoción; pues bien, si tuviéramos *obligación* de elegir siempre lo más perfecto, habría cometido el pecado venial de no haber celebrado la misa con mayor devoción, ya que con un pequeño esfuerzo hubiese podido tener más devoción.

Este pensamiento, extendido a todas las obras de nuestra vida, sería demasiado angustioso para las almas espirituales.

No creemos que la paternal providencia de Dios haya puesto una medida tan dura a nuestros actos.

Además esta teoría quita prácticamente toda diferencia entre el pecado venial y la imperfección.

No faltan teólogos que la sostienen en alguna forma: aunque el acto sea bueno en sí, dicen, pero la elección misma de un acto *menos perfecto,* no puede dirigirse a nuestro último fin, y, por lo tanto, es mala, es un pecado venial.

Respondemos: *la elección de un acto menos perfecto es también buena y meritoria, aunque sea menos buena y meritoria que la elección del acto contrario más perfecto* (De Guibert, *Theologia spiritualis ascetica et mystica,* p. 76).

En otras palabras: entre lo *malo* (pecado venial) y lo mejor (lo más perfecto) está lo *menos bueno* (menos perfecto: imperfección), que no por ser menos bueno deja de ser *bueno.*

Ahora bien, todas las obras *buenas* pueden ser ordenadas a nuestro último fin.

Pero se nos presenta una nueva dificultad...

43. ¿Desagradan a Dios las imperfecciones?

¿Cómo puede ser agradable a Dios una obra, cuando yo podría ofrecerle en las mismas circunstancias otra mejor?

Me han hecho una grave injuria. Yo perdono de todo corazón a mi enemigo. Pero la caridad cristiana, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, puede ir más lejos: puede rogar especialmente por los enemigos, puede darles especiales muestras de afecto, puede hacerles particulares beneficios... Sin embargo, yo no estoy dispuesto a tanto; me basta con haberle perdonado y tratarlo como a otro cualquiera. ¿Cómo puede estar Dios satisfecho de esta disposición de ánimo?

Evidentemente que a Dios le *gustaría* más que yo fuese más generoso con mi enemigo.

Pero es un gusto que no responde a una *exigencia*, a un mandato, sino a *un consejo*...

Y todos distinguimos entre *un mandato* y *un consejo*.

Cuando damos un mandato *nos molestamos* si no se cumple.

Cuando damos un consejo, reconocemos en el otro la libertad de seguirlo, y no nos podemos *ofender justamente* de que no lo siga.

Quedamos satisfechos cuando se cumplen nuestros mandatos.

Quedamos *más* satisfechos cuando se cumplen nuestros consejos.

Cuando éstos no se cumplen, todavía quedamos satisfechos, aunque no en tanto grado como si se cumplieran.

Así pasa con Dios.

Con nuestras imperfecciones, con nuestras obras menos perfectas, aunque buenas, le agradamos, aunque no tanto como con las obras más perfectas.

Por nuestras obras menos perfectas no recibiremos el menor castigo. Es verdad que no se nos darán ciertas gracias que se nos darían por las obras mejores; pero no es esto por castigo, sino sencillamente porque no las hemos merecido.

El tercer grado de santidad, reconociendo todo esto, aspira, sin embargo, a lo más perfecto.

44. Lo que se opone al tercer grado de santidad

La imperfección, he aquí lo que directamente se opone al tercer grado de la santidad.

Pero consideremos que aun en los más grandes santos existen imperfecciones y hasta pecados veniales.

Entonces ¿de qué imperfección se trata ahora?

Así como lo que se opone al segundo grado de santidad no es el pecado venial como quiera, sino el pecado venial deliberado, habitual; así también ahora lo que se opone a nuestro tercer grado de santidad no es la imperfección en general sino *la imperfección consentida habitualmente, admitida sin esfuerzo por rechazarla*, recibida tranquilamente en el alma sin afán por echarla de casa.

Pactar con la imperfección, he aquí lo que se opone al tercer grado de santidad.

Afecto habitual a alguna o algunas de nuestras imperfecciones, sin realizar el esfuerzo que Dios nos pide para nuestro mayor ade-

lanto espiritual, he aquí, repetimos, el impedimento que no nos deja subir hasta el tercer grado de la santidad.

Este detenernos perezosamente en el camino de la santidad después que hemos salido de la tibieza, nos impide dar el paso definitivo hacia los grados más levantados de la santidad.

Nos priva de la disposición esencial de ánimo, indispensable para todo santo, cual es *la generosidad* del alma con su Dios.

Y deja al alma postrada tal vez años en un estado de pobreza espiritual.

45. Mediocridad espiritual

Por lo frecuente que es tal estado entre las almas que se dedican a la perfección, lo vamos a describir detenidamente, siguiendo al P. De Guibert (*Theologia spiritualis ascetica et mystica*).

Hay algunas personas buenas, tanto entre los seglares como entre los religiosos, que emplean muchos medios y mucho tiempo en su perfeccionamiento espiritual, y, sin embargo, no se nota en ellas el menor progreso.

Pasan los meses y los años, hacen anualmente sus ejercicios espirituales, diariamente o con frecuencia comulgan, oran...

Y sin embargo, tales almas siempre tienen los mismos defectos de carácter, siempre las mismas debilidades humanas, pequeñas pero constantes: vanidad, gula, pereza, impaciencia, soberbia, negligencia en sus ejercicios espirituales...

No son principiantes en la vida espiritual porque han adelantado bastante.

No son tibios porque mantienen aversión al pecado venial.

Pero tampoco son fervorosos.

Hacen algún esfuerzo para salir de su estancamiento.

No se dejan llevar del todo de la corriente de sus malas inclinaciones.

Pero su trabajo no es suficiente para adelantar, para corregir sus defectos.

Siempre en el mismo estado, son *almas mediocres*.

Les falta la generosidad espiritual, viven en *la mediocridad espiritual*.

He aquí el estado que directamente se opone al tercer grado de la santidad.

46. CAUSAS DE LA MEDIOCRIDAD ESPIRITUAL

¿Cuáles son las causas del estancamiento espiritual de las almas?

Hay algunas propias de cada alma:

— porque con la edad, se enfriaron los fervores de los primeros años;

— porque el exceso de ocupaciones exteriores ahogó la vida espiritual, la oración, la meditación, el recogimiento;

— porque el deseo inmoderado, impaciente, de progreso se estrelló contra el desengaño de los propósitos hechos tantas veces, y siempre cumplidos a medias;

— porque les faltó fuerzas para evitar aquella ocasión, o para hacer aquel acto de obediencia o de humildad, que luego influyó tanto en su ánimo...

Cada alma mediocre sabe su historia.

Pero podríamos señalar dos causas principales y generales.

Siempre influye alguna de ellas.

Y están tan unidas, que donde nace una luego aparece la otra.

1º) *Falta de vida interior*:

— han perdido el sentido profundo e íntimo de las cosas espirituales;

— no trabajan por mantener la unión afectuosa y continua de su voluntad con la de Dios;

— no dan importancia a la fidelidad en los ejercicios de piedad;

— entre el alma y Dios existe una comunicación fría, de rutina, por cumplimiento;

— no hay interés por recuperar un rato de oración perdido;

— falta el recogimiento de la mente y del corazón;

— ansia de las ocupaciones exteriores, las conversaciones divertidas, los entretenimientos, las lecturas distraídas, las fiestas...

2º) *Falta de abnegación y humildad*:

— no comprenden de modo práctico y personal la necesidad de la abnegación;

— buscan y defienden sus comodidades, sus derechos, sus libertades: a nada de ello quieren renunciar;

— quieren moverse siempre, es verdad, dentro de lo *lícito*, pero buscan una vida lo más fácil y agradable a los sentidos;

— las imperfecciones de su vida las disimulan, o las confiesan incorregibles, para no tener que mortificarse corrigiéndolas.

De estas dos causas principales nace el estado característico de la mediocridad espiritual: la falta de generosidad, la falta de voluntad seria de adelantar en la vida espiritual.

47. Remedios de la mediocridad espiritual

El R. P. De Guibert, en su obra antes citada, propone y demuestra la necesidad de los siguientes remedios:

1º) Reforma de la vida interior: reprimir generosamente las aficiones desordenadas, y formar hábitos virtuosos.

2º) Recogimiento interior y guarda del corazón: apartar lo que pueda distraer nuestra inteligencia y nuestra imaginación de las cosas divinas, o que no se encaminen al servicio de Dios. Nuestros pensamientos y nuestros afectos deben estar siempre en un ambiente espiritual sobrenatural.

3º) Vida de piedad: oración, culto litúrgico, sacrificios...

4º) Perfecta abnegación de sí mismo y humildad: toda la tradición católica, aunque afirma que la perfección consiste en la caridad, reconoce que sin abnegación y humildad no puede haber ni fundamento ni progreso de la perfección.

Piense cada uno que tanto más *aprovechará en todas las cosas espirituales,* cuanto *saliere de su propio amor, querer, e interés* (S. Ignacio de Loyola, *Ejercicios.* Para enmendar y reformar la propia vida y estado).

48. Oración, oración...

Pero el estado de mediocridad espiritual quita al alma con frecuencia la generosidad necesaria para decidirse a abrazar tales remedios.

Y esto es precisamente lo que más distingue las almas mediocres de las fervorosas: la falta de generosidad.

¿Qué hacer cuando no hay ánimo para poner los medios más directos?

Recomendamos la oración, la oración frecuente, pidiendo precisamente al Señor la gracia de la generosidad y del fervor.

No importa que no se sientan ganas de orar, ni deseos de adelantar, ni de ser más generosos con Dios...

No importa, oremos, oremos, oremos constantemente pidiendo esa gracia, que nos atrae.

Oremos, aunque sea sin ganas, mecánicamente, como el disco de un gramófono.

Si tenemos recta intención y *constancia*, llegará un día en que sintamos verdaderos deseos de ser generosos.

Y entonces el soplo de la divina gracia nos levantará hasta el tercer grado de la santidad.

49. GRANDEZA DEL TERCER GRADO DE LA SANTIDAD

Y ¡qué gracia tan grande la del alma que sube al tercer grado de la santidad!

No sabemos cómo encarecer la grandeza e importancia de este paso.

Porque creemos que en la vida espiritual, en nuestra fatigosa ascensión hacia nuestro ideal de santidad, el paso hacia el tercer grado es el paso más importante y más decisivo.

De él depende que el alma quede toda la vida en una vulgar santidad, o ascienda hasta las mayores cumbres.

Y decimos esto porque pensamos que una vez que el alma ha llegado a este grado, fácilmente, casi diríamos necesariamente, va a seguir su marcha, y no se detendrá hasta llegar, con la gracia divina, hasta la santidad propia de los grandes santos.

¿Por qué?

Porque la generosidad espiritual pone al alma incondicionalmente en manos de Dios.

El alma generosa no sólo está lejos del pecado mortal y del venial, sino que busca lo que es más perfecto para ella: huye de lo imperfecto.

En otras palabras: no se contenta con evitar la ofensa de Dios; quiere más, quiere evitar todo lo que le sea menos agradable; busca lo más agradable a Dios, lo más perfecto.

Ahora bien, un alma que está en esta disposición espiritual ¿no será levantada por Dios a la mayor santidad?

¿No dicen los santos que *no sabemos lo que haría Dios con un alma que se dejara totalmente en sus manos*?

¿Y por qué es así?

La razón teológica es porque el alma generosa ha quitado lo que impedía al alma mediocre el ascenso hacia la gran santidad:

falta de humildad,
falta de abnegación,

es decir: *el amor propio desordenado*.

El amor propio desordenado es el que impide al alma crecer en el amor de Dios.

Y precisamente el alma generosa pasa por encima de su amor propio, subordinando su gloria y su comodidad a la gloria de Dios, a quien ha consagrado todo su amor.

¿Qué puede ya detener a esa alma en su vuelo rápido a la más íntima unión con Dios?

Finalmente, la importancia decisiva de este tercer grado de santidad la enseñan o suponen los grandes maestros de la vida espiritual.

Nos bastará un ejemplo de inmensa autoridad.

No cabe duda de que S. Ignacio de Loyola tuvo una intuición genialmente sobrenatural, al concebir el método de los ejercicios espirituales para disponer las almas a los mayores grados de la santidad.

Y bien, ¿cuál es el *punto central* a donde S. Ignacio dirige todo su método, tan alabado de los Sumos Pontífices y tan confirmado por la experiencia de cuatro siglos?

A obtener del ejercitante esta disposición de ánimo: magnanimidad y liberalidad para con su Creador y Señor, para que su divina Majestad disponga de sí y de todas sus cosas según Su santísima voluntad.

Esta *disposición de ánimo*, pedida ya en la 5ª de las anotaciones, será puesta como resultado efectivo de los principales ejercicios: Principio y Fundamento, Pecados, Rey Temporal, Banderas, Binarios, Tres grados de humildad, Contemplación para alcanzar amor.

Por eso los comentaristas de los Ejercicios dan tanta importancia a la anotación 5ª. *Están escondidos aquí, como en germen fecundísimo, no los ordinarios, sino aquellos insignes y tan célebres frutos de los Ejercicios* (A. Denis, *Commentarii in Exer. Spirit.*, I. p. 26).

Y ésta es precisamente la disposición de ánimo del que está en el tercer grado de santidad: *generosidad para con Dios.*

El alma que ha llegado a este punto encontrará todavía dificultades en su camino, pero las vencerá, porque Dios le dará ayudas extraordinarias.

Dios no se deja vencer en generosidad.

Dios iluminará, Dios ayudará eficazmente al alma generosa, que no se contenta con lo mediocre, lo imperfecto, lo menos agradable a Dios.

Los grandes santos han sido almas generosas, y por eso han llegado a ser grandes santos.

¿No es cierto ahora que este tercer grado de santidad es tal vez el más decisivo en la vida espiritual?

50. Hacia los grados superiores de la santidad

Pero veremos que desde almas relativamente ordinarias, hasta las almas que han llegado a la santidad más sublime, y aun las que han sido elevadas al honor de los altares, todas están incluídas en este tercer grado de la santidad.

Este tercer grado incluye, por lo tanto, almas de perfección muy diferente.

Por estas razones creemos que la clasificación de los grados de la santidad, reducidos a sólo tres, no nos da con claridad una idea exacta de los diversos estados por que atraviesa el alma hasta la unión más perfecta con Dios.

Nos parece mejor, al menos para nuestro intento, señalar algunos estados más; por esto, en vez de los tres grados que comúnmente se suele señalar, vamos a distinguir cinco, subdividiendo este tercero en otros tres [1].

Efectivamente, comparemos los diversos estados de un alma que ya ha salido del pecado venial, y que desea agradar a Dios lo más posible; podremos comprobar que:

1º) Procura agradar más a Dios, aun en las acciones más indiferentes y *de orden puramente natural*, haciéndolas no por satisfacer sus gustos naturales, lícitos, sino para agradar a Dios.

2º) Las mismas acciones que son de suyo *sobrenaturales* procura hacerlas con la mayor perfección posible.

3º) En fin, no sólo en sus acciones naturales y sobrenaturales busca hacerlas con la mayor perfección, y con la más recta intención de agradar a Dios, sino que, por amor a Dios y a Jesucristo crucificado, busca *lo más mortificado, lo más difícil, lo más heroico*:

[1] Para quienes extrañen que adoptemos una clasificación diferente de la que en general ha admitido la mayoría de los autores ascéticos, ponemos la siguiente aclaración: no faltan autores que han experimentado la necesidad de distinguir mayor número de grados en la santidad. Así, *San Francisco de Sales* distingue cuatro; *Sandreau* distingue siete; y el mismo *Santo Tomás*, aunque siempre insiste en los tres grados de incipientes, proficientes y perfectos, en el *III Sent., D. 29, a. 8, q. 1*, subdivide el segundo y el tercero en otros dos, con lo que resultan en total *cinco grados*. Ver sobre la cuestión, De Guibert, S. I., *Theologia Spiritualis* (ps. 282 y siguientes).

es el amor a la cruz, sólo por agradar más a Dios, el grado supremo de la santidad.

Nuestros lectores comprenderán mejor cada uno de estos grados en las declaraciones siguientes:

51. El dominio de la gracia sobre la naturaleza

Todavía hay muchas cosas que el alma podría ofrecer a Dios, y no se las ofrece.

Todavía hay muchas acciones en su distribución diaria, en las cuales Dios no tiene *toda* la parte que podría tener.

Todavía hay muchas acciones muy buenas naturalmente, pero en las que su amor a Dios y sus deseos de santidad no ejercen más influjo que el de salir de un alma que está en gracia de Dios.

Es eso algo; pero ¿no podría hacer mucho más?

¿No podría tener Dios más parte en esas acciones?

Pongamos un ejemplo: tengo necesidad de tomar un vaso de agua; lo hago para satisfacer una conveniencia mía.

Es sin duda una acción buena. Más aún, ya que estoy en gracia de Dios, con ello merezco cielo y me acerco a mi último fin, según la opinión más común entre los teólogos.

Pero si la examino bien veré que soy yo, es mi satisfacción, es mi bien personal el centro adonde esa acción se dirige.

Y como esa acción, ¡hago tantas al cabo del día, en las cuales yo solo soy el centro y el fin adonde las dirijo!

53. La visión sobrenatural de nuestra vida

Y éste es precisamente el sello que distingue a las almas que han entrado en el camino de la perfección, de las que solamente se ocupan de evitar los pecados mortales y veniales, es decir, de las que están en el primero o en el segundo grado de la santidad.

Para el alma que es verdaderamente espiritual, todas sus acciones son referidas por una intención explícita o implícita hacia Dios.

La intención implícita existe cuando el alma ha dedicado expresamente en algún momento todas sus obras a Dios y no se ha retractado, ni obra en la práctica como si se hubiera retractado.

Un alma como ésta piensa, juzga y resuelve por motivos ante todo de la gloria de Dios; por motivos inspirados por la gracia divina, y no por la naturaleza humana.

Los sucesos prósperos y adversos, las comodidades o las incomodidades, la elección de estado o la resolución en sus determinaciones, es inspirada por el deseo de cumplir la voluntad de Dios, por el deseo de santificarse como Dios lo quiere, y no por satisfacer las inclinaciones naturales, aunque ellas sean buenas.

En la elección de estado, por ejemplo, puede uno elegir libremente y sin ofensa de Dios —ni mortal ni venial— el estado de matrimonio.

Un alma que no haya llegado a tener el sentido sobrenatural de su vida propia, buscará en ello principalmente seguir una inclinación natural que en sí es buena.

Pero el alma que haya llegado al tercer grado de santidad, en que los motivos naturales quedan en segundo plano, elegirá el estado de matrimonio atendiendo principalmente a que tal es la voluntad de Dios y al deseo de agradarle cumpliéndola.

¡Qué diferencia tan fundamental entre las dos almas que han hecho la misma elección: la primera es guiada por la naturaleza, la segunda es guiada por la gracia; tiene verdadera noción de lo que es la perfección cristiana y de lo que es la vida espiritual!

Las personas religiosas tienen una gran ventaja sobre las personas del mundo; el ambiente social en que viven, empapado de piedad y de recuerdo continuo de las cosas divinas, las obliga, por así decirlo, a tener de la vida una concepción sobrenatural.

Basta una pequeña cooperación de la voluntad para que vivan de ordinario en este tercer grado de la santidad.

54. TRASFORMACIÓN DIVINA

Cuando el alma ha obtenido que en sus acciones sea la gracia la inspiradora, y no la naturaleza, ve abrirse ante sí un nuevo panorama.

Ya es toda de Dios.

Ya todas sus acciones tienen por centro principal a Dios.

No se busca a sí misma, ni sus comodidades.

Todo esto no es sino efecto de una interior trasformación que se ha obrado en ella.

Y esta trasformación procede de que el alma se ha unido a Dios de una manera mucho más íntima y estrecha.

Trasformación que es el sello de la santidad y que en este primer grado llega a toda su extensión aunque no adquiera toda la intensidad.

Tiene *toda la extensión* porque toda nuestra vida y todas nuestras acciones y todo nuestro ser están regidos por la gracia y por el amor de Dios.

Pero no tiene *toda la intensidad* posible, porque ésta puede crecer siempre más y más. Los autores que tratan de ascética y mística suelen darnos las siguientes características de esta trasformación del alma en Dios:

La trasformación del alma es la total sobrenaturalizacion de todas sus facultades y fuerzas por la gracia y el amor de Dios.

Es trasformación divina porque el amor de Dios que arde en el alma le comunica una semejanza de las perfecciones divinas que en cierta manera la deifica.

De aquí nacen cuatro efectos principales:

1) En todas las cosas obra inspirada por el beneplácito de Dios.
2) Todo lo ve, lo juzga según Dios.
3) Todo lo recibe según Dios.
4) Todo lo ama según Dios (cfr. R. P. Crisógono de Jesús Sacramentado, C. D., *Compendio de ascética y mística*).

55. EL CUARTO GRADO DE LA SANTIDAD

Ya es toda de Dios...

Pero si es toda de Dios, *¿lo es con toda la intensidad con que puede serlo?*

Si todo lo ve, lo recibe, lo ama según Dios, ¿no podría verlo, recibirlo, amarlo *más divinamente*?

Yo puedo hacer que todos mis pensamientos, que todos mis afectos, que todos mis deseos giren alrededor de una persona.

¡Pero hay tantos grados en esta entrega total de una persona a otra!

Hay un afecto más tierno que otro.

Hay una amistad más delicada que otra.

Hay un amor más intenso que otro.

Hay un deseo de complacer más solícito que otro.

Hay un deseo de servir más desinteresado que otro.

Hay un deseo de glorificar y honrar más ardiente que otro.

Hay un deseo de la felicidad y del bienestar menos limitado que otro.

Y llega un momento en esa entrega total en que el alma que ama siente la necesidad imperiosa impuesta por el mismo amor de romper todas las barreras, de suprimir todos los obstáculos, de sobre-

pasar todos los límites y de lanzarse a todo lo que sea mayor amor, mayor bienestar, mayor gloria y felicidad de la persona amada.

El alma que se dirige con todo ese ímpetu de *lo más*, y de *lo mejor*, de lo sin límites ni obstáculos, ha llegado a la plenitud, no sólo en extensión sino también en profundidad, del amor a Dios.

Y éste es el cuarto y sublime grado de la santidad.

56. LA MAYOR GLORIA DIVINA

Porque el alma que en el tercer grado de la santidad había experimentado el dominio de Dios en toda su manera de ver y de obrar, vislumbra ahora que ese dominio puede ser *más intenso*.

Eleva su mirada hacia Dios que la atrae.

Y en presencia de la altísima e infinita santidad divina, nota que todavía en su corazón y en sus intenciones dirigidos hacia Dios se reserva consciente o inconscientemente alguna satisfacción humana, alguna condescendencia para con el amor propio en la forma menos perfecta de hacer sus obras o en la intención menos pura que a veces se introduce.

En esa pequeña falta de generosidad, es esa pequeña sombra de egoísmo, tan propios y tan naturales de la débil naturaleza humana.

¿Quién no ha experimentado que aun en las acciones más buenas y más santas llegamos a experimentar primero y a buscar luego cierta satisfacción humana?

Pero llega un momento en que el alma es irresistiblemente atraída por Dios hacia *lo más alto*.

Llega un momento en que el alma se lanza con toda generosidad, con todo el ímpetu de su afecto y de su amor hacia lo que es *más agradable a Dios*, hacia lo que es *más amor de Dios*, hacia lo que es *mayor gloria de Dios*.

En sus obras no queda satisfecha sino cuando hace lo más perfecto.

Y entre las obras elegirá siempre la que sea de mayor agrado y gloria de su Dios.

Llega a tener ese instinto que da el amor cuando es ilimitado, de estar continuamente consultando los deseos divinos, lo que más agrada a Dios.

Adivinando esos pequeños matices de los gustos divinos, que un amor menos amoroso no sabe descubrir.

Y queda intranquila hasta que no llega a dar siempre y en todo lo mejor y lo más que pueda de su obrar y de su amar y de todo su ser y de todas sus cosas a Dios.

El deseo insaciable de la mayor gloria divina es el aguijón del amor que siente el alma, llegada al cuarto grado de la santidad.

Entonces fluye espontáneo y a veces irresistible ese anhelo de lo más perfecto y de lo más santo, que en algunas almas privilegiadas ha llegado a cristalizar en un *voto heroico de elegir* en todo momento aquello que *sea de más elevada perfección.*

57. La plenitud de amor

La santidad consiste en el amor.

La plenitud de la santidad es la plenitud del amor.

Y a esta plenitud del amor a Dios ha llegado el alma a quien Dios ha concedido ascender al cuarto grado de la santidad.

Ahora toda su vida, todas sus preocupaciones, todos sus pensamientos y todo su corazón están sólo en cómo *agradará más y más a Dios.*

Toda la memoria se le va en cómo y más contentarle y en qué o por dónde mostrará el amor que le tiene (Sta. Teresa, *Moradas,* cap. IV).

Ese es todo su gran ideal, y fuera de eso no piensa ni desea otra cosa alguna.

La muerte o la vida, los consuelos y las tribulaciones, la dulzura o la sequedad en la oración, no son deseados en sí mismos, no son nada, si no sirven para amar a Dios, para hacer mejor su gusto, para trasformar el alma más que en Dios cumpliendo su divina y adorada voluntad.

Es a Dios mismo a quien ama, y es Dios mismo el primero y ardiente motivo de su amor.

Le ama por Sí mismo. Por su bondad y por su hermosura, por su grandeza y por su amabilidad, que enamora el corazón de los santos con mayor fuerza de lo que podría enamorarlo la más amable de las criaturas.

No es extraño que el alma piense y hable y obre a veces de tal manera que sus pensamientos, sus palabras y sus acciones sean tenidas por locuras, por quienes no saben lo que es vivir abrasado en el purísimo amor de Dios.

No entendemos los que no hemos llegado a esas cumbres donde reina sólo el amor, no entendemos a un Francisco de Asís que se viste de harapos y que habla con su hermano sol y su hermano lobo.

No entendemos a una Sta. Teresa que es herida del amor por un serafín, y nos dice que para ella la vida es la muerte y la muerte es la vida.

No entendemos los desvaríos de la joven virgen que desearía recorrer todo el mundo como un profeta y como un apóstol y querría ser a la vez sacerdote y mártir y morir en la Cruz como su Esposo y sufrir todos los tormentos de los mártires y hacer todo lo que los santos hicieron por la gloria de su Amado.

Pero todo esto es lo más natural para quien ha llegado a la perfección del amor.

No hay sacrificio que no sea agradable.

No hay acciones magnánimas que parezcan excesivas.

En la vida ordinaria, en las grandes dificultades y en los grandes triunfos, es el único pensamiento, la única obsesión, el estar complaciendo a Dios Nuestro Señor.

Y este mismo pensamiento es el mayor consuelo y la más íntima alegría en medio de las más grandes pruebas espirituales, y del mismo abandono espiritual, terrible tormento con que Dios suele probar la fidelidad de sus almas predilectas.

Pero nada puede detener la fuerza del verdadero amor.

Recordemos nuevamente la descripción del amor que el Kempis nos ha trazado en el capítulo V del libro tercero.

Y terminemos diciendo que esta descripción árida y seca de la plenitud del amor, ni a mí me dice lo que es, ni a los lectores que no amen de veras a Dios.

Sólo el que ama a Dios sabe lo que es amarlo.

Sólo el que ama plenamente a Dios sabe lo que es el amor más dulce y sublime que puede arder en el pequeño corazón humano.

Si alguien ama, sabe lo que esta palabra significa (*Imitación de Cristo*, lib. III, cap. V).

58. ¡SEÑOR, QUE OS AME!

A los que aún no hemos llegado a esta cumbre del amor nos es permitido, sin embargo, pedirla y desearla humildemente:

Dilatad, Señor, mi alma en el amor para que aprenda a gustar con los labios interiores de mi corazón cuán suave es amar, y derretirse y anegarse en el amor.

Arrebáteme el amor sacándome fuera de mí mismo por su extraordinario fervor y enajenamiento.

Cante el cántico del amor y te siga, oh amado mío, lo más adentro posible. Desfallezca mi alma en tus alabanzas y alégrese jubilosamente con tu amor.

Ámete a Ti más que a mí, y no me ame a mí sino por Ti, ame en Ti a todos los que verdaderamente te aman, como manda la ley del amor que brilla en Ti...

Dios mío, amor mío, Tú todo mío y yo todo tuyo (*Imitación de Cristo*, lib. III, cap. V).

59. "LA CARIDAD DE DIOS SE HA DERRAMADO EN NUESTROS CORAZONES"

Hemos descrito el estado sublime del alma que ha logrado llegar al cuarto grado de la santidad.

Total olvido de sí, total entrega a Dios.

La plenitud del amor.

Pero hasta ahora hemos puesto nuestra mirada preferentemente sobre lo que el alma siente y hace en su vida sobrenatural.

Llegados a esta cumbre de la vida espiritual, vamos a detenernos un momento, para contemplar cómo Dios trabaja en el alma, la ayuda, y hasta la toma, por así decirlo, en sus divinas manos, para elevarla más rápidamente a la unión perfecta, en cuanto es posible alcanzarla en este mundo.

En el primer momento en que el alma recibe la gracia santificante, comienza Dios a trasformarla y a obrar en ella maravillas y prodigios de su amor.

Pero es sobre todo en el alma que ha llegado a los últimos grados de la santidad donde resplandece el trabajo, digámoslo así, admirable, con que Dios labra en magníficas líneas y en delicadas filigranas el templo de la perfección de sus almas predilectas.

Por eso es ahora la mejor ocasión de contemplar en una visión de conjunto la actividad divina en el alma que va creciendo en la santidad.

La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones (S. Pablo, *Ad Rom.*, V, 5).

Desde el primer momento en que el alma queda justificada, podemos aplicarle esta frase del apóstol S. Pablo.

Dios es generoso y no da sus dones a medias sino con tal abundancia que se derraman en el alma.

Pero donde sin medida, y haciendo alarde de especial magnificencia, derrama todas sus riquezas, es en el alma de los grandes santos.

Vamos a contemplar en ella el trabajo maravilloso de Dios.

60. EL PRINCIPIO DE LA VIDA SOBRENATURAL

Como Dios nos ha dotado de un organismo en el orden natural que comprende el cuerpo y el alma, cada uno con sus potencias o facultades destinadas al ejercicio de los actos corporales o espirituales con que vamos perfeccionando nuestro ser y nuestra vida, así también en el orden sobrenatural nos ha dotado de un organismo, que tiene su principio de vida sobrenatural, con sus potencias o facultades sobrenaturales, con su actividad o sus actos también sobrenaturales, y con aquel gusto y facilidad en el ejercicio de la actividad sobrenatural que suelen sentir el cuerpo y el alma cuando pueden ejercitar sus actos propios con facilidad, sin molestias propias de un cuerpo enfermo o de un alma debilitada.

El principio de la vida sobrenatural es, como ya lo indicamos en uno de nuestros primeros artículos, la gracia santificante, la caridad.

Ella nos da el ser sobrenatural, el ser deiforme, la participación en cuanto es posible a nuestra pobre naturaleza de la misma naturaleza y vida divinas.

Pero este principio sobrenatural puede ir creciendo sin medida y es en las almas que totalmente se han entregado a Dios donde alcanza su más perfecto desarrollo.

Un alma, por ejemplo, llegada al cuarto grado de la santidad, debe estar tan trasformada en Dios que no quede en ella nada propio, nada que no esté dirigido, informado y consumido por el exceso de la caridad, de ese principio de vida sobrenatural, que Dios ha derramado en ella.

61. LAS POTENCIAS O FACULTADES SOBRENATURALES

Como el alma tiene sus potencias (entendimiento y voluntad) acomodadas a su esencia, a su manera de ser: y como el cuerpo tiene también sus potencias y facultades (los sentidos externos e internos) con que ejercita los actos de la vida corporal; así también ese principio de la santidad que Dios ha infundido en nuestras

almas, tiene sus propias potencias o facultades que facilitan al alma el ejercicio de los actos de la vida sobrenatural.

"Como de la esencia del alma brotan sus potencias que son los principios operativos, así también de la misma gracia brotan las virtudes que están radicadas en las potencias del alma, y por medio de dichas virtudes las potencias producen los actos" (Sto. Tomás, *Summa Theologica*, I, II, q. 110, a. 4).

Estas potencias o facultades sobrenaturales son, pues, *las virtudes*.

Las virtudes las infunde Dios al alma junto con la gracia santificante. Quedan en el alma habitualmente. En toda alma que está en gracia de Dios.

Distinguen los teólogos dos clases de virtudes infusas o de facultades que Dios concede al alma: las teologales y las morales.

Las facultades o virtudes teologales tienen por objeto inmediato a Dios, y son la fe, la esperanza y la caridad.

Las facultades o virtudes morales tienen por objeto inmediato otro bien honesto distinto de Dios, pero referido a Dios en último término, y ayudan a mantener la unión con Dios. Son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

Pero además de estas facultades o virtudes con que el alma puede producir los diversos actos de la vida sobrenatural, Dios le da otra clase de facultades o de potencias para ejercitar las virtudes.

Estas otras potencias son *los dones del Espíritu Santo*[1].

Se diferencian de las virtudes arriba enumeradas, no porque sean más perfectos, sino porque por medio de ellos el Espíritu Santo nos da una mayor facilidad de ejercitar los actos propios y perfeccionar el ejercicio de todas las virtudes.

Todos sabemos por el catecismo cuáles son los dones del Espíritu Santo.

Pero debemos notar que de ordinario los dones del Espíritu Santo sólo se manifiestan en toda su plenitud en las almas ya más adelantadas en la santidad.

También los dones se conceden en mayor o menor grado a las almas que comienzan su ascensión hacia la santidad.

Pero en éstas los resabios del pecado y las malas inclinaciones presentan demasiada resistencia al soplo divino del Espíritu Santo.

[1] Los teólogos suelen distinguir *siete dones* del Espíritu Santo: Sabiduría, Entendimiento, Ciencia, Consejo, Piedad, Fortaleza y Temor de Dios.

62. LOS ACTOS DE LA VIDA SOBRENATURAL

La vida sobrenatural tiene su esencia o su principio vital propio, la gracia.

Tiene sus potencias o facultades permanentemente adheridas al principio vital sobrenatural: son las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo.

Y tiene también sus actos propios, actos sobrenaturales, actos de hijo de Dios y de participante de su naturaleza divina.

Estos actos son de cuatro clases: los actos de las virtudes infusas, los actos de los dones del Espíritu Santo, los actos llamados frutos del Espíritu Santo y los actos llamados Bienaventuranzas.

Para distinguir los actos respecto de las potencias o facultades pongamos algún ejemplo:

Cuando el alma recibe la gracia santificante juntamente se le infunde la virtud teologal de la fe.

Esta virtud es una cualidad que queda permanentemente en el alma, y por ella puede (por eso se llama también *potencia*) practicar los actos de la fe sobrenaturalmente.

Cuando el alma, que tiene esta virtud o potencia de la fe, dice, por ejemplo, "Creo en Dios", "Creo en el misterio de la Sma. Trinidad", "Creo en la divinidad de Jesucristo", entonces practica los *actos* de la virtud de la fe.

Y lo mismo diríamos de la esperanza y la caridad, la justicia y la fortaleza, la prudencia y la templanza.

Y lo mismo diríamos también de los dones del Espíritu Santo: *la piedad* o *el temor de Dios*, por ejemplo, son *facultades* o *potencias* dadas por el Espíritu Santo al alma, para practicar *los actos* de piedad o temor de Dios.

Así que a las *dos clases de potencias sobrenaturales*, virtudes y dones, corresponden *dos clases de actos sobrenaturales*, los de las virtudes y los de los dones del Espíritu Santo.

Y es muy de notar que así como la gracia perfecciona al alma misma, así las potencias sobrenaturales que brotan de la gracia, perfeccionan las potencias o virtudes naturales del alma, elevándolas al orden sobrenatural.

63. LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO

Pero de las mismas virtudes y dones, pueden proceder los actos de una manera especial y bajo un especial influjo del Espíritu Santo.

Entonces, gracias a esta acción especial del Espíritu Santo en el alma, obra ésta los actos de las virtudes y los dones, con una suavidad y con un placer espiritual característico.

Esos actos son los *Frutos del Espíritu Santo.*

Nuestras obras, dice Santo Tomás, *en cuanto son ciertos efectos del Espíritu Santo que actúa en nosotros, tienen el carácter de frutos* (*Summa Theol.,* I, II, q. 70, a. 1).

Los frutos del Espíritu Santo sólo se manifiestan en las almas adelantadas en la perfección.

Porque son "frutos" del ejercicio continuado de las virtudes, de la actuación de los dones y de la influencia, cada vez más intensa, del Espíritu Santo en el alma (P. Crisógono de Jesús Sacramentado, *Compendio de ascética y mística,* parte II, c. III, art. IV).

64. LAS BIENAVENTURANZAS

Pero todavía concede Dios a las almas un deleite espiritual superior a los frutos del Espíritu Santo.

Es ya la obra suprema de la gracia en este mundo, y "un comienzo imperfecto... en esta vida de la bienaventuranza futura" (*Summa Theol.,* I, II, q. 69, a. 2, c).

Tal es el gozo de las Bienaventuranzas.

Son actos más perfectos que los frutos del Espíritu Santo y suponen una mayor perfección en las potencias o facultades espirituales de donde proceden, que son preferentemente los dones con que el Espíritu Santo ha enriquecido al alma.

Actos más perfectos proceden de potencias más perfectas.

Y las potencias más perfectas proceden de una gracia mayor en el alma.

Así que las Bienaventuranzas, por ser los actos más perfectos, suponen el mayor grado de santidad en el alma.

Tales las ocho Bienaventuranzas, que Jesucristo mostró al mundo como el ideal más sublime de perfección [1].

[1] "Bienaventurados los pobres de espíritu,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.
"Bienaventurados los mansos,
porque ellos poseerán en herencia la tierra.
"Bienaventurados los que lloran,
porque ellos serán consolados.
"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ellos serán saciados.

Oigamos a Sto. Tomás explicarnos su excelencia y superioridad sobre los mismos frutos del Espíritu Santo.

"Más se requiere para la bienaventuranza que para el fruto: porque para el fruto basta que algo sea en sí mismo lo último (a que el alma puede aspirar) y que sea deleitable; pero para la bienaventuranza se requiere además que sea *perfecto y excelente*; de modo que todas las bienaventuranzas pueden llamarse (también) frutos porque tienen todo lo propio de los frutos; pero además tienen otras perfecciones, (y por eso) no todos los frutos son bienaventuranzas".

"Los frutos son toda obra virtuosa en que el hombre halla placer o deleite (espiritual); pero las bienaventuranzas son solamente las obras perfectas; y precisamente por causa de su perfección se atribuyen más bien a los dones que a las virtudes" (*Summa Theol.*, I, II, q. 70, a. 2, c.).

El estado del alma es entonces un prenuncio de la posesión inefable de Dios en el cielo.

Goza del amor de Dios con una intensidad que enajena todo sentido.

Goza del fruto de su arduo trabajo de renunciamiento total de sí misma, al que Dios ha correspondido con las gracias supremas de las bienaventuranzas.

Nunca le faltarán en esta vida las pruebas, la cruz y las espinas.

Pero estos gozos espirituales perseveran misteriosamente, llenando al alma de suavidad en medio de sus dolores, y sosteniéndola en el total renunciamiento de sí misma.

65. "POR EL ESPÍRITU SANTO"

"La gracia de Dios se ha derramado en nuestros corazones *por el Espíritu Santo*" (*Ad. Rom.*, V, 5).

"Bienaventurados los misericordiosos,
porque ellos alcanzarán misericordia.
"Bienaventurados los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios.
"Bienaventurados los que buscan la paz,
porque ellos serán llamados hijos de Dios.
"Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el Reino de los Cielos".
(S. *Mateo*, V 3-10. Trad. según la Biblia de Jerusalén).

Admiremos ahora todo lo que puede significar ese derramarse la gracia en nuestros corazones.

Admiremos toda la fuerza de esa metáfora expresiva y enérgica de San Pablo.

En el alma del pecador recién convertido derrama el Espíritu Santo la gracia divina, que le da una nueva vida, nuevas facultades, nueva actividad, vivir parecido al vivir de Dios.

Ella nos revela el trabajo que el Espíritu Santo, a quien se atribuye la obra de la santificación de nuestras almas, puede y desea llegar a realizar en nosotros, si por nuestra parte no ponemos impedimento a su acción santificadora.

Pero a medida que esa alma se va dejando guiar por las inspiraciones divinas, la gracia (¡y qué don, y qué riqueza y qué hermosura tan grandiosa e incomprensiblemente excelsa es la gracia!) va aumentando, y va aumentando y va llenando hasta rebosar el alma, trasformándola, enriqueciéndola, hermoseándola con riquezas y bellezas que sólo son propias de Dios.

Y con la gracia del Espíritu Santo va trasformando también las facultades del alma por medio de las virtudes y de los dones.

Y la perfección de las virtudes (la fe y la esperanza y la caridad, y las virtudes morales) y la perfección de los dones llegan a esa sublime trasformación de las facultades del alma que admiramos en las almas de elevada santidad.

Y después de haber perfeccionado al alma y a sus facultades, va el Espíritu Santo obrando en ella y con ella todos *los actos* de las virtudes y de los dones, y deleitándola y sosteniéndola con los frutos del mismo Espíritu Santo y la bienaventuranza.

Si es admirable la obra de Dios en la naturaleza, en las plantas y en los animales, y en el hombre mismo, ¿cuánto más sublime, más delicada y perfecta aparece en la obra de la santificación de nuestras almas?

¡Es Dios admirable en sus santos!

66. EL ÚLTIMO GRADO DE LA SANTIDAD

El cuarto grado de la santidad es *la plenitud del amor.*

¿Podemos pedir algo más?

¿Podemos concebir otro grado de santidad, mayor que la plenitud del amor?

¿Acaso la santidad no consiste en el amor, en la caridad?

Y por lo tanto, ¿la plenitud del amor no será la plenitud de la santidad?

Así es... Pero el amor es de suyo tan ardiente y tan ingenioso...

Siempre encuentra algo más que dar, cuando parece que ya lo ha dado todo.

Siempre encuentra una entrega más total, más delicada en su motivo y más arrebatada en su expresión.

Arrebatada hasta la locura, a los ojos de quienes no sienten el amor.

Y así sucede con el amor de Dios.

La llama del amor ardió y arde en el pecho de muchos santos hasta arrebatarlos a cierta manera de amar, superior a lo que el mismo amor de Dios parece pedir.

He aquí lo que podemos llamar *el quinto y último grado de la santidad.*

¿En qué consiste?

67. El misterio de la cruz

Sólo una cosa buscaba el alma:

Agradar a Dios, por Dios.

¿Lo demás? No importaba: la muerte o la vida, la gloria o la ignominia, los consuelos o las tribulaciones... todo era indiferente si no era agradable al Amado; todo podía ser ardientemente deseado y gozosamente poseído, si era agradable al Amado; todo podía ser aborrecido, aun los mejores bienes temporales, si su goce era desagradable al Amado.

El alma no vivía para sí, sino para su Amado.

El alma se despojaba de todo vestigio de egoísmo, y se sacrificaba totalmente por su Amado.

Moría totalmente a sí, para vivir sólo para su Amado.

He aquí la *muerte mística,* de que nos hablan los santos.

No vivo yo, sino Cristo vive en mí.

¿Puede el alma dar más a Cristo?

Puede.

¿Puede haber una mayor renunciación del alma en Dios?

Puede.

El amor de los santos ha encontrado esta nueva posibilidad.

Sobrepasando la locura del amor, han llegado a la de un amor crucificado.

Sobrepasando la *muerte mística*, han llegado hasta la *muerte mística en cruz.*

En ella consiste la última posibilidad del amor de Dios, que parece superar al amor mismo.

68. La muerte mística en cruz

Al hablar los santos de la *muerte mística* del alma, significaban aquel desprendimiento, aquel olvido total de los gustos, comodidades, intereses propios, para no vivir sino para Dios, cumpliendo aun en lo más mínimo su voluntad divina, buscando solamente su beneplácito y sus intereses divinos.

El alma no vive pàra sí, sino para Dios.

Ha *muerto* para sí, por amor de Dios.

He aquí la *muerte mística* del alma, en aras del amor y gloria de Dios.

Todo lo que se oponga al amor y gloria de Dios en el alma, muere.

¿Qué más puede inventar el amor?

Imaginemos un caso, que muchas veces puede ser real.

Una grave y dolorosa humillación amenaza al alma.

Puede, si quiere, evitarla.

Examina si puede ser útil para la gloria de Dios que pase el alma por tal prueba, y bien pesados los pro y los contra, resulta que será *de igual agrado y gloria de Dios*, en este caso particular, abrazarse con la humillación, o evitarla debidamente, ya que de esto último también se siguen en la presente ocasión, iguales ventajas para la gloria de Dios.

El alma, frente a Dios, examina amorosamente su divina voluntad con deseo de agradarle.

Basta que Dios manifieste una ligera inclinación hacia un lado, para que el alma corra sin dudar hacia él.

Pero Dios le dice: *Lo mismo me agradarás si te abrazas con esa humillación, que si la dejas: todo va a ser de igual gloria para Mí.*

¿Qué ha de hacer el alma?

El amor no le pide en este caso la muerte de sus inclinaciones.

Igual agrada a su Dios... No podemos aplicar la regla de la mayor gloria de Dios, de la mayor perfección del alma.

Pero la lógica del amor encuentra su propia solución.

La solución para la más sublime, más delicada, y al mismo tiempo la más natural y desinteresada manifestación del amor a Dios.

La solución parecerá algo irracional a la prudencia humana, pero es perfectamente lógica para el alma que ama a Dios.

La solución la encuentra el alma *en la cruz*.

69. "IN CRUCE DOMINI NOSTRI IESU CHRISTI"

En la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Porque viendo el alma el ejemplo de las humillaciones y de los sufrimientos de su Amado, Dios-Jesús, en la cruz, y siendo la más lógica ley del amor el deseo de ser en todo igual al Amado, el alma, sólo por este motivo, motivo del más purísimo y sublime amor, se abraza amorosamente con la humillación y con los sufrimientos, para ser lo más parecida a su Amado.

Esto parece una locura a los ojos del mundo que no ama a Jesucristo.

Pero no hay que extrañarse, porque para el mundo es una locura la misma cruz de Cristo: *para los judíos, es un motivo de escándalo; para los gentiles, es una necedad* (S. Pablo, *I Cor.*, 1, 23).

Sin embargo, es la máxima sabiduría, y la más sublime expresión del más sublime amor, que es el Amor a Dios muerto en la cruz por amor a los hombres.

En realidad, el ejemplo de Jesucristo es quien nos levanta hasta esta nueva e inexplorada altura del amor.

Si Jesucristo no nos hubiera redimido por la humillación, la pobreza y la cruz, solamente deberíamos mortificar nuestras inclinaciones cuando de lo contrario se siguiera alguna ofensa de Dios, o algún impedimento para nuestra perfección.

Pero Jesucristo en Cruz nos da un nuevo estímulo para vivir crucificados. Estímulo que llegó y llega a ser en los santos un anhelo insaciable de padecer, de vivir místicamente muertos en la cruz de Cristo, con su Amor, Cristo Jesús.

Las grandes penitencias de los anacoretas; las austeridades, a veces increíbles, de los santos, desde la represión de un pequeño movimiento de impaciencia, hasta revolcarse desnudos entre las zarzas, o desangrar las espaldas a golpes de disciplina, han tenido ciertamente como motivos cohibir los movimientos desordenados de la sensualidad, de la soberbia y de la vanidad, satisfacer por los pecados propios y ajenos, obtener de Dios algunas gracias especiales, etc., pero cuando el amor ha ido consolidándose y encen-

diéndose más y más, ha sido lo más común en los santos el anhelo de humillaciones y penitencias por el amor e imitación de Jesucristo crucificado.

Contemplamos a Santa Catalina de Sena escogiendo la corona de espinas y apretándola en su cabeza porque, exclamaba, *elijo siempre en el mundo de acuerdo con vuestra bendita pasión, y por Vos buscaré siempre mi alegría en el sufrimiento.*

O sufrir o morir, es el anhelo de Santa Teresa de Jesús.

No morir, sino sufrir, es el ansia paradójica de Santa María Magdalena de Pazzis.

Pero de una manera vigorosa y sublime nos ha descrito este principio del más elevado amor, y su influjo en la vida espiritual, San Ignacio de Loyola.

70. EL TERCER GRADO DE LA HUMILDAD, LA CUMBRE DEL AMOR

Las grandes intuiciones de los santos, brotadas al influjo de la gracia, participan siempre de la paradoja de la santidad cristiana.

La santidad que Jesucristo nos enseñó (y no hay otra) pide morir para vivir, entregar la vida para salvarla, llorar y padecer para ser bienaventurado, bajar para subir, humillarse para ser ensalzado...

Son así los caminos de Dios. Al revés de los nuestros.

Cuando San Ignacio de Loyola llega al punto culminante de sus Ejercicios Espirituales, introduce la mayor paradoja.

Siempre me llamó la atención.

Para levantar la voluntad humana al mayor grado de unión con la voluntad divina, no recurre al mayor grado del amor, sino al más profundo abismo de la humildad.

Así lo parece: *la tercera es humildad perfectísima.*

Y sin embargo, S. Ignacio apela aquí en realidad al más sublime motivo del amor.

Él ha encontrado ese punto misterioso en que se juntan los dos abismos de grandeza y de humildad, del descenso de la creatura hasta reconocer su propia nada y de su ascenso hasta la más subida unión con Dios por el amor.

¿Por qué nos habla de *humildad* San Ignacio cuando nos quiere exigir el máximo esfuerzo por la santidad?

Sin duda por aquel instinto del Santo por la lógica más sólida y más segura en la vida espiritual.

Vamos a subir a la mayor altura a que puede aspirar el alma en su unión amorosa, por la lógica más segura y más sólida en la vida con Dios.

Pues bien, el punto de apoyo para ese salto gigantesco y supremo, será la total humillación.

Pero de tal manera que en este caso el alma no sólo ama más, y con mayor seguridad, humillándose, sino que se humilla por amor y para amar más.

Al describir este grado supremo de la santidad, que S. Ignacio de Loyola va concibiendo como un humillarse y abatirse del alma ante Dios, nos dice el Santo:

La tercera (manera de humildad) es humildad perfectísima; es a saber: cuando incluyendo la primera y la segunda, siendo igual alabanza y gloria de la divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo Nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente de este mundo.

Se observará fácilmente la coincidencia de *esta tercera manera de humildad*, con lo que hemos llamado el quinto y último grado de santidad.

La esencia de la humildad es la total sujeción a Dios Nuestro Señor por el reconocimiento de la grandeza infinita de Dios, y de nuestra suma pequeñez.

Nos dice Sto. Tomás de Aquino que humildad es la sujeción a Dios y a cualquier otro por Dios (*Summa Theol.*, 2ª, 2ae, q. 161, a. 1, ad. 5).

Sujeción a Dios es cumplimiento de Su voluntad, y es la verdadera prueba del amor.

Ahora bien, es justo que siendo Dios nuestro creador y último fin, le sirvamos en todo, y todo lo subordinemos a Él. Esto lo pide la lógica más elemental.

Pero cuando dos cosas son de igual servicio de Dios, ¿a qué lógica debo atenerme?

A la lógica del amor. Ama a Cristo y haz lo que quieras. Porque si verdaderamente amas a Cristo, aunque no sea más que por ser como Él, te abrazarás con lo que sea más duro para tu naturaleza, más cruz para ti.

Es el amor más desinteresado, es el amor de la más fina benevolencia.

Siendo igual alabanza y gloria de la divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo Nuestro Señor quiero y elijo más pobreza..., oprobios..., etc.

He aquí la ardiente ascensión del alma que se humilla, hasta donde sea posible.

Esto no podía pedirlo San Ignacio, como consecuencia explícita del *Principio y Fundamento* de sus Ejercicios.

Pero puede pedirlo ya con toda claridad después de habernos propuesto la imagen e imitación del Rey eterno, Jesucristo, abrazado con la pobreza, y los oprobios, y la cruz por nuestro amor.

Con razón escribe el P. Meschler:

El tercer grado de humildad es lo más subido de la santidad, la locura divina del cristianismo, que caracteriza a los más grandes santos, la verdadera y más perfecta imitación de Jesucristo (Comentario a los Ejercicios).

71. VISTA AÉREA

Hemos ido contemplando, en descripciones particulares, cada uno de los grados de la santidad.

Ese ideal, acariciado por las almas más nobles que existen en el mundo, y al que también nosotros suspiramos por llegar.

Queríamos conocerlo para mejor conquistarlo.

Al principio se nos presentó en una forma general y, por lo tanto, poco definida en sus contornos.

La santidad consiste esencialmente, decíamos, en el amor de Dios.

Es verdad. Pero el amor de Dios se nos representaba como un monte altísimo, cuya cumbre se perdía entre las nubes y se abismaba en la inmensidad infinita de Dios mismo.

Como los israelitas, en su peregrinación por el desierto, contemplaban desde lejos la cumbre del monte Sinaí, envuelta misteriosamente por las nubes, que ocultaban a los ojos de los peregrinos la majestad de Dios que conversaba con Moisés.

Así hemos contemplado también nosotros, peregrinos por este valle de lágrimas, el monte santo de nuestro ideal.

Pero hemos ido acercándonos, y hemos visto distinguirse, una tras otra, varias cumbres intermedias, que nos marcaban otras tantas etapas de nuestra ascensión hacia la más elevada santidad.

Las hemos recorrido con el pensamiento, guiados por las enseñanzas de la Iglesia y sus Doctores y la experiencia de sus santos.

¡Ojalá no sólo hayamos volado con el pensamiento!

¡Ojalá que todo nuestro ser —*con todo nuestro corazón y toda nuestra alma*— nos haya acompañado!

Para confirmarnos y animarnos, echemos ahora una mirada de conjunto a todo el camino recorrido.

Esta *vista aérea* nos hará comprender mejor la estrecha relación que une entre sí todos los grados de la santidad.

La santidad es, en esencia, amor de Dios.

Por tanto, el *Primer Grado de la Santidad* consistirá, naturalmente, en evitar lo que se opone *gravemente, absolutamente, esencialmente*, al amor de Dios, cual es el *pecado mortal.*

Después del pecado mortal, lo que más se opone al amor de Dios es el *pecado venial* cometido *habitualmente.*

En consecuencia el *Segundo Grado de la Santidad* deberá evitar el *hábito* de cometer *pecados veniales deliberados.*

Pero el amor no se contenta con evitar aquello que ofende, aunque sólo sea levemente, a su Amado. Quiere obrar en todo por darle gusto y no quiere ofrecerle ninguna cosa *imperfecta.*

Por eso, el *Tercer Grado de la Santidad* se esfuerza por evitar las llamadas *imperfecciones* en la vida espiritual.

(Recordemos que la imperfección, tal como la describimos, no es *pecado venial*; éste siempre hace algo *prohibido* por Dios u omite algo mandado por Él; la imperfección, en cambio, consiste en elegir entre dos actos *buenos*, y, por lo tanto, agradables ambos a Dios, el que le es menos agradable).

Pero todavía puede extenderse a más el amor. Puede llegar no sólo a evitar las imperfecciones, sino hasta *el olvido completo* de sí mismo por amor a Dios, teniendo como único anhelo suyo buscar en *todo lo mejor*, la mayor gloria de Dios. Es el dominio absoluto del más puro amor de benevolencia del alma para con Dios. He aquí el *Cuarto Grado de la Santidad.*

Nada más parece que pueda el amor, ni lo pediría, si no tuviéramos ante nosotros a Jesucristo crucificado. Pero ante el ejemplo de nuestro Rey y Modelo, el alma pasa más allá, y sólo por amor a Jesús y por más parecerse a su Amado, aun en los casos en que es *igual gloria de Dios*, elige siempre lo que más le mortifica y contraría.

Este amor crucificado, sólo por imitar más a Jesús, es la última cumbre, el *Quinto Grado de la Santidad.*

Resumamos todo el proceso de los cinco grados en que hemos dividido el camino de la santidad:

Grado	Consiste en practicar	Consiste en evitar
Primero	Vida en gracia de Dios	El pecado mortal
Segundo	Vida de mediocridad espiritual	El pecado venial habitual
Tercero	Vida ordinaria de fervor	La imperfección
Cuarto	La mayor gloria de Dios	Todo afecto hacia sí mismo
Quinto	Elegir el amor más crucificado, en igual gloria de Dios	Lo que pueda desemejarnos a Jesucristo

72. ¿MUCHAS COSAS?

El camino de la santidad que hemos recorrido es siempre el mismo.

En la casi infinita variedad de temperamentos, de estados de vida, de situaciones en que se encuentra cada alma en particular, la santidad es esencialmente la misma.

Sea encerrada en los tres grados de santidad, incipientes, proficientes y perfectos, sea más explicada según los cinco grados que hemos distinguido, el camino es esencialmente el mismo: aversión al pecado, unión a Dios mediante la gracia santificante.

Pero a muchos les estorba el oír hablar de los diversos aspectos, o de las muchas cosas a que hay que atender para llegar a la santidad.

Porque a veces se dice que:

la santidad consiste en la propia salvación y felicidad;

la santidad consiste en la perfección;

la santidad consiste en conseguir el fin para que hemos sido creados;

la santidad consiste en la imitación de Jesucristo;

la santidad consiste en abrazarse con la cruz;

la santidad consiste en la unión con Dios, en la vida de oración, etc.;

la santidad consiste en el amor de Dios.

El alma se desorienta al ver que se abren ante ella tantos caminos diferentes de santidad, tantas formas diversas del ideal de santidad y tantos requisitos para llegar a ella.

En primer lugar debemos notar que en realidad todas estas maneras de santidad son una misma cosa.

Sólo que se insiste en algún aspecto más que en otro.

La perspectiva de la santidad va cambiando según la manera de ser de cada alma.

Pero siempre se reduce al amor de Dios, a la existencia y al aumento de la gracia santificante en el alma.

Todo lo demás gira en torno a este aspecto fundamental, si ya no viene a ser una misma cosa.

73. UNA SOLA COSA ES NECESARIA

Veamos cómo todas estas concepciones de la santidad se reducen a lo mismo.

Es necesario que sepamos dar unidad a nuestra manera de entender la vida espiritual, para no distraer nuestra atención, con peligro de perder nuestras energías.

Supongamos que uno se propone alcanzar la santidad con la idea de que así cumple el *fin* para el cual Dios nos ha creado.

Alcanzar su fin supremo, y esto lo mejor posible, he aquí un gran ideal de santidad.

Pues bien, el que trabaja por obtener su fin último de la mejor manera posible, llena al mismo tiempo los otros aspectos de la santidad en el mismo grado en que trabaja por obtener su fin.

Porque su fin consiste en dar gloria a Dios.

Y la gloria de Dios trae consigo la salvación del alma y la máxima felicidad propia.

Y la felicidad propia incluye la más elevada perfección del alma.

Y la mayor perfección del alma consiste (en la actual providencia) en la imitación de Cristo Nuestro Señor.

Y la imitación de Cristo exige ante todo el amor a la cruz, y por el amor a la cruz nos apartamos del pecado y de todo amor propio y nos unimos a Cristo y a Dios Padre y al Espíritu Santo.

Y la unión a Dios no es otra cosa que el amor de Dios.

Vemos, pues, cómo en realidad todo es uno: fin, gloria de Dios, felicidad propia, perfección, imitación de Jesucristo, cruz, unión, amor.

Según las inclinaciones de cada alma, brilla al parecer un aspecto más que los demás.

Las almas intelectuales se enardecen pensando en obtener su fin supremo en Dios.

Las almas apostólicas sueñan más bien en la gloria de Dios.

Las almas ordenadas, minuciosas, piensan perfectamente en perfeccionarse para agradar a Dios.

Las almas austeras fijan su mirada en la Cruz de Cristo y se abrazan con todas sus asperezas.

Las almas afectivas se encienden más fácilmente con la idea del amor a Dios.

Pero en realidad todas lo llenan todo, lo viven todo, lo cumplen todo, porque no puede darse un aspecto sin el otro, y son todos una misma cosa.

Esa cosa de que hablaba Jesucristo al decir: *unum est necessarium.*

Si Marta hubiera comprendido esto no se hubiera quejado de su hermana María.

Cada alma debe seguir tranquilamente el camino de la santidad en aquella forma que más se acomoda a su temperamento y a las circunstancias de su vida.

Quedar tranquila, porque en esa forma se perfecciona, cumple su fin, da gloria a Dios, imita a Jesucristo, lleva su cruz, cumple la voluntad de Dios, ama a Dios.

74. Síntesis de espiritualidad

Para dar más unidad a nuestra vida espiritual veamos algo más detenidamente cómo se relacionan entre sí los diversos aspectos de la santidad.

Debemos partir de la perspectiva del *fin.*

Como dicen los filósofos, el *fin* es lo que regula toda la actividad humana; también la santidad.

a) *Fin general*

El fin del hombre, por ser creatura, es la gloria del Creador.

A la consecución de este fin está vinculada la perfección propia como medio de conseguirla, y la salvación y felicidad propia como premio dado por el Creador.

Evidentemente que obtener el fin no dice limitación. Es decir, que cuanto más y mejor se obtenga el fin tanto más se cumple con él.

Por lo tanto, lógicamente el fin del hombre incluye la mayor gloria a Dios.

Y en cuanto a la perfección, exige lo más perfecto, no con necesidad para la salvación, para la que basta evitar el pecado mortal, sino como una coronación lógica de su naturaleza.

El alma, por lo tanto, ha de escoger siempre «lo que más le conduce *para el fin*» *para el cual fue creada.*

b) *Fin actual*

Pero ese fin general ha sido concretado más en la actual *Providencia* de Dios sobre la humanidad.

El fin actual del hombre debe considerarse según la situación histórica de la humanidad.

La humanidad pecadora ha sido redimida por el hijo de Dios, Jesucristo.

¿Qué cambios implican estos hechos respecto del fin universal? Que actualmente el hombre no ha de conseguir su fin universal de glorificar a Dios de una manera cualquiera. Ahora el fin universal debe cumplirlo por medio de Jesucristo. San Pablo no se cansa de repetirlo.

Vamos a Dios (fin universal) *per Dominum N. I. Christum* (fin universal concretado a las actuales circunstancias).

A Dios por N. S. Jesucristo (*Rom.*, V, 1).

En Dios por N. S. Jesucristo (*Rom.*, V, 11).

Todas las cosas por Él mismo y para Él mismo (N. S. Jesucristo) (*Colos.*, I, 16).

Para que Él mismo tenga en todo la primacía (*Colos.*, I, 18).

Cristo es nuestra vida (*Colos.*, IV, 4).

Para que presentemos a todo hombre perfecto en Cristo Jesús (*Colos.*, I, 28).

Así, pues, la gloria de Dios y nuestra salvación debemos obtenerla por *Jesucristo.*

c) *Único mediador*

Jesucristo viene a ser en esta forma el mediador único entre el hombre y su fin.

Mediador no sólo en el orden de la Redención, por haber salvado al hombre de la muerte del pecado, sino también en el orden de la ejemplaridad.

Cristo es Redentor único, Cristo es Modelo único.

Él lo ha dicho: *Ego sum vita* (gracia santificante: Redención), *Ego sum veritas et via* (ejemplar para nuestro entendimiento: verdad) y para nuestras obras (vía, modelo que seguir).

El Padre había consagrado la misión de Cristo como Redentor y Modelo de la Humanidad caída:

Éste es mi amado Hijo en el cual me he complacido, escuchadle.

San Pablo nos exhorta a revestirnos de Cristo: *Christum induimini.*

Cristo está ahora en el centro de nuestra vida espiritual.

Por lo tanto, cuanto más nos trasformemos en Cristo, mayor gloria daremos a Dios, mejor obtendremos nuestro fin.

Pero ¿cómo hemos de revestirnos de Cristo, cómo hemos de trasformarnos en Cristo?

Viviendo su vida, siguiendo sus enseñanzas, imitando sus ejemplos.

Enseñanzas de Cristo (*veritas*): *Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que sufren... Tome cada uno su cruz...*

Enseñanzas de Cristo: abnegación y Cruz.

Ejemplos de Cristo (*vía*): obediencia, humildad, pobreza, pasión, crucifixión.

Ejemplos de Cristo: abnegación y Cruz.

Abnegación y Cruz son actualmente la verdad y el camino para llegar a nuestro fin.

La única verdad y el único camino, porque no hay más que un solo mediador, que es Cristo.

Si el hombre no hubiera pecado en el Paraíso, su santidad hubiera sido sin duda otra clase de santidad.

Si el hombre hubiera sido redimido por Jesucristo, pero no por medio de la Cruz y de los sufrimientos, tal vez hubiera seguido otro camino de santidad hacia su fin.

Pero después de la caída, y después de la redención dolorosa de Cristo, la santidad del hombre es una santidad de abnegación y de Cruz.

El fin es el mismo: glorificación de Dios.

Pero el camino se ha concretado: la perfección para el hombre exige actualmente tender hacia Dios, volver hacia Dios, por la *santidad de abnegación y de Cruz.*

Et non est in aliquo alio salus.

Y fuera de Cristo, no hay salvación en otro alguno.

d) *En Cristo y por Cristo*

La ley es general: todo cristiano, para amar a Dios, para cumplir su fin supremo, debe poder decir con San Pablo: *Christo confixus sum cruci.* Estoy clavado en la cruz con Cristo.

Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini Nostri Iesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo (*Gal.*, VI, 14). Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo.

Mortui enim estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo (*Colos.*, c. III, 3). Ya habéis muerto (al mundo), y vuestra vida está escondida en Dios con Cristo.

Como al hablar del *fin universal* hicimos notar que no incluía un límite determinado, sino que se extendía hasta la mayor gloria de Dios, así ahora amar a Dios, glorificar a Dios en Cristo y por Cristo tampoco tiene límite.

Cuanto más vivamos en Cristo, amándolo e imitándolo, tanto más amaremos a Dios, tanto mejor le glorificaremos. Del amor a Cristo (que incluye su imitación) podemos decir como del amor al Padre, que no tiene límite.

Por eso, cuando el alma está ante Jesucristo crucificado y ve abrirse ante sí el camino de la santidad de abnegación, como única expresión de su amor a Jesucristo, y de su glorificación de Dios, se lanza a recorrer el camino de las espinas y de la cruz hasta llegar adonde Cristo llegó, si es posible.

Esto es lo que de suyo pide la santidad de abnegación. Sólo cuando es Dios mismo quien la detiene en el camino de la cruz dejará el alma de descargar su cuchilla sobre sus afectos y su egoísmo, que está dispuesta a sacrificar implacablemente a los pies de la cruz de Cristo. Fuera de este caso en que es Dios mismo

quien impide acercarse más a la cruz, el alma se abraza a ella lo más estrechamente posible.

No solamente cuando Dios se lo manda.

No solamente cuando al alma le conviene para adelantar en la perfección.

No solamente cuando Dios muestra alguna inclinación. Basta que Dios no se lo prohiba. Basta que sea igual gloria de Dios. Entonces el alma no halla quien le cierre el camino de la cruz.

Entonces solamente para acercarse más a Jesucristo crucificado y por parecerse más a Él, el alma elige la santidad de abnegación en el mayor grado posible.

Para ella, para el alma que ama a Jesucristo por amarlo, la mayor gloria de Dios, el mayor amor hacia Dios, es la mayor abnegación, es la cruz más pesada y más parecida a la de Jesucristo. Este ideal tan sublime como difícil para la naturaleza humana, es actualmente la coronación más perfecta, el cumplimiento más sublime de aquel fin universal que indeterminadamente consideramos al principio.

Pero si atendemos a lo que este ideal significa, veremos que coincide con el último grado de la santidad.

La mayor gloria de Dios la obtiene ahora el alma por el amor y la imitación de Jesucristo crucificado hasta llegar al tercer grado de la humildad de que nos habla San Ignacio.

e) *Medio*

Subir hasta la cumbre del Calvario es heroico, imposible para la pobre naturaleza humana.

Pero es necesario pensar constantemente que no caminamos nosotros solos.

A nuestro lado, con nosotros, llevando nuestra misma cruz, sube también Jesucristo, nuestra vida, nuestro camino.

Él nos da las fuerzas. Él nos alienta a subir hasta la cumbre. Aprovechemos los medios riquísimos y eficacísimos que nos ha dejado en su Iglesia.

Su gracia en los Sacramentos, Él mismo en la Eucaristía, sus enseñanzas, sus continuas inspiraciones...

Pero deseamos recordar *un medio* que los resume todos y que los sublima y les da una eficacia especial.

Es algo así como una explicación de la Redención, es una nueva Redención.

No hay ningún aliciente verdaderamente eficaz para elevar el alma en la cruz sino el amor.

Y ¿qué es lo que puede arrastrar al alma hasta el amor más sacrificado?

Sólo el mismo amor de Jesucristo sentido en su mismo centro; en el sol y en el foco del amor de Cristo: su Corazón.

Contacto con el corazón, y no amar, es imposible.

Si encontramos un corazón amable, y sentimos que nos ama, lo amamos.

Si el Corazón es infinitamente amable, y nos ama infinitamente, ¿no lo amaremos sin límites?

Por eso Jesucristo, haciendo un esfuerzo para atraer hacia Sí el amor de los hombres, les ha presentado su Corazón.

La devoción al Corazón de Jesús es la manera mejor (más eficaz, más fácil) de realizar el ideal sublime y difícil de una santidad de abnegación *con todas sus consecuencias.*

Analicémosla brevemente.

En el Sagrado Corazón hallamos la expresión más viva y más sensible del amor de Jesucristo hacia nosotros.

Amor crucificado en su vida sobre la tierra, amor crucificado a través de los siglos por las ofensas de los hombres.

¿Qué actitud toma entonces nuestro corazón?

La de amar y reparar.

Es decir: la de amar y abnegarse para reparar.

Amor a Cristo y abnegación por Cristo es amor e imitación de Cristo, porque es amar en la cruz de Cristo, es santidad de abnegación hasta lo último, es la *esencia de la perfección cristiana* (Pío XI) llevada hasta lo más sublime, es la mayor gloria de Dios en Cristo *y en Cristo crucificado.*

Ad Deum per D. N. Iesu Christum.

Absit gloriari, nisi in cruce Domini Nostri Iesu Christi (*Gal.*, VI, 14).

TERCERA PARTE

MI IDEAL

1. Mi problema

Hemos contemplado el ideal de santidad.

Pero al llegar a este punto recordamos que dijimos al principio que cada alma tiene su propia santidad.

Y cada uno se preguntará: ¿cuál es mi santidad?; ¿cuál es mi ideal de santidad?

He aquí lo que más le interesa a cada uno.

Porque hablar en general del ideal de la santidad es solamente para que cada uno se apropie ese ideal en la forma y en el grado en que Dios quiere. Ése es su ideal, ésa su perfección.

Para responder a esta pregunta debemos recordar lo que dicen los teólogos acerca del grado de santidad que Dios pide a cada alma.

Porque sin duda la perfección a que yo debo aspirar es aquella *que Dios pide de mí*; y mi santidad consistirá en unir mi voluntad a la de Dios, incluso en lo que se refiere a mi propia perfección.

2. ¿Cuál es la voluntad de Dios?

Ahora bien: *ciertamente Dios no quiere con una voluntad absoluta que todos los cristianos tengan igual santidad, puesto que en realidad la santidad y perfección de los cristianos aparece en grados muy desiguales; más aún, ni siquiera parece que Dios desee para todos igual perfección, puesto que, al parecer, no a todos da aquellos auxilios de la gracia tan especiales sin los que no puede haber una gran santidad.*

Por lo tanto, lo más perfecto para cada uno ¿no consistirá en aspirar a aquel determinado grado de perfección que le ha señalado la providencia de Dios y se le da a conocer por las mismas gracias que ha concedido y va concediendo a cada uno?

Tal parece ser la doctrina de los maestros de la vida espiritual cuando nos exhortan a que no deseemos mayor perfección, ni a

tenerla antes de que la gracia de Dios nos lo indique: el alma misma, tanto como su director espiritual, deben seguir la gracia, y no querer precederla.

Por lo tanto, hablando en absoluto, puede suceder que el alma, precisamente por conformarse más con la voluntad de Dios, se quede en un grado inferior de perfección.

Parece, pues, bastante claro que Dios desea que haya cierta variedad en la santidad de las almas, y por lo tanto que unas sean más santas y otras menos.

¿Acaso no es el dueño absoluto de la gracia, que la concede a quien quiere y como quiere? ¿Acaso Dios no puede tener, y no tiene de hecho, sus grandes predilecciones?

Será siempre sin duda un misterio para nosotros la distribución de la gracia, misterio de justicia y de misericordia que admiraremos y alabaremos en el Cielo.

Pero entretanto debemos reconocer que el *Espíritu inspira donde quiere*, según nos dice S. Juan.

El mismo santo nos habla de la diversidad de las estrellas que brillan en el cielo de la gloria, a que corresponde el cielo de la santidad en este mundo.

3. SANTIDAD SIN LÍMITES

Pero ¿cómo puede sostenerse esta doctrina ante el llamado general de Cristo a la santidad sin límites?

¿Acaso no nos ha dicho que seamos perfectos como lo es nuestro Padre celestial? (Mt., V, 48).

¿Acaso en la perfección del Padre celestial no se incluyen todos los grados de la perfección?

Responden que con estas palabras Cristo N. S. nos incita ciertamente a tender a la suma perfección.

Cristo nos enseñó que Dios quiere que tengan todos el deseo de la mayor perfección, y por lo tanto nos conformaremos con la voluntad divina no excluyendo ningún grado de perfección de nuestros deseos, y tendiendo a toda perfección, a la más elevada caridad.

Pero cuando de hecho se viere que Dios no quiere para nosotros algún determinado grado de perfección, lo que puede manifestar por su voluntad absoluta o de beneplácito, entonces la conformidad consistirá en aceptar por amor este libre decreto de Dios, ya se trate de un decreto positivo *con que establece darnos tal*

abundancia de gracia, y no mayor, para prevenir y ayudar nuestros esfuerzos, ya se trate de un decreto permisivo *con el que permite que nuestra voluntad no preste mayor cooperación a tales gracias.*

Asimismo, no debemos adelantarnos a la gracia y a las determinaciones de Dios, sino seguirlas, de manera que, si vemos que algún alma todavía no se mueve eficazmente hacia un mayor bien espiritual, no debemos pretender empujarla con nuestros esfuerzos de una manera violenta e impaciente, sino esperar pacientemente hasta que la gracia divina le ilumine el entendimiento y le mueva la voluntad.

En fin, también es necesario tener en cuenta que Dios inspira realmente y no raras veces a las almas ciertos deseos (v. gr.: de la vida religiosa o sacerdotal, del martirio...), determinando a la vez, por voluntad absoluta o de beneplácito (con una determinación de hacerlo o permitirlo), que tales deseos nunca lleguen a realizarse. Pero el alma, fomentando dichos deseos se conformará sin duda con la voluntad de Dios: porque Dios, aunque no quiera la misma obra, quiere sin embargo el deseo de la obra, *puesto que* en sí mismo *es bueno y meritorio, y muy útil para el provecho espiritual del alma a la que tal deseo ayudará a llevar una vida espiritual más fervorosa.*

4. LA SANTIDAD DE CADA UNO

Hemos querido trascribir esta larga cita de un autorizado teólogo de la vida espiritual (P. J. De Guibert, *Theologia spiritualis, ascetica et mystica,* Romae, 1932, ps. 162-163).

Es difícil en este punto delicado hablar sin faltar por exceso o por defecto, y por eso hemos preferido apoyarnos en autoridad ajena.

Las ideas expuestas coinciden sin duda alguna con la doctrina tradicional de la teología ascética y mística, que debe armonizar el deseo de Dios de que aspiremos en todo momento a una mayor perfección con la libre distribución de las gracias divinas, según la suave disposición de la Providencia.

Por una parte nos exhortan los maestros de la vida espiritual a que deseemos y trabajemos por llegar a la más elevada perfección.

Por otra parte, recomiendan moderación en *nuestro trabajo (no hay que santificarse a martillazos),* y resignación respecto del mayor o menor éxito de nuestros esfuerzos.

Lo que a nosotros nos interesa recoger de todas estas enseñanzas es que:

Dios no quiere para todas las almas la misma perfección; ni quiere tampoco que cada alma llegue de golpe a aquel grado de santidad que puede alcanzar.

Estas dos observaciones son necesarias, así para que podamos hablar de la *santidad de cada uno*, como para evitar la angustiosa ansiedad en que viven algunas almas, porque no han alcanzado *todavía* la santidad de un San Francisco de Asís, o una Santa Teresa de Jesús.

Cierto que no deben servir a las almas perezosas para recostarse tranquilamente a descansar en la mediocridad espiritual.

5. Mi ideal de ahora

En la vida espiritual debemos proceder más que nunca con una gran sinceridad y generosidad para con Dios. Sin esa condición no se puede hablar de conformidad con la voluntad de Dios, ni puede haber tranquilidad en el alma.

Esto supuesto, podemos ya hacernos la pregunta: *¿qué grado de santidad es el que Dios me pide actualmente?*

Decimos *actualmente* porque nadie sabe por qué caminos le va a guiar Dios en lo futuro.

Solamente *por revelación* podría uno saber hasta qué grado de perfección ha determinado Dios elevar a un alma.

Tampoco puede saberse con exactitud cuál es el *grado actual* de gracia santificante que posee un alma, si no es también por revelación especial.

Pero todo esto no es necesario, ni siquiera conveniente. Sería ir contra la sapientísima Providencia de Dios, y abrir la puerta a grandes preocupaciones, pretender adivinarlo (De Guibert, o. c., p. 172; Crisógono de J. Sacramentado, o. c., p. 44).

Otra cosa es el tener una idea general del grado en que nos encontramos en el camino de la santidad, y si ese grado corresponde a los deseos de Dios sobre nosotros.

Esto puede ser provechoso, así para tranquilizar las ansiedades de algunas almas excesivamente meticulosas, como para estimular a otras almas rezagadas.

¿Y cómo podré yo conocer el grado de santidad en que estoy, y si ése es el que Dios pide de mí?

Podemos responder enseguida:

Para conocer el grado de santidad en que aproximadamente estoy, basta reconocer la anterior descripción de los grados de la santidad, y compararla con el estado actual de mi alma.

Una conciencia sincera, sobre todo ayudada de su confesor y director, puede responder a la primera pregunta fácilmente.

—¿Pero es ese grado el que Dios pide de *mí* en la actualidad?

—¿Cómo lo podré saber?

—A mí siempre me parece que Dios está algo enojado conmigo porque no adelanto bastante.

—¿Hago o no hago todo lo que debo?

—¿Qué es lo que Dios me pide en este momento?

Podemos conocer la voluntad de Dios acerca de este problema, que tanto nos interesa, si no con una certeza absoluta, sí al menos con alguna aproximación suficiente en la práctica.

6. ¿CÓMO CONOCER LA VOLUNTAD DE DIOS?

He aquí lo que nos descubre los designios de Dios sobre nuestra santidad individual:

1º) *El estado de vida a que nos ha llamado*

Ordinariamente el grado de la perfección se mide por las obligaciones del propio estado (P. C. de J. Sacramentado, 1, c.).

Es evidente que Dios pide más perfección a un obispo que a un simple sacerdote; más a un sacerdote que al que no lo es; más a un religioso que a un laico.

Se entiende en el caso en que se hallan en igualdad de circunstancias, sólo por comparación del estado en que viven.

Dios da más medios a unos que a otros; ¿cómo va a pedir igual a quien da menos? Si en algún caso Dios pide más al que se halla en un estado de vida menos apto para la perfección, entonces Dios manifestará en alguna forma su voluntad y dará medios para ello.

Dentro de cada estado, Dios todavía particulariza más sus deseos sobre cada alma. Esto lo hace principalmente por

2º) *Las circunstancias en que le va poniendo, o en que permite que se encuentre*

Si a un alma la pone Dios en circunstancias difíciles de mayor responsabilidad, es señal de que Dios le pide claramente más santidad.

En general podemos decir lo mismo cuando, por las circunstancias, le ofrece más medios para santificarse, o más ocasiones de merecer.

Tales son, por ejemplo, las pruebas interiores o exteriores: tentaciones, humillaciones, cargos, contradicciones, fracasos, etc.

Notemos muy bien que las circunstancias pueden llegar a exigir la más sublime santidad en todos los estados.

Tal es, por ejemplo, la ocasión del martirio, que santificó a tantos seglares, y no sólo a obispos y religiosos.

A veces un padre o una madre de familia, un joven o una joven seglar han de soportar largo tiempo durísimas pruebas para permanecer fieles a Dios.

Es evidente entonces que Dios los quiere muy santos. *Deben* recurrir a todos los medios (sacramentos, oración, penitencia...) para poder llegar a la santidad que Dios les pide, y sostenerse en ella.

La aplicación debe extenderse no sólo a los casos más difíciles, sino también a las circunstancias ordinarias, cotidianas, de nuestra vida.

Una que podríamos llamar circunstancia, pero que merece un lugar aparte, y que nos da mucha luz para conocer la voluntad de Dios sobre nuestra santificación es:

3º) *El carácter de cada uno*

El temperamento y la formación o educación del mismo, de donde resulta el *carácter* de cada uno, es también un medio de que Dios se sirve para demostrarnos su voluntad acerca de nuestra propia santificación.

Sin duda que podemos santificarnos, cualquiera que sea nuestro temperamento.

Pero no hay duda que para ciertos caracteres es más fácil la perfección, y adelantan más rápidamente en el camino de la santidad [1].

[1] Algunos autores hacen observar que el carácter forma parte de los

A veces, como se suele decir, la naturaleza y la gracia parece que favorecen el progreso espiritual de algunas almas.

En cambio, hay ciertas almas a quienes les resulta muy difícil el evitar algunas faltas.

No sólo en lo que se refiere a las faltas exteriores, sino también la misma esencia de la santidad, el mismo amar a Dios no solamente con amor afectivo, sino también con amor efectivo, es más difícil para unas almas que para otras.

Es cierto que todas las almas tienen suficientes gracias para ir adelantando constantemente en la perfección, pero Dios no siempre da aquellas gracias extraordinarias que necesitan ciertos temperamentos para poder avanzar más rápidamente hacia el ideal de santidad.

En esos casos, el alma no debe impacientarse.

Debe reconocer precisamente que ésa es la santidad que Dios quiere en tal momento para ella.

Debe pensar que ésa es entonces su propia santidad, y que con esa santidad mayor o menor ella agrada a Dios de la mejor manera que puede.

Debe, por lo tanto, vivir tranquila.

Puede y debe orar implorando nuevas gracias; debe asimismo esforzarse por ir adelante lo más posible.

Pero ante el resultado no tan halagüeño como tal vez se imaginaba que obtendría, debe permanecer en paz y alegre pensando que Dios está contento de ella.

Finalmente, uno de los indicios que dentro del estado de la vida, y dentro de las circunstancias en que nos vamos encontrando y dado el temperamento que nos haya cabido en suerte, nos va manifestando definitivamente la voluntad de Dios acerca de nuestra santificación, es:

4º) *Las inspiraciones*

El alma está continuamente bajo el influjo de las inspiraciones del Espíritu Santo que la ilumina y la guía.

Y son en definitiva estas inspiraciones las que han de orientar al alma por el camino, y hasta el grado de santidad que Dios quiere de ella en cada momento.

---

elementos mismos de predestinación (Garrigou-Lagrange, *Las tres vías, las tres conversiones*, Barcelona, 1930).

Cuando Dios quiere de un alma alguna mayor perfección de la que exige el estado de vida o las circunstancias en que se encuentra, entonces se lo da a entender claramente con sus inspiraciones.

Las inspiraciones no son ni revelaciones, ni aquellas hablas misteriosas y extraordinarias que experimentan algunos santos.

Son solamente un auxilio de la gracia, que de suyo no produce en la mente un nuevo conocimiento o idea, sino solamente hace que las cosas ya conocidas, v. gr., por la lectura de algún libro piadoso o por algún recuerdo, las conozcamos más vívida e íntimamente (ilustraciones de la mente) o atraigan más vehementemente nuestra voluntad hacia la perfección.

A veces el alma se da cuenta de que es Dios quien le está inspirando tal o cual obra buena, tal o cual nuevo y mayor sacrificio que ofrecer.

Pero otras veces la acción del Espíritu Santo permanece escondida, aunque no por eso es menos eficaz.

Todas las almas reciben estas continuas invitaciones de Dios: no solamente los justos, sino los pecadores.

Para los pecadores, el principio de la fe y de la penitencia ha de provenir de estas mociones del Espíritu Santo; para los justos, el progreso en la santidad, la fuerza para resistir a las tentaciones, se la dá el divino Espíritu constantemente.

Después de la clara manifestación de la voluntad de Dios respecto de nuestra santidad, por medio de los mandamientos, por medio de las obligaciones de nuestro estado, por medio de los preceptos de nuestros Superiores, por medio de las posibilidades de nuestro carácter y de las circunstancias en que nos hallamos, el Espíritu Santo nos va manifestando por medio de sus inspiraciones cuánto Él desea de nosotros en orden a la santidad.

En otras palabras, nos va determinando en cada momento cuál es *nuestro ideal de santidad.*

Seguir esas inspiraciones fielmente es haber llegado a *nuestro ideal de santidad.*

Y cuando decimos seguirlas fielmente exigimos no una fidelidad angustiosa, sino una fidelidad seria y serena.

Está por debajo, casi siempre, de nuestras posibilidades absolutas (¡quién no podría tener en todo momento una mayor fidelidad; aun los más grandes santos pudieron tenerla!).

Pero puede llegar a un grado de correspondencia a las inspiraciones divinas lo suficientemente elevado, para que se satisfaga

en él y quede plenamente contento de nuestra cooperación, de nuestra fidelidad a sus inspiraciones.

El alma que habitualmente tiene el deseo de recibir todas las santas sugestiones e iluminaciones, del Espíritu Santo, vive en aquel grado de santidad que Dios quiere de ella.

De aquí la importancia de que vivamos atentos a las ilustraciones y buenos deseos que Dios nos va dando.

No sólo en la oración, no sólo durante la Misa y comunión, sino ante una palabra que oímos a un amigo, un acontecimiento que contemplamos, puede sugerirnos Dios sus deseos.

Las almas anhelosas de su perfección viven atentas a estas inspiraciones, para lo cual le sirve su misma fidelidad, su recogimiento de ánimo, su espíritu de fe, su sentido sobrenatural y cierto instinto y prudencia en la vida espiritual.

Muchas almas tienen sin embargo el peligro de tomar por inspiraciones divinas falsas mociones, ya sea de la propia naturaleza sensible, ya sea de un imprudente deseo de adelantar o de aparecer como alma extraordinaria.

Por eso es necesario juntar la prudencia a la generosidad.

En general se puede decir que las inspiraciones acerca de las cosas buenas que suelen hacer las almas llamadas a una santidad parecida a la nuestra –que están en el mismo estado de vida, en el mismo oficio– podemos seguirlas sin temor.

Pero cuando se trate de cosas extraordinarias, aunque muy buenas, es necesario recibir el parecer de un prudente director espiritual antes de recibirlas como inspiración de Dios.

Acabamos de indicar los cuatro caminos por los que comúnmente llega hasta nosotros la manifestación de la voluntad de Dios acerca de nuestra propia santidad:

1) *El estado de vida* a que Dios nos ha llamado.
2) *Las circunstancias* en que Dios nos pone durante la vida.
3) *El temperamento* propio de cada uno.
4) *Las inspiraciones* con que Dios nos guía en cada momento.

7. La respuesta

Podemos ahora contestar finalmente a la pregunta que nos interesa: ¿Estoy yo en aquel grado de santidad que Dios quiere de mí actualmente?

Cada uno puede responder por sí mismo, examinando con sinceridad su conciencia acerca de estos cuatro puntos:

1) ¿Cumplo con las obligaciones esenciales de mi estado de vida?

2) En las circunstancias especiales en que me voy encontrando en mi vida, ¿procuro hacer lo que buenamente entiendo ser voluntad de Dios?

3) ¿Aprovecho las cualidades de mi carácter, aunque sin llegar a pretender una manera de santidad que no es posible para mí?

4) ¿Cuáles son aquellos deseos de adelantar que Dios me va inspirando en este último tiempo? ¿Acerca de qué obras versan esos deseos? ¿Tengo cuidado, sin ansiedades, de adivinar tales deseos de Dios acerca de mí, y de irlos poniendo en práctica?

Quien pueda contestar que de una manera general cumple las obligaciones de su estado con fidelidad, que procura acomodarse a la voluntad de Dios en las especiales circunstancias de su vida, que saca el partido que le es posible de su propio carácter y tiene habitualmente deseo serio de seguir las inspiraciones de Dios, ese tal puede estar moralmente seguro de que está en aquel grado de santidad que Dios quiere de él.

Ésa es su propia santidad.

Ése es su ideal de santidad en el momento presente.

Pongamos, para mayor claridad, algún

8. Caso práctico interesante

Un religioso viene a decirme que está muy descontento de sí porque no adelanta bastante en el camino de la santidad. —Si usted viera, Padre, el ideal de santidad que yo me puse a la vista ya en los primeros días del noviciado. Y me parecía que Dios quería de mí todo aquello, y que yo podría hacerlo, y que llegaría un día en que en realidad lo haría. La vida de aquel Santo me pareció un modelo exacto para la mía.

En realidad, yo he trabajado bastante.

He hecho muchos propósitos de perfeccionarme continuamente en mi entrega interior a Dios, en mi observancia regular, y en general en mortificar mis inclinaciones desordenadas y en apartar mi corazón de las cosas del mundo.

No hay Ejercicios Espirituales de año en que no repita con seriedad mis propósitos.

¡Me gustaría tanto verlos realizados!

Hasta me parece que llegaría a sentirme humanamente feliz si pudiera ofrecer a Dios una vida perfecta hasta en los últimos detalles.

Sin embargo, tengo que confesarle que van pasando los años, y el progreso es casi imperceptible.

Más aún, a veces me parece que estoy como al principio o tal vez peor.

—¿Peor?

—Bueno, peor en el sentido de que ahora me parece que ya no tengo tanto empeño como antes, ni apunto a una santidad tan elevada como al principio.

Por todo esto me parece con bastante razón que yo estoy muy lejos de mi ideal de santidad.

¿Y no cree que hay para estar triste, cuando uno ve que aquello que era la esencia de su vida, su ideal, está cada vez más lejos, y que a medida que pasan los años parece que se le va a uno de las manos definitivamente?

Y conste que no desciendo a pormenores, porque si no quedaría usted, Padre, mucho más convencido.

—Bien, le respondería yo; usted me dice que allá en el noviciado pensó en un ideal muy alto de santidad.

Usted mismo me dice también que ha ido trabajando para acercarse lo más posible a ese ideal.

Puedo añadirle con seguridad que usted no ha trabajado todo lo posible para llegar hasta su ideal.

A pesar de ello le pregunto:

¿No me dice usted que habitualmente tiene deseos de adelantar en la perfección?

Esto es verdad y es necesario pensar que esos deseos son bastante eficientes.

Usted cumple con las obligaciones esenciales de un religioso: sus votos de pobreza, castidad y obediencia, que lo unen muy estrechamente a Dios.

Usted tiene habitualmente deseo de cumplir con sus reglas y con las órdenes de sus Superiores: ambas cosas le están manifestando a usted la voluntad de Dios.

Es cierto que falta algunas veces: debilidad, inconstancia, comodidad, respetos humanos, etcétera, hacen que cometa usted pequeñas infidelidades para con Dios.

Repito que son pequeñas infidelidades en sí mismas, y que en tanto pueden tener repercusión en su vida espiritual, en cuanto se

deja de luchar contra ellas, y se las admite habitualmente y a conciencia.

Fuera de este último caso, que no es el suyo ni el de los buenos religiosos, que son la mayoría, creo que se puede decir que está usted en aquel grado de santidad que Dios quiere de usted y que le ha manifestado por sus gracias ordinarias.

Ni las circunstancias en que Dios le ha ido poniendo, ni su mismo carácter, ni las inspiraciones de Dios han pedido hasta ahora de usted una santidad mucho mayor de la que tiene.

Sin duda que Dios debe estar satisfecho de usted.

Por lo tanto, está usted en aquel grado de santidad que Dios desea.

—Pero ¿y las muchas inspiraciones que yo he tenido de ser más perfecto? ¿Acaso no eran llamamientos de Dios a una mayor santidad? Eso quiere decir que si yo hubiera correspondido mejor a las gracias de Dios, hubiera sido mucho más santo de lo que soy ahora.

—Ésta es ciertamente la última dificultad, la más grave, y la que más atormenta a muchas almas: el tener conciencia de ciertos llamamientos divinos a los que no se ha correspondido.

Pero hay que contestar, en primer lugar, que es muy difícil saber en esta vida si en realidad aquellos llamamientos significaban una voluntad expresa de Dios de mayor progreso de usted, o bien si quiso poner ante su vista un gran panorama de santidad, sin darle por otra parte aquella abundancia de gracia necesaria para que fueran eficaces los conatos y propósitos de usted hacia la perfección.

Esto puede entrar perfectamente dentro de los planes divinos acerca de usted, así para conservarle en cierta humildad, como para ocultarle sus méritos, o también porque Dios se contenta con sus aspiraciones aunque no lleguen a realizarse.

A lo que hay que atender para juzgar a un alma, no es sólo a los resultados, sino tal vez más a los esfuerzos realizados por adelantar.

Si el resultado de sus esfuerzos no ha sido tan halagüeño, sólo Dios puede conocer las verdaderas causas de ello.

En realidad se reducen a dos:

1. *Que usted no trabajó más, todo lo que podía.*

Esto es verdad, y lo explica en parte.

Pero es necesario pensar que eso mismo pudieron decir, y dijeron, hasta los más grandes santos.

¿Y deberemos decir, por eso, que un San Bernardo o un Santo Domingo, un San Francisco de Asís o un San Ignacio, una Santa Teresa de Jesús o una Santa Rosa de Lima, un San Juan Bosco o un Santo Cura de Ars, no llegaron al ideal de santidad que Dios les pedía?

La diferencia entre ellos y usted consiste tal vez en que el ideal que Dios les mostraba a ellos era mucho más levantado que el suyo.

También conviene que recordemos que a veces idealizamos excesivamente la santidad de los santos.

Usted me dice que en su vida hay faltas de observancia, que manifiestan claramente su poca correspondencia a los llamados de Dios hacia una mayor perfección.

No debemos dudar de que también en los santos existían sus pequeñas faltas cotidianas que daban a su vida ante sus propios ojos la impresión de una vida imperfecta [1].

La conclusión, por lo tanto, será que, aunque a usted le parezca que no ha correspondido debidamente a las gracias de Dios, sin embargo puede usted estar en aquel grado de santidad que Dios actualmente quiere de usted.

1 Esta impresión acerca de la imperfección, de los defectos y falta de correspondencia de la propia vida a la gracia de Dios es muy común en los santos.

Ya tratamos de esto anteriormente.

Recordemos un nuevo ejemplo.

S. Juan Berchmans fue canonizado como modelo de observancia regular. Nadie dudará de que fue un santo de gran relieve, no solamente en el amor interno hacia Dios sino también en la perfección externa de su vida.

Sin embargo, veamos lo que él pensaba de sí mismo. Sacamos las citas de sus exámenes prácticos textualmente.

Me encuentro muy buscador del honor propio.

Hallo que en todas mis acciones siempre se mezcla algo de negligencia.

Fácilmente interpelo a los demás en el recreo y soy demasiado libre en los ojos.

Soy inconstante en los propósitos.

Soberbia: Estoy lleno.

Desconfianza de Dios. Soy propenso a este vicio.

Podríamos multiplicar las citas.

2. *Que Dios no ha querido darle mayores gracias para que usted corresponda.*

En este caso es evidente que su falta de correspondencia no le impide el estar en aquel grado de santidad que Dios quiere de usted.

Luego está usted en su grado de santidad.

Usted ha llegado a su ideal de santidad para el momento presente.

Pero ahora debo recordarle, para que usted no se quede estacionado, que digo para el *momento presente*, ya que nuestro ideal de santidad en este mundo debe crecer indefinidamente hasta la hora de la muerte.

Por lo tanto, su ideal de santidad consistirá no en quedarse en el grado que ahora tiene, sino en trabajar constantemente por adelantar más, por subir más alto.

Ésta es la ley esencial de nuestro ideal de santidad en esta vida:

Avanzar y avanzar siempre.

Recordémoslo: en este mundo somos *viatores*, es decir, caminantes.

Podríamos poner otro ejemplo.

Sea un seglar, un padre de familia.

—Yo deseo, me dice, llevar una vida cristiana perfecta.

Yo aspiro a la santidad, deseo ser generoso con Dios, en el estado a que Dios me ha llamado, cual es mi obligación.

Vivo habitualmente en gracia de Dios, recibo frecuentemente los sacramentos, hago también mis ejercicios de piedad, procuro cumplir con mis obligaciones familiares con mi esposa y mis hijos.

Pero en todo esto se mezclan tantos defectos.

Siempre soy el mismo, impaciente, distraído en mis devociones, quejumbroso, poco atento con los de casa, etc.

Y por más que me empeño y hago propósitos, no salgo de mi manera habitual de proceder.

—A usted debo responderle proporcionalmente lo mismo que al religioso anterior.

Mientras usted cumpla fielmente con las obligaciones fundamentales de su estado; mientras usted no solamente viva en gracia de Dios, sino que procure corregir sus defectos; en una palabra, mientras usted conserve su afanoso empeño por perfeccionar cada vez más toda su vida y unirse lo más íntimamente a Dios, usted,

a pesar de sus defectos (que en realidad son pequeños), está en el grado de santidad que Dios desea de usted.

Ahora su obligación, su ideal, es *seguir adelante.*

Como se ve, lo esencial en la santidad es mantener un ánimo sincero de seguir perfeccionándose cada vez más, para unirse cada vez más a Dios N. S.

No dudamos en afirmar que las almas que mantienen esta disposición de ánimo están generalmente en aquel grado de santidad que Dios pide de ellas.

La razón es porque mantienen la voluntad esencial de cooperar con la gracia divina fielmente, en la propia santificación.

Ahora bien; Dios no puede menos de abrir a estas almas el camino de la santidad hasta donde Él las tenga predestinadas.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta el gran caudal de santidad que se atesora en las almas buenas que parecen vulgares.

Un religioso o religiosa, que pasa su vida sin cometer un pecado mortal, que tiene constante empeño en evitar los pecados veniales deliberados y en perfeccionar su alma de las demás faltas; más todavía: que tiene el deseo habitual de agradar a Dios lo mejor que pueda, está ciertamente en el tercer grado de la santidad y con mucha frecuencia vive la vida propia de un alma que ha llegado al cuarto y al quinto grado de la santidad.

¡Cuántas veces al día un buen religioso, como una buena religiosa (y, gracias a Dios, podemos decir que lo son la mayoría), elige lo mejor entre dos cosas buenas y se abraza con lo más mortificado con el silencioso pero amoroso propósito de agradar más a Dios!

Esto corresponde a lo más subido de la perfección cristiana.

Claro está que junto a estos actos existen las faltas.

Pero contra esas faltas, que son interrupciones de la vida normal de santidad, protesta siempre el anhelo de perfección del alma.

El ideal de santidad consiste precisamente en que las faltas propias de nuestra naturaleza humana —e inevitables aun en los más grandes santos— interrumpan con la menor frecuencia posible el curso habitual de nuestra vida de santidad.

Sólo en el cielo conocerán muchos religiosos y religiosas, muchos seglares hombres y mujeres, que han trabajado constantemente por santificarse, el tesoro de santidad que han reunido en su vida ordinaria, monótona y escondida, pero iluminada siempre por el anhelo de agradar lo mejor posible a Dios N. S.

Ésta fue esencialmente la vida de los grandes santos.

Cuando hay una evidente falta de correspondencia, no la deja pasar por alto.

Entonces retrocede y se aleja el alma de su ideal de santidad.

La señal es siempre la misma: falta el deseo de unirse más a Dios.

Es natural que en todo caso el dictamen definitivo acerca del estado de nuestra propia alma lo dejemos a nuestro director espiritual.

Y que en esto, más que por una vana curiosidad, procedamos con rectitud de intención.

Si investigamos el grado de santidad en que nos encontramos, es para aquietar cierta angustia de una santidad imposible.

Esa angustia, como ya lo dijimos al principio, produce los peores efectos en el alma:

Desesperación al ver que nunca se llega a la santidad.

Cansancio, dejadez, tibieza...

Retroceso, tal vez hasta abandonar definitivamente el camino.

En cambio, la conciencia de nuestro verdadero progreso nos alienta a avanzar más.

Corremos con más alegría y más decisión, cuando vemos que nos acercamos a la meta.

Con humildad, porque es a Dios, y no a nosotros, a quien todo lo debemos.

Pero con el afán y la ilusión más dulce y más intensa del alma:

Acercarse a su ideal de santidad.

Correr hacia los brazos de Dios.

Dios es un ideal, su Amor inefable, infinito, eterno.

Es cierto que habrá *variedad* entre las estrellas del cielo y entre las flores que adornan el jardín de la gloria. Pero ¡qué importa!

Yo soy feliz queriendo lo que Él quiere.

Él puede dar el mismo salario a quien trabaja menos.

Él puede distribuír sus gracias desigualmente, armonizando a la vez su libertad, su justicia y su bondad.

En el lugar que me corresponda le amaré.

Yo me esforzaré por ofrecer a mi Amado el fulgor de la estrella más brillante y la pompa de la flor más hermosa.

Pero adonde llegue, ahí me quedaré gozoso.

Aunque sea una pequeña estrellita o un césped humilde, sentiré el gozo eterno de agradar así a Dios y...

¡Esto me basta! ¡Ése es *mi ideal, mi sublime ideal de santidad!*

APÉNDICE

ASCÉTICA Y MÍSTICA

Hemos descrito el ideal de santidad en toda su amplitud.

Desde que el alma se aparta del pecado mortal, hasta que se une con Dios y con la unión más íntima posible para una criatura.

Como hemos visto, hemos descrito hasta la cumbre más elevada de la santidad.

Sin embargo, apenas hemos nombrado la palabra *mística.*

Parece que el panorama a través de todas nuestras descripciones, siempre ha sido el mismo: el de la ascética.

Y, sin embargo, me dicen algunos que, según ciertos autores, la santidad es inseparable de la mística.

Hasta tal punto que sin haber entrado en los caminos de la mística no se concibe la llegada hasta los supremos grados de la santidad, porque la evolución, el progreso normal de la santidad, es precisamente la mística.

Para dar alguna aclaración acerca de cuanto hemos escrito, recordaremos primero la diferencia que hay entre la ascética y la mística.

Tomamos las nociones expuestas por un autor de reconocida competencia.

"Pudiérase definir la teología ascética diciendo que es la parte de la ciencia espiritual que tiene por objeto propio la teoría y la práctica de la perfección cristiana *desde sus comienzos hasta los umbrales de la contemplación infusa*".

"La mística es la parte de la ciencia espiritual que tiene por objeto propio la teoría y la práctica *de la vida contemplativa* (infusa)".

"La contemplación es una *vista simple y afectuosa de Dios o de las cosas divinas*: llámase *adquirida* cuando es fruto de *nuestra actividad ayudada por la gracia; infusa*, cuando, traspasando esta actividad, es obrada por Dios con nuestro consentimiento" (Tanquerey, *Comp. de ascética y mística*, nos. 10 y 11).

Como se puede apreciar, la característica de la ascética es la *actividad nuestra*, ayudada por la gracia.

La característica de la mística es la actividad de Dios, que traspasa nuestra manera de obrar, aun con la ayuda de la gracia.

Ahora bien; por nuestra parte, hemos procurado describir lo esencial de la santidad: sus grados de caridad.

Hemos atendido a la caridad misma, hemos estudiado sus posibles perfecciones, su progreso hasta la máxima caridad posible.

En nuestra descripción hemos prescindido de si para llegar a este último grado de caridad bastaba la vía ascética, o era necesario entrar en la mística.

Hemos prescindido de si era necesario, para llegar a la más sublime santidad, experimentar los fenómenos místicos, y en especial la contemplación infusa.

Pero no lo hemos negado.

Hemos señalado el fin sin insistir en los medios, porque nuestro propósito se ceñía desde un principio a la descripción del ideal de la santidad, con el objeto de poder verificar nuestro acercamiento o alejamiento respecto de ese ideal.

Pero confesamos que de toda nuestra manera de hablar resulta más bien que por el camino de la ascética se puede llegar hasta la más sublime santidad.

Lentamente el asceta cristiano, dando rodeos laboriosos, puede escalar las cimas más elevadas de la unión con Dios.

Tal parece ser el pensamiento implícito de nuestra manera de hablar.

En esta forma parece que nos colocamos de parte de aquellos autores que juzgan no ser necesaria la mística para llegar hasta los grados supremos de la santidad.

En realidad, ésta es la conclusión que sacamos después de una lectura atenta de las razones presentadas en pro y en contra, en la controversia suscitada acerca de ese punto.

Aunque por una parte los teólogos de la espiritualidad colocan la contemplación infusa (vía mística) como una prolongación natural, y como el ápice normal de la vida espiritual, por otra parte "*no se deduce necesariamente de tales premisas que todas las almas en estado de gracia* sean realmente llamadas, aunque de manera remota, a la unión trasformante" (Tanquerey, obra citada, nº 65).

Esto quiere decir que cuando los autores antiguos y modernos hablan de la mística como de una continuación natural de la ascética, no excluyen de hecho la posibilidad de que por el camino de la ascética se pueda llegar al mismo grado de amor de Dios que por el de la mística.

La contemplación infusa y los fenómenos místicos ordinarios serán, por consiguiente, algo que Dios no ha de conceder necesa-

riamente a un alma, y, por lo tanto, queda a su beneplácito el coronar el edificio de la santidad de un alma con la contemplación infusa; coronación, sin duda, connatural, pero no indispensable.

Más aún: el mérito y la calidad del amor es más acendrado, aunque más difícil, cuando se mantiene vivo sin el auxilio suave de la unión mística.

Nos parece, pues, que todo el organismo espiritual puede desarrollarse perfectamente, desde la infusión de la gracia santificante y las virtudes teologales y morales hasta los más elevados carismas del Espíritu Santo, puede desarrollarse y crecer, decimos, hasta su máxima perfección dentro de la vía ascética.

No obstante, creemos conveniente distinguir entre una influencia *mística total* y otra que viene a ser una moción especial de Dios que ayuda al esfuerzo del alma.

Esta segunda es muy frecuente en las almas ya adelantadas en la santidad.

Ven fácilmente coronados sus esfuerzos por un recogimiento que los lleva a la suave contemplación de Dios y las verdades de la fe.

No faltan, sin embargo, casos en que Dios niega sistemáticamente, a veces, por muchos años, toda facilidad en la contemplación, y deja al alma en perpetua aridez.

Por nuestra parte, debemos dejar a Dios que obre en nosotros según sus designios.

A nosotros nos toca cooperar en cada momento con la gracia divina.

He aquí la meta de nuestros esfuerzos, ayudados por la gracia, que sabemos no nos faltará.

Esforzarnos por perfeccionar nuestra vida, desasirnos de las criaturas y obrar según lo que sea más del agrado de Dios.

Si Dios nos quiere elevar a la contemplación mística. Él es quien ha de determinarlo.

Si no lo hace nos dará, sin duda, otros medios para que lleguemos a nuestro ideal de santidad.

Por el rápido vuelo de la mística o por el camino lento de la ascética, si somos fieles, a él llegaremos.

Y pertenece a *nuestro ideal de santidad* el llegar a él, por el camino que Dios quiera, con la rapidez que Dios quiera.

Porque todos los caminos son uno: el seguir la voluntad de Dios.

Unirnos a la voluntad de Dios es amar a Dios.

He aquí, a la vez, nuestro camino y nuestro ideal de santidad.

Ideal de santidad humana.

Con sus sombras y con sus defectos.

Pero que puede llegar, con ellos, a ser un sublime ideal de santidad.

Ideal de amor a Dios sin medida en la vida, en la muerte y en la gloria.

LA ORACIÓN DE LA SANTIDAD

Señor, Vos sabéis, Vos sabéis que deseo ser santo.
He aquí mi único ideal.
Ser santo lo más posible.
Serviros lo más posible.
Amaros lo más posible.
En la tierra y en el cielo.
Que no se pierda ninguna partecita de la santidad, que Vos queréis para mí.
¿Mis defectos?
¿Mi poca fidelidad a vuestras gracias?
Ya sé que no faltarán *nunca* en mi vida...
Forman una parte misteriosa y providencial de *mi ideal de santidad.*
Pero lucharé siempre por ser más perfecto.
Mi cruz será luchar sin descanso y sin desaliento, para que nada haya en mí que no sea para Vos.
Así, a pesar de mis faltas, sé que me acercaré a *mi ideal de santidad.*
Por eso las caídas no me desalentarán.
Los desengaños no me entristecerán.
Las luchas no me perturbarán.
Con ánimo —
con alegría — hilarem datorem
con paz — Pax vobis
viviré mi angustia de santidad,
porque no os amo tanto como Vos merecéis,
y como yo querría amaros.
Pero con ánimo,
con alegría,
con paz,
procuraré siempre amaros más,
amaros sin medida,
para amaros y por amaros.

1945

MARIETTA...
FLOR DE SANTIDAD

(María Cecilia Silveira Baladán)

INDICE

JHS

La señorita
MARIETTA C. SILVEIRA BALADÁN,
fundadora y primera presidenta
del Instituto de Formación de la Mujer
"Ntra. Sra. del Buen Consejo",
el día 27 de enero de 1941,
a los 26 años de edad,
descansó santamente
EN LA PAZ DE CRISTO,
a cuya mayor gloria
y al bien de los prójimos
había consagrado totalmente
su juventud, sus cualidades,
su salud, su vida.

NOTA

El interés que despertó la página de "El Bien Público" (Montevideo, 28/2/1941), en que esbozamos la silueta espiritual de MARIETTA CECILIA SILVEIRA BALADÁN, joven uruguaya santamente fallecida en Montevideo (27/1/1941), nos ha movido a reproducir aquel extenso artículo en el presente escrito. Hemos añadido una introducción, y completado con algunos datos biográficos y con algunas citas de los escritos de Marietta, lo que escribimos entonces. Es claro que al hablar de Marietta, usamos las palabras "santidad", "santa", etc., en el sentido del lenguaje común, y no en sentido canónico.

Dedicamos este pequeño trabajo al *Instituto de Formación de la Mujer "Ntra. Sra. del Buen Consejo"*, que fue la obra de Marietta, y a quienes con ella trabajaron en la fundación, y lo han sostenido después de su muerte.

INTRODUCCIÓN

"*ut glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est*".
"para que glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos".

VESTIDA DE NOVIA.

Fue una travesura inocente.

En noviembre de 1937, Marietta era una excelente catequista.

Se preparaban los niños y niñas para la primera comunión. En casa de Marietta, se habían ido depositando las guirnaldas, los vestidos y los velos blancos, con que se obsequiaría a las niñas más necesitadas.

Marietta tuvo una ocurrencia:

—Me voy a vestir de novia.

Y con los tules blancos, prendidos con alfileres, improvisó, ayudada de sus compañeras, un magnífico vestido de bodas.

—Ahora un ramo de flores.

—Y ahora la fotografía.

Ésta quedó lo más bien.

Marietta sonreía, con aquella sonrisa suave, que recuerdan todos los que la conocieron.

La travesura era tan ingeniosa como inocente.

Pero en Marietta, era *lo más natural.*

Ella siempre había sido, y más lo era entonces, una joven del mejor trato, alegre, aunque piadosa, buena y discreta.

Sin embargo, estaba muy cerca de realizar su ideal de felicidad terrena, simbolizado en la fotografía.

Ideal sin duda muy justo y bueno, pero en que había la mayor cabida para las satisfacciones terrenales.

Por lo demás, era Marietta una fervorosa Hija de María y una abnegada catequista.

Su vida, pues, era buena, pero sin mayores aspiraciones.

Alguien que vio la fotografía, y que conocía el carácter generoso de Marietta, nacida para lo grande, preguntó: ¿No será esto una fotografía del alma que va a entregarse a Dios?

Quien esto preguntaba no sabía todo lo que iba a pasar. Pero Dios sí lo sabía.

LA FOTOGRAFÍA DEL ALMA.

Un tiempo después Marietta escribía, con palabras en que se nota la vehemencia de una gran emoción, estas líneas, que vienen a ser una *fotografía de su alma.*

Pero, ¡qué diferente!

Leamos:

"*—No quiero para mí nada, ni honores, ni placeres; toda la mayor honra y gloria para Vos (Jesús); para mí lo que se merece la nada que soy yo...*".

Ahí está la nueva Marietta.

Sus palabras llevan el sello de la más honda sinceridad.

Están escritas a lápiz, entre unas notas espirituales, en papel borrador, sin sospechar que algún día, muy pronto, la publicidad iba a romper su secreto.

Pero, sobre todo, la vida de Marietta se acomodaba a estas aspiraciones.

Era un gran esfuerzo por llegar a este ideal.

Así era, así pensaba, así escribía ella.

Por una parte aspiraba a los más grandes sacrificios, al renunciamiento completo de sí misma en aras del amor de Dios y del prójimo.

Por otra parte, no quería atribuírse nada a sí.

Ella era "*nada*".

Humildad misteriosa, con que las almas santas saben juntar, la ascensión a las cumbres del sacrificio, con el abatimiento hacia los abismos de la humildad.

Ella, que así quería desaparecer, se hubiera opuesto con la mayor energía a que habláramos de su vida ejemplar.

Pero ahora no hay peligro de que la vanidad, de la cual ella estaba lejos, sea una tentación.

Y, sobre todo, debemos dar cumplimiento a las palabras del Divino Maestro: "*Que vuestra luz resplandezca entre los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, para que glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos*".

"Pongamos sobre el candelabro la luz" de esta vida, escondida y modesta, pero que tiene rasgos edificantes y alentadores para la fragilidad humana.

Su resplandor, tenue y suave, al lado de las grandes lumbreras de la santidad, podrá tal vez difundir un rayo más, en la santa casa de la Iglesia, en que vivimos todos los católicos.

Sin duda que son sus compatriotas, aquellos a quienes llegará más de cerca el resplandor de sus santos ejemplos.

Marietta era uruguaya, amaba ardientemente a su patria y se gloriaba mucho de ello.

—*Soy muy patriota* —decía con acento de gran nobleza.

Pero interesará también muy de cerca a todas las jóvenes argentinas y americanas.

A LAS HIJAS DE MARÍA, A LAS CATEQUISTAS Y APÓSTOLES SEGLARES DE A. C.

Marietta debe a la Congregación de Hijas de María el aumento de la intensa vida de piedad cristiana, que ya había aprendido en el seno de su familia y en el Colegio de María Auxiliadora (Melo), en que estudió.

Pero las Hijas de María encontrarán en Marietta un modelo de las virtudes que en ellas debe resplandecer, y sobre todo de la vida de sólida devoción a la Sma. Virgen, y de la piedad cristiana profundamente practicada, y llevada hasta las últimas consecuencias.

La Congregación de Hijas de María de la Parroquia de Pocitos y de la Capilla del Sgdo. Corazón, fueron testigos de sus ejemplos.

Pero el grupo cada vez mayor de señoras y señoritas, que se dedican a la hermosa obra de la enseñanza del Catecismo, puede recibir grandes consuelos en la vida de Marietta.

Marietta no sólo fue una catequista de grandes cualidades, y que se entregó con espíritu sobrenatural a sus niños y niñas.

A nuestro parecer, *los insistentes llamados que recibió a la santidad extraordinaria en los últimos años de su vida, fueron el fruto y el premio de su vida de apostolado catequístico.*

He aquí algo que debe alentar a las almas ansiosas de hallar una orientación para su vida espiritual.

Para todas las personas seglares, que sienten anhelos por la vida de apostolado, y especialmente para los apóstoles seglares de la Acción Católica, puede ser orientadora la vida de esta joven.

Ella se encerró primero dentro de sí misma, para entregarse totalmente a Dios, por una intensa vida de santidad personal, y después se entregó generosamente a la vida de apostolado hasta el agotamiento de su preciosa existencia.

En su breve carrera supo llevar a cabo un apostolado intenso, práctico, y organizado; ahí está su obra, el *Instituto de Formación de la Mujer*.

Nadie dirá que podría salir de la cabeza de una joven empleada, y ser puesto a toda marcha por ella.

Pero Marietta era muy generosa con Dios, y la gracia hizo lo demás.

Cerremos esta *Introducción* dando a todo el presente libro y a cada una de sus palabras su propio y último sentido.

El que Jesucristo quiere que tengan todas nuestras obras, cuando son vistas de los demás: Que muevan a éstos *"a glorificar a nuestro Padre que está en los cielos"*.

Creemos que haríamos una injuria a la santa memoria de Marietta, y lo más ajeno a ella, que tanto buscaba "purificar" y "enriquecer" la intención de sus obras, si al exponer a las miradas públicas los ejemplos de su virtuosa vida, no pretendiéramos ante todo que Dios sea más glorificado por aquellos que nos leyeran.

"Ut glorificent". Que glorifiquen a Dios, por los favores concedidos más a esta alma privilegiada.

"Ut glorificent". Que glorifiquen a Dios, animándose a santificar más y más su propia vida.

"Ut glorificent". Que glorifiquen a Dios, ayudando a tantas almas necesitadas de instrucción y ayuda espiritual.

"Ut glorificent". Que glorifiquen a Dios Padre, que está en los cielos, y a su Hijo que envió para salvarnos, Jesucristo Nuestro Señor.

No olvidemos el eco de las palabras de Marietta que así lo quería: *"Toda la mayor honra y gloria para Vos (Jesús)"*.

En el primer aniversario de su edificante muerte.
Montevideo, 27 de enero de 1942.

"En el camino de tus mandamientos encontré mis delicias, como si poseyera todas las riquezas" (Ps. 118).



¡SANTIDAD EN NUESTROS DIAS...!

Ha desaparecido para nuestros ojos un alma extraordinaria: extraordinaria en sus aspectos humanos, pero principalmente en la más excelsa cualidad que puede adornar una vida a los ojos de Dios y de los hombres: la santidad.

Marietta Cecilia Silveira, esa joven trasplantada de la tierra al cielo en la flor de su edad, a los 26 años, es para el mundo una demostración y un recuerdo de que todavía puede existir y existe la santidad en nuestros días.

Sí, en nuestros días, en que el olvido de los principios religiosos y morales del cristianismo hace que el mundo parezca en sus individuos y en sus naciones totalmente dominado por las bajas pasiones de la utilidad material, del predominio de la fuerza, y de los placeres terrenales; en nuestros días en que el mundo paganizado olvida los más altos ideales de la humanidad. Gracias a Dios, circula todavía por las venas de la Iglesia católica, la savia viva de la santidad, que el Espíritu Santo infunde y hace llegar a las almas de buena voluntad. La Iglesia Católica ha sido, es y será la sal que preservará al mundo de su total corrupción: *¡sal terrae!*

La corta historia (porque sólo historia vamos a hacer, y no elogio) de Marietta C. Silveira, es un ejemplo luminoso y alentador que brilla entre las tinieblas del mundo; por eso deseamos que su recuerdo quede perpetuado en estas sencillas líneas.

No es poco en nuestros días cumplir con los *deberes* religiosos y sociales; dar a Dios y a los prójimos lo que se les debe. Es bastante más, después de cumplidos nuestros deberes, dedicar *una parte* de nuestro tiempo y nuestras energías a nuevos y generosos

actos de caridad. Pero es extraordinario ofrecer a Dios el *sacrificio total* de una vida, que podía gozar los halagos del mundo, y mantener su oblación con creciente generosidad hasta la muerte; éste es el ejemplo que nos ofrece Marietta Cecilia Silveira; ejemplo de un alma extraordinaria, que, si durante su vida quedó oculto en su corazón, sólo de Dios conocido, puede ahora ser propuesto a nuestras miradas para que nos sirva de aliento y edificación.

"Y florecerá como el lirio" (Isaías, 35, 1).

II

LA PROTAGONISTA

María Cecilia Silveira Baladán nació en Paraje Aceguá, departamento de Cerro Largo (Uruguay), el 1 de febrero de 1914. Su nombre, María, tomó la forma del diminutivo familiar *Marietta*. Desde niña se distinguió Marietta por su carácter inteligente y despierto, por su piedad, por el esmero que ponía en todo cuanto hacía y por su aplicación.

Era de naturaleza delicada y muy sensible. Estuvo preparada para hacer su Primera Comunión en la que entonces era Capilla del Sgdo. Corazón, hoy Parroquia de Cristo Rey (Fraile Muerto), y tuvo que volverse de la iglesia por haberle sobrevenido un desmayo repentinamente. Estos contratiempos, y la circunstancia de haber tenido que vivir luego lejos de la población, hicieron que *Marietta* difiriera su anhelada Primera Comunión hasta los doce años.

En el Colegio.

A esa edad pasó con su familia a Melo, y allí se inscribió como alumna en el Colegio de María Auxiliadora. Por fin en la Capilla del Colegio, pudo hacer su Primera Comunión con la mejor preparación y gran solemnidad, el 29 de agosto de 1926. La recibió de mano del entonces Sr. Obispo de Florida y Melo, *Mons. Joaquín Arrospide*, quien firmó amablemente el recordatorio de la niña.

En el Colegio de María Auxiliadora, en Melo, estudió Marietta tres años. Este tiempo dejó gran impresión y gratísimo recuerdo en el alma de Marietta. Conservó mucho cariño a sus maestras las Hnas. de María Auxiliadora. Más tarde declaraba que si ella hubiera de entrar en alguna congregación religiosa,

sería en las Auxiliadoras. Con ellas aprobó el 4º y 5º grado, demostrando su constante aplicación y su inteligencia; obtuvo las mejores notas: *Distinción y 1er. Premio en Conducta, Religión y Estudio.*

HIJA DE MARÍA.

En marzo de 1929 Marietta se trasladó con su familia a Montevideo.

En 1933 ingresó en la Congregación de Hijas de María de la Parroquia de Pocitos, y recibió la cinta el día de la Inmaculada. Fue siempre muy fervorosa. Su "Manual de las Hijas de María" tiene muchas páginas en la sección Devociones, que muestran, por el uso muy frecuente, la profunda piedad de Marietta, como Hija de María.

Durante el Mes de María hacía grande sacrificio para no faltar; estaba empleada, trabajaba mañana y tarde hasta las 5; a esa hora enseñaba el catecismo en la Capilla para preparar a los niños de primera comunión; y después de todo ese trabajo, emprendía un buen trayecto a pie hasta la Parroquia de Pocitos para asistir a su Mes de María.

En la Congregación de Hijas de María la nombraron para una dignidad; mas su mucho trabajo y poca salud no le permitían aceptar y además tenía la consigna de ser "una de tantas". Pero aceptó gustosa el oficio de ayudar a la capillera, muy conforme con su profunda piedad. Escribía en esta ocasión:

"Ud. sabe cuánto me gusta arreglar el altar de la Virgen en su mes; así que más de una vez en la semana dedicaba toda la mañana y algunos días todo el día" (12/12/38).

CATEQUISTA.

Ya en Melo comenzó Marietta a enseñar el catecismo a los niños de su Parroquia y hacerles practicar sus obligaciones religiosas.

Su apostolado catequístico comienza con toda intensidad a mediados de 1935 en la Capilla del Sdo. Corazón (Rossell y Ríos 1613). Desplegó toda la actividad que pudo en las obras piadosas y apostólicas de la Capilla. Fue del Apostolado de la Oración, Hija de María, y sobre todo catequista y celadora de la Cruzada Eucarística. Primero trabajó con los niños, luego con las niñas, porque hacía falta para éstas una catequista como ella. Sintió

mucho dejar los niños, pues Marietta ponía toda su alma en las obras que llevaba entre manos; pero igual se entregó a sus "queridas niñas".

Aun cuando, agobiada por su trabajo, hubo de rendirse por enferma, ayudaba todo lo que podía; y apenas se hallaba repuesta, era muy difícil detenerla ante sus ansias de volver al Catecismo y a la Capilla.

Como catequista tenía cualidades extraordinarias, tanto para enseñar como para guardar orden: cariñosa para hacerse querer, y enérgica para imponer orden en los inquietos chiquilines.

La hemos visto adoctrinando pacientemente, y convenciendo con su gran fuerza persuasiva a algunos reacios, a fin de que confesaran y comulgaran debidamente.

¿PARA EL MUNDO...?

En 1935 Marietta cumple sus 21 años: es sin duda una joven de excelentes cualidades personales; de inteligencia muy despierta; de gran fuerza de voluntad y carácter muy fogoso; y de un trato afable que le ganaba las simpatías de los que la conocieron. Fue siempre católica práctica y piadosa, según hemos visto.

Pero el mundo le atrae, y le gusta: aunque vive de su trabajo como empleada, se le presenta un porvenir seguro y dichoso; le gusta asistir a fiestas; le gusta lucirse y cuida sus vestidos, sus joyas y su toilette, como la mayoría de las jóvenes de su edad: hay mucho de vanidad en ella, como ella misma diría años después. Además en su carácter hay bastante que perfeccionar. Su temperamento vivo y sensible, está pronto para saltar en defensa propia, siempre que se cree molestada, con fácil palabra y con inflexible voluntad en su propio parecer.

¿Quién podrá hacer de esta alma que no se mueve del plano de la vida ordinaria de un cristiano, un alma extraordinaria, un alma de aspiraciones superiores?

"Llenos del Espíritu Santo" (Hechos, 2, 4).

III

PENTECOSTÉS

Es Dios quien tiene sus designios sobre esta alma, que se reserva para sí. Los años 1936 y 1937 Marietta se ha dedicado más al apostolado en el catecismo, en la ayuda a las funciones religiosas de la Capilla, en la Cruzada Eucarística de los niños.

Pero nuestra joven todavía conserva sus ilusiones...

Es a fines de 1937 y a principios de 1938, cuando Dios entra de lleno en el corazón de Marietta; pero esa entrada fue a la vez acompañada de una paz y suavidad divina, y de un torrente de gracias, que la trasformó por completo: parecía que el Espíritu Santo descendía sobre aquella alma, en un Pentecostés lleno de favores espirituales.

Estaba entonces Marietta ya casi repuesta de una larga enfermedad cuando, sea por lo que en ella había pasado por su alma, sea por otra gracia especial de Dios, comenzó a sentir vehementes deseos de consagrarse a la más alta perfección cristiana. Estos deseos se manifestaban en un ansia generosa de "hacer mucho por Dios", de "entregarse totalmente a Dios", porque así solamente pensaba hallar la verdadera paz y felicidad de su corazón.

Y por la gracia divina que descendía sobre su temperamento naturalmente generoso y magnánimo, subió casi milagrosamente a la disposición de ánimo, decisiva en la vida espiritual, la más difícil de obtener; estaba dispuesta a dar a Dios *todo lo que pidiera*, y deseaba que Dios le pidiera grandes sacrificios:

"Cada día que pasa aviva más el deseo de ser *toda para Dios* —escribía—. En eso creo no cambiar más. El Señor ha sido misericordioso conmigo, llamándome a servirle de esta manera...; quiero abrazar de todo corazón una vida de continua mortificación" (8/2/1938).

"Siempre la misma para con mi buen Dios, por quien todo lo más que haga *siempre* (tiene un fuerte subrayado la palabra "siempre") me parecerá poco y a quien desearía darle mucha gloria" (borrador de una carta).

"Cuánto cambio. Lo que antes fue mi mayor deseo, hoy lo miro con gran indiferencia" (16/8/1938).

"Creo que el deseo de pertenecer a Nuestro Señor del todo, se aviva más cada día que pasa. Pienso en el tiempo pasado y me digo: Qué mal aprovechado" (19/7/1938).

No era éste un deseo platónico; paso a paso comenzó a dar realidad a sus grandes ideales, sin detenerse ante ningún sacrificio; más bien fue necesario moderar prudentemente sus anhelos, que estimularla. Comenzó por simplificar el cuidado de su persona; suprimió todo lo que pudiera atraer la atención, y se despreocupó por completo de agradar a los hombres; dejó de pintarse el rostro (aunque siempre lo hizo con moderación), cerró en sus estuches las joyas a que tanto cariño tenía, recuerdos muy queridos y adornos muy ostentados: su plaqueta, sus anillos, sus collares, brazaletes, cadenitas, reloj pulsera...; en su manera de vestir quiso ser tan modesta que hubo necesidad de avisarle, para que no desdijese demasiado de su edad. Ella dijo con lástima: *¡yo lo llevaba con tanto gusto!* Pero obedeció.

Todo ese ascetismo exterior brotaba, como flor espontánea, de la vida interior, que comenzó a bullir en su alma. Un ardiente deseo de amar a Dios, de sacrificarse para corresponder al amor de Dios hacia ella; un íntimo anhelo de vivir siempre unida con Dios, por la gracia, por el afecto, por la oración y meditación a la que comenzó a dedicar largos ratos; y, en fin, una persuasión íntima de que la verdadera grandeza y felicidad humana no está en las cosas exteriores de este mundo que pronto pasa, sino en Dios y en los bienes eternos; no quería "sonrisas y flores que se marchitan sino las que se conservan eternamente frescas".

En el jueves santo de 1939 estaba contentísima porque había podido pasar ¡cuatro horas! delante del Santísimo.

Estas ideas, profundamente vividas, que constituyen la base de la santidad, fundamentaron todo el edificio espiritual de Marietta C. Silveira. Brotaron espontáneamente de ella por una inspiración gratuita y generosa de Dios, a la que ella creyó necesario obedecer, y que nosotros debemos respetar y admirar. "El Espíritu Santo inspira donde quiere", es el dueño y señor de nuestros corazones.

"He aquí mi corazón que tanto ha amado a los hombres" (Palabras del S. Corazón a Sta. Margarita María).

IV

CONSAGRACIÓN

Después de los primeros movimientos de la gracia, Marietta comenzó a organizar su vida espiritual, a ordenar sus planes de santidad: su lema "la mayor generosidad para con Dios" no podía contentarse con *una santidad ordinaria*; quería siempre "lo más", "lo mejor", para Dios; quería que su entrega fuese *total*. ¡Cuántas veces hallamos esta palabra *total*, *toda*, en sus escritos! Siempre había sido especialmente devota del Sagrado Corazón de Jesús. Pero cuando conoció mejor el significado de esta devoción en la vida cristiana, quiso hacer en toda forma su consagración personal, como fundamento de su nueva vida. Se preparó con tiempo y el primer viernes de marzo de 1938 hizo su consagración, su *entrega total*, al Sagrado Corazón de Jesús. Especialmente se preparó con un retiro, en casa mismo, pero que fue de gran efecto. Oigamos cómo ella nos habla de su retiro y de la disposición de ánimo con que hizo la consagración:

"Mi retiro... fueron tres días de gran tranquilidad, dedicado por entero a Nuestro Señor, mi pensamiento fijo día y noche en lo mismo... Todos los días gocé de gran paz interior; pero el último sobre todo; fui a la Capilla a la Misa del Apostolado, me confesé (hacía cinco días que lo había hecho pero quería fuera todo completo), comulgué y después hice mi consagración a Aquel que nunca muere... ¡Fue tal mi alegría ese día!" (7/3/38).

"Cuanto más pienso menos puedo comprender cómo el Señor es tan generoso conmigo; ¿y cómo no voy a sentirme agradecida de nuestro buen Dios, que pudiendo castigarme por mis innumerables ingratitudes, me ha dado la resolución para seguirle más de

cerca?... si antes no pensé tan seriamente en esto, por distraer el pensamiento en otras cosas de poca importancia, hoy lo hago, y de todo corazón pídole al Señor perdón por ello y fuerzas para hacer en todo su santa voluntad, apartándome de todo aquello que pueda manchar en lo más mínimo mi alma; el deseo es mucho; la perseverancia se la pido a Dios, pues en mis fuerzas sería un absurdo confiar" (21/2/38).

Hemos hallado muchas copias de esta consagración entre sus papeles. Aunque utilizó una fórmula hecha, la retocó y acomodó a su estado personal. En setiembre de 1940 volvió nuevamente a mejorar y completar su fórmula con sugestiones que le hizo su confesor y con otras cláusulas que ella añadió por su cuenta. Entonces dijo: "ahora sí, para siempre". Su gran empeño por entender el significado de la Consagración y su deseo de *vivirla* plenamente nos lo manifiestan estos extractos de sus apuntes sobre la devoción al Sdo. Corazón:

"El acto de la consagración al Sdo. Corazón no es un acto transitorio que termina con la lectura de la fórmula, antes bien es la inauguración del absoluto dominio de este amante Corazón sobre nosotros; es la entrada a una nueva vida trasformada por el amor divino, vida de olvido de nosotros mismos y de sumisión perfecta, constante y perpetua al beneplácito de N. S. Jesucristo".

La copió en un cuadernito adornado. Conservamos varios proyectos de la portada de ese cuadernillo, que demuestran el cariño con que preparaba su consagración y la importancia que le daba.

No dudamos afirmar que Marietta es un ejemplo fehaciente del poder extraordinario de santificar las almas que Jesucristo ha querido prometer para la devoción a su Sdo. Corazón. La vida espiritual de Marietta gira toda en torno a esta devoción, se alimenta de su savia, y se sostiene con su ideal. Pero es porque, por gracia de Dios, Marietta supo penetrar el profundo sentido de esta devoción: amor glorificador y reparador, y por lo tanto sacrificado. Estudió esta devoción con cariño, y nos ha dejado un extracto de los libros que leyó. Maravilla el instinto de solidez espiritual, con que Marietta escogió los pasajes que trascribe. Tal vez, algún día puedan publicarse estos apuntes, que serían muy útiles.

"Renuncie a sí mismo y sígame"
(Mat., 16, 24).

V

NOVICIADO ASCÉTICO

Su consagración no fue una mera fórmula. En ella iba involucrado su plan de santificación, y se puso de inmediato a realizarlo; vida de unión con Dios, vida de abnegación y sacrificio, vida de apostolado en bien del prójimo.

Pocos sospechaban el gran trabajo ascético que estaba realizando ocultamente aquella joven modesta, tan alegre y tan afable con todos. La vida de oración le costaba poco, se sentía sobrenaturalmente muy ayudada para ello; sobre todo gozaba cuando podía pasar largos ratos delante de Jesús Sacramentado. En cambio, la vida de abnegación y sacrificio, fue para ella la mayor lucha: fuerte y animosa se mantuvo siempre ante las dificultades, que parecía le agrandaban el alma; pero donde realizó el mayor esfuerzo fue en la mortificación interior, dominando su temperamento naturalmente vivo y a veces caprichoso.

Quien sepa el trabajo que supone la represión continuada de las propias inclinaciones podrá apreciar el mérito de este aspecto de la vida interior de Marietta.

Encontramos un eco palpitante de esta lucha en sus notas espirituales:

"Conformidad con la voluntad de Dios, hasta en las cosas más insignificantes; ver en todo y más en aquello que más me cuesta un medio para llegar a Dios; yo desearía abandonarme en las manos de Dios y dejar que todas las cosas sigan su curso, procediendo yo con rectitud, pero esto es lo que yo deseo y me propongo sí, cuando pienso en las cosas que pasan con X y trato de olvidar y seguir adelante: pero en seguida viene otra parecida y otra vez me encuentro con todas las dificultades de antes".

Día tras día y ocasión tras ocasión fue perfeccionando las asperezas de su carácter. Los que antes la habían conocido se maravillaban de la paciencia, del silencio con que recibía actitudes o palabras que antes la hacían reaccionar fuertemente. En este trabajo perseveró hasta su muerte, y no dudamos que hubiese llegado poco a poco a cambiar totalmente su anterior temperamento.

El resultado de esta vida de abnegación de sí misma fue, como sucede generalmente con los santos, que su trato se hizo más agradable y atractivo. Las buenas cualidades de su carácter sobresalieron más, al ser realzadas por la caridad y paciencia cristiana. De aquí pensamos que nació la autoridad y la suave influencia que ejercía en quienes la trataban.

Se esforzaba por ser buena y amable con todos, para poder llevarlos así más fácilmente hacia Dios y hacerlos felices.

El año 1938 podía llamarse el de su noviciado espiritual. Después de éste decidió nuestra joven, que siempre pensaba en nuevas ascensiones hacia Dios, entregarse a Él de una manera más definitiva. Aunque no sentía vocación religiosa a ninguna orden determinada, la atraía, sin embargo, irresistiblemente la entrega total que de su alma y de su cuerpo hacen a Dios las religiosas. Quiso imitarlas en cuanto le fuera posible y determinó consagrar a Dios su castidad con voto, y vivir (según su estado actual) en el espíritu de la pobreza y obediencia evangélicas. En el primer viernes de febrero de 1939 hallamos firmada de su mano la fórmula de sus votos de castidad, pobreza y obediencia que para ella significaba un paso más en su plan de total entrega a Dios.

Sus votos los guardó con fidelidad amorosa hacia su Dios, que la había escogido; siempre mantuvo un gran espíritu de agradecimiento por esto que juzgaba un inmenso beneficio de la bondad divina para con ella.

El sacrificio que el corazón de esta joven ofrecía a Dios se consumaba con generosidad y con grande consuelo espiritual, pero no sin un profundo dolor para la naturaleza humana. Se había hecho necesario cortar lazos muy íntimos, cambiar aspiraciones muy acariciadas, y renunciar a un porvenir envidiable desde todos los puntos de vista para una joven como ella. En silencio ofreció a Dios su sacrificio doloroso. Era Dios quien se lo pedía y no dudó de seguir la inspiración divina.

"Yo soy el pan de la vida" (S. Jn., 6, 35).

VI

DEVOCIÓN EUCARÍSTICA

La Celadora de la Cruzada Eucarística. — Su apostolado catequístico lo completó Marietta como celadora de la Cruzada Eucarística. Desde junio de 1937 ejercitó su cargo con aquel cuidado exquisito y con aquel celo sobrenatural con que hacía todas sus obras. Ella tomaba lo más difícil: primero la sección de los niños, luego la de las niñas. Preparaba cuidadosamente las fiestas de la Cruzada Eucarística.

Su devoción eucarística. — El celo de Marietta provenía de su profundo amor a Jesús Sacramentado y del deseo de que fuera honrado por todos.

Notemos algunos rasgos: En la Capilla se colocaba siempre lo más cerca que podía del Sagrario. Procuraba pasar el mayor tiempo posible delante del Santísimo. Una vez escribía: "N. S. me ha concedido una gracia muy grande... el Jueves Santo tuve el consuelo de acompañar 4 horas a Jesús Sacramentado, una con mis Cruzadas, otra con el Apostolado, otra con el público y otra con las Hijas de María. En ésta ya no me sentía muy bien pero resistí hasta el último; no era yo, era una fuerza mayor que me sostenía; comprendí que N. S. así lo deseaba y sólo pensé en que Él me daría las fuerzas necesarias". En su consagración al Sdo. Corazón dice que "desea repararle por la poca sed de recibirle en la Sda. Eucaristía" de algunos cristianos.

Una temporada en que estaba enferma debían llevarle a casa la comunión. He aquí lo que le aconteció un día:

"Por lo que siento dejar de comulgar en casa es porque Jesús Sacramentado deje de venir a ella. No sabe Vd. qué alegría tan grande me proporcionó un día: pues no se había pedido la comu-

nión y el Padre X. la trajo; dijo le parecía se la habían pedido; esto me hizo pensar que deseaba le recibiera. Ahora hace dos lunes, al llegar el Padre con la comunión empezó a llover de tal forma que tuvo que permanecer en casa por media hora, y como llevaba la comunión para otra enferma, tuvimos el honor de tener por todo ese tiempo a Jesús en casa. Puede imaginarse Vd. el tiempo fue poco para pedir; qué cerquita le tenía; yo no poder ir y Él tan bondadoso venir para que yo pudiera tener la dicha de pasar ese rato en tan dulce compañía. Cada vez que pienso en ello no puedo por menos de llorar de alegría. Nos hace ver a las claras que quiere le acompañemos" (1/11/1939).

Otro rasgo de su enfermedad:

En abril de 1939 estaba sujeta a un régimen de inyecciones. Al dársela un día quedó desmayada largo rato, y su mamá naturalmente se alarmó. Ella escribía después celebrándolo: "no sabe que todavía por gracia de Dios tiene su hija que emprender grandes trabajos y trabajar mucho por la gloria de Dios" (10/4/1939).

"Reverbero de luz eterna!" (Offic. div.).

VII

APOSTOLADO

A mediados de 1939 piensa ya Marietta en realizar la última parte de su ideal de santificación, el apostolado. Se hallaba ya preparada, pues había echado las bases del verdadero apostolado católico: su propia santificación por la unión con Dios y la mortificación. Tenía grandes deseos de llevarlos a todos a Dios, de trabajar por la glorificación de Jesucristo. Al mismo tiempo el apostolado era la fase última de su total entrega a Dios, que equivalía a consagrar a su servicio las cualidades de trato de que Dios la había dotado.

Pero desde un principio pensó en dar a su actividad apostólica una forma lo más eficaz posible, a fin de rendir lo máximo para la gloria de Dios y para el bien de los prójimos. De esta idea brotó una forma de apostolado organizado e inteligente. Con un cariño y con un ánimo lleno de generosidad y confianza en Dios, y sin arredrarse ante las grandes dificultades que podían ofrecerse comenzó a estudiar planes primero, y realizar después lo que a todos nos parecía un sueño y que logró fuera en realidad la gran obra de su vida.

Para ella se había ido preparando desde que pensó en entregarse totalmente a Dios. Habiéndole prohibido el médico todo trabajo escribía:

"Claro que ahora que empezará más actividad en todo (en la Capilla, catecismo, etc.) me costará; pero veo, sí, claramente que N. Señor me quiere para otra cosa, así que debo ante todo cuidarme, para después poder sin dificultad por esto, dedicarme a lo que creo es su voluntad. No piense que estoy desanimada por lo que me ha dicho el médico, no; ya que es la voluntad de

Dios que esté más retirada de todo será porque todavía no desea me lance a trabajar sin descanso, será un aviso que todavía no ha llegado el momento; pues entonces conténtome con pedir a N. Señor más luces e ir viendo medios, para, llegado el momento, demostrar que no he estado durmiendo, y... adelante siempre contenta" (1/3/1939).

"Todo edificio construído en Cristo crece convirtiéndose en templo sagrado de Dios" (San Pablo, ad Ep. c. 2).

VIII

SU OBRA

El origen de esta obra nos lo explica en carta del 18 de setiembre de 1939:

"Sobre mi asunto principal le diré que creo Nuestro Señor me haya dado algunas luces sobre ello. En los quince minutos que tengo por costumbre de pasar en compañía de Jesús sacramentado (espiritualmente, haciéndome la idea que estoy en la Capilla) sentí como que me encomendaba el barrio de Miramar, tan querido por mí y como que me decía que acá debía hacer obra, poniendo Dios en mis manos todas las niñas, para que yo con su gracia pueda sacar de ellas dignas esposas suyas y santas madres. Dispuesta estoy... si en realidad cree Vd. que puede en verdad haberme el Señor designado el que acá sea mi apostolado, a poner manos a la obra cuando crea Vd. El lo disponga: salud quizá no tenga la que necesito para ello, pero ya el Señor me la concederá; no lo veo muy lejos, siento como que ya se acerca el tiempo designado. Alabado sea Dios y que pueda corresponder yo al amor tan grande con que me ha amado Aquel que no escatimó sacrificio ninguno por salvarme. Comprendo que no es cualquier cosa lo que me encomienda el Señor; pero con su gracia me siento capaz; es mucho el deseo de darle gloria, de trabajar de cualquier forma para que la preciosísima sangre de Cristo no sea derramada inútilmente...".

Hemos querido trascribir este párrafo aunque largo, porque refleja el espíritu levantado y sobrenatural con que Marietta encaró la fundación del Instituto. A principios de 1940 la idea ya estaba madura. Con las mismas ideas de ella se le habían aso-

ciado tres íntimas compañeras. Con ellas comenzó a preparar su obra. A todos nos parecía extraordinariamente difícil poder organizar una institución, que llenara fácilmente los ideales a que aspiraban las fundadoras. A muchos les parecía una temeridad y temían un fracaso seguro. Pero la confianza de Marietta en Dios estaba por encima de todo. Repetía muchas veces: "no me importan las dificultades; si Dios quiere se hará; y si Dios no quiere, yo tampoco quiero".

Pero Dios lo quería y como por un milagro de la Providencia el *Instituto de Formación de la Mujer, "Ntra. Señora del Buen Consejo"*, inauguraba sus clases con un modesto acto, el 26 de abril de 1940, fiesta de la Patrona del Instituto, "Ntra. Sra. del Buen Consejo".

El nombre mismo del Instituto daba a conocer la amplitud de miras de sus fundadoras. Sin mayores pretensiones en sus comienzos, que iban a ser muy modestos, deseaban, sin embargo, el ampliar con el tiempo su obra, para proporcionar a las niñas cuanto fuera necesario para su formación integral. Querían formar mujeres cristianas completas, aptas para cumplir su misión el día de mañana. La importancia de tal institución para el bien social, moral y religioso de las niñas no puede ser mayor.

Mater boni consilii; ora pro nobis.

IX

EL INSTITUTO DE FORMACIÓN DE LA MUJER

El día de su inauguración fue un día lleno de consuelos espirituales para Marietta y sus compañeras. Por fin se convertía en realidad su santa y noble aspiración de consagrar su vida a una obra gloriosa para Dios y provechosa para los prójimos.

Marietta había sido nombrada presidenta, y como tal tomó la responsabilidad principal en la marcha del Instituto. Se había objetado su falta de estudios, sólo había cursado hasta 5º grado. Pero su natural inteligencia, su carácter a la vez enérgico y amable, su agilidad práctica para resolver los problemas y sobre todo el gran espíritu sobrenatural que alentaba su corazón, suplieron extraordinariamente su preparación literaria.

Se hizo respetar y querer por las profesoras y alumnas que hallaron siempre en ella una buena compañera y amiga, y una fiel consejera. Es que Marietta había puesto todo su gran corazón en su obra, el Instituto. A ella dedicó todos sus desvelos, todas sus energías, toda su salud. Ella estaba en todo, como nos decía profundamente conmovida, una de sus alumnas. Ella atendía personalmente a las profesoras y alumnas, velaba por el orden y regularidad de las clases, ayudaba a la secretaria y a la tesorera del Instituto, siempre que era necesario.

Parecía increíble lo que hacía, pero ella todo lo atribuía a Dios, en quien tenía una confianza sin límites:

"Me maravilla a veces lo que hago, sólo la gran confianza en Dios permíteme desempeñarme en ciertas cosas" (17/6/1940).

"La confianza en Dios, gracias a Él mismo, es muy grande; así que pienso no debemos temer, y seguir adelante" (17/5/1940).

"No tenemos nada; pero tenemos mucha confianza en Dios, y con su gracia vamos a empezar sin mayores cosas; sólo lo necesario... Cada día veo más claro que es obra de Dios" (6/4/1940).

"Nuestro deseo hubiera sido, cuando lo abriéramos (el colegio) fuera en forma; tengo miedo entre ahí un poquito de orgullo, y no quiero si es la voluntad de Dios que lo hagamos con más humildad al principio, como han empezado generalmente todas las obras de Dios, desoír su voz" (6/4/1940).

"Es mucho el trabajo que tengo y eso que debo conformarme con no hacer todo lo que desearía. El Sagrado Corazón me dé fuerzas para resistir" (4/8/1940).

Pero en medio de esta actividad externa nunca olvidaba el fin primordial del Instituto: el bien espiritual de las alumnas:

"No sabe la alegría que me proporcionó el ver volver a niñas que hace ya unos 4 o 5 años hicieron su primera comunión; son casi jovencitas. Éste es el medio para llegar al fin deseado" (6/1/1940).

Organizó la Comunión Pascual, en que casi todas las alumnas y profesoras libremente cumplieron con sus obligaciones religiosas. Libremente, decimos, porque deseaba Marietta que el cumplimiento de estas obligaciones fundamentales, naciera del corazón mismo de las alumnas, y no de una imposición externa. Juzgaba, con mucho acierto, que éste era el método de formar sólidamente a las alumnas. Siempre estaba pronta para hablar ella misma a aquella que lo precisara, acerca de la Comunión Pascual o de alguna otra obligación religiosa. Pero lo hacía con tal tacto y cariño que nadie se pudo molestar, pues veían con cuánta sinceridad buscaba el mayor bien de sus almas. No es, pues, extraño que, bajo su sabia dirección, el Instituto progresara inesperadamente, ya en su primer curso. Las alumnas, que al comienzo eran sólo 40, pasaban de 90 en el mes de diciembre. Ésta es la mejor aprobación que de la eficacia y de la seriedad del Instituto podían dar las familias que a él enviaban sus hijas.

La actividad del Instituto nos lo indica la siguiente enumeración de las clases, dictadas con toda regularidad durante el curso de 1940:

Religión y Moral; Instrucción Social; Corte y Confección; Mecanografía; Contabilidad; Labores; Bordados a mano; Bordados a máquina; Sombreros; Música.

Lenguas: Francés e Inglés.

"Es mucha la mies por segar" (Mat., 9, 37).

X

ANHELOS DE NUEVAS CONQUISTAS

Así trascurrió el curso hasta mediados de noviembre. Marietta, que era de mucha iniciativa, tenía grandes planes sobre su obra. Una prueba más de su grandeza de alma nos la da la decisión que había tomado de reanudar sus estudios en privado hasta recibirse por lo menos de maestra; todo con el fin de ser más apta para dirigir su Instituto y trabajar por Dios y por las almas.

Debemos trascribir algunos párrafos que nos muestran cuán lejos miraba el corazón apostólico y magnánimo de Marietta:

"Ahora he pensado otra cosa..., un centro de jóvenes que vengan a aprender a máquina, y que cada 15 o 20 días pueda un Padre darles alguna conferencia, y poco a poco irlos conquistando, pues creo necesario atraerlos con algo así, para poder hablarles, y puede que hoy una palabra, mañana otra, puedan sacar el fruto que pretendemos".

"Y también he pensado, más adelante, si Dios quiere, podemos preparar y atender en lo necesario una casa de ejercicios para hombres, en que los del barrio y también más allá de él puedan asistir... Que mientras no se pudiera tener local propio, se pudiera buscar en el barrio una casa que estuviera desocupada y alquilarlo por esos días...". He aquí una muestra de las preocupaciones e iniciativas de su celo apostólico, que siempre quería más y más. Su prudencia, sin embargo, se encargaba de tirar de las riendas. Ella misma escribe a continuación: "pero esto no es nada más que algo que he pensado para que si algún día se pudiera realizar... pues necesitaríamos muchas cosas más...". "De mí le diré que acá estoy, cada día con más ansias de trabajo, pero no crea que me dejo llevar por ese gran deseo en perjuicio de mi salud, no;

tiene su límite. Por gracia de Dios, puedo vencerme más que antes; y hay cosas en que el gusto me llevaría a ejecutarlas, pero bien pensado ante Dios, no me conviene, pues sería un arriesgo, y lo corto. Creo hacer en todo la voluntad de Dios, y pienso que si más deseara de mí me lo haría conocer, y es por lo tanto que espero tranquila. Es muy grande mi deseo de darle mayor gloria, de ganar todas las almas para El, y es por esto que al ver un medio en que creo se me presenta (ocasión) para ello, no he querido retardar más en comunicárselo... Que se inflamen esos corazones en gran amor hacia Cristo, y quieran servirle, y trabajar porque otros le sirvan" (12/7/1940).

"In cruce Domini Nostri Iesu Christi"
(San Pablo, Gal., 6, 14).



CONSUMACIÓN EN LA CRUZ

Pero Dios tenía sus designios sobre esta alma escogida. Parece que ella había dado de sí a Dios todo cuanto tenía, y nada le quedaba por dar, pues su plan de entrega total a Dios y de total renunciamiento de sí misma estaba cumplido en su vida de santificación personal y en su vida de apostolado. Dios parecía satisfecho y quiso llamar a su lado a su fiel sierva y a su hija predilecta.

A mediados de noviembre, Marietta, que había gozado durante todo el curso de buena salud, tuvo que sujetarse a un tratamiento médico, que debilitó su cuerpo siempre delicado. A pesar de ello y sobreponiéndose a sí misma, atiende todavía el Instituto hasta primeros de diciembre. La pérdida de fuerzas acentuaba en ella una continua fatiga, que la obligó a retirarse de su querido Instituto. Siguió ayudando todavía durante algunos días, con sus indicaciones, pero la hora de Dios ya había llegado.

Marietta había deseado y pedido a Dios una vida de sacrificio, de consumación en la cruz en unión de Jesucristo. Y Jesucristo para purificar más y más aquella alma que ya era tan suya, quiso concederle su calvario en los dos últimos meses de su vida. Las noches eran para ella un continuo tormento: se sentía atacada de asfixia, que la ahogaba, y la hacía sufrir terriblemente.

Dice Santa Teresa del Niño Jesús que los primeros síntomas de su enfermedad fueron para ella una llamada del Esposo Divino. Para Marietta la llamada más insistente se la envió Jesucristo el 28 de diciembre. Era el día señalado para la clausura del primer curso del Instituto. Todo estaba preparado. Las alumnas habían reunido los trabajos realizados durante el año para hacer su exposi-

ción de labores. Iba a ser un día glorioso para el Instituto y para Marietta.

Pero Dios quiso que fuera un día de calvario para su sierva. En la madrugada, sintióse tan mal la enferma que el Padre que fue a llevarle la Sda. Comunión creyó más oportuno dársela en forma de Viático y administrarle la Santa Unción. Pareció reaccionar Marietta, pero a eso de las 10 de la mañana le sobrevino repentinamente un ataque violento de asfixia que la dejó en estado agónico. Daba compasión ver a la pobre enferma convulsionada por la falta de aire que sentía. La familia llamó inmediatamente a un sacerdote para que la atendiera, y la enferma, que conservó casi siempre el conocimiento, seguía con mucha devoción las jaculatorias que el Padre le sugería y besaba con tierno afecto el Santo Cristo. Nosotros tuvimos el consuelo de ayudarla en esos momentos, edificarnos de su fe, de su piedad, y de su confianza en Dios. Al preguntarle si estaba con la conciencia tranquila nos contestó afirmativamente con un ligero movimiento de cabeza, llena de paz y tranquilidad.

En este estado agónico pasó unas 4 horas. El médico sólo le daba una hora de vida; sin embargo, la enferma reaccionó inesperadamente. Agradeció a los Padres que la habían asistido, diciéndoles suavemente: "qué buenos que son Vds.". Luego besó a su mamá y mandó a los circunstantes que rezaran dando gracias a Dios por que la había puesto bien.

Todos estábamos admirados y emocionados de la unción con que hablaba. Después dijo a su mamá y familiares: "Tengo que agradecerles que hayan llamado al sacerdote antes que al médico".

En los días siguientes pareció reaccionar, pero en realidad sus fuerzas se iban agotando. La disnea, la tos, la falta de sueño y apetito, eran un continuo tormento para Marietta. Pero debía atormentarla más todavía el pensamiento de que tenía que dejar de trabajar en la obra de su corazón, el Instituto. Dicen que es en la enfermedad donde se prueba el verdadero temple de los hombres y de los santos. Pues bien, Marietta fue en su enfermedad más admirable que nunca. Continuamente unida a Dios con el afecto. Siempre con el rosario en las manos aunque no podía rezarlo, y besando frecuentemente su crucifijo. Y lo que más nos admiraba a todos, era que en medio de tantos padecimientos físicos y morales nunca le oímos quejarse, ni pudimos saber lo que en realidad sufría. Tratándose de una enfermedad

tan larga, sólo nos lo explicamos por su conformidad alegre con la voluntad de Dios y por una especial gracia divina.

Más aún, con frecuencia daba gracias a Dios por lo mucho que sufría. Y su rostro se iluminaba en esos momentos con un consuelo celestial.

Ella, que tenía el propósito de ser muy buena con todos, se esforzaba por serlo especialmente con los que la atendían y la visitaban. A todos recibía, aunque se encontraba muy mal, con una sonrisa muy suya y con una alegría que disimulaba sus sufrimientos. En los últimos días, en que la fatiga no le permitía hablar, había tomado una manera graciosa de darse a entender con los ademanes y con alguna palabrita. Era un supremo esfuerzo para mostrarse agradecida y para animar a sus familiares, de cuyas penas se daba perfecta cuenta.

Pensaba que con sus sufrimientos llegaba ella a dar realidad a un ideal de santidad, que tanto había deseado: deseaba ofrecerse a Dios como santa, como virgen, como apóstol y como mártir, y pensaba que en algo de los tres primeros aspectos lo había cumplido, y que ahora llegaba el último.

Esto la animaba y sostenía en medio de tan largos sufrimientos. Este era el secreto de su fortaleza que tanto admiraba a todos.

Y éste era también el secreto de su confianza y de su tranquilidad frente a la muerte. Para ella era ciertamente una separación dolorosa de seres muy queridos, pero era al mismo tiempo un tranquilo descansar en los brazos paternales de Dios. Había repetido que no le preocupaba la muerte, que moriría tranquila y gustosa. El 28 de diciembre, en que tuvo el gran ataque, dijo a su Padre Director, "que no se había confesado antes de recibir el Santo Viático porque se encontraba impedida y, además, *no tenía de que confesarse*".

Pocos días antes de su muerte le pregunté si estaba enteramente tranquila; y contestó que sí, con una señal de cabeza: le pregunté más, si creía que Dios estaba contento con ella, y dijo bajando modestamente los ojos: "creo que sí", por fin le pregunté si ella estaba contenta de Dios: "no faltaba más".

"Acércate, esposa de Cristo, a recibir la corona que el Señor te preparó para toda la eternidad" (Offic. Virg.).

XII

GLORIFICACION

El 26 de enero, por la tarde, parecía muy cansada. El Padre que la había visitado para confesarla, se despedía ya, diciéndole que, como estaba tan fatigada, la confesaría otro día. Ella insistió en que prefería confesarse en seguida: sabía que en cada confesión recibía mayor gracia. Lo hizo brevísimamente, y recibió consolada la absolución.

Esa misma noche la llamada del Esposo Divino iba a ser definitiva. A las dos de la madrugada un síncope repentino le hizo perder todo movimiento. Su mamá, su hermana, y hermanos, la asistieron piadosamente. Todavía llegó a tiempo el Sacerdote, avisado en seguida por la familia, para poder absolverla nuevamente, y asistirla en sus últimos momentos.

Su respiración se fue apagando lentamente, y con la mayor suavidad. Comenzaba un nuevo descanso. Un recogimiento sagrado invadió nuestro ser al considerar que en aquellos momentos el alma santa de aquella joven nos dejaba, y entraba en la eternidad y volaba, según esperamos, a los brazos de Jesucristo, a quien ya en vida se había entregado totalmente. Su alma diría como Santa Inés, cuya segunda fiesta recordaríamos ante su cadáver: "He aquí que ya veo lo que amé; ya tengo lo que esperé; ya estoy unida en los cielos a Aquel a quien, estando en la tierra, amé con todo mi corazón".

Después de rezadas las preces litúrgicas, los familiares y todos los presentes creímos lo más obvio recitar, junto a los restos mortales de Marietta, el himno de acción de gracias al Señor, el "Te Deum", por los favores con que Dios había distinguido duran-

te su vida a aquella alma extraordinaria, obra de su gracia y de sus predilecciones.

La desaparición de Marietta fue sumamente sentida en el barrio, donde por varios años había trabajado con tanto celo y con tanto cariño. Los niños y niñas del catecismo y de la Cruzada Eucarística, las Congregaciones, especialmente las Hijas de María, las profesoras y alumnas del Instituto de Formación de la Mujer, "Nuestra Sra. del Buen Consejo", demostraron cuánto se había hecho querer durante su vida, la catequista abnegada, la inteligente y solícita presidenta del Instituto, y la piadosa Hija de María.

Pero lo que más impresionaba era la veneración que mostraban hacia ella, la admiración por sus virtudes y la sensación de santidad que en todos había dejado.

La mejor corona que adornaba su carroza fúnebre, no eran las flores que la cubrían. Era el grupo de sus queridas Cruzadas. La rodeaban, vistiendo las bandas que ella misma les había confeccionado, y lloraban a su santa celadora, con no menos cariño que veneración. El cortejo fúnebre, en que predominaban las blancas túnicas de las Hijas de María y de las Cruzadas con sus insignias, más parecía una demostración de júbilo religioso. En realidad, aun cuando las lágrimas corrían incesantemente —ella era queridísima—, todos tenían la impresión de que celebraban la entrada triunfal de un alma en el cielo.

Era la glorificación de Marietta a los ojos del mundo, glorificación a que ella había renunciado voluntariamente durante su vida. Dios quería manifestarla ahora, sin duda para que el ejemplo de su santa vida continúe iluminando y edificando a quienes la conocieron.

"Omnia et in ommibus Christus" (S Pablo, Colos., 3, 11).

XIII

SU FISONOMÍA ESPIRITUAL

Si queremos ahora resumir los rasgos fundamentales del alma de esta joven que nos parece extraordinaria, los podríamos reducir a dos: Marietta C. Silveira es el alma de la *conformidad con la voluntad de Dios, y de la generosidad para con Dios.*

Ambas cualidades aparecen con un relieve sobresaliente en la orientación que dio a toda su vida, sobre todo en sus últimos años, en que dirigió su alma a velas desplegadas hacia lo más hondo de la santidad.

Ambas cualidades resaltan igualmente en los escritos que hemos podido ver: no pudimos menos de maravillarnos al encontrarnos frente a una cantidad tan grande de escritos suyos; la mayoría, de estos tres últimos años; parece increíble que hallara tiempo para escribir tanto. Sea por asuntos del catecismo o de la Cruzada, sea por los del Instituto, sea principalmente por sus cartas y apuntes espirituales, escribió muchísimo Marietta. Ahora bien, "la voluntad de Dios" y "la generosidad para con Dios", aparecen en cada momento. La inmensa mayoría de sus escritos, diríamos el 99 %, se refiere a asuntos espirituales suyos, o de las obras de celo en que trabajaba: prueba clarísima de que estaba realizando su ideal de vivir *toda* para Dios.

1) Casi no hay carta o escrito espiritual en que no repita de mil maneras: "conformémonos con la voluntad de Dios, que eso es lo mejor", "con la gracia de Dios", "si es la voluntad de Dios, haremos esto o aquello...", "resignémonos con la voluntad de Dios que debe ser siempre la nuestra", "nada más aceptable a Dios que aquello que en realidad cuesta", "será un sacrificio grande...

pero si Ntro. Señor lo exige, se lo ofrezco gustosa...; llegaría a entregarle con suma resignación hasta mi vida".

Al verla sufrir tanto durante su enfermedad, alguien le dijo en broma que se decidiera por una de dos, o sanarse pronto o morirse pronto. Ella le contestó, siguiendo la broma, y señalando en dirección a la Capilla: "Anda y decíselo a Aquel que está allí para que Él determine, que a mí no me toca eso".

Una de las noches en que no podía dormir, y después de hacer todo lo posible por quedarse dormida, dejó al fin caer los brazos sobre la cama y dijo tranquilamente: "Si el Señor no quiere que duerma, está bien, paciencia".

Pero su conformidad con la voluntad de Dios llegaba hasta los perfiles de un alma muy delicada. Todo, hasta su santificación y sus méritos, lo había dejado en manos de Dios. Una persona que la visitaba le pidió que ofreciera a Dios por ella algunos de sus sacrificios. Ella, que no podía hablar mucho, tomó el block que tenía a mano y escribió lo siguiente: "He ofrecido todos mis sufrimientos al Sagrado Corazón de Jesús para que Él disponga de ellos. Cuando quiero ofrecer alguno especialmente por Vd., digo: Sagrado Corazón, yo desearía sufrir esto por X. ¡Vos ya sabéis lo que más le conviene!".

2) La generosidad para con Dios, la entendía Marietta sin límites.

Mucho le ayudaba su genio naturalmente magnánimo, pero era dirigido por el soplo sobrenatural del Espíritu Santo. No podía contentarse con una santidad cualquiera. Quería ser *extraordinaria en la santidad* y también en todo lo bueno, *para mejor servir a Dios y a los prójimos.* Todo cuanto pensaba que podía ser agradable a Dios, le atraía. Su entrega a Dios quiso que fuera *total* (le gustaba repetir y subrayar la palabra *total*), y esperaba llegar ella algún día a su mismo estado. Le arrastraban los grandes ejemplos de los Santos, que leía u oía con avidez, tanto en su vida interior como en su apostolado. Era especialmente devota de Santa Margarita María Alacoque por su devoción al Sdo. Corazón, de Gema Galgani, por su unión con Dios, y de las Santas y Beatas modernas, como la Beata María Bartolomé Capitanio. En fin, su última y dolorosa enfermedad fue para ella una fuente de consuelo, porque podría ofrecer a Dios los mayores sacrificios. Cumplió lo que escribía en un retiro:

"¡Señor: sólo de Vos, por Vos y para Vos!"; y en una carta exclamaba: "Quisiera amar al Señor por todos los que no lo aman, y quisiera servirle por todos los que se niegan a servirle; ganar con amor todas las almas para Cristo. En fin, no puedo explicar con palabras todo lo que siento y desearía hacer".

"Para que dé luz a todos los que viven en la casa de Dios" (Mat., 5, 15).

XIV

LA LECCIÓN DE SU VIDA

Es evidente que no todas las almas pueden imitar el ejemplo de absoluto desprendimiento, y renunciación *total* de las cosas y de los goces del mundo, aun de los lícitos, como lo hizo Marietta. Pero todos pueden inspirarse según el estado a que Dios los llama en la íntima persuasión que dirigió la vida de Marietta: *la verdadera felicidad consiste en conformarse en todo momento con la Santa voluntad de Dios y seguir con la mayor generosidad las divinas inspiraciones.*

Nada más alentador para tantas jóvenes, anhelosas de una vida espiritual superior, que el ejemplo de Marietta, mostrándonos cuán accesible es para un alma generosa el ideal de la santidad.

Ningún llamado más insistente para que tantas otras jóvenes que por despreocupación o por malicia tienen sus ojos fijos en las bajas liviandades del mundo, los levanten hacia los sublimes ideales de la vida íntegramente cristiana. Ésta es la única verdadera felicidad, en la que, según la frase predilecta de Marietta, "se ama a Aquel que nunca muere ni abandona, y la sonrisa es eterna, y las flores nunca se marchitan".

El ejemplo de la vida de Marietta ha comenzado en realidad a rendir sus frutos. Su memoria atrae como la de una santa, e inspira la confianza de que a su natural bondad y amabilidad une ahora el poder de su intercesión en el cielo. Son muchas las personas, que o por haberla conocido, o por haber oído hablar de sus virtudes, le han encomendado la gestión de sus asuntos ante Dios Nuestro Señor. Para citar algunos casos, de los que tenemos absoluta certeza, nos consta que, en lo que se refiere a gracias de orden temporal, han visto resueltas felizmente sus dificultades

varias personas, sea en la obtención de empleos, o de sumas de dinero en vencimientos de pago de compromiso, o de la salud en enfermedad peligrosa, así como en la solución de asuntos muy difíciles. Son gracias concedidas en diversos tiempos y a diversas personas.

Pero donde Marietta ha sido más generosa, continuando su ideal de apostolado, es en la obtención de gracias espirituales: la gracia de una buena confesión después de mucho tiempo de hacerlo mal; la de poder confesarse a pesar de que al acercarse a hacerlo se sentía que sería cosa imposible; la de regularización de matrimonios; la de verse libre de ocasiones insistentes de pecar. He aquí algunas de las que nos consta con certeza.

El pensamiento de que Marietta era un alma extraordinaria sobre todo en la santidad, predominó en todos ya inmediatamente después de su muerte. Los pésames iban acompañados invariablemente de esta impresión. Queremos trascribir tres testimonios, que por su autorizada procedencia, merecen atención especial. Dos pertenecen a sacerdotes, de los cuales el primero conoció íntimamente a Marietta por haberla confesado durante bastante tiempo, y el otro fue uno de los que la asistieron en su última enfermedad. El tercer testimonio pertenece a un joven religioso, que recibió la instrucción catequística de Marietta, en la Capilla del Barrio de Miramar.

"Al leer las páginas del recordatorio y ver que Marietta en tan poco tiempo de vida recorrió la gran carrera de la santidad en su estado, he exclamado: sí, es la misma que yo conocí..., no ha hecho sino perfeccionarse más, pero es la misma alma que yo conocí tan enteramente, porque para mí ella no tenía secreto, y esto me ha llenado de un consuelo muy grande, porque he pensado que tengo un abogado más en el cielo que rogará por mí.

"Con su cara sonriente y detrás de esa sonrisa ocultaba el sufrimiento de una santita que quiere sufrir calladamente para imitar al Maestro Divino... El vacío que ha dejado en tantas almas la desaparición de esta Santita no lo llenará nada; algo puede calmar su dolor la consideración de los ejemplos de su vida santa y muerte ejemplar.

"Tengo en mi poder una carta de Marietta que me escribió en el año 1939 y ahora la conservaré como una reliquia. En ella me habla de su gran ideal, de atraer las almas al Corazón de

Jesús. Yo considero a Marietta una mártir del celo por la salvación de la niñez. Por enseñar el catecismo contrajo la enfermedad que debilitó tanto sus fuerzas y como ella con tal de atraer a los niños a Jesús no le importaba nada lo demás, no se cuidó y sacrificó su vida por la salvación de las almas.

"En el cielo goza ya del premio de las Vírgenes y de los mártires.

"Yo al ofrecer la Sta. Misa y sufragios por su alma he sentido un deseo y como necesidad de encomendarme a ella que desde el cielo ha de mirar complacida a los que la comprendimos en esta vida y también a los que no la comprendieron, pues si en este mundo tenía un corazón tan grande, desde la eternidad mirará las cosas como valen en realidad.

"Cuánto hubiera deseado estar a su lado para edificarme con su muerte santa".

Otro sacerdote escribe:

"A mi salida de Montevideo abrigaba alguna esperanza de que ella se quedara aún entre nosotros, mas me temía mucho lo contrario que fue lo que efectivamente sucedió. Dios N. Señor que en su admirable Providencia sabe elegir para nosotros lo que conoce ser mejor, lo ha querido así...

"Marietta estaba bien madura para el cielo, por eso el Señor, que conoce a los que elige para las alegrías inefables de la gloria, se la llevó tan joven. No se necesitaba ser un psicólogo para adivinar pronto que Marietta poseía un alma superior; pude por lo mismo apreciarlo personalmente durante los pocos días que el Señor me hizo disfrutar de su compañía, por lo que le doy muchas gracias. Encomendémosla sí a Dios pero encomendémonos también muy de veras a ella, no dudo que puede mucho en el cielo.

"Le ruego salude especialmente en mi nombre a su mamá, que el pésame no me atrevo a dárselo, como también a sus hermanos; han ganado, ella una hija, Vds. una hermana Santa".

Las líneas que trascribimos a continuación, pertenecen, según hemos indicado, a un joven religioso, que cuando niño asistió al catecismo de Marietta. Es uno de los casos en que se revela el exquisito cuidado de ésta en cultivar espiritualmente a los niños de su catecismo. A él fue a quien dirigió aquella nota, cuando se despidió de ella para ingresar en el colegio preparatorio del noviciado.

"Quizás alguna vez te vengan tribulaciones; pero no desmayes; piensa que Nuestro Señor no abandona a quien deja todo por seguirle y no me olvides en tus oraciones".

He aquí, pues, algunos párrafos de la carta del que ahora es religioso:

"He recibido con alegría y pesar a la vez, su afectuosa carta. Digo con alegría pues no me ha quedado duda de que la Srta. Marietta está en el cielo, y que desde allí me presta su eficaz ayuda; pues estoy casi seguro de que en vida rogaba por mí, y mucho más ahora...

"Con ser tan consoladora por una parte la muerte de mi ex catequista, sin embargo no puedo menos que sentirla; era para mí, más que una simple catequista, una bondadosa hermana mayor; más aún, una segunda madre.

"He ofrecido por ella, apenas supe su muerte, un novenario de misas y comuniones, que Dios ha de haber recibido con inmenso placer, pues ella fue quien me preparó, como a muchos otros, por lo cual Jesús debe haberle dado un premio particular, para que por vez primera habitara en mi alma el Divino Huésped. Además los lunes primeros y terceros de cada mes, ofrezco la misa, la comunión y otros actos de piedad, por ella y por Vds., esto lo hago desde que fui al estudiantado.

"Le agradezco muchísimo los recordatorios que me envió; me servirán para tenerla siempre en la memoria, y espero que así será una ayuda en el camino de la perfección".

"Marietta era una santa".

"Su vida es un ejemplo".

"Ella será para mí una ayuda en el camino de la perfección".

He aquí testimonio de quienes se acercaron a la vida íntima de aquella alma extraordinaria.

Humilde y escondida, comprendió la verdadera grandeza del alma, y supo realizar un ideal sublime de santidad por el que ahora todos la admiramos.

Marietta, que el ejemplo de tu vida, y tú misma, sean para nosotros una ayuda en nuestra ascensión hacia Dios.

Apéndice

ALGUNOS ESCRITOS

NOTAS ESPIRITUALES

de MARIETTA C. SILVEIRA BALADÁN

(Copiado de su original manuscrito, casi todo a lápiz, en dos hojas sueltas. Parece ser el diario que anotaba cada día después de la lectura espiritual o meditación. Cita ella a veces las páginas del libro, en que se inspira; pero el pensamiento y la redacción son personales. A veces pone número de orden y el día. Otras lo omite. Lo copiamos tal como está).

93 (pág. ?) "Conformidad con la voluntad de Dios, hasta en las cosas más insignificantes; ver en todo y más en aquello que más me cuesta un medio para llegar a Dios; yo desearía sí, abandonarme en las manos de Dios y dejar que todas las cosas sigan su curso, procediendo yo con rectitud; pero esto es lo que yo deseo y me propongo sí cuando pienso en las cosas que pasan por X. Y trato de olvidar y seguir adelante: pero enseguida viene otra parecida y otra vez me encuentro con todas las dificultades de antes".

2º - 111. Debo considerar que el Señor es dueño absoluto de todo mi ser; debo gustosa aceptar su voluntad, ser agradecida.

3º - 216 (?). Vivir vida de oración, escuchar a Dios que me habla, buscar momentos de estar con Él: oírle, hablarle, decirle mis dificultades y pedirle la fuerza y luz necesaria para proceder en todo.

4º - pág. 199. Me esforzaré en destruir en mí toda desconfianza; avanzar siempre; toda duda o idea que pueda venirme y de nada me sirva para agradar a Dios, trataré de disuadirla, confiando y tratando de respetar el poder misericordioso del Redentor.

Pág. 22. Le ofreceré al Señor mis pobres obras ya que nada más tengo para ofrecerle; por lo tanto, debo esforzarme en hacerlas

lo más perfectamente posible. Él con su gracia me ayudará a ello y con sus méritos infinitos me las perfeccionará.

Día 14 - pág. 87. Nadie conoce al Señor; es menester pertenecerle; nadie le pertenece si no ha sido elegido; nadie le pertenece si no ha respondido a esa elección y a ese amor todopoderoso, mediante el abandono filial y la sumisión respetuosa.

Pág. 259. Reconocerse incapaz de nada, confiar en Dios ciegamente, pensar que es dueño absoluto y no tiene que pedir permiso, sino hacer su santa voluntad.

[En otra hoja]

Si por olvido no ofrezco algo [a Dios], debo quedar tranquila.

Lo que mucho me preocupaba no ofrecer todas mis acciones en particular. Pág. 221.

Pág. 267 abajo. Es más digno, daré mayor gloria a Dios sufriendo callada; yo intentaría y hasta creo que me animaría, pero temo algo no saber comprenderlo o equivocarme y por eso he creído siempre conveniente decirle todo.

[Se refiere aquí Marietta a un asunto que le apenaba mucho, y dudaba si sería más conveniente para la gloria de Dios hablar o callar].

[La oración y el trabajo]

[En el reverso de la página 1ª]

Como el pasaje aquel del retiro de Betsaida, en que dice que es necesaria la soledad antes y después de más trabajo...

[El demonio, por medio del mucho trabajo procura] apartar de mí el espíritu de oración.

He notado que el demonio trabaja por que deje la oración y tengo que dejar de hacer las cosas para bien de poder pasar un rato con Jesús.

Cuanto más larga es la oración, encuentro más facilidad para recogerme, en cambio si paso algunos días en que la acorto, que siempre es por la circunstancia del mucho trabajo, tengo que hacer más esfuerzo para unirme a Jesús, para retirarme y recogerme, penetrar en mi interior y conversar con Dios, con la Trinidad Santa que habita en mí; me maravilla esto mucho, que grandeza tanta se empequeñezca tanto para habitar en un corazón tan miserable, pero que sí ansía unirse a Ello y buscar lo que a Ella más le agrada para hacerlo, servirle siempre y siempre por amor.

[3ª hoja]
Haz de mí un templo continuo de amor y reparación.

[En las notas siguientes se puede apreciar algo de aquella delicadeza espiritual con que analizaba lo que pasaba por su alma: son breves pero finos análisis psicológicos y revelan los esfuerzos que realizaba por llegar al más puro y encendido amor de Dios, y por crecer en las virtudes, especialmente en el amor a la cruz y en la humildad y corregir todas sus deficiencias].

Dios mío, [dadme] un corazón contrito y humillado.

Os doy entrada libre en mi corazón, para que obréis vos y no yo.

Quizá yo me apasione a veces, quizá sea un poco desordenada en esto, entregándome demasiado a algunas almas, aunque sea obra de Dios.

Permitid [concededme] S. [agrado] C. [orazón] que todas mis obras vayan dirigidas sólo a darte gloria. No cae la hoja del árbol sin la voluntad de Dios.

125. Amor a la cruz.

Amar todo por sólo Dios, de manera que si por amor de Dios debiera dejar cualquiera de esos amores, dejarlo sin vacilar.

Desprenderme de las criaturas.

Desprender mi... [palabras medio borradas].

Ponerme en las manos de Dios y confiar que Él obrará en mí.

Debo preocuparme; pero sin ser una preocupación demasiada — ser diligente; entraría la desconfianza.

Qué poco humilde soy. Yo (?) debía haber recibido todo con más humildad.

Más vigilancia.

Penetrar hasta su cora[zón] - vivir en su cora[zón].

No os pido nada más, [Jesús, sino] que me inflames mi corazón con un amor muy grande a vuestro corazón y que haga todo lo que esté de mi parte para corresponder al amor grande que me tenéis.

No quiero para mí nada, ni honores, ni placeres; toda la mayor honra y gloria para Vos; para mí, lo que se merece la nada que soy yo; y como la nada nada puede esperar, acepto gustosa toda clase de sufrimientos y...

II

DEVOCIÓN AL SDO. CORAZÓN DE JESÚS

Las siguientes líneas son el extracto que se hizo Marietta de un tratado sobre la devoción al Sgdo. Corazón. Demuestran a la vez el interés que ella tenía por conocer a fondo la preciosa devoción, y la inteligencia con que supo captar lo esencial sin apartarse del rigor teológico.

Hemos hallado además entre sus papeles otro extenso extracto de testimonios sobre el Sdo. Corazón, en los que aparece cuán sólida era la devoción de Marietta: la pureza de corazón, la humildad, la cruz y abnegación, son los temas más frecuentes. Esperamos poder publicarlos íntegros en otra ocasión.

¿Qué entendemos por corazón?

El corazón vivo, que está dentro del pecho de Jesucristo, no fuera de su lugar, sino allí dentro de su sitio natural. Me dirijo, pues, al Corazón vivo, que imagino ver dentro del pecho de Jesús, y que se mueve con palpitaciones rítmicas, como todos los corazones vivos. Pero este corazón es tal corazón, es el Corazón de Jesús, y está vivo, precisamente porque el alma humana de Cristo lo informa y le da vida. De donde al mirar aquel Corazón, advirtiendo que vive, he de ver allí al menos implícitamente, el alma de Cristo que le hace vivir. Y como además es el corazón de una persona, de la persona de Jesús, que es el verbo del Padre, al mirar aquel corazón que vive, que palpita, no puedo dejar de ver, siquiera sea implícitamente, la persona en que él subsiste, el Verbo Divino. Cuando digo Corazón hablo de aquel Corazón vivo, con el alma que le está dando vida, y la persona del Verbo en que subsiste, y sin la cual no sería tal corazón. Si no veo estas cosas, al menos implícitamente, Corazón con el alma y el Verbo, no veo al Corazón de Jesús vivo tal cual es, le quito algo, siquiera sea por abstracción.

A las tres cosas juntas me dirijo cuando me vuelvo hacia el Sagrado Corazón de Jesús.

Teológicamente hablando estas tres cosas juntas son el único y completo objeto material de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

¿Por qué me dirijo al Corazón?

Siendo así que el objeto de esta devoción es juntamente el Corazón de carne, el alma de Jesús y el Verbo Divino, ¿por qué me dirijo al Corazón?

Me dirijo al Corazón, porque Jesús ahora y siempre me ha amado y me ama.

Su persona toda me significa muchas cosas —Dios, Hombre— Salvador, Fundador de la Iglesia, etc., pero al fijarme en su amor me dirijo al Corazón amante. — Jesús me ama: 1º) con su amor divino, que es el amor del Verbo; 2º) con el amor humano de su voluntad racional, y tercero con su amor sensible. — Si mirara al amor de la persona del Verbo Divino, no me referiría expresamente a su amor racional y sensible. — Mirando al Corazón en el cual repercuten todos los amores de Jesús, Dios y Hombre, veo su amor sensible, pero como en Jesús es tan ordenado, el amor sensible va unido al racional y está siempre ennoblecido con el amor personal del Verbo. — Por esto para fijarme en que Jesucristo me ama, y me ama por entero, con todos sus amores, dirijo la mirada de mi mente al Corazón, que representa a todos porque todos repercuten en Él. Corpus Christi— fiesta del cuerpo de Cristo. ¿No es todo Jesucristo quien ha de guardar mi alma para la vida eterna, y quiere que en esta fiesta, en esta devoción, nos fijemos principalmente en el Cuerpo de Jesucristo? — Cuando quiere nos fijemos en el amor, nos representa, sí, a todo Jesucristo; pero nombra sólo el corazón, quiere dirijamos nuestra mirada al símbolo del amor, el Corazón. — Cuando decimos Corazón nos referimos a Jesús Dios y Hombre.

Fin de la Devoción

Intenta Jesús volvámosle, amor por amor.

Amplitud de la Devoción

Comenzamos el año eclesiástico con el Adviento, contemplando al Señor encarnado, que sufría por nacer al mundo. Viene luego el nacimiento, seguido de multitud de misterios y santa infancia. Desde septuagésima, toda la cuaresma y Semana Santa, todo va [dirigido hacia] a Jesús preparándonos para la Pascua, y así todo el año.

El cristiano piadoso debe contemplar estos misterios desde la Encarnación hasta verlo [a Jesús] sentado a la diestra de Dios Padre, y considerando cómo brillan estos misterios en la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar. Estos misterios nos recuerdan el amor ya sea en el pesebre o en la Cruz, ya en Nazaret o en el Tabor, ya sentado a la diestra de Dios Padre o en la Hostia Consagrada. Y nosotros, viendo su corazón y reconociendo su amor en aquel misterio, le correspondamos con amor. Por lo tanto, la Devoción al Corazón de Jesús no se limita a un misterio, a un solo paso de la vida de Jesús, sino que los comprende todos. Aunque es cierto que tiene sus especiales complacencias en el Santísimo Sacramento del Altar, porque es el misterio del amor.

Importancia de la Devoción

Al referirnos al amor de Jesús nos referimos al amor humano y divino, ya que el objeto material de esta devoción es el Corazón vivo con el alma de Jesús y el Verbo del Padre, o sea, el corazón del Hombre-Dios.

Según nuestra fe, Jesús es el mediador entre Dios y los hombres.

Si fuese solamente Dios no podía ser mediador; la divinidad sin la humanidad no es mediadora; sino que entre la humanidad sola y la divinidad sola es mediadora la divinidad humana y la humanidad divina, o sea, Jesucristo, Dios y hombre a la vez. Pío XI: "En este faustísimo signo (el Corazón de Jesús) y en la forma de devoción que de Él resulta (la devoción al Corazón Divino), ¿no es verdad que se encierra la suma de toda la religión y con ella la norma de vida más perfecta, la que mejor conduce las almas a conocer íntimamente a Cristo Nuestro Señor, e impulsa los

corazones a amarle más vehementemente y a imitarle con más exactitud?

(San Ignacio en el mes de ejercicios, en la 2ª semana, quiere que el ejercitante emplee unas 40 horas de oración intentando y pidiendo a Dios, interno conocimiento del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga).

El alma del reino de Dios en el cielo, [en la] tierra y en el purgatorio [es] el Corazón de Jesús; entendido como lo hemos explicado es, sin exageración, el verdadero centro vital de todo el mundo sobrenatural. El Corazón de Jesús es la fuente de todas las gracias, que son la vida del orden sobrenatural.

El Corazón de Jesús fuente de la gracia santificante

Cuando afirma Jesucristo que Él es la vida y nosotros los sarmientos, que sin Él nada podemos hacer, al paso que unidos a Él estamos seguros de producir mucho fruto (San Juan, XV, 1), habla directamente, según lo advierte San Agustín, de su humanidad (80 In Io.).

Ahora bien, la savia que la vid divina trasmite a sus sarmientos, el influjo constante por el cual el Corazón de Jesús quiere comunicar su vida y fecundidad, es la gracia del Divino Espíritu. Por lo tanto, no puede dudarse que la gracia nos viene del Corazón del Hombre-Dios.

Pero mi redención se ha llevado a cabo, y mi santificación se realiza por la sagrada humanidad, no necesariamente, ni como consecuencia inmediata de la Encarnación, sino por una libre determinación, por un movimiento del inmenso amor del Corazón de Jesús. "Se ofreció (dice el Profeta) porque quiso". "Me amó, exclama San Pedro, y por causa de este amor se entregó por mí". — Podemos y debemos decir que la obra de nuestra santificación, de nuestra divinización, es en verdad la obra propia del Corazón de Jesús.

La participación de la divina naturaleza, o sea, la gracia santificante, se comunica a los hombres por la Divina Humanidad de Jesucristo.

Nuestra santificación y divinización por la gracia santificante nos viene del Sagrado Corazón de Jesús.

Corazón de Jesús fuente de la gracia actual

Gracia actual es una luz recibida en el entendimiento [1]. Es el Espíritu Santo quien la produce, y con ella excita y nos inclina a hacer un bien o evitar un mal. Cada una de estas gracias es un acercamiento del Divino espíritu al alma, en la que deposita una semilla: en teología esto se llama una misión invisible del Espíritu Santo. ¿Quién determinó la venida del Espíritu Santo en Pentecostés? La oración de Jesús, porque, dijo a sus Apóstoles: "Yo rogaré al Padre y Él os enviará otro Paráclito". [La] venida de Pentecostés se realizó por el ruego de Jesús al Padre, y esta oración es propia de la voluntad de Jesús, del Corazón de Jesús.

[1] Gracia actual, en general, es todo auxilio de carácter transitorio que Dios da al alma con el fin de ayudarla a su salvación eterna. Este auxilio puede ser múltiple, fuerza para la voluntad, luz para el entendimiento... Aquí Marietta tiene presente sólo este último a juzgar por las palabras, pero su mente, según lo que sigue, abarca la noción completa de gracia actual.

CONSAGRACIÓN DE MARIETTA C. SILVEIRA AL SDO. CORAZÓN DE JESÚS *

Sagrado Corazón de Jesús, por las manos purísimas y maternales de la Sma. Virgen María, os consagro a Vos, a vuestro mayor amor y gloria mi corazón y con él todo cuanto soy, tengo y puedo, todo lo dejo en vuestras manos: mi alma, mi cuerpo "con las enfermedades que Vos permitáis, con sus días de cansancio y fatiga, con sus horas de desgano y aun de hastío, si así lo permitís", cualidades, situación, en una palabra todo mi ser; disponed de todo según vuestra voluntad, todo es vuestro. Aunque me considero muy indigna de presentarme ante un Dios tan poderoso y tan santo, "tan misericordioso y amable conmigo", siendo yo tan miserable criatura, me mueve a haceros esta mi consagración el gran deseo de corresponder a vuestro infinito amor para conmigo, de reparar las ofensas e ingratitudes de todos y las que yo os haya hecho y "os siga haciendo", de daros la gloria que Vos merecéis y "que yo os haya quitado", de corresponder a vuestra infinita bondad, de seguir la inspiración con que Vos mismo habéis llamado a las puertas de mi corazón, y me habéis inspirado el deseo de entregároslo todo entero de la manera más generosa posible.

En particular os consagro el plan de santificación personal en el mayor grado posible, que Vos me habéis inspirado, viviendo lo más íntimamente unida a Vos por la oración "y el deseo de agradaros y amaros más y más".

Oh Señor, Dios mío, Rey mío y Esposo mío, yo no sé cómo manifestaros este inmenso anhelo que siento de agradaros y amaros con todas las fuerzas de mi pobre corazón. Vos que leéis en

* Copiamos a continuación, el texto de la Consagración de Marietta al Sdo. Corazón. La redacción no es de ella, pero está hecha conforme a sus deseos y a sus planes y arreglada por ella. Lo que está entre comillas pertenece a la renovación hecha el primer viernes de setiembre de 1940, pocos meses antes de su muerte. Lo demás es de marzo de 1938.

el fondo de mi alma, conocéis mejor que yo misma, cuán ardientemente deseo amaros; querría agradaros y amaros, oh Corazón amantísimo de Jesús, *como los grandes santos*, que se abrazaban en vuestro amor; querría agradaros y amaros, como os agradan y aman los más encendidos serafines en el cielo; querría agradaros y amaros, si fuera posible, como os agradó y amó la más grande criatura, vuestra Inmaculada y Sma. Madre; y en fin, oh Jesús mío, (para amaros con un amor digno de Vos) hasta querría amaros y agradaros, si no fuera imposible, con aquel amor divino e infinito, con que Vos mismo amáis y agradáis a vuestro Padre Eterno. Pero ya que esto no es posible, recibid, oh Sdo. Corazón, mis ardientes deseos de amaros, y haced que este pequeño corazón mío *todo* y siempre sea vuestro, nunca quiera sino aquello que sea vuestro mayor agrado, especialmente si para mí supone mayor sacrificio; y en cada uno de sus latidos no pretenda sino amaros ardientemente, honraros y glorificaros como Vos merecéis; vivir y morir por amaros para amaros a Vos".

Que en la bondad y celo con mis prójimos sea lo más edificante posible, con el solo fin de llevarlos a Vos. "Os entrego enteramente lo más querido para mí, pero que desde ahora sólo por vuestro amor anhelo, mi santidad: como Vos la queréis, en el grado que Vos la deseáis: os entrego mis faltas, mis defectos, los que más me humillan y disgustan y os prometo no dejarme abatir ni desanimar por grandes y frecuentes que sean".

"Os entrego mis gustos y mis afectos más legítimos, mis descansos, mis distracciones, mis momentos de alegría, mis triunfos; por vuestro amor, descansaré, tomaré mis distracciones, alimentaré esos afectos. Vuestro amor será el principal motivo, que, unido a los motivos naturales que tenga, me mueva a obrar".

Deseo consagrar el resto de mi vida en trabajar por vuestra gloria y la salvación de las almas, según mis fuerzas, todas para este ideal: con la oración continua, con mis vencimientos aunque pequeños, con los sufrimientos aceptados con resignación, con la palabra, con el ejemplo, en fin, pondré todos los medios a mi alcance y en los que emplearé todas las cualidades que Vos me habéis dado. Para unirme más estrechamente a Vos si así lo disponéis, acepto desde ahora las humillaciones que me vengan, las inculpaciones que me hagan; los fracasos en mis obras, que son vuestras obras; el que se me olvide y posponga; acepto con Vos y a Vos unida, en una palabra, la Cruz que dispongáis en vuestra

misericordia cargar sobre estos hombros tan pobres, tan débiles, tan humanos. "Sabéis que el deseo de corresponder a vuestro amor es mucho, pero también sabéis que es muy grande mi debilidad, confío en Vos que me ayudaréis y me iluminaréis para honrar de una manera especial vuestro Sdo. Corazón y que estos propósitos que deseo ponerlos por obra pueda ofrecéroslos en la práctica por toda la vida.

Os consagro muy en particular la obra predilecta de mi corazón: el Instituto de Formación de la Mujer, y sobre todo la Asociación "Ntra. Sra. del Buen Consejo". Toda y solamente ha sido fundada para vuestra mayor gloria y bien de las almas: es obra vuestra y de vuestra Sma. Madre. Pero ya que me habéis elegido sin que yo lo merezca, y la habéis puesto en mis manos, débiles e inexpertas, yo la deseo consagrar toda a vuestra gloria; y con la más profunda gratitud y la más filial confianza la pongo en vuestras manos poderosas, divinas, paternales, para que Vos hagáis de ella y de mí lo que os plazca: lo único que os pido es que en todo momento, en la prosperidad y en la adversidad, en los días de triunfos y en los oscuros días de fracasos no busque vuestra obra, y yo en ella, sino vuestro mayor servicio y gloria, que es nuestro primero y principal anhelo".

"Soy vuestra, aceptad Vos mi oblación hecha confiando únicamente en vuestra ayuda; perfeccionadla; dadme vuestra gracia para saber vivir siempre y en cada momento como vuestra y, si así lo quisiereis, como vuestra víctima, aunque tan indigna soy de esta gracia".

"Con vuestro favor quiero con Vos trabajar, cumplir mis obligaciones y sufrir para reparar las ofensas que se os hacen y glorificar, unido mi pobre corazón al vuestro, a Dios nuestro Señor".

Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor.

Dulce Corazón de María, sed la salvación del alma mía.

Marietta C. Silveira.

ESPERO EN DIOS

ÍNDICE

ADVERTENCIA

Este libro tiene el mismo espíritu que el que publicamos con el título «Mi ideal de santidad». Continuamos nuestras reflexiones ahora sobre otro tema de esos que levantan el espíritu hacia Dios desde este valle de lágrimas.

Este tema es LA ESPERANZA CRISTIANA. *En medio de las tinieblas, de las inquietudes y de la incomprensión de nosotros mismos en que vivimos en este mundo, en este nuestro misterioso vaivén de la vida espiritual y en esa angustia que tantos cristianos sienten sobre su propia salvación y la salvación de los demás, hay una estrella que brilla sin apagarse nunca para todo el que quiere contemplarla y guiarse por ella hacia la patria: es la esperanza.*

La esperanza nos es necesaria para nuestra salvación y para nuestra santificación. Seguramente cuanto más esperamos santificarnos más nos santificamos. Y cuanto más esperamos salvarnos más segura es nuestra salvación. La esperanza llena de vida, de alegría, de optimismo, de fuerza y de luz la vida del cristiano, la vida del religioso y la vida del santo.

Ojalá que con estas líneas podamos ayudar a los cristianos a llevar una vida santa, más santa en medio de una íntima alegría y goce del vivir propio del cristiano, que sabe compaginar los honestos goces de la vida con su propia perfección, santificación y salvación.

Con este mismo espíritu hemos escrito nuestra obra.

En el mismo estilo sencillo de «Mi ideal de santidad».

Pedimos a Dios que nos dé la gracia de esperar, y esperamos en Dios que nos la dará para esperar nuestra salvación y nuestra santificación hasta el fin.

I. QUILES, S. I.

San Miguel (Argentina), 7 de setiembre de 1947.

INTRODUCCIÓN

Se habla mucho sobre las excelencias de *la caridad.*

Y mucho también, sobre la necesidad de vivir una vida de *fe.*

Con razón, y nunca se hablará bastante.

La caridad es la reina de las virtudes cristianas, es la esencia de la perfección cristiana.

Ella nos une a Dios, por el amor y ella misma es nuestra vida sobrenatural.

El que muere sin caridad se condena.

El que muere con caridad se salva.

El que muere con alto grado de caridad ha llegado a ser muy santo.

La fe es también necesaria absolutamente al cristiano para salvarse.

Sin fe es imposible agradar a Dios.

Es la luz que nos guía secretamente, al someter nuestra inteligencia a la palabra infalible de Dios.

Por eso el cultivo de esas dos virtudes teologales en el alma, debe fomentarse intensamente y gracias a Dios se habla, se predica y se escribe mucho sobre ellas.

• • •

Pero... ¿y la esperanza?

La esperanza es también una virtud teologal necesaria para la salvación eterna.

Parece que fuera menos importante que las otras dos.

La caridad nos da la vida, nos une a Dios.

Nada hay en la tierra y en el cielo más grande y más sublime que la caridad, el amor.

La fe nos abre los tesoros de la revelación, nos descubre la luz eternal y divina de nuestros dogmas, que debemos conocer y creer.

Pero... ¿y la esperanza?

¡Oh!, no parece tan sublime virtud, tan grande, casi, casi, ni tan importante.

Participa de la categoría de virtud teológica, es verdad.

Pero lo cierto es que no se habla y escribe tanto sobre ella.

No se la invoca, ni se la estudia, con tanta frecuencia.

Es cierto que no se deja de recurrir a la confianza en Dios, que es uno de los elementos principales de la virtud de la esperanza.

Pero aun entonces va junto a ella, a veces con tal peso, que prácticamente le quita su verdadera fuerza, el recuerdo del temor de Dios.

Santo y necesario es el temor de Dios, que debe acompañarnos toda la vida.

Pero no de tal manera que desvirtúe la fuerza ascensional y el influjo psicológico, tan necesario, de la virtud de la esperanza.

Creemos que en la vida práctica sucede esto con mucha frecuencia.

Se teme a Dios más de lo que se espera en Él.

Resulta así que algunos cristianos llevan en este mundo una vida, predominantemente de angustia y de inquietud interior.

Podría citar casos, que me llenaron el corazón de lástima, a la vez que me hicieron protestar interiormente.

¡Dios no puede querer esto!

• • •

Con suma frecuencia nos imaginamos a Dios algo parecido a la manera de ser de los hombres, solamente que acentuamos precisamente el carácter de su misteriosa justicia.

Pensamos que Dios está como esperando que el hombre cometa una infidelidad, para negarle sus gracias, un pecado mortal, para echarlo al infierno.

Como si estuviese siempre con el fusil preparado para apuntar contra el que comete un pecado mortal.

Es cierto que en Dios no se puede separar la misericordia de la justicia. Pero creemos que Él sabe unirlas muy misteriosamente para el bien de nuestras almas.

Dios es ante todo nuestro padre.

Y debe ser sin duda ninguna un padre más perfecto que los padres de la tierra.

Comprendemos muy bien que el padre es ante todo padre, y aunque no olvide la justicia y el castigo, que a veces merecen los hijos, sin embargo, el padre halla la manera de juntar la justicia con la benignidad para que en último término todo redunde en bien del hijo.

Debe tener el hijo muy mala voluntad para que el padre llegue a olvidarse de su misericordia y recurra solamente a la justicia.

Dios, como padre que es, sabrá también sin duda ninguna juntar de tal manera la justicia con la misericordia, que en último término redunde todo en bien de sus hijos.

Acaso pensamos que es más perfecto el amor que tiene un padre de la tierra a su hijo que el que Dios tiene a las almas que Él mismo ha creado y cuya salvación desea sinceramente.

* * *

Por lo tanto, lo más natural es que Dios deje correr de tal manera su misericordia que no contradiga a su propia justicia.

Esto significa que preferentemente nos aplica la regla de su misericordia.

Creemos que así como los padres de la tierra solamente en casos extremos en que el hijo muestre una refinada malicia, aplican ellos estrictamente la justicia, de la misma manera Dios, solamente en los casos de una verdadera mala voluntad que proviene no tanto de la debilidad humana cuanto de la malicia y de la soberbia, en estos casos, decimos, es cuando deja tal vez correr simplemente el curso de su justicia.

Y aun en su misteriosa providencia aplica frecuentemente también su misericordia.

Recordemos el caso de San Pablo, obstinado en su persecución contra los cristianos.

Si, pues, aun cuando el hombre está obstinado en su malicia y cegado por la soberbia, Dios suele aplicarle la norma de su misericordia más bien que la de la justicia, ¿qué sucederá cuando se trata simplemente de esa natural debilidad que el hombre padece más bien que quiere?

Es cierto que un solo pecado mortal merece el infierno, y que si un hombre muere con un solo pecado mortal se condena.

Es cierto, también, que en realidad se podría decir que Dios es incomprensible para nosotros, que no podemos penetrar ni el misterio de su justicia ni el misterio de su misericordia.

Pero por muy incomprensible que nos resulte para una plena penetración de la justicia y de la misericordia divina, es lo cierto que no se nos deben presentar como algo monstruoso y absurdo, y creemos que tal resultaría si aun cuando el pecador por simple debilidad cae, Dios aplicase inexorablemente la justicia sin relación a su misericordia.

No concebimos este modo de proceder en un corazón humano y lo criticaríamos, y con razón, de dureza de corazón.

Un padre que trata a su hijo en las faltas que comete por la estricta justicia, es un padre que no tiene el sentimiento de la paternidad.

¿Cómo podemos aplicar Dios esta norma, ni siquiera en un solo caso?

• • •

Se nos dirá que insistimos demasiado en el aspecto de la misericordia y relegamos al olvido prácticamente la justicia de Dios.

Lo que decimos es que Dios sabe aplicar preferentemente, y diríamos, casi siempre, y cuando se trata de debilidad humana más bien que de malicia, siempre, la misericordia más bien que la justicia; o mejor dicho, sabe aplicar la misericordia de tal manera que no sufra detrimento la justicia.

El caso típico y general que nos sirve de modelo es la redención de la humanidad.

Dios, aplicando simplemente su justicia, hubiera echado definitivamente a la humanidad por la ruta de su perdición.

Eso es lo que correspondía, según la sentencia con que había amenazado a los primeros padres: *el día que comiereis de esta fruta moriréis.* Así simple y absolutamente *moriréis.*

Sin embargo, Él halló la manera de salvar a los hombres, aplicándoles simplemente la norma de su misericordia y se arregló para no faltar en un ápice a la justicia.

Nos parece que ésta es la norma que Dios tiene con los hombres también en los casos particulares.

Sólo ante la obstinación y la soberbia malicia, tal vez Dios no halle qué hacer.

¿Será éste el pecado contra el Espíritu Santo de que habla el Evangelio?

Repetimos que no se trata de dejar a un lado la justicia, sino de dar paso de tal manera a la misericordia de Dios para con sus creaturas, del padre para con sus hijos, que la misma justicia quede también satisfecha.

Sobre todo cuando en estos hijos hay una fundamental buena voluntad y un empeño inicial de practicar el bien y evitar el mal.

• • •

¿Exageramos un tanto la misericordia?

Tal vez: pero confesamos sinceramente que preferimos exagerar la misericordia que la justicia.

Y creemos que ante el tribunal de Dios el haber confiàdo en su misericordia será para nosotros una garantía, con preferencia a haber estado mirando a la justicia divina.

Seguramente que nadie se condena por confiar demasiado.

¿Cómo le va a decir Dios a uno: confiaste mucho en mí y te voy a condenar, y precisamente por eso?

Esto no es posible.

El hecho mismo de que uno tenga con Dios y ante Dios una especial confianza, parece como que lo está atando a Dios para salvarlo, dándole los medios que necesite para ello.

Una cosa es confiar y otra es abusar de la confianza.

Se abusa de la confianza en Dios cuando la bondad con que Dios nos trata o nos puede tratar es un motivo para obrar con mayor descuido.

Esto sería ya abuso de confianza.

La presunción consiste en querer o bien salvarnos por nuestros medios o bien en querer que Dios nos salve sin que por nuestra parte cooperemos a sus gracias.

Pero esperar es una cosa muy diferente.

Es saber que Dios ayudará nuestra debilidad, y es saber que, si es necesario, Dios mismo nos dará aquella buena voluntad que necesitamos para cooperar con sus gracias.

Esto nos da tal confianza que nos sentimos con fuerzas para levantarnos después de la caída, y para seguir adelante luego que nos hemos levantado.

En fin: no creemos que se condene ni que deje de adelantar en la virtud, aquel que sinceramente espera en Dios a pesar de sus miserias.

Podemos decir seguramente que el que espera se salva y el que espera santificarse se santificará.

Y podemos decir también que el que espera esperar, esperará hasta el fin.

* * *

Y de esta característica de la esperanza, que debe mantener abierto el corazón del cristiano hacia su propia salvación y hacia la santidad, brota la relación valiosísima de la esperanza respecto de las otras dos virtudes teologales.

Efectivamente, es necesario amar a Dios y creer en El.

El amor de Dios es la vida del alma y la reina de las virtudes.

Pero ¿quién *nos asegura* en el amor de Dios?

¿Quién *nos asegura* en la perseverancia de nuestra fe?

¿Quién *nos asegura* nuestra perseverancia final en la fe y en la caridad?

¡La esperanza!

La función de la esperanza en esta vida, es como un seguro que sujeta a nuestra alma indefectiblemente las otras dos virtudes teologales.

Precisamente la esperanza es una garantía de que Dios nos dará la perseverancia; es una garantía de que en el grado en que esperemos tenemos seguro nuestro amor a Dios y nuestra fe en Dios.

¿Qué más podemos decir de la esperanza? Creemos que esto es lo más que se nos puede pedir de una virtud: la garantía de nuestra salvación y de nuestra santificación.

El amor es lo principal, ciertamente; pero ¿qué sacamos si no estamos seguros de él?

El seguro del amor es la esperanza. Esperemos y amaremos hasta el fin.

A veces ciertamente es difícil esperar. Pero precisamente por eso es a Dios tan grata la esperanza; ésta llega a aferrarse de tal manera a la bondad de Dios, llega de tal manera a creer en su misericordia, que a ojos cerrados se deja en sus manos y cree o espera contra toda esperanza.

* * *

Corre por ahí una jaculatoria, que la piedad cristiana ha ido repitiendo extraordinariamente en estos últimos tiempos: "*Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío*".

Es una hermosa expresión muy perfecta, de la esperanza cristiana, que invoca el amor del Dios Hombre, simbolizado en su corazón.

Con frecuencia hemos oído ponderar las excelencias de esta jaculatoria verdaderamente eficaz.

Pero su eficacia estriba precisamente en el acento que carga sobre la misericordia más bien que sobre la justicia.

Parece que ata a Dios irresistiblemente, queriéndolo Él así.

¿Qué otro valor y qué otra fuerza excepcional puede tener esta jaculatoria, unánimemente admitida por todos como de verdadero valor teológico, sino que, a pesar de todas las faltas y a pesar de

todas las infidelidades, uno espera del Corazón de Jesús que le dará los medios para su propia salvación y santificación, y de tal manera se los dará, que sean eficaces?

En realidad el espíritu de cuanto acabamos de decir no es otro que el espíritu de esta jaculatoria, lógicamente aplicado a nuestra santificación y a nuestra salvación.

Y que uno llegue a esperar decididamente hasta el fin de la vida, y que uno pueda esperar, esperar hasta el fin, no es cosa que deba escandalizarnos.

Precisamente eso es lo principal en que debemos esperar.

Precisamente ése es el objetivo principal y el objetivo de la virtud de la esperanza, ya que ésa es la condición para alcanzar la vida eterna, la posesión de Dios, objeto supremo de nuestra esperanza.

• • •

Al final de nuestra obra trascribimos el *Acto de Confianza* del B. Claudio de la Colombière, el cual puede parecer exagerado a aquellos a quienes también parezca exagerado algo de lo que antes hemos dicho y de lo que decimos en nuestra obra.

Pero es la oración de un santo y es el mayor consuelo del corazón cristiano: nuestra esperanza.

Esperemos y esperemos esperar hasta el fin.

Yo tengo una confianza de tal suerte, que sin ningún temor, oh Dios mío, espero repetir hasta la muerte: ¡Corazón de Jesús en Vos confío!

En esto descansaré en paz.

¡Porque tú, oh Dios mío, has puesto en mi corazón una singular esperanza!

PARTE PRIMERA

ESPERAR ES NUESTRA MISIÓN

ESPERAR

¡Esperar...!!!

He aquí la misión del cristiano en este mundo.

Saber cumplirla es salvarse.

Saber cumplirla hasta la perfección es salvarse habiendo llegado a una elevada santidad.

¡Oh, si supiéramos esperar!

Si supiéramos esperar, tendríamos valor para evitar el pecado.

Si supiéramos esperar, tendríamos fuerza inagotable para luchar contra las tentaciones.

Si supiéramos esperar, tendríamos constancia en mortificar nuestras malas inclinaciones.

Si supiéramos esperar, tendríamos paciencia en las pruebas más amargas de la vida.

Si supiéramos esperar, tendríamos la fortaleza de los mártires frente a los tormentos y la muerte.

Si supiéramos esperar, tendríamos ese valor misterioso de los santos con que vencen los obstáculos de que está lleno el camino de la santidad.

ESPERAR CADA DIA

¡Oh si supiéramos *esperar...!*

¡Qué distinta sería, tal vez, nuestra vida espiritual!

Luz y alegría.

Fuerza y valor.

Impulso y sostén.

Tendencia continua y *eficaz* hacia Dios.

¡Son tan frecuentes los retrocesos y caídas por falta de esperanza!

¡Con qué ánimo comenzamos después de nuestra conversión, en nuestro noviciado, en tal empresa de nuestra santificación, de la gloria de Dios!

Un impulso invisible, un viento de optimismo, nos llevaba hacia adelante.

Vinieron las primeras dificultades.

Tal vez los primeros fracasos y caídas.

Aquella meta elevada nos pareció más lejana, más difícil de alcanzar.

Nuestro ánimo decayó.

Nuestra esperanza de llegar era menos firme.

Nuevas caídas, nuevos golpes a nuestra esperanza.

Y tal vez llegó un día en que ésta era ya una sombra, sin fuerza, sin calor.

Es entonces cuando se dejan caer los brazos.

O cuando se lucha sin fuerza y sin valor.

Ya no se adelanta, o sólo se adelanta muy remisamente.

Al impulso de la esperanza ha sucedido la rémora de la desesperación.

Nos parece imposible aquel nuestro primer *sueño*:

¿Para qué trabajar inútilmente?

Siempre estaremos en lo mismo.

Cuando el alma llega a este estado, es imposible su progreso espiritual.

He aquí algo de lo que es la virtud de la esperanza.

Y todo eso ¡nos es tan necesario en la vida!

Debemos ejercitar la virtud de la esperanza cada día y muchas veces al día.

Cada acto de virtud lleva implícitamente un acto de esperanza.

Cuando oramos, esperamos.

Cuando sufrimos con paciencia, esperamos.

Cuando obedecemos, esperamos.

Cuando cumplimos las obligaciones de nuestro estado, esperamos.

Y aun cuando amamos, esperamos.

¿Acaso podríamos orar, sufrir, obedecer o ejercitar alguna virtud, sin esperanza alguna?

¿Acaso el mismo amor a Dios no sería del todo ineficaz si no tuviéramos la esperanza de poder unirnos a Él?

El amor y la esperanza están fuertemente abrazados.

Esperamos, dice Sto. Tomás, en aquel a quien amamos, y amamos a aquel en quien esperamos (cfr. *Sum. Teol.*, 2ª, 2ae., c. 17, a. 8).

LA FALTA DE ESPERANZA

¡Cuántas veces se entibia nuestro amor porque se va perdiendo el influjo de nuestra esperanza!

¡Y cuántas veces en nuestra vida espiritual retrocedemos o caemos verticalmente porque hemos perdido la esperanza de adelantar un poco más!

Y si se trata de un pecador, que con ese ánimo se deja caer en su vida de pecado, está muy en peligro su eterna salvación.

Si se pierde la esperanza, se pierde la fuerza para adelantar o para levantarse.

Un deseo eficaz es un deseo que echa mano de los medios necesarios para ser satisfecho.

El alma sin esperanza no tiene voluntad para echar mano de los medios necesarios para adelantar, para salvarse.

¿Hay estado más peligroso?

Como muy bien observa el Doctor Angélico, la desesperación no solamente es pecado, sino fuente de pecados (*Sum. Teol.*, 2ª, 2ae., c. 20, a. 1).

Más aún, añade el Santo, recogiendo la doctrina de los Doctores y Teólogos, *la desesperación es el más peligroso de los pecados* (ibíd., a. 3).

Es ésta una frase tremenda.

Un pensamiento, sobre el que trataremos en su lugar debido.

Pero hemos querido adelantarlo, para que a todos nos estimule a aferrarnos firmemente a la virtud de la esperanza.

Estemos seguros.

Asidos a esa tabla no naufragaremos.

El pecador se convertirá y se salvará.

El justo adelantará siempre por el camino de la santidad.

Esperemos en Dios.

Y estaremos seguros.

¡Esperar!

ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO

¿No es claro ya que nuestra misión en este mundo es *esperar*?

Este mundo está entre el cielo y el infierno.

Y también lo está la esperanza.

El cielo es el fin a donde tiende la esperanza.

El infierno es el abismo de donde huye la esperanza.

El cielo es la corona de la esperanza.

El infierno es la negación absoluta de la esperanza.

En el cielo ya no se espera ni se puede esperar, porque se posee para siempre el bien esperado.

En el infierno ya no se espera, ni se puede esperar, porque se perdió para siempre el objeto de la esperanza.

Entre el cielo y el infierno está el mundo, como el único lugar donde florece la esperanza.

EL CIELO EN FLOR

Y solamente en el mundo puede florecer esta virtud consoladora.

El cielo es el fruto de esta flor.

Por eso podemos muy bien afirmar que la esperanza del cristiano en este mundo es el cielo en flor.

Si en el infierno pudiera haber esperanza dejaría de ser infierno.

EL INFIERNO

Santa Teresa de Jesús dijo del infierno aquella frase tremenda: "el infierno es el lugar donde no se ama".

¡Qué horrible es vivir sin amor y sin el amor de los amores, Dios!

Pero eso aún no es todo.

El infierno es algo más.

Para que esa frase adquiera su pleno sentido hay que entenderla así: "donde no se ama ni se puede amar".

No poder amar en toda la eternidad.

No tener ya esperanza de amar por toda la eternidad: he aquí la característica espantosa del infierno.

Si en el infierno quedara la esperanza de poder amar algún día, brillaría en él un rayo de luz celestial, que mitigaría todo el dolor de los condenados. Por eso la frase más tremenda es la que el Dante vio en las puertas del infierno:

"Oh vosotros, los que entráis: dejad toda esperanza".

Dejar toda esperanza es lo más apartada de Dios que puede vivir un alma.

Desesperar de esperar.

Desesperar de obtener el bien, más esperable y deseable, eso es el infierno.

En cambio, en este mundo el cristiano espera, o puede esperar.

NUESTRO ÚLTIMO FIN

Y podemos decir más: que el cristiano en este mundo cuanto más y mejor espera más y mejor se dirige hacia su fin supremo, que es Dios.

Esperar es mirar hacia Dios.

Desesperar es volver las espaldas a Dios, y mirar hacia el infierno.

Y nuestra misión en este mundo es mirar hacia Dios, tender hacia Dios, para poderlo poseer en el cielo.

Nuestra misión en este mundo es, pues, esperar.

Esperar de Dios nuestra salvación.

Esperar de Dios los medios para nuestra salvación y nuestra santificación.

Y obrar de acuerdo con nuestra esperanza.

NUESTRA MISIÓN ES LUCHAR

También nuestra misión en este mundo es "esperar", porque aquí nuestra misión es "luchar".

"La vida del hombre sobre la tierra es una lucha", dice la Sagrada Escritura.

Lucha contra el demonio y el mundo y la carne.

Luchar desde que tenemos uso de razón.

Luchar contra los malos que nos quieren perder a nosotros y a nuestros prójimos.

Luchar contra los elementos de la naturaleza, y contra las adversidades que cada día caen sobre nosotros.

Luchar contra la ignorancia, o la ineptitud o la mala fe de muchos.

Luchar, en fin, tal vez la peor lucha, contra nosotros mismos, o, mejor, contra los enemigos de nuestra alma, que llevamos en nosotros mismos: nuestras debilidades; nuestras malas inclinaciones; nuestros nervios; nuestras enfermedades, etc.

"La vida del hombre sobre la tierra es una lucha", que sólo termina con la muerte.

Y aun para morir hay que luchar: "agonía" significa "lucha".

Somos, pues, en este mundo, combatientes, y en una lucha sin tregua contra poderosos enemigos exteriores e interiores.

Dios está a nuestro lado, es verdad.

Él nos da las armas para la pelea.

Pero las armas solas no nos bastan.

EL ARMA DE LOS INVENCIBLES

Por eso Dios nos ofrece otro don precioso, imprescindible para todo soldado: "La esperanza del triunfo".

Sin ella no moveríamos la mano para empuñar la espada.

Sin la esperanza del triunfo, la lucha es ridícula, sin sentido, estéril.

El soldado que no tiene esperanza de alcanzar la victoria, va seguro a la derrota: no sabrá luchar.

La moral es un factor decisivo para un ejército.

¿Y cuál es el primer fundamento de la moral de un ejército, sino la convicción de que puede vencer al enemigo, y el anhelo de vencerlo?

Esto no es otra cosa que la esperanza.

Si, pues, la vida del cristiano es lucha, la vida del cristiano debe ser también esperanza.

Esperanza en todo momento.

Esperanza aun en medio de las derrotas parciales.

Esperanza aun en medio de las mayores angustias y oscuridades espirituales.

Esperanza, a veces, heroica.

¡Cuánto nos cuesta a veces sobreponernos al desaliento y a la esperanza!

¡Cuánto nos cuesta a veces esperar!

¡Cuán difícil nos resulta a veces decir frente a una tentación: "aún puedo vencer"!

¡Cuán penoso es para muchas almas levantarse después de tantas caídas y fracasos, persuadirse de que pueden levantarse, en una palabra, "esperar"!

Y sin embargo es absolutamente necesario esperar, si hace falta, hasta el heroísmo.

Y no sólo debemos esperar nuestra salvación.
También nuestra santificación y nuestra mayor santificación.

ESPERAR NUESTRA SANTIFICACIÓN

Las almas espirituales también han de luchar cada día si quieren sostenerse y adelantar.

Y mi lucha es ineficaz sin la virtud de la esperanza.

¿Qué sucede a muchas almas perfectas, que un día dejan de trabajar, se cansan, se desalientan, y caen en una vida espiritual mediocre y tibia?

Han perdido la esperanza de adelantar, de vencer en esas pequeñas luchas diarias:

"¡Eso ya no es para mí!".

"¿Qué le voy a hacer?".

"¡Tantas veces he probado!".

Y dejan de "luchar".

Les falta esperanza.

Y no debe ser así.

La virtud de la esperanza comprende también el esperar de Dios, no sólo nuestra salvación y santificación como quiera, sino nuestra mayor santificación.

Debemos, pues, en todo momento, esperar que Dios nos ayudará a adelantar en la vida espiritual.

Y, por lo tanto, nunca podemos dejar de "luchar".

ESPERAR SIN IMPACIENCIA

Es cierto que debemos luchar sin atolondramiento, como debemos esperar sin impaciencia.

Es cierto que debemos ser realistas y prudentes, guiados por el consejo de nuestro director espiritual, y no pretender santificarnos de golpe.

Es cierto, en fin, que debemos dejar a Dios el resultado de nuestra lucha.

Pero también es cierto que por nuestros fracasos no debemos abandonar el campo de la lucha.

Y que nuestra mirada ha de estar siempre fija en la meta.

Con un esfuerzo razonable pero continuo para que en el momento en que Dios quiera lleguemos a la victoria.

Así es el alma que espera.

Conserva siempre un optimismo realista.

No deja de trabajar por desaliento.

Recibe las lecciones de su fracaso, para orientarse mejor.

Pero siempre espera y trabaja.

Trabaja porque espera.

He aquí la misión del cristiano en este mundo:

Luchar para salvarse.

Luchar para ser perfecto.

Esperar para salvarse.

Esperar para ser perfecto.

Saber esperar es uno de los mayores secretos de la vida espiritual.

ESPERAR SIN PRESUNCION

Pero ¿acaso no estamos continuamente practicando la virtud de la esperanza? Sí, pero si la tuviésemos más arraigada, no nos desalentaríamos en ciertos momentos, no caeríamos tantas veces, tendríamos más valor, más optimismo, más constancia.

Tenderíamos hacia Dios con esa seguridad del niño, que aunque débil, corre hacia su madre en cuya ayuda confía ciegamente.

Y correríamos por el camino de la perfección con el alma siempre iluminada por un rayo de optimismo y alegría celestial.

En otras almas el peligro es inverso. Creen "esperar", cuando en realidad obran con temeridad y presunción.

Es peligro, según creemos, menos frecuente.

Pero conviene tenerlo ante la vista.

La esperanza, como todas las virtudes, debe ser regulada por la prudencia.

El imprudente y el temerario no tienen derecho a esperar la ayuda de Dios.

Sepamos, pues, esperar.

Evitemos los dos extremos de la desesperación y la presunción.

Vivamos nuestra esperanza.

Amemos nuestra esperanza.

Ella será, no sólo nuestro consuelo en este mundo, sino una prenda de nuestra salvación y santificación.

Para ayudarnos a ello conozcamos bien: *Lo qué es la esperanza*; sus excelencias.

Así recibiremos el influjo de sus raíces; gozaremos de la belleza de sus flores, y nos rociaremos con la dulzura de sus frutos.

Sus raíces y su savia son las consoladoras verdades de la Providencia, la Bondad, Omnipotencia, Fidelidad y Sabiduría de Dios.

Sus flores son el aliento y el bienestar espiritual 'que facilita la práctica de las virtudes más excelentes.

Sus frutos son nuestra salvación y santificación, y los auxilios necesarios para ello.

PARTE SEGUNDA

LA ESPERANZA DEL CRISTIANO

¿QUÉ ES LA ESPERANZA?

¿Qué es la esperanza?

La esperanza, hablando en general, es *una tendencia de nuestro apetito hacia el bien.*

Pero no hacia un bien cualquiera sino hacia *un bien que todavía no se posee.*

Debe, además, el bien a que tiende la esperanza, ser un bien *difícil de alcanzar.*

Así la define Santo Tomás de Aquino y los teólogos:

La esperanza es un movimiento de la facultad apetitiva, que responde al conocimiento o aprehensión de un bien futuro, arduo, posible de alcanzar (1-2, c. 40, a. 2).

Según los filósofos esta tendencia es la esperanza, pertenece propiamente a la parte sensitiva, y es una de las pasiones del alma.

La esperanza, pues, de suyo no es una virtud, sino una *pasión.*

LA PASIÓN DE LA ESPERANZA

Pasiones con ciertas conmociones que experimentamos en la parte inferior del alma, es decir, en la parte sensitiva, por la aprehensión de algún bien o algún mal.

Ante una desgracia inminente siento que el corazón se me encoge, y que todo mi ser se perturba: es la pasión del *temor.*

Ante un bien que me gusta siento un impulso de lanzarme hacia él para poseerlo: es la pasión de la *concupiscencia.*

Ante un bien que no poseo, pero que deseo alcanzar, y creo poder llegar a alcanzar, aunque con dificultad, siento una conmoción que me anima y me alienta: *es la pasión de la esperanza.*

La pasión es de suyo buena o mala moralmente.

Depende del objeto a que se dirige, y de que sea moderada por la prudencia.

Cuando el objeto es bueno y la pasión está debidamente moderada, la pasión es buena moralmente, es decir, virtuosa.

Finalmente, las pasiones se dividen en dos grandes grupos:

Concupiscibles, que tienen por objeto el bien o el mal, en cuanto es deleitable o doloroso.

Irascibles, que tienen por objeto el bien o el mal, en cuanto es difícil de alcanzar o de evitar.

Las pasiones irascibles, como nota muy bien Santo Tomás, han sido dadas por Dios a los seres sensibles para animarlos a superar las dificultades que puedan impedirles la satisfacción de sus pasiones concupiscibles.

LA ESPERANZA Y OTRAS PASIONES

Reflexionemos ahora sobre la esperanza que acabamos de describir en números anteriores.

Ella difiere de las demás pasiones del alma.

Pero a la vez participa bastante de ellas.

a) *La esperanza y el temor.*

Así, la esperanza tiene por objeto algún bien.

Porque, propiamente hablando, solamente se espera el bien.

Y por esto difiere la esperanza del temor, que versa sobre lo malo.

El *bien* futuro lo *esperamos.*

El *mal* futuro lo *tememos.*

b) *La esperanza y el gozo.*

La esperanza difiere también del gozo.

Éste versa sobre un bien *presente*, aquélla sobre un bien *futuro.*

Esperamos el bien *futuro.*

Nos gozamos del bien *presente.*

c) *La esperanza y la concupiscencia.*

En tercer lugar, la esperanza difiere de la simple *concupiscencia.*

Ésta se dirige hacia un bien futuro en general, tanto si es fácil como si es difícil.

En cambio, la esperanza tiene por objeto el bien futuro que sea *arduo y difícilmente, o con alguna dificultad, asequible.*

Nadie dice que espera aquello que inmediatamente y con facilidad puede conseguir.

Deseamos o apetecemos en general el bien futuro.

Deseamos con un deseo que ya es propiamente la esperanza del bien futuro que debemos alcanzar con alguna dificultad.

d) *La esperanza y la desesperación.*

En cuarto lugar la esperanza debe tener por objeto un bien posible, pues nadie espera aquello que es imposible alcanzar.

Por esta particularidad difiere la esperanza de la desesperación.

La desesperación versa sobre un bien futuro y difícil, pero que es imposible de alcanzar.

La esperanza versa también sobre un bien futuro y difícil, pero que no es imposible de obtener.

LA ESPERANZA Y OTRAS VIRTUDES

Para comprender la excelencia de la esperanza no tenemos más que reflexionar sobre las virtudes que incluye.

Porque el acto de esperanza incluye a la vez *el amor, el deseo, el valor, la magnanimidad* y, finalmente, *la confianza.*

Y conste que nos referimos a la esencia misma de la esperanza.

Pues si consideramos el cortejo de las virtudes que necesariamente deben *precederla* y *seguirla,* nuestra admiración y estima será mucho mayor.

Consideremos ahora solamente las primeras.

Son la esencia misma de la esperanza.

LA ESPERANZA Y EL AMOR

En primer lugar, la esperanza es *amor.*

Y ya hemos dicho que la esperanza es también una tendencia hacia el bien.

Sólo que el amor puede ser tendencia hacia un bien presente o futuro.

En cambio, la esperanza es por su misma esencia amor de un bien futuro.

El amor puede ser desinteresado o interesado, esto es, la amistad o de concupiscencia.

En cambio la esperanza, según los filósofos y teólogos, es amor interesado o de concupiscencia, pues tiende a la posesión del bien amado, considerándolo bien del que ama.

Más adelante volveremos sobre la naturaleza del amor que incluye la esperanza.

Tal vez, no sea siempre y exclusivamente de concupiscencia.

Pero sigamos.

LA ESPERANZA Y EL DESEO

En segundo lugar la esperanza incluye la pasión, que puede ser virtud, el *deseo.*

Hemos dicho que deseo versa sobre un bien futuro.

La esperanza, pues, en cuanto se dirige hacia el bien futuro, es un acto de *deseo.*

LA ESPERANZA Y LA MAGNANIMIDAD

También, y es el tercer acto incluído en la esperanza, ésta es *valor* y *magnanimidad.*

Estas virtudes surgen ante las empresas difíciles.

Es necesario un acto de valor, aliento y fortaleza de ánimo para acometer las dificultades.

Y la esperanza debe incluír todo eso, porque su objeto es asequible, pero con dificultad.

LA ESPERANZA Y LA CONFIANZA

Finalmente, la cuarta virtud que incluye la esperanza es la *confianza.*

Esta consoladora virtud va tan unida a la esperanza que muchas veces solemos confundirla con ella.

Confiamos conseguir un bien, que está a nuestro alcance, que es posible.

Y la posibilidad del bien que se desea es indispensable para poder esperarlo.

Estos cuatro actos de las virtudes nos revelan el valor y la riqueza de la virtud de la esperanza.

El acto de esperanza es amor en cuanto tiende hacia un bien.

Es deseo en cuanto tiende a un bien ausente.

Es valor y magnanimidad en cuanto aspira a un bien difícil y arduo.

Es confianza en cuanto tiene conciencia en que ese bien es posible (B. Beraza, *De virtutibus infusis*, nº 940).

LA UNIDAD DE LAS VIRTUDES

Pero no debemos pensar que todas estas cualidades o virtudes incluídas en la esperanza sean actos entre sí diferentes.

Todas ellas se hallan incluídas en un acto único, que es el acto de la esperanza.

Efectivamente, amar y desear el bien ausente es una misma cosa. Y el mismo acto de desear y de amar se hacen más eficaces y más fuertes ante todas las dificultades que se le presentan.

Y por fin la confianza no es otra cosa que un deseo más eficaz de obtener el bien que esperamos.

UN EJEMPLO

Un ejemplo nos ayudará a sentir mejor lo que es la esperanza.

El soldado en la lucha tiene esperanza de la victoria.

¿En qué consiste su esperanza?

Lo primero, en que considera la victoria como un bien, y por eso *la ama.*

El amor es el primer elemento de la esperanza.

Pero todavía durante la lucha no ha conseguido la victoria.

Por eso la ama, no como quien la posee, sino como quien *la desea poseer.*

El deseo es el segundo elemento de la esperanza.

Lo que no se desea, no se espera: se mira con indiferencia.

En tercer lugar, para obtener la victoria hay que vencer a los enemigos:

Un gran obstáculo que superar.

Pero el soldado desea de veras la victoria y *se decide a hacer un esfuerzo* para superar ese grave obstáculo.

He aquí *el valor*, el ánimo decidido, la valentía.

Es el tercer elemento de la esperanza.

Finalmente ve el soldado que *puede* vencer al enemigo, que *puede* obtener la victoria.

Esta convicción engendra en él *la confianza.*

Aunque estuviera dispuesto a los mayores sacrificios y actos de valor por la victoria que ama, no se lanzaría a la lucha si viera que iban a ser inútiles: no *esperaría* la victoria, porque no tendría *confianza.*

La confianza es el cuarto elemento de la victoria.

Pero todas estas cualidades se pintan en esa sola actitud de soldado, que exclama:

"¡*Espero* alcanzar la victoria!".

FILOSOFÍA DE LA ESPERANZA

He aquí en síntesis lo que los filósofos nos enseñan acerca de la esperanza.

Sólo esto puede estimularnos a arraigar en nuestra alma esta virtud que tantos bienes trae consigo.

Sin la esperanza, sería imposible la vida humana en forma racional y ordenada.

Sin la esperanza no se realizaría ninguna acción heroica y ninguna virtud difícil.

Sin la esperanza no habría triunfos en la lucha, sino derrotas, inercia y muerte.

Los hombres serían seres abúlicos, incapaces de toda acción y progreso.

Tales son las excelencias que naturalmente incluye todo acto de esperanza.

Tales son las ventajas que continuamente nos proporciona la virtud de la esperanza.

Aun desde el punto de vista puramente humano y natural deberíamos procurar que nuestra vida estuviese iluminada y animada siempre por la virtud de la esperanza.

Deberíamos ser baluartes de esperanza.

TEOLOGÍA DE LA ESPERANZA

Las excelencias de la esperanza en el orden natural son muy alentadoras.

Sin embargo, todavía nos queda por decir lo mejor.

La incomparable excelencia de "nuestra esperanza".

La incomparable excelencia de la "esperanza cristiana": *la esperanza sobrenatural.*

Entramos ahora en la *teología* de la esperanza.

Es aquí donde nos esperan las mejores lecciones, los mejores consuelos.

La esperanza de que hemos hablado hasta ahora, brota espontánea, natural y aun necesariamente en el hombre.

Como Dios le ha dado a éste la tendencia natural a amar, le ha dado también la tendencia natural a esperar.

Pero el hombre ha sido elevado por Dios a un orden sobrenatural.

Es decir, en vez de estar destinado a su *fin natural,* que es un conocimiento y amor de Dios, asequible al hombre por sus fuerzas naturales, Dios ha querido destinarlo a un fin mucho más excelente, superior a sus fuerzas naturales, que sólo puede obtener por un auxilio divino sobrenatural.

Ese fin, como sabemos, es la visión beatífica.

Y el auxilio sobrenatural es la gracia santificante.

LA NATURALEZA Y LA GRACIA

Ahora bien, la gracia santificante, al entrar en el alma, no destruye su naturaleza.

A esa naturaleza la eleva y la perfecciona.

La naturaleza ¿está hecha para conocer?

Pues la gracia le conservará esta facultad y se la perfeccionará y elevará a un conocimiento sobrenatural.

La naturaleza ¿está hecha para amar?

Pues la gracia le conservará esta facultad, y se la perfeccionará y elevará hasta un amor tan sublime, que nada tiene que ver el natural comparado con él.

La naturaleza ¿está hecha para esperar?

Pues la naturaleza le confirmará esta cualidad y le dará un objeto más sublime de su esperanza y unos auxilios sobrehumanos para esperarlo.

LA ESPERANZA PAGANA

En los artículos anteriores hemos contemplado la virtud *natural* de la *esperanza*. Es la esperanza puramente humana, común a paganos y cristianos.

Es la esperanza que se apoya en motivos naturales, aunque honestos.

El pagano que trabaja por enriquecerse honestamente lo hace bajo el influjo de la esperanza puramente natural.

El pagano que se esfuerza por adquirir una buena amistad, lo hace porque espera conseguirla y porque espera aumentar con ella su felicidad.

El pagano que lucha para defender a su patria contra un agresor, lo hace porque espera triunfar o llenar de gloria su bandera.

Todo ello es bueno, y a veces heroico, pero no sale del plano puramente humano y natural.

LA ESPERANZA CRISTIANA

La esperanza del cristiano, *nuestra esperanza*, es infinitamente más hermosa, más eficaz y más consoladora.

Lo que va del cielo a la tierra, eso va de la esperanza humana a la esperanza cristiana.

Si un pagano cree en Dios y en la inmortalidad del alma, está todavía rodeado por tinieblas, dudas y angustias sobre la vida futura y la suerte que le cabrá.

¿Cuál puede ser la esperanza de este pagano?

Si alguna esperanza tiene, ¿qué certeza puede darle?

Si el pagano no cree en Dios, está limitado a la esperanza en los bienes de este mundo, inestables, falsos, y que algún día tendrán que ser abandonados.

El cristiano, en cambio, tiene una seguridad absoluta acerca del objeto y de los fundamentos de su esperanza, porque ésta se funda en la fe.

Y el objeto de nuestra esperanza es la felicidad más perfecta, más noble, más excelsa que se pueda imaginar.

Su objeto es Dios mismo, poseído de una manera tan íntima, que supera la capacidad natural de todos los seres creados, según confiesa la mayoría de los teólogos.

Y el motivo en que se funda nuestra esperanza es también el más sólido y seguro, como que es la promesa de Dios, la palabra de Dios, su ayuda omnipotente y sus deseos de ayudarnos, tan eficaces que lo han llevado a hacerse hombre y a vivir pobremente entre los hombres y morir en una cruz para salvarnos.

¡Cómo se iluminan los ojos del cristiano, ante el porvenir grandioso de su eterna felicidad en Dios!

¡Cómo se ensancha su corazón y cobra ánimos y valor, ante los medios tan eficaces y tan divinos que Dios ha puesto a su alcance, para llegar hasta esa eterna felicidad!

¿Qué tiene que ver la esperanza de un pagano comparada con la nuestra?

CONTRASTES

Aquí sí que podemos repetir aquella contraposición, predilecta de los santos y de los escritores ascéticos, entre los bienes de este mundo y los tesoros eternos y divinos que espera el cristiano.

¡Qué despreciable resulta la tierra cuando miramos al cielo!

¡Qué despreciable resulta la esperanza de la tierra, cuando pensamos en la esperanza del cielo!

Esta contraposición es un reflejo de la diferencia que hay entre la esperanza de los hombres del mundo y de los hombres de Cristo.

Entre la esperanza del pagano y la del cristiano.

Tinieblas y luz.

Muerte y vida.

Desdicha y felicidad.

Inquietud y paz.

Tiempo y eternidad.

Tierra y cielo.

Humano y divino.

He aquí las contraposiciones que nos reflejan la que existe entre la esperanza del pagano y la del cristiano.

LA ESPERANZA, VIRTUD

Recordemos lo que es la esperanza, según nos la definen los teólogos:

"Es la tendencia de nuestra facultad apetitiva como resultado de nuestro conocimiento de un bien futuro, arduo, posible de adquirir" (*Sum. Theol.*, 1ª, 2ª, q. 40, a. 1).

Viene a ser, pues, la esperanza una fuerza de atracción, un impulso interior del alma hacia un bien que todavía no posee y que, aunque es difícil de conseguir, puede llegar a poseer.

Es el amor, pero hacia un bien ausente.

Es la confianza, porque cree llegar a poseerlo.

Es la fortaleza, porque aspira a algo difícil.

Pero hemos dicho ya antes que la esperanza del cristiano es una virtud sobrenatural.

VIRTUD SOBRENATURAL INFUSA

Toda la diferencia que va del orden de la naturaleza al de la gracia, va de la esperanza natural a la esperanza sobrenatural del cristianismo.

Ésta es inconmensurablemente superior a la esperanza natural.

Como virtud sobrenatural la esperanza forma parte del cortejo de virtudes infusas que entran en el alma junto con la gracia santificante.

La virtud sobrenatural infusa es un don de Dios al alma, es una cualidad, un ornato propio de los hijos de Dios.

En primer lugar se nos da como un hábito, es decir, como una cualidad habitual, un ornato permanente, que no sólo hermosea nuestra alma sino que le da aptitud para ejercitar los actos sobrenaturales propios de la virtud correspondiente.

Sin el hábito sobrenatural de la virtud de la esperanza, nuestros actos de esperanza no tendrían valor sobrenatural.

LA VIRTUD COMO HÁBITO Y COMO ACTO

Pero los hábitos de las virtudes sobrenaturales no son como los de las virtudes naturales.

En el orden natural la virtud, v.gr., de la esperanza, *es la facultad* de practicar actos de esperanza.

Cuando en el mismo orden natural se adquiere el *hábito* de la virtud, entonces se tiene *facilidad, expedición*, para practicar los actos de dicha virtud.

En el orden natural *la virtud* significa *capacidad* para practicar los actos correspondientes; y el *hábito* da la *facilidad* para ello.

En el orden sobrenatural la virtud como *hábito* se une, se superpone por decirlo así, a nuestra virtud o potencia natural, v.gr., de la esperanza, y le da la *capacidad*, la *posibilidad* (pero sin *la facilidad*) de practicar los actos.

Para obtener la *facilidad* de practicar estos actos hay que adquirirla por la repetición de ellos, como para adquirir el hábito o facilidad de practicar los actos de las virtudes naturales, o de cualquier otra actividad o arte mundano.

Resulta así que la virtud de la esperanza, como las demás virtudes, pueden ser consideradas como *hábito*, es decir, una cualidad permanente o como simple *acto*, es decir, una actividad, una acción, que siempre tiene carácter transitorio.

Como hábito la virtud sobrenatural de la esperanza viene a informar nuestra potencia o capacidad natural de esperar, y le da la capacidad de practicar el acto sobrenatural de la esperanza.

Como *acto*, la virtud sobrenatural de la esperanza es una actividad superior a nuestras fuerzas naturales, pero que podemos ejercer mediante el hábito sobrenatural de la esperanza, que Dios infunde siempre en el alma junto con la gracia santificante.

Lo mismo sucede con las otras virtudes sobrenaturales con que Dios adorna nuestra alma.

Admiremos esta maravillosa coordinación que Dios ha establecido entre el orden natural y el sobrenatural.

No dejamos de ser lo que somos, al ser elevados al orden sobrenatural de hijos adoptivos de Dios.

Pero a la vez entramos en plano muy superior al nuestro, y con el que nos unimos tan íntimamente, que venimos a tener como una segunda naturaleza de participación de la divina.

VIRTUD TEOLOGAL

Y entre las virtudes infusas la esperanza pertenece al orden superior.

Es una de las tres virtudes teologales.

Las virtudes teologales nos acercan, nos asemejan, nos unen más íntimamente a Dios que las otras.

Ellas tienen como objeto inmediato a Dios mismo.

Son tres solamente: la fe, la esperanza y la caridad.

Por cada una de ellas nos unimos a Dios de una manera especial.

Y por las tres juntas nos unimos a Dios de la manera más perfecta posible.

Ellas constituyen la esencia de la santidad, y por eso la Iglesia lo primero que examina cuando se trata de canonizar a alguien es si tuvo en grado heroico las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad.

Oigamos cómo nos explica Santo Tomás la función propia de cada una de las virtudes teologales.

Al mismo tiempo nos será fácil apreciar el lugar que entre ellas ocupa nuestra virtud de la esperanza.

LAS TRES VIRTUDES TEOLOGALES

"Las virtudes teológicas ordenan al hombre hacia la felicidad sobrenatural, del mismo modo que por la inclinación natural es el hombre llevado hacia su fin natural.

"Pero esto sucede de dos modos: *primero* por la razón o entendimiento, en cuanto éste contiene los primeros principios universales conocidos por la luz natural de nuestra inteligencia, y *segundo* por la rectitud de la voluntad que tiende naturalmente hacia su fin.

"Ahora bien, en el orden natural no basta esto (es decir, nuestras facultades e inclinaciones naturales), según aquello (I. Cor., 2): *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni puede llegar a pensar el hombre lo que Dios ha preparado a los que le aman.*

"Por eso fue necesario que en ambas cosas se añadiese al hombre algo sobrenatural para ordenarlo al fin sobrenatural.

"Y *primero*, en cuanto al entendimiento se le añaden al hombre ciertos principios sobrenaturales que se conocen por la luz divina: son las cosas que hay que creer, sobre las que versa *la fe.*

"Luego está la voluntad, que se ordena a aquel fin:

"*a*) por medio del movimiento de la intención, que tiende hacia el mismo como hacia aquello que es posible conseguir, lo que pertenece a *la esperanza*;

"*b*) por cierta unión espiritual, por la cual en cierta manera se trasforma en aquel fin, lo que se hace por la *caridad...*" (*Sum. Teológ.*, 1-2, c. 62, a. 3).

De manera que la fe une nuestra inteligencia con Dios; la esperanza y la caridad unen nuestra voluntad: la primera dirigiéndonos hacia Dios y la segunda trasformándonos en El.

Esto mismo indica la gran afinidad que hay entre la esperanza y la caridad.

RELACIÓN ENTRE LA FE Y LA ESPERANZA

Oigamos nuevamente a Santo Tomás, que nos declara en particular las relaciones entre la fe y la esperanza.

"La fe es anterior, absolutamente, a la esperanza, porque el objeto de la esperanza es un bien futuro, arduo pero asequible".

Así, pues, para que uno espere se requiere que se le proponga el objeto de la esperanza como posible.

Pero el objeto de la esperanza es por una parte la bienaventuranza eterna, y por otra el auxilio divino.

Y ambas cosas se nos proponen a nosotros por la fe, por la cual se nos da a conocer que podemos llegar a la vida eterna, y que para ello tenemos a nuestra disposición el auxilio divino.

"Por eso la fe precede a la esperanza" (*Sum. Teológ.*, 2-2, q. 17, a. 7).

Es, pues, natural que la primera de las virtudes teologales sea la fe; pues no podemos esperar ni amar lo que no conocemos.

LA ESPERANZA Y LA CARIDAD

A su vez, la esperanza es anterior a la caridad.

"Debemos considerar un doble orden:

"*Primero* según el proceso de la generación y de la naturaleza, según el cual primero se da lo imperfecto y de ello se pasa a lo perfecto.

"*Segundo* en el orden de perfección y de la forma, según el cual lo perfecto es naturalmente anterior a lo imperfecto.

"Así, pues, según el primer orden, la esperanza es anterior a la caridad, lo cual es evidente por esto:

"Porque la esperanza y todo movimiento del apetito se deriva del amor...

"Ahora bien, hay un cierto amor *perfecto* y otro *imperfecto*:

"Es perfecto el amor con que uno es amado por sí mismo; como, por ejemplo, cuando uno quiere un bien para otro, desinteresadamente, por sólo el bien de éste, como suelen los hombres amar a sus amigos.

"Es imperfecto el amor con que uno ama algo, no por el bien del objeto amado, sino para apropiarse él dicho bien, como ama el hombre una cosa que desea para sí.

"El primer amor pertenece a la caridad, que se une a Dios por sí mismo.

"La esperanza, en cambio, pertenece al segundo amor.

"Porque aquel que espera, pretende obtener algo para sí.

"Por eso en el orden de la generación la esperanza es anterior a la caridad.

"Porque así como uno es inducido a amar a Dios cuando por temor de ser castigado deja de pecar..., así también la esperanza conduce a la caridad, por cuanto al esperar alguno ser remunerado por Dios, se enciende en amor hacia Él y en deseo de cumplir sus preceptos.

"Pero, según el orden de la perfección, la caridad es anterior naturalmente. Y por eso con la caridad, la esperanza misma se hace más perfecta, porque de los amigos es de quienes principalmente esperamos.

"Y por eso dice San Ambrosio que la esperanza procede de la caridad" (ibíd., a. 8).

EL VALOR DE LA ESPERANZA

Tal es el orden que liga entre sí estas dos virtudes.

Primero debe entrar la esperanza, que abre el camino a la caridad.

Y luego con la caridad misma la esperanza se perfecciona, crece y se afirma.

Absolutamente hablando es más perfecta la caridad, porque es amor desinteresado, amor de benevolencia o amistad.

La esperanza, en cambio, es un amor interesado, porque es el deseo de posesión de un bien, que en este caso es Dios.

Pero esto no quita que la esperanza sea muy excelente en sí misma, y agradable a Dios, pues deseándolo lo honramos y le damos gloria.

Más aún, Dios nos ha mandado que esperemos en Él, y por eso es la esperanza una virtud *necesaria* para la salvación eterna.

Si la *fe* es en el tiempo anterior a la esperanza y a la caridad, sin embargo en perfección es inferior a ellas.

La fe es un puro *conocer*.

En cambio, la esperanza y la caridad son *amar*.

Y Dios quiere ante todo que le amemos, y nuestra unión con Dios, que es nuestra suma perfección, se realiza ante todo en la caridad, que es el amor.

De aquí podemos deducir la excelencia de la virtud de la esperanza, pues está en el orden del amor.

Ella nos une a Dios, que es nuestro mayor bien.

Si no lo hace con la unión más perfecta posible, hace, sin embargo, que tendamos hacia Dios, que lo deseemos y que lo amemos de la manera más perfecta después del amor puro de benevolencia, y en fin, hace que amemos a Dios y nos unamos a Él de una manera especial, que es para Dios mismo justa, agradable y honrosa.

LA CONTEMPLACIÓN DEL DOCTOR SERÁFICO

No podemos resistir al deseo de dar a conocer a nuestros lectores la hermosa visión que de las virtudes teologales nos da el Doctor Seráfico, San Buenaventura.

Llevado de su unción y vuelo místico, ve el Santo Teólogo en el alma adornada de las virtudes infusas, en especial de las tres virtudes teologales, un reflejo de la Trinidad de Dios.

Escuchemos, pues, la relación que nos hace de la conexión de las virtudes infusas con la gracia santificante, y luego su visión trinitaria de las virtudes teologales.

"Hay que notar que, siendo una sola la gracia que gratifica o santifica el alma, son, sin embargo, siete las virtudes gratuitas por las cuales se rige la vida humana; tres teologales: la fe, la esperanza y la caridad; y cuatro cardinales: la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia, que en un sentido es virtud común y general y en otro especial y propia.

"Estas siete virtudes, aunque distintas y dotadas de peculiares prerrogativas, guardan entre sí mutua conexión y son iguales en el mismo sujeto; y si bien son gratuitas, como informadas que están por la gracia, pueden no obstante perder esta información y hacerse informes por el pecado, exceptuando sólo la caridad, y pueden vol-

ver a quedar informadas con la penitencia, con la recuperación de la gracia, que es el origen, el fin y la forma de todos los hábitos virtuosos.

"Además, ya que la perfecta rectitud del alma exige que quede rectificada según su doble faz, superior e inferior, y asimismo respecto de las cosas que se ordenan a su fin, es preciso que la faz superior del alma, en la cual está la imagen de la Trinidad eterna, se rectifique por las tres virtudes teologales, a fin de que, así como la imagen de la creación consiste en la trinidad de potencias con unidad de esencia, del mismo modo la imagen de la recreación se manifieste en la trinidad de hábitos con unidad de gracia, hábitos por los cuales el alma es llevada rectamente a la suma Trinidad según las tres apropiaciones que corresponden a las personas; de modo que la fe nos encamina, creyendo y asintiendo, a lo sumamente verdadero, la esperanza nos lleva, apoyándonos y esperando, a lo sumamente arduo; la caridad, deseando y amando, nos dirige a lo sumamente bueno".

EL OBJETO DE LA VIRTUD DE LA ESPERANZA

Hemos contemplado hasta ahora la virtud de la esperanza en sí misma, y hemos podido apreciar su excelencia de una manera general.

Ya hemos podido vislumbrar cuál es el objeto al cual tiende, lo que desea alcanzar la esperanza.

Con frecuencia hemos dicho que es Dios mismo su objeto, que es nuestra eterna bienaventuranza.

Pero debemos puntualizar algo más esta idea.

La virtud teologal de la esperanza tiene como objeto *primario y esencial y directo* a Dios mismo.

Para conseguir su objeto la esperanza tiende a poseer a Dios, a apropiárselo, a unirse a Dios y a unir a Dios consigo misma.

Es, pues, Dios poseído, gozado, y llenándonos de felicidad a raudales, el objeto de nuestra esperanza.

NUESTRA SUMA FELICIDAD

Ella nos lleva a lo sumo a que nos puede llevar.

Ella sacia nuestras máximas aspiraciones de perfección, de grandeza, de felicidad.

¡Dios mío y mi todo!

Cuando la esperanza ha llegado a su objeto, el alma descansa ya plenamente en el goce puro, eterno, inefable, del amor divino.

Tanto más esperado cuanto más amado.

Tanto más amado cuanto más esperado.

He aquí el fruto de la esperanza.

Un eterno y sublime ¡Dios mío y todas mis cosas!

Un éxtasis en el que todo el amor de que es capaz nuestro corazón se habrá concentrado en el objeto más amable, infinita, exhaustivamente amable, nuestro Dios.

Esperemos y lo poseeremos.

LOS MEDIOS PARA LLEGAR HASTA DIOS

Pero no es Dios solamente el objeto de nuestra esperanza.

Porque para llegar a ese objeto debemos recorrer un largo camino.

Camino tan largo que abarca nada menos que la distancia que hay entre yo y Dios.

Casi diríamos entre la nada y el Ser infinito.

Y camino difícil de recorrer.

Nuestro yo tiene una tendencia desordenada, ciega, loca, hacia sí mismo.

Parece mentira, pero lo cierto es que junto a esa fuerza ascensional hacia Dios (que no deja descansar a nuestro corazón, sino en Dios) existe en nosotros otra fuerza egocéntrica, que nos detiene, nos empuja al lado contrario a Dios, nos impide salir del yo para ir a Dios.

¡Y por desgracia esta fuerza loca triunfa tantas veces en nosotros...!

Sin embargo, hay que ir del yo a Dios.

O, mejor dicho, hay que llevar el yo a Dios.

Camino largo y difícil.

Pero si no lo recorremos no podremos gozar del objeto de nuestra esperanza.

Más aún, ni siquiera podremos esperar, porque resulta imposible poseer a Dios sin recorrer ese camino.

No tenemos fuerzas.

Pero ahí está Dios que nos las brinda, que nos prepara los auxilios necesarios para llegarnos hasta Él.

Podemos y debemos esperar de Dios todas las gracias que necesitamos para alcanzar el objeto último y esencial de nuestra esperanza.

De lo contrario, Dios nos engañaría, nos invitaría a lo imposible.

He aquí, pues, otro objeto de nuestra esperanza, esencialmente relacionado con el primero.

Espero la felicidad eterna en la posesión de Dios, y los medios necesarios para ello.

Ahora ya estamos listos para marchar hacia Dios, para recorrer el camino desde el yo a Dios.

Es difícil, pero tengo ayudas que me lo hacen posible y a veces fácil.

Dios es mi auxilio. "Todo lo puedo en Aquel que me conforta".

PARTE TERCERA

LAS ESPINAS Y LA FIRMEZA DE NUESTRA ESPERANZA



LAS ESPINAS DE NUESTRA ESPERANZA

Demos gracias a Dios de que ha abierto ante nuestros pasos ese camino real de la esperanza cristiana, que conduce hasta la vida eterna en Dios.

¡Demos gracias a Dios de que ha iluminado nuestra pobre vida humana con el divino rayo de luz de la esperanza cristiana, nuestra guía, nuestro sostén, nuestra vida y nuestra felicidad, entre las tinieblas y amarguras de este valle de lágrimas!

Pero no olvidemos que esta hermosa flor de la esperanza cristiana es una flor que debemos cultivar en este mundo.

Y como todas las de este mundo tiene también sus espinas.

¡Y qué espinas!

Cuanto es más hermosa, más sublime y más consoladora, tanto mayores son los lloros que a veces nos causan sus espinas.

No lo extrañemos.

Los grandes santos, y proporcionalmente podemos decirlo también todos los cristianos, confesaban que los tormentos de su vida espiritual, sus dudas, sus tentaciones, sus abandonos de Dios, eran los más dolorosos que ellos podían concebir en este mundo.

Así trata Dios a los suyos, y así son las cosas de Dios en este mundo, comenzando por nuestra cabeza, Cristo.

Y así es también la esperanza cristiana.

En medio de su luz hay una sombra, tanto más oscura e inquietante cuanto más esplendoroso es el brillo que la rodea.

Pero ¿en qué consisten esas sombras?

¿Dónde están esas espinas?

¿Cómo puede haber motivo de inquietud en la esperanza cristiana, en esa tan sublime divina esperanza que acabamos de describir?

Veámoslo

ESPERAR EL SUMO BIEN

Toda esperanza es el deseo de un bien difícil, pero que se puede alcanzar. Tratándose de la esperanza del cristiano, el bien que se desea alcanzar es el supremo bien, y eso por toda la eternidad, en forma definitiva.

Pero sólo es posible una tentativa, porque sólo muere el hombre una vez.

Si esa tentativa sale bien, felicidad sin límites, eterna posesión de DIOS. Si sale mal, tormento y desgracia sin límites, sin fin, irremisiblemente.

El bien, pues, que entra en juego en la esperanza del cristiano, es el Sumo Bien, el bien total.

Y si no se le consigue no se queda uno simplemente privado de ese Bien, sino que cae en una desgracia suma y total.

Cuando el resultado de una lucha es un dilema tan tremendo, el corazón humano no puede menos de sobrecogerse de espanto.

NUESTRA POBRE NATURALEZA

Pero a ello se añade que el bien es verdaderamente arduo de conseguir, y la lucha tiene que ser recia y sostenida.

¡Nuestra pobre naturaleza humana!

¿Quién se fía de ella?

¿Qué vamos a esperar de ella?

¿Por qué, si no, el mismo Cristo insiste: "Velad y orad; hay que orar continuamente y no desfallecer, etc."...?

Y San Pedro: "Sed sobrios y vigilad".

Y el realista San Pablo nos dice que llevamos la gracia, con la que esperamos conseguir la gloria eterna, en vasos de barro, que fácilmente se quiebran.

Y que esta vida es una lucha (y toda lucha es riesgo) y que hay que luchar un día y otro día, y hasta el fin, para poder ser coronado.

LA ANGUSTIA DE NUESTRA SALVACIÓN

En verdad, todos estamos convencidos de que conseguir el cielo es cosa ardua, al menos de cuando en cuando nos viene ese pensamiento.

Siempre que pensamos que hemos de arreglarnos con estos cuerpos y estas almas humanas.

¿Y no es esta persuasión un fuerte golpe contra la seguridad de nuestra esperanza?

¿No es una espina que nos punza y una sombra que nos entenebrece y un peligro que nos intimida y una angustia que nos perturba y quita la paz?

En realidad, esta espina y este temor lo llevamos clavados todos los cristianos en lo más hondo del corazón durante toda nuestra vida.

Puede llegar a recubrirse con distracciones terrenas, puede llegar a disminuírse mucho en épocas de consolaciones espirituales.

Pero ahí está siempre, dispuesta a actuar y a dejarse sentir, y si no se la entiende bien, a debilitar y perturbar nuestra esperanza.

EL DIALOGO DE LA POCA ESPERANZA

He aquí un diálogo significativo que más de una vez he debido sostener con personas muy espirituales, muy santas:

—Ruegue para que persevere y muera en gracia de Dios.

—Rogaré, pero usted puede estar perfectamente tranquilo.

Después de tantos años —treinta o cuarenta o cincuenta— de vida religiosa consagrada a la oración, mortificación propia y salvación de las almas, ¿cómo ha de estar intranquilo Su Reverencia acerca de su salvación?

—Sí, pero la perseverancia es una gracia que hay que merecerla hasta el último momento, y a veces vé unos casos tan extraños, cambios tan inesperados de almas santas; caídas tan profundas como repentinas...

—No quiero decir, insisto yo, que uno se haya de descuidar en momento alguno, pero en un caso como el suyo ¿no hay motivos suficientes como para no sentir una verdadera preocupación acerca de lo que Dios dispondrá para usted?

Y la respuesta era más o menos la misma:

—Sólo cuando yo esté "seguro" dejaré de preocuparme. Y sólo cuando yo esté en el cielo me sentiré seguro de ello. Nos dice la Teología que fuera del caso de una revelación, mientras estamos en este mundo no podemos tener una certeza absoluta de que estamos en gracia y de que nos salvaremos. Podemos tener una certeza moral práctica acerca de lo primero. Pero acerca de nuestra salvación efectiva la certeza nunca puede ser segura. "No sabe el hombre si es digno de amor o de odio...".

PERO DEBEMOS ESPERAR

El "diálogo de la poca esperanza", que hemos reproducido, tiene algo desconcertante.

¿Cómo se compagina esa actitud de temor y preocupación acerca de la salvación eterna con la "esperanza" de obtenerla?

El que tiene *sólida* y *verdadera esperanza* de salvarse, cual es la que se funda en Dios, ¿cómo puede tener todavía la preocupación de si se salvará o se condenará?

El soldado que tiene *sólida* y *verdadera esperanza* de conseguir la victoria, ¿no entra resuelto en la batalla y con un ánimo muy diferente del que entra a combatir llevando todavía en el alma la preocupación de si ganará o perderá?

• • •

¿Con posibilidad?

Porque la esperanza de alcanzar un bien es algo más que la conciencia de una posibilidad, y aun de una probabilidad.

Por lo menos cuando se trata de la esperanza que el cristiano debe tener de su salvación eterna.

Si salgo de paseo, es posible que encuentre una fortuna por el camino, pero esta posibilidad no me da la verdadera esperanza de encontrarla.

Si hago un viaje, aunque sea de bodas, es posible que el tren descarrile o el buque se hunda, o el avión se caiga, pero esta posibilidad no inquieta a los viajeros y con razón.

La esperanza del cristiano no consiste solamente en la posibilidad de salvarse.

Requiere algo más, mucho más.

• • •

¿Con probabilidad?

Pero no es tampoco una mera probabilidad.

El que compra un número de lotería, tiene la probabilidad de que le toque la suerte.

Pero si nos dice en serio: "Espero que esta vez me va a tocar la suerte", nos reiremos de él y de su esperanza, que tiene tal vez diez mil probabilidades en contra por una en favor.

Ciertamente que ésa no es la esperanza del cristiano.

La verdadera esperanza va también más allá de la simple probabilidad.

* * *

¿Con certeza?

Pero si no consiste ni en la posibilidad ni en la probabilidad, ¿en qué consiste?

Porque mientras uno está en este mundo, nunca está cierto de que se salvará, según dicen los teólogos.

¿Qué nos queda, si la esperanza no está ni en la posibilidad, ni en la probabilidad, ni en la certeza de que nos salvaremos?

Por otra parte, parece que la esperanza cristiana debe darnos alguna seguridad, esto es, alguna certeza de que nos salvaremos.

LA CERTEZA CONDICIONADA

Creemos que la tesis teológica acerca de la imposibilidad de tener en este mundo una certeza de nuestra salvación debe ser bien entendida.

De lo contrario, puede quitar a la esperanza cristiana no sólo su efecto psicológico en el alma, sino también su auténtico valor.

Por lo pronto, hay en la esperanza cristiana una certeza de valor infalible pero condicionada.

Ésta consiste en que el cristiano debe *esperar con toda seguridad* que recibirá el premio eterno de la gloria *si conserva la gracia de Dios* hasta la muerte, o *si muere en gracia de Dios*, aunque antes haya vivido en pecado.

El cristiano debe esperar con toda seguridad que Dios le perdonará sus pecados y que le concederá su gracia para entrar en el cielo, si el hombre se arrepiente debidamente de sus culpas.

He aquí dos seguridades de la esperanza cristiana: dos seguridades infalibles, puesto que es de fe que si el hombre muere en

gracia irá al cielo; y que si el hombre se arrepiente de sus pecados, Dios le perdonará.

Evidentemente que estas dos seguridades de la fe, que fundan nuestra esperanza, son muy consoladoras.

Ellas nos indican que en cada momento tenemos, mientras estamos en este mundo, abierta la ruta para dirigirnos al cielo.

PERO ESAS CONDICIONES...

Pero estas dos seguridades no nos bastan.

Hay en ellas dos condiciones; dos "Si..." acerca de cuyo cumplimiento no se dice nada, y es precisamente lo que nos interesa saber: *si*... perseveramos en la gracia; *si* nos arrepentimos en caso de que tengamos la desgracia de pecar.

Esto es lo que en definitiva puede alimentar o destruír nuestra esperanza.

¿Puedo tener yo una esperanza sólida, como para tranquilizarme de que perseveraré?

¿Puedo tener yo una esperanza sólida como para tranquilizarme de que si caigo en pecado mortal me arrepentiré?

Llegamos con estas preguntas al fondo mismo de la virtud de la esperanza. Ahora bien: ¿Qué seguridad, qué certeza puede y debe darnos la virtud de la esperanza acerca del efectivo cumplimiento de estas dos condiciones?

He aquí lo que nos interesa saber, para que podamos conocer todo el valor de la esperanza cristiana.

LOS GRADOS DE LA CERTEZA

Para resolver este problema con claridad debemos distinguir varias clases de certeza o seguridad.

Hay una certeza *absoluta*, que los filósofos escolásticos llaman metafísica, porque sería absurdo que no se cumpliera su objeto.

Así es cierto, por ejemplo, que una verdad revelada por Dios es cierta, pues sería absurdo que Dios se engañara o nos engañara.

Esta certeza absoluta es la mayor que puede existir.

Otra clase de certeza tiene valor en el mundo *de las leyes físicas*, o de la naturaleza.

Así, es cierto que si echo una madera seca en el fuego, ella se quemará. Esta certeza es muy grande, pero no tanto como la absoluta, porque, en el ejemplo citado, estamos seguros de que la madera se va a quemar, pero a la vez sabemos que por un milagro podría dejar de quemarse.

Y existe finalmente otro grado de certeza, que los filósofos llaman *moral*, ya que se funda en la manera estable de proceder que tienen los hombres en su obrar racional.

Así estamos ciertos de que una madre ama a sus hijos; o de que un hombre muy virtuoso no cometerá un asesinato, etc. Aunque en absoluto pueda alguna madre no amar a sus hijos, o un tal hombre volverse homicida.

Pero tales casos son tan raros que no los consideramos cuando hablamos de *esta madre* o de *este* hombre virtuoso, sino que estemos simplemente seguros de que *esta* madre ama a sus hijos y *este* hombre no es un asesino, en virtud de la ley general humana de que toda madre ama a sus hijos, y de que un hombre virtuoso no comete un homicidio.

LA CERTEZA DE NUESTRA ESPERANZA

Pues bien, a esta última clase de certeza pertenece la que nos da nuestra esperanza de conseguir la gloria eterna por el cumplimiento de aquellas dos condiciones que nos preocupaban.

Yo la compararía con la que tiene el que hace un viaje en avión, quien, aun cuando prevé la posibilidad de un accidente, sube tranquilo al aparato, porque tiene una seguridad práctica de que nada le va a suceder.

O también a la certeza de un estudiante que tiene conciencia de que sabe bien la materia y va tranquilo al examen, aunque prevé que por algún motivo inesperado pudiera salirle mal. Él está seguro de que no será así, y espera que aprobará su examen.

Sin embargo, estas mismas comparaciones no satisfacen por completo.

Me parece que la esperanza del cristiano debe darle una garantía mayor de la que tiene el que hace un viaje en avión o el que va a dar un examen que sabe ha preparado bien.

En ambos casos se deja siempre cabida a un accidente imprevisto, y no hay posibilidad de prevenirlo.

NUESTRO ACTO DE ESPERANZA

Pero en el caso de la esperanza del cristiano entra en juego un elemento especial.

Este elemento permite una mayor firmeza en la esperanza misma de obtener el bien amado.

Y ese elemento nuevo hace precisamente que uno pueda formular así su acto de esperanza.

"A pesar de todas las dificultades previstas, y de las que no preveo, espero de Dios conseguir la vida eterna con los medios necesarios para ello".

Por eso la esperanza del cristiano, más que la del pasajero del avión o a la del estudiante bien preparado, se podría comparar tal vez a la que un hijo tiene de que su padre, que es muy bueno y tiene sobrados medios, le ayudará, por ejemplo, para desempeñarse eficazmente en la vida.

Evidentemente que este mismo caso resulta aún bastante pálido comparado con el que ilumina la esperanza del cristiano.

Pero viene a ser ésta una esperanza de ese tipo, sólo que en nuestro caso el padre es Dios...

LAS INQUIETUDES DE LOS SANTOS

Y ahora podemos preguntarnos: entonces, ¿qué sentido pueden tener aquellas inquietudes de los santos acerca de su salvación?

¿Eran acaso una debilitación de su virtud de la esperanza?

¿Y cómo se compagina esto con la angustia que siente la mayoría de los cristianos sobre su suerte eterna?

¿Tal vez "no esperan" o "no saben esperar" en Dios?

En realidad, esa inquietud de los santos y de las almas buenas acerca de su misma salvación tiene una explicación muy psicológica y muy realista.

Se apoya precisamente en lo que la historia y la experiencia misma nos enseñan.

LA CONFIANZA EN DIOS

Por una parte, Dios nuestro Señor nos invita a confiar en Él sin límites.

Hace gala de su misericordia con nosotros.

Quiere que le llamemos padre, que le tengamos en nuestro corazón como al mejor de los padres.

La invocación que Jesucristo nos enseñó es "Padre nuestro".

La Sagrada Escritura, el Antiguo y Nuevo Testamento, están llenos de las más conmovedoras invitaciones a la confianza en la bondad paternal de Dios.

Dios nos ama más que una madre a su hijo.

Tiene entrañas de misericordia con los pecadores.

Olvida los pecados.

Nuestro Señor Jesucristo tiene especial empeño en inculcarnos la confianza.

¿Cuántas veces, al dirigirse a sus discípulos y oyentes, les habla de "vuestro Padre", "vuestro Padre celestial"?

Nos habla de sus paternales cuidados para con nosotros.

Ni un cabello cae de nuestra cabeza sin su permisión.

Los lirios del campo, el dracma perdido, la oveja perdida, el amigo que va a pedir los panes, y sobre todo las parábolas del Buen Pastor y del hijo pródigo abren nuestro corazón a la más ilimitada confianza en Dios, a pesar de nuestros pecados y humanas miserias.

He aquí un ambiente creado por Dios mismo, en el cual parece que basta un poco de buena voluntad para salvarnos y santificarnos.

¿Cómo no tiene que ser así, con esa disposición de Dios para ayudarnos, siendo Él tan sabio y poderoso?

¿No sabrá Él llevarnos por los caminos que nos ayuden; o no querrá hacerlo?

Pero ¿cómo puede un buen padre permitir que su hijo caiga en un precipicio si puede evitarlo llevándole por el buen camino?

En todo esto piensan los santos, y pensamos todos, cuando decimos "Confío en Dios, espero en Dios".

Pero al lado de este Dios todo bondad y misericordia aparece continuamente otro Dios, el de la Justicia y de los tremendos castigos, que nos hace temblar...

EL DIOS TERRIBLE

Parece verdaderamente desconcertante la imagen de Dios que nos describe la misma Sagrada Escritura.

Hemos visto al Dios de la bondad y de la misericordia...

Pero frecuentemente también lo vemos lanzar el rayo fulminante y aterrador de su justicia.

¡Qué actos de justicia tan severa, qué escarmientos tan duros, qué amenazas y qué castigos!

El Antiguo Testamento hace temblar con frecuencia al lector.

Innumerables ángeles, espíritus puros y hermosísimos, precipitados en un momento para toda la eternidad en el infierno por un solo pecado, por su primera caída.

La humanidad condenada al destierro que sufrimos todos los hombres, con sus tremendas consecuencias, por un solo acto del primer hombre.

El tremendo castigo del diluvio, cuyas escenas de horror y de muerte podemos imaginar.

Sodoma y Gomorra abrasadas por el fuego.

Los primogénitos egipcios muertos en una sola noche.

El ejército de Faraón sepultado en el mar.

El mismo pueblo de Israel, castigado tantas veces con pestes, guerras y cautiverios.

Los tremendos y repentinos castigos de pecados que más parecían de debilidad que de malicia: la mujer de Lot, la hermana de Moisés, Moisés mismo, Coré y sus compañeros, el infeliz que quiso sostener el arca para que no cayera, Saúl, David, etc., etc.

¿Cómo no exclamar ante este Dios terrible:

Tu terribilis es, et quis resistet tibi?

"Tú eres terrible, y ¿quién te podrá resistir" (*Ps.*, 75, 7).

"Traspasa mis carnes con tu temor, porque tus juicios me han aterrorizado" (*Ps.*, 118, 12).

Y ¿cómo puede brotar la flor delicada de la esperanza tras el paso de este Dios de la justicia y del castigo, que no teme hacer un derroche de su poder ante un débil hombrecillo, ante una hoja seca que es juguete del viento?

"Contra la hoja, que es llevada de un lado a otro por el viento, haces demostración de tu poder" (*Job*, 13, 24).

CON TEMOR Y TEMBLOR

Verdaderamente parece que, más que la esperanza, lo que debería dominar en la vida del cristiano es el temor, tomando literalmente la advertencia de San Pablo: "Con temor y temblor procurad vuestra salvación" (*Filip.*, 2, 12).

Es que el hombre se siente pequeño, queda anonadado, ante el poder de Dios, ante sus juicios terriblemente incomprensibles para nosotros, ante sus castigos irreparables, sin remedio, como el infierno y la muerte.

Aun a las almas santas las sobrecoge a veces este estado de temor, que es saludable cuando no hace disminuír la esperanza.

AUN LAS ALMAS SANTAS

Una religiosa venerable por su edad, pero más venerable todavía porque había pasado los largos años de su vida consagrada a Dios y a las almas en el fiel cumplimiento de su abnegada vocación, me hablaba de unos Ejercicios Espirituales que acababa de hacer.

Era un retiro del que había sacado un fruto extraordinario, como pocas veces en su larga vida.

¿Por qué?

Porque lo había pasado todo él frente a frente de la muerte:

Otra santa religiosa de la Comunidad había sufrido un ataque mortal el primer día del retiro. Los días siguientes los pasó en una prolongada agonía, y vino a fallecer el último día del retiro.

"¡Verdaderamente sentía la más honda impresión al hallarme tan de veras frente a la muerte!".

"¡La más honda impresión!".

Yo estaba escuchando a la buena religiosa, admirando su santo temor, pero a la vez preguntándome en mi interior por qué una persona como la que me hablaba, cuya vida había trascurrido en la perfección y austeridad de una religión, con la única mira de servir a Dios, santificarse y santificar a las almas, se había de impresionar tanto al asomarse al balcón de la eternidad.

Y me decía interiormente:

Pero, ¿cómo puede hablarme de tan "honda impresión"?

Si a ella puede con razón impresionarle tanto la muerte (sin duda porque le sigue la sentencia definitiva de Dios sobre nuestra vida), ¿qué tendremos que pensar de la mayoría de los hombres y mujeres que viven sumergidos en el mundo, y de los cuales tal vez ni el diez, ni el cinco por ciento, llegan al promedio de virtud de la vida religiosa?

¿Qué pensar de ellos y del desenlace que les depare la muerte?

Todas estas ideas me suscitó el temor de aquella buena alma ante la muerte.

Y es que, cuando uno comienza a pensar en la justicia de Dios, halla como por instinto natural un abismo que da no sólo miedo sino vértigo, porque su fondo se pierde en lo infinito, en lo incomprensible.

PERO LEVANTEMOS LA FRENTE

Pero, sin embargo, debemos levantar la frente.

No debemos dejarnos invadir por el temor.

Más aún, no debe ser el temor al Dios terrible el ambiente en que vivamos, ni la luz del rayo la que ha de iluminar nuestra vida.

¡Somos todos hijos de Dios!

Levantemos confiados nuestra frente.

Respiremos el aire fresco y vivificante de la confianza en Dios nuestro Padre.

Abramos los ojos y sonriamos al contemplar el camino de nuestra vida hacia Dios iluminado por una segura esperanza.

Es cierto que hay que bajar en vida al infierno para no bajar después en la muerte.

Pero también es cierto que la vida del cristiano debe estar vivificada e iluminada mucho más por el amor y la esperanza que por el temor y la zozobra.

Más todavía, no debe haber ninguna, absolutamente ninguna dificultad que ahogue o debilite nuestra virtud de la esperanza.

Y esto para todos.

El santo debe esperar.

El tibio debe esperar.

Y el pecador también debe esperar.

TAMBIÉN NUESTRA SANTIFICACION

Pero este camino, difícil y tortuoso, puede recorrerse de diversas maneras.

Y aquí hay un nuevo objeto de nuestra esperanza, que no debemos perder de vista.

Puedo recorrer el camino pesadamente, tropezando y cayendo, y llegando apenas a su término.

O bien puedo recorrerlo con ánimo, sin volver la vista hacia atrás, sin esconderme en el yo, siempre derecho hacia Dios.

Así lo han recorrido, y lo recorren y lo recorrerán los que llamamos santos.

Pues bien, nuestra esperanza no debe limitarse a aquellos auxilios divinos que nos bastan para llegar al término, aunque sea con muchas caídas y derrotas.

Esto es poco.

Dios es generoso sin límites.

Por eso nos ofrece también todos los auxilios necesarios para recorrer el camino con generosidad y con gloria.

En una palabra:

No solamente debemos esperar de Dios los auxilios necesarios para salvarnos, sino también para ser santos, para progresar en la vida de la santidad, para llegar a una gran santidad.

ESPERAR PARA PROGRESAR

Esto es importante.

Dios quiere que esperemos estos auxilios.

Y a quienes los esperan no se los negará.

¡Cuántas veces no progresamos en la vida espiritual, porque ya pensamos que no podemos seguir adelante!

Esperemos en los medios de nuestra mayor santificación, que Dios nos los dará.

Será tal vez en forma misteriosa.

Bien sabemos que una gran santidad puede ir unida a ciertas faltas de la humana flaqueza.

Pero estemos bien seguros que mientras esperemos progresar, adelantamos en la santidad.

Y cuando ya no esperamos, hemos dejado de adelantar.

Activemos nuestra esperanza en los auxilios de Dios, para perseverar y para progresar hasta el fin de nuestra vida en la santidad.

No limitemos nuestro ideal de santidad limitando nuestra esperanza en Dios.

Seamos santamente ambiciosos en nuestra esperanza.

Nadie ha esperado en Dios vanamente.

¡Dios mío, espero que me daréis las gracias que necesito para ser santo, y para adelantar más en la vida espiritual!

Y esperaré siempre, porque sé que no defraudaréis mi esperanza.

OTRAS GRACIAS

Además de las gracias que necesitamos de Dios para salvarnos y para santificarnos, podemos hacer objeto de nuestra esperanza también toda clase de bienes en el orden natural.

Éstos ya son objetos secundarios de nuestra esperanza. Y Dios no se ha obligado a dárnoslos.

A veces son nocivos para nuestra alma.

A veces ni siquiera nos convienen en el mismo orden natural.

¡Cuántas veces no sabemos lo que pedimos!

¡Cuántas veces no sabemos ni qué queremos!

Por esto la esperanza en estos objetos secundarios debe ser relativa o condicionada:

¡Si conviene, o al menos no estorba a nuestra salvación, a nuestro bien espiritual!

En esta forma podemos pedir y esperar de Dios los bienes materiales, y hacemos cosa agradable a Dios exponiéndole nuestras necesidades y esperando su auxilio.

Así la esperanza se extiende a todo aquello que es verdaderamente un bien para nosotros; no sólo en el orden sobrenatural sino también en el orden natural.

Nuestra salvación eterna.

Nuestra santificación.

Los auxilios necesarios para salvarnos y santificarnos.

Toda clase de bienes naturales, que no son perjudiciales para el bien de nuestra alma.

No podía ser Dios más generoso con nosotros.

Seamos, pues, nosotros generosos en esperar.

Nuestra vida sea siempre vida de esperanza en Dios.

¿Sin duda?

Sí, sin duda.

No hay un fundamento más firme que el de la esperanza cristiana.

Veámoslo.

PARTE CUARTA

LOS FUNDAMENTOS DE LA ESPERANZA CRISTIANA

MOTIVOS SOBRENATURALES, DIVINOS

Entremos ahora en una meditación consoladora de nuestra esperanza:

Sus motivos, sus fundamentos, o, como suelen decir los teólogos, su objeto formal, es decir, aquello por lo cual la esperanza es una determinada virtud teologal.

El motivo de una virtud decide acerca de su carácter. Es lo que le da su consistencia y su razón de ser.

Si yo creo en el misterio de la Santísima Trinidad por otra razón que no sea la autoridad de Dios que lo ha revelado, no hago un acto de fe teologal, ésa no es una virtud teologal.

Si yo espero poseer a Dios y santificarme confiando en mis propias fuerzas, y no en el auxilio de Dios, no tengo la virtud teologal de la esperanza, sino que cometo un pecado de presunción.

Para que una virtud sea sobrenatural ha de tener un motivo sobrenatural.

Para que una virtud sea teologal ha de tener no sólo como objeto a Dios, sino que principalmente su motivo debe ser Dios o algún atributo divino en particular.

Así, pues, para que la esperanza sea una virtud sobrenatural y teologal, ha de tener su motivo, su fundamento, en Dios como autor del orden sobrenatural, y en alguno o algunos de los atributos divinos directamente.

¿Cuáles son éstos?

He aquí las áncoras de nuestra esperanza.

DIOS ES NUESTRO SUMO BIEN

Comencemos por este aspecto [1].

El responde a la primera virtud, que, según vimos, está incluída en todo acto de esperanza: el amor.

[1] Aunque algunos teólogos no colocan este aspecto entre los motivos u objeto formal de la esperanza, pues dicen que ya está incluído en el fin mismo de aquélla, la posesión de Dios Sumo Bien, creemos, con otro gran grupo de teólogos, que puede figurar entre los motivos.

No dirigimos nuestra esperanza sino a aquello que amamos.

Y no amamos sino aquello que es bueno y porque es bueno.

De aquí que la bondad misma del objeto sea el primer atractivo de nuestra esperanza.

Cuando nuestro deseo se dirige hacia Dios, con anhelo de poseerlo (y en toda esperanza hay un deseo, un amor, un apetito del ausente), lo hace porque vé en Dios su mayor bien, el bien sumo para ella.

La Bondad suma, la amabilidad suma, Dios en cuanto es bueno y amable para nosotros, es el lazo que arrastra nuestra voluntad y la sujeta en su esperanza.

La sujeta en su esperanza y le da firmeza, y nos la da a nosotros de que nuestra esperanza es segura, porque la bondad del objeto esperado es infinitamente atractiva, es infinitamente inmutable, y esa misma bondad está deseosa de ser de hecho nuestro bien.

Nunca será para nosotros una decepción haber esperado, aun con los mayores trabajos.

EL AUXILIO OMNIPOTENTE DE DIOS

Otra de las virtudes que incluye la esperanza es *la fortaleza.*

Esa valentía de ánimo, esa decisión que es necesaria cuando se tiende hacia un bien arduo.

Y ya hemos visto que el objeto de la esperanza debe ser algo arduo y difícil.

Y por cierto que el objeto de la esperanza cristiana es bien arduo y difícil; lo hemos repetido ya, y de sobra nos lo dice la experiencia.

¡Cuántas tentaciones hay que superar!

¡Cuántas debilidades hay que vencer!

¡Qué constancia, día tras día!

¡Qué paciencia y qué valor!

Todo esto exige energía de ánimo, fortaleza en nuestra esperanza.

¿De dónde sacarla?

Ahí está nuestra ayuda, nuestra fortaleza: ¡DIOS!

Nuevamente Dios se nos presenta.

Esta vez, para darnos ánimo y fortaleza, nos ofrece sus mismas armas: *su auxilio omnipotente.*

¿A qué no podremos atrevernos?

¿Qué podremos temer, si Dios está con nosotros?
La fe nos dice, de manera infalible, que Dios es omnipotente.
Tiene una potencia infinita.
¿Quién o qué le podrá resistir?
Todas las gracias que necesitamos, nos las puede dar.
Cuanto más necesitados estemos,
cuanto más angustiosas sean las tentaciones,
cuanto más constantes nuestras debilidades,
cuanto más inveteradas nuestras caídas, pensemos que Dios tiene cómo mejor demostrar su omnipotencia.
¿No es la gloria del médico salvar al enfermo ya desahuciado?
¿No es la gloria del general sacar la victoria de una situación desesperada?

DIOS ES MI AYUDA

Dios mío, espero en tu omnipotencia porque soy todo débil.
Es ésta una razón más para que luzcas tu omnipotencia.
"Dios es mi ayuda y esperaré en Él" (*Ps.*, 17, v. 3).
"En Dios está mi salvación y mi gloria;
"Él es el Dios de mi auxilio,
" y mi esperanza está en Él.
"Esperad en Él todos los pueblos;
"poned en su presencia vuestro ánimo;
"Dios es nuestro auxiliador por toda la eternidad" (*Ps.*, 61 y siguientes).
"Dios mío el fuerte, esperaré en Él" (2 *Reg.* 22, 3).
¿Qué más podemos desear?
Verdaderamente podemos acometer con valentía las dificultades que pretenden cerrarnos el paso y ahogar nuestra esperanza de llegar al fin.
Todo está en que sepamos apropiarnos esa omnipotencia de Dios.
Porque por parte de Dios no ha de quedar.
¿Estamos bien seguros de ello?
He aquí el otro gran fundamento de nuestra esperanza.

LA MISERICORDIA DIVINA

Porque, en verdad, podemos estar absolutamente seguros de que no nos va a faltar la ayuda omnipotente de Dios.

Está de por medio la buena voluntad de Dios.

Está de por medio la misericordia divina.

Confiemos, que estamos en buenas manos.

Sin confianza, ¿cómo podríamos esperar?

La confianza es esencial para el que espera.

Ya hemos visto que además del amor y de la fortaleza, la esperanza incluye también la confianza.

A esta confianza responde en Dios el motivo consolador y seguro de su infinita bondad y misericordia.

Por eso, si somos lógicos, nuestra confianza debe ser tan grande como el motivo en que se apoya.

Y ¿quién podrá medir los abismos de la divina misericordia?

Tal vez, sin embargo, toda ella pueda concentrarse para nosotros en una sola palabra: "Padre".

Dios es nuestro "Padre".

Hay en el Padre una tendencia irresistible, natural, a procurar el bien de su hijo por todos los medios posibles.

Es un desinterés absoluto a favor del bien del hijo.

LAS PADRES HUMANOS

¡Cuántas molestias, trabajos y a veces humillaciones han de aguantar!

Pero al fin es su hijo.

Es incalculable el número de actos de paciencia que cada uno de los padres y cada una de las madres hace durante la vida de cada uno de sus hijos.

Son éstos el centro de su vida, aun cuando se lamentan de los trabajos que les dan.

¡Cuántas veces interrumpe la madre su sueño, su comida, su trabajo, sus distracciones, para atender a su hijo!

Y lo hace con cariño, sin malhumor.

¿Por quién otro que no fuera su hijo haría ni la mitad, y eso a desgano?

Todo su afán es asegurar el buen porvenir de sus hijos.

"Cuidado, señora, no se vaya a caer", decía el guarda del ómnibus a una mujer del pueblo que iba a descender apurada.

"Pierda cuidado, que tengo un hijo que criar", le contestó textualmente la buena mujer.

Otra mujer me escribía: "Ruegue para que mi esposo tenga salud y pueda trabajar, a fin de que aseguremos la educación y el porvenir de nuestros hijos".

Un adinerado padre de familia se afanaba por aumentar su fortuna.

Ante mi extrañeza, contestó: "Si no fuera por los hijos, nos daríamos mi señora y yo una vida muy descansada, porque la renta nos sobra. Pero deseo dejar a cada uno de mis hijos tanto como yo tengo para mí solo".

Éstos son sólo algunos casos entre tantísimos.

No hace falta insistir, puesto todos vemos y oímos a cada paso, casos semejantes.

Eso es el padre, eso es la madre.

¿Puede un hijo confiar descansadamente en él?

NUESTRO PADRE ES DIOS

Pero si el padre no tiene ni siquiera ciertas deficiencias que vemos en los padres y madres humanas; si el padre es el más perfecto dechado de la paternidad; si es la bondad misma unida a la más propia y perfecta condición de padre; si es Dios, ¿cuál tendrá que ser nuestra confianza?

"Padre nuestro que estás en los cielos...".

¿Podemos acaso, después de pronunciar estas palabras que Jesucristo mismo ha puesto en nuestro corazón, desconfiar de que Dios nos dará todos los auxilios que necesitamos para salvarnos y santificarnos?

Es que nuestros pecados han sido muchos.

Es que somos verdaderamente malos.

Es que siempre caigo en las mismas faltas de carácter.

Es que no puedo conmigo mismo.

Es que soy un caso perdido.

Es que no veo posibilidades de enmendarme.

Bien: esto es una grave dificultad.

ESPERAR SIEMPRE

Pero también es cierto que mientras estamos en este mundo siempre tenemos abierta la puerta de nuestra conversión del pecado, de la tibieza o de la negligencia y estancamiento espiritual.

Siempre, sin duda ninguna.

Absolutamente hablando, nunca podemos hablar en este mundo de "casos perdidos".

Sobre todo cuando se trata no de corregir tal o cual pequeño defecto, sino de la misma salvación eterna.

Yo creo que Dios derrocha gracias para salvar un alma.

Pero no es necesario que se mueva a hacer el mismo derroche cuando se trata de corregir un defecto de relativamente poca importancia en nuestra vida espiritual, aunque ello nos impide adelantar en la santidad más de prisa.

La salvación, en cambio, es cosa de vida o muerte eterna.

¿Cómo Dios, que es Padre, infinitamente bueno, ha de negarnos los medios necesarios para nuestra salvación, y en la medida proporcionada, los auxilios necesarios para que adelantemos en la santidad?

No, mientras estemos en este mundo, nunca debemos perder la esperanza.

Tenemos sólidos y seguros motivos para esperar.

Aunque estemos hundidos en el pecado.

Dios nos espera siempre a nosotros.

Esperemos nosotros en Dios.

¿MÁS QUE LA MISERICORDIA?

Pero hay todavía de por medio algo mayor que la misma misericordia divina, como áncora de nuestra esperanza.

Si es que es posible hablar de algo que pueda superar a la divina misericordia de nuestro Padre que está en los cielos.

Al fin, dicen los teólogos que estudian estos problemas en seco, al fin la misericordia es misericordia, es un acto de benignidad, de buen corazón, pero no implica una *estricta obligación* de parte de Dios.

Puede, por lo tanto, Dios negarnos sus auxilios sobrenaturales, si se atiende a sólo su misericordia, porque ésta de suyo no le obliga.

Yo no dejo, sin embargo, a pesar de estas precisiones de los teólogos, de acogerme a la divina misericordia.

Estoy muy bien con ella.

Y con ella duermo tranquilo.

¡Mi esperanza se apoya tan firmemente en ella!
Pero en fin, siempre nos sería útil escuchar a los teólogos.

LA FIDELIDAD DE DIOS

Porque resulta que Dios ha querido darnos una seguridad especial para rebuscar más nuestra esperanza; para darle un carácter absoluto, que lo deja asegurado aun frente a la misma santa y justa y misericordiosa libertad divina.

Dios ha querido como firmarnos una obligación que lo compromete a darnos los auxilios necesarios para alcanzar nuestra eterna bienaventuranza.

Así nuestra esperanza tiene un carácter absoluto, una certeza indefectible.

Esa obligación firmada por Dios es su *promesa formal* de auxiliarnos, hecha repetidas y solemnes veces.

Escuchemos, por ejemplo, a San Pablo:

"Mantengamos la confesión indeclinable de nuestra esperanza, pues es fiel aquel que nos lo *ha prometido repetidamente*" (*Hebreos*, 6, 23).

"Para la esperanza de la vida eterna, que *nos ha prometido* Dios, que no miente" (*Tit.*, 1, 2).

"Para que por dos puntos inmóviles por los cuales es imposible que Dios nos engañe, tengamos un firmísimo consuelo, los que nos acogemos a la esperanza que se nos ha propuesto: la cual tenemos como una segura y firme áncora de nuestra alma" (*Hebr.*, 6, 18, y siguientes).

Es Él quien ha querido obligarse a sí mismo, sin duda para quitar toda sombra de desconfianza que pudiera haber en espíritus más apocados o escrupulosos, a los que no bastará ya su palabra.

¡DIOS ESTÁ OBLIGADO!

Esta divina promesa ata a Dios, porque es infinitamente fiel, infinita misericordia.

Pero a todos nos ayuda, nos confirma y nos consuela esta promesa de Dios.

Ella muestra una vez más su inmensa buena voluntad para con nosotros.

Ella confirma su misma infinita misericordia, que se abaja a nuestra bajeza, hasta obligarse para con nosotros, para inspirarnos más confianza.

Esperemos con confianza.

Confiemos, confiemos en Dios.

CONCLUSIÓN

Tal vez alguien piense que hemos sido demasiado confiados.

Que todo lo dejamos librado a la esperanza en Dios.

Que en ella ponemos una seguridad excesiva... ¡infalible!

Yo diré, sencillamente:

¡Dios mío! libradme de una loca presunción.

¡Dios mío! libradme de que pretenda abusar de vuestra bondad y misericordia.

¡Dios mío! os pido todavía con más ahínco que me libréis de la desesperación, el peor de los males.

¡Dios mío! libradme hasta de esa sombra de desconfianza en Vos, que a veces me hace vivir angustiado, por mi santidad, por mi salvación!!!

Yo sé, yo siento que Vos sois mi Padre...

Yo sé, yo siento que Vos queréis que confiemos en Vos sin medida y...

Ninguno de los que esperan en Vos será defraudado.

Seguro de esperar en Vos, repetiré cada día el acto de confianza total, de uno de vuestros bienaventurados amigos.

ACTO DE CONFIANZA EN EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

(Beato P. de la Colombière, S. J.)

Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que esperan en Ti y de que no puede faltar cosa alguna a quien de Ti las aguarda todas, que he determinado vivir en adelante sin ningún cuidado, descargándome en Ti de toda mi solicitud. Despójenme los hombres de los bienes y de la honra, prívenme las enfermedades de las fuerzas y medios de servirte, pierda yo por mí mismo la gracia pecando; que no por eso perderé mi esperanza, antes la conservaré hasta el postrer suspiro de mi vida, y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno para arrancármela, porque con vuestros auxilios me levantaré de la culpa.

Aguarden unos la felicidad en sus riquezas o talentos; descansen otros en la inocencia de su vida, en la aspereza de su penitencia, en la multitud de sus buenas obras, o en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí, toda mi confianza se funda en la seguridad con que espero ser ayudado de Ti, y en el firme propósito que tengo de cooperar a tu gracia. Confianza como ésta jamás a nadie salió fallida. Así que seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque Tú, Dios mío, eres de quien lo espero todo.

Bien conozco de mí que soy frágil y mudable; sé cuanto pueden las tentaciones contar las virtudes más robustas; he visto caer las estrellas del cielo y las columnas del firmamento; pero nada de eso logra acobardarme.

Mientras espere de veras, libre estoy de toda desgracia; y de que esperaré siempre estoy cierto, porque espero también esta esperanza invariable. En fin, para mí es seguro que nunca será demasiado lo que espere de Ti, y que nunca tendré menos de lo que hubiere esperado. Por tanto, espero que me sostendrás sin dejarme caer en los riesgos más inminentes y me defenderás aun de los ataques más furiosos y harás que mi flaqueza triunfe de los más espantosos enemigos. Espero que me amarás a mí siempre,

siempre, y yo a mi vez te amaré sin intermisión; y para llegar de un solo vuelo con la esperanza hasta donde puede llegarse, te espero a Ti mismo, oh Criador mío, para el tiempo y para la eternidad. Amén.

Apéndice

EL ASOMBRO DE DIOS

(Fragmentos del poema de Carlos Péguy, sobre la esperanza).
Fe... Dios se muestra en sus obras.
Esperanza... contra toda esperanza...!
Caridad... Dios es amado en sus obras.

La fe que más me agrada, dice Dios, es la que espera.
No me asombra la fe.
La fe no es asombrosa:
tal es el resplandor de mi ser en mi creación!
en el sol, en la luna y en las estrellas,
en todas las creaturas de mis manos...
La caridad, dice Dios, no me asombra.
No puedo asombrarme:
hay tan pobres, que a menos de tener corazón de roca, no es posible no tener caridad.
No es posible no tener caridad con el hermano.
No es posible no retirar el pan de la boca, el pan de cada día, y alargarlo al mendigo que pasa.
Mi Hijo tuvo caridad.
Mi Hijo, el hermano,
tuvo gran caridad para con ellos.
Pero la esperanza, dice Dios, sí que me asombra.
Ella sí que es asombrosa.
A mí mismo me asombra.
Que esos pobrecitos vean pasar todas las cosas, y que crean en un mañana mejor.
Que vean pasar el día de hoy, y aun crean en un mañana mejor.
Sí que es asombroso: la muy grande maravilla de mi gracia.
A mí me asombra.

Es verdad que ha de ser inaudita la fuerza de mi gracia!
y que ha de correr a chorros de la fuente, como río de agua ina-
[gotable.
En mi creación, la natural y la sobrenatural;
en mi creación, la espiritual, la carnal y la espiritual;
en mi creación, la eternal, la temporal y la eternal,
la mortal y la inmortal.
Ese momento, oh ese momento, en que me empezó a correr como
[río de sangre, del flanco herido de mi Hijo.
¡Qué ha de ser mi gracia y la fuerza de mi gracia, para que esa
[pequeñita esperanza, vacilante al soplo del pecado,
[temblorosa a todo viento, agitada al menor soplo,
dure así invariable, así fiel, así derecha, así pura; e invencible,
[e inmortal, e imposible de extinguir, cual la
[pequeñita llama del santuario,
la que brilla eternamente en la fiel lámpara!
Llama temblorosa que atraviesa la espesura de los mundos.
Llama vacilante que atraviesa la espesura de los tiempos.
Llama agitada que atraviesa la espesura de las noches.
Desde que mi gracia corrió creando al mundo.
Desde que la sangre de mi Hijo corrió salvando al mundo.
Llama imposible de extinguir, imposible de apagar con el soplo
[de la muerte.
Lo que me asombra, dice Dios, es la esperanza.
Ni puedo reponerme de mi asombro.
La pequeñita esperanza, que tiene un aire de nada.
La pequeña hija esperanza,
la inmortal.

ÍNDICE GENERAL

Se terminó de imprimir
en diciembre de 1987,
en Talleres Gráficos LINOGRAF S.R.L.,
Sócrates 764, Ciudadela Norte.

Tirada: 1.500 ejemplares.



Bajo el rubro *Escritos espirituales* incluimos aquí tres obras, dedicadas a interpretar y analizar el itinerario del alma hacia la santidad. La meta del alma es alcanzar su perfección, su salvación, su paz.

En el fondo, la santidad no es otra cosa que ese estado de plenitud de nuestro ser, perfección, felicidad, liberación, paz, que todos buscamos, acumulando ansiosamente más y más experiencias, pero que tan sólo alcanzamos de veras por medio de cierta "disciplina" o "camino", ciertas "técnicas" o "ejercicios". Estos tienen el objetivo común —a pesar de las diferentes religiones y escuelas— de facilitar al hombre una comprensión de la verdadera realidad de sí mismo, del autocontrol para actuar según lo que ésta exige, en la cual se incluye una relación viva, generosa y animosa hacia Dios. La santidad y lo santo siempre se refieren a Dios. Para el hombre, se trata, en grado limitado, de una participación de la Infinita Perfección o Santidad de Dios. Cristo nos ha revelado el misterio escondido en Dios, el llamado a participarlo como hijos de Dios y se nos ha presentado como el modelo para nuestra aspiración a la santidad. "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

El camino aquí recorrido es el espiritual, pero que compromete al hombre íntegro, su cuerpo y su espíritu.

Va desde la mortificación hasta el amor, desde la ascética a la mística, desde la actitud purificativa (abstención, autocontrol, penitencia) hasta la mística (unión, plenitud, goce). Todas estas técnicas son clásicas en la tradición cristiana, en la cual siempre han florecido santos insignes.

(De la Presentación)